

# CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO:

DOCTOR MAURICIO GUZMAN

SUB-SECRETARIO:

Br. JORGE LARDE Y LARIN

ENCARGADO DE LA REVISTA:

MANUEL ANDINO

Nº 11

SEPTIEMBRE - DICIEMBRE

1956

DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

Pasaje Contreras Nos. 11 y 13.

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres del  
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA  
San Salvador, El Salvador, C. A.



# INDICE

	PAGINA
Bucaneros, Piratas, Filibusteros: su Diferenciación y Transiciones .....	7
Rolando Velásquez.	
El Despertar de la Filosofía .....	13
Ignacio Ellacuría S. I.	
El Maijú .....	29
Fabián Dobles.	
Friso de Mujeres en el Teatro Griego .....	36
Matilde Elena López.	
Bolívar, Perfil de Poesía .....	55
Alberto Baeza Flores.	
Sobre la Poesía Brasileña .....	62
Federico de Onís.	
“Don Andrés” .....	69
Alone.	
La Enseñanza del Castellano en las Escuelas Secundarias Argentinas .....	86
Roberto F. Giusti.	

	PAGINA
Noé Canjura, Pintor .....	90
Rastros de Juan Ramón Molina .....	99
David Vela.	
La Poesía de la Esperanza .....	115
Alfonso Orantes.	
Libros y Autores .....	123
Manuel Andino.	
Franklin en Hispanoamérica .....	128
Estuardo Núñez.	
Los Nuevos Caminos de la Lingüística .....	137
Alfonso Reyes.	
Realizaciones del Poder Ejecutivo en el Ramo de Cultura Popular .....	144
Cultura y Persona .....	148
Antonio Caso.	
Sobre las Letras Peruanas en los Últimos Diez Años .....	151
Luis Alberto Sánchez.	
De Goya a Picasso .....	157
Enrique Díez Canedo.	
Breve Esbozo Etnológico de los Pueblos Indígenas Costarricenses .....	166
Doris Stone.	
Proyecciones Actuales de Valera .....	172
Guillermo de Torre.	

## Colaboran en este Número

**ROLANDO VELASQUEZ.**—Escritor salvadoreño. Libros: “El Retorno a Elsinor”, “Memorias de un Viaje sin Sentido”, “El Bufón Escarlata”, “Entre la Selva de Neón”. Reside en San Salvador.

**IGNACIO ELLACURIA, S. I.**—Nació en España, donde se bachilleró en 1947 en la Universidad de Zaragoza. Estudios de Letras en el Instituto de Humanidades Clásicas; de Filosofía en la Facultad de Filosofía perteneciente asimismo a la Universidad Católica de Quito, (Ecuador), Profesor en el Seminario Sari José de la Montaña, de Crítica, Metafísica general e Historia de la Filosofía. Ha colaborado en diversas revistas.

**MATILDE ELENA LOPEZ.**—Escritora salvadoreña. Ha publicado “Masferrer, Alto Pensador de Centro América.

**FABIAN DOBLES.**—Escritor y poeta costarricense. Obras: “Ese que Llamam Pueblo”, “El Sitio de las Abras”, “Historias de Tata Mundo”, “Aguas Turbias”, “Una Burbuja en el Limbo”, “La Rescaldera”, “Tú, Voz de Sombra”, “Verdad del Agua y del Viento”.

**FEDERICO DE ONIS.**—Ensayista y crítico literario español. Libros: “El Español en Estados Unidos”, “Antología de la Poesía Española e Hispanamericana”, “Fuegos Leoneses”, “Sobre la Transmisión de la Obra Literaria de Fray Luis de León”.

**ALFONSO ORANTES.**—Escritor y poeta guatemalteco. Libros publicados: “Albórbola” y “Antología del Cuento Guatemalteco”.

**MANUEL ANDINO.**—Escritor salvadoreño. Libros publicados: “Detalles”, “Mirando Vivir”, “Tomás Regalado”, “Vocación de Marino”.

**DAVID VELA.**—Escritor guatemalteco. Ha publicado: “El Hermano Pedro en la Vida y en las Letras”, “Literatura Guatemalteca”, “Martí en Guatemala”, “Nuestro Belice”, “Geneomía Maya-Quiché”, “Alejandro Marure”. Reside en la capital de Guatemala.

**GUILLERMO DE TORRE.**—Escritor español. Nació en Madrid en 1900. Obras: “Vertical”, “Hélices”, “Literaturas Europeas de Vanguardia”, “Examen de Conciencia”, “Itinerario de la Nueva Pintura Española”, “Vida y Arte de Picasso”, “Itinerario de Galdós”, “La Aventura y el Orden”, “Menéndez Pelayo y las dos Españas”, “Problemática de la Literatura”.

**ALONE** (Hernán Díaz Arrieta).—Escritor chileno. Nació en Santiago el 11 de mayo de 1891. Crítico literario de “La Nación” y “El Mercurio”, diarios chilenos. Obras: “La Sombra Inquieta”, novela; “Portales Intimo”, crónicas; “Blest Gana”, biografía; “Panorama de la Literatura Chilena durante el Siglo XX”; “Las Cien Mejores Poesías Chilenas”, “Las Mejores Páginas de Proust”. Es miembro de varias academias.

La historia y el mar

# Bucaneros, Piratas, Filibusteros: su Diferenciación y Transiciones

Por ROLANDO VELASQUEZ

## I

En las lejanas raíces de su origen, el término bucanero no tiene todo el significado terrible que más tarde se le dio, identificándolo con tremendos abordajes, luchas sangrientas, ataques sorpresivos a los pueblos, y un sinnúmero de actos aventurados y hechos descomunales, a veces heroicos y a veces infames, consumados en la tierra o sobre la poética superficie marina.

El bucanero tiene un origen pacífico, más compadecido con la tragedia íntima del emigrante forzado, con la brega del hombre tranquilo que se desvincula, por fuerza de las circunstancias, de la tierra propia que le resulta hostil, y encontrando en el mundo otro sitio propicio y acogedor se refugia en él y emprende la dura lucha por la vida, y se asocia a otros hombres para formar una comunidad, con representativos de diversas nacionalidades, sobre un precario paraíso sin mujeres y sin alegría.

La estampa del primitivo bucanero es ruda, pero no se mezcla a ningún pensamiento de hostilidad y guerra menos de bestialidad y aniquilación.

Se trata de colonizadores europeos, entre los que predomina el francés sobre una exuberancia de holandeses, británicos y elementos de otras nacionalidades. Gentes taciturnas, a quienes el destino ha sido adverso sin duda, o que buscan anestesiar profundos dolores en el olvido y el desarraigo de la patria, cosa que es a manera de una muerte civil, un suicidio no consumado. Algunos hay, acaso, perseguidos de la justicia, o maltrechos por el amor; otros, quizá simplemente seducidos por el atractivo de la aventura.

Se fincan estos hombres, desde el siglo XVI, a lo largo de las tierras que baña el Mar de Las Antillas, particularmente en la parte Oeste de la República Dominicana. El mar y el paisaje ejercen sobre ellos cierta fascinación, y se acomodan

pronto a una vida bastante miserable, sobre aquellos territorios casi despoblados, por largos periodos mantenidos en olvido, y a los que no es permitido traer mujeres o niños para intentar una tarea formal de colonización.

Integrados en grupos más o menos numerosos, su alimentación consistía únicamente en algunos frutos, y carne especialmente sazónada con pimienta y limón. Vivían de la caza del jabalí y del búfalo americano. De este animal llamado de otro modo "bucán" tomaron en parte su nombre, porque de otro lado "bucán" se llamaba también el tasajo de la bestia, y "bucán" el hogar, el sitio en donde se asaba y se ahumaba la carne y se secaban las pieles, ya para el consumo de la colonia o para el comercio, dudosamente productivo, con los piratas que infestaban toda la cuenca del Caribe.

Este comercio, sólo en cierto modo ilícito, era al principio el único acto reprochable y virtualmente al margen de la ley que realizaban. Pero ellos necesitaban subsistir y los piratas pagaban relativamente bien el suministro. Por otra parte, la caza del toro salvaje y del jabalí no era para esos días una empresa fácil. La gente dedicada a esta tarea tendría que ser ágil y fuerte, y reunir ciertas condiciones de arrojo, valentía y vigor, indispensables para el mantenimiento de la empresa. De aquí que piratas y bucaneros se resultaran mutuamente simpáticos y que reinara entre ellos cierta cordialidad, extremada de parte de los bucaneros debido a su propia debilidad y al hecho de que conocían plenamente la circunstancia de que algún día, si los piratas necesitaban las pieles y el tasajo sin desear pagarlos, podían obtenerlos con suma facilidad, haciendo prevalecer sus fuerzas.

Transcurrido el tiempo, los bucaneros fueron asimilándose a los piratas, identificándose a sus costumbres, y poco a poco dejaron de ser proveedores o cómplices sencillamente, para dedicarse ellos también a la actividad proditoria, como verdaderos aliados, y convirtiendo las islas en refugios y cuarteles seguros para los extraños dominadores del mar.

Cuando España comenzó a sentir molestos a los bucaneros por causa de este contacto frecuente con la piratería, y porque iban aumentando con los años su participación en las expediciones, al principio realizada sólo furtiva y solapadamente, organizó contra ellos diversas expediciones, para desalojarlos de las regiones en que se habían instalado.

Una de ellas, quizá la más violenta, fue la que efectuara la escuadra española al mando de Fadrique de Toledo, en 1630. Los bucaneros de las islas de San Cristóbal y Santo Domingo se refugiaron más lejos, en la isla de Tortuga, a unos 85 kilómetros de la costa venezolana. Pero el gobierno español, más tarde, arrasó esa y otras islas, terminando con toda especie viviente de la selva, y dejando a los bucaneros sin la única posibilidad de subsistencia semi-honesta: la carne y las pieles de búfalo. Sucesivas expediciones continuaron la expurgación de los bucaneros, hasta que se dividieron en dos bandos bien definidos: uno de ellos quedó residiendo en Santo Domingo, a donde el gobierno francés por medio de arreglos internacionales, les hizo llegar mujeres a fin de que realizaran una colonización ordenada. Los otros tomaron abiertamente la vía de la ilegalidad y uniéndose definitivamente a los piratas, se dedicaron a buscar en alta mar las presas que se les negaban en tierra. La actitud española no impidió que Tortuga y otras islas siguiesen siendo utilizadas como concentraderos y centros de operaciones de piratas y bucaneros durante mucho tiempo.

Acompañando a los piratas y merodeadores los bucaneros realizaron audaces empresas en el paso estratégico del Caribe, y se desplazaron por todos los rumbos de ese mar, llenando con sus hazañas un largo período. Desde entonces el término



bucanero adquiere el significado francés, de hombre malvado, vicioso y corrompido. Y como si la palabra que lo designa cumplierse en él un acto de transformación, el bucanero que bajo la denominación americana había sido trabajador pacífico, nada más de carácter un poco brusco, se va convirtiendo en un ser cada día más violento, terrible y sanguinario. El nuevo empuje que dieron a la aventura, terminó por hacerlos notables y superiores. El antiguo pirata fue así desapareciendo, a medida que las hazañas de los bucaneros se hacían más ostensibles, hasta quedar relegado casi totalmente. En un momento dado los piratas franceses, ingleses y holandeses que asolaban las colonias españolas y que imponían su arbitrariedad en el mar, fueron colocados bajo la denominación general de bucaneros.

## II

La actividad de piratas y bucaneros en el Mar Caribe es extensa, y abarca períodos considerables. Esta acción deja huellas profundas en la historia, como sucede en el caso de Belice, colonia fundada por el pirata Peter Wallace, y territorio objeto de constantes disputas durante el período colonial. Los ingleses, quienes se habían apoderado, sustrayéndola a la dominación española, de la costa de Verapaz, por las desembocaduras del Río Hondo y del Wallis o Belice, en donde establecieron, igual que en Yucatán, cortes de madera y palo de tinte, obtuvieron en 1667 y 1670, el reconocimiento de la posesión por parte de España, aunque sin renunciar esta nación al dominio y soberanía del territorio. Esta actitud llegó con el tiempo a ser la base de la controversia actual, que define a Belice como posesión centroamericana, no obstante la denodada lucha de Gran Bretaña por retener ese territorio.

Peter Wallace era un escocés desde muy joven dedicado a la piratería. En su tiempo se iniciaba ya la transición del pirata y el bucanero hacia la nueva modalidad del filibustero culto y con nexos políticos bastante definidos. No era hombre sin patria, sin Dios y sin antecedentes, o con antecedentes sumamente oscuros como una gran parte de aquellos que saqueaban los galeones españoles y a quienes el terror hispánico bautizó con el nombre de "demonios del mar".

Wallace tenía origen y profesión definidos. Era un hombre ilustrado, político y diplomático de algún valor, y en otro tiempo había servido como lugarteniente de Sir Walter Raleigh. Posiblemente él estableció entre los bucaneros la costumbre de preceder los feroces ataques contra tierras y naves, de una oración al Señor por el buen resultado de la empresa.

Se presume que Wallace salió de Inglaterra, con 6 barcos y numerosas tripulaciones, el 14 de mayo de 1603. Se juntó a los bucaneros de Tortuga y Santo Domingo. Fue gobernador por mucho tiempo de la primera isla, ocupada desde entonces como cuartel general de bucaneros y piratas. En 1617, Wallace, tras de un descalabro inferido por la escuadra española, y huyendo de la persecución, penetró en la boca de un río hasta entonces desconocido para él, en la Bahía de Honduras, arribando con 80 de sus más esforzados hombres a lo que es hoy tierra de Belice. La estratégica posición del lugar decidió que se fundara allí una colonia, la cual comenzó por llamarse "Colonia de la Bahía". Con el tiempo, río y territorio fueron tomando el nombre de Wallace, a quien sus secuaces llamaban familiarmente Willia.

Belice viene así a ser una corrupción española del inglés, y sucesivamente se denominó Wallace, Valis, Wellice, Balis y Belice.

Muerto, en 1621, el fundador Wallace, la colonia siguió integrándose, y durante largo tiempo fue refugio de aventureros, piratas, bucaneros y criminales de diversas naciones. Los impulsos más fuertes de colonización vinieron de Jamaica.

Desde 1638 afluyeron los colonizadores y cortadores de madera jamaquinos, quienes a base de trabajo honesto comenzaron a dar al territorio una configuración apropiada al destino que seguiría más tarde. En este detalle se originó el hecho de que los ingleses retuvieran la posesión.

Alexander Olivier Exquemelin, un francés también culto, realizó correrías y depredaciones por el Caribe. Arribó a las Indias Occidentales en 1658, y tuvo acá una historia bastante azarosa y sorprendente. Un día la suerte le sonrió y esta sonrisa tuvo aspecto definitivo en su carrera. En 1665, en un mal barco, y auxiliado nada más por 28 hombres, se apoderó de un enorme galeón hispano separado del grueso de una flota, que había encontrado en alta mar. Dominada la nave con audacia y coraje superiores, se dio cuenta de que conducía riquezas suficientes para hacer la felicidad del más ambicioso. Enfiló su proa hacia Dieppe, en Normandía, y abandonó para siempre las correrías piráticas.

Este Exquemelin escribió un libro que, publicado en 1678, causó sensación entre los aventureros de varias naciones. Relataba dramática y novelescamente la vida de los bucaneros en América, y señalaba con énfasis y deleite las posibilidades de estas tierras colmadas de riquezas. El libro produjo un efecto de fascinación por diversos rumbos y entre diversas gentes. Atrajo hacia el Caribe aventureros de todas las categorías, edades y nacionalidades, y fortaleció los grupos bucaneros con gente decidida, que formaba una extraña amalgama en la que convivían gentes de algún rango social, más de uno egresado de universidades europeas o norteamericanas, con verdaderos derrelictos, fugitivos de la justicia y despreocupados aventureros.

Por esos tiempos se hallaba también en su apogeo Francis Drake, otro pirata de recorrido extenso y de hazañas tenebrosas. En lo mejor de su fuerza, en 1577, cruzó el Estrecho de Magallanes, y llegó hasta México, en cuyas costas realizó temerarias hazañas. Por mucho tiempo actuó en la extensión del Pacífico, merodeando por las islas y costas de Centro América y Panamá.

El recorrido y hazañas del inglés John Morgan ocupan un campo más extenso, aun cuando con anterioridad había tenido un competidor en audacia y capacidad de lucha y expansión: Juan David, quien quizá fue el primer pirata que hizo incursiones formales sobre el territorio de Nicaragua y el primero que saqueó la ciudad de Granada.

En 1670, Morgan, burlando la vigilancia española del fuerte de San Carlos, sobre el río San Juan, y de la misma manera que su antecesor David, remontó el río, atravesó el Gran Lago, realizó el saqueo de Granada, tornó al Océano y se dirigió contra Puerto Príncipe (Santo Domingo). Esta incursión la realizó al mando de 12 buques, pero tenía capacidad extraordinaria para incrementar su flota. Tras de conquistar Portobelo y Maracaibo, adjudicándose el título de almirante y comandando una escuadra de 37 buques, se apoderó de la isla de Santa Catalina, cruzó el istmo y se instaló en Panamá, ciudad que más tarde incendió. Desde el territorio panameño, amenazó nuevamente a Centro América, en los territorios más próximos de Costa Rica y Nicaragua. Esto movió una defensa más activa y eficaz de España en los mares, particularmente en la zona del Caribe, y forzó también la actividad diplomática a buscar medidas adecuadas para restablecer la paz y la seguridad en costas y mares.

### III

Aparte de estos piratas y bucaneros destacados por sus hechos, hay una lista de otros también notables. Entre el fin del siglo XVI y los comienzos del XVII, los principales fueron:

Francis L'Ollonais, Pierre le Grande, Bartholomew Portuguez, Van Har, William Park.

En la centuria XVIII, Barba Negra, Low, Roberts, Kidd y Avery.

No era extraño que, dado el fuerte dominio que piratas y bucaneros lograran y ejercieran en el mar, durante varios siglos, el fenómeno de su crecimiento y su poder llamara la atención de los políticos visionarios, y que más de alguno deseara disponer de esa fuerza superior a toda ley, cuyo control podía determinar, en lo político, grandes posibilidades. Así, no causa sorpresa conocer que se dispensara protección política a piratas y bucaneros. Un ejemplo de esto en Las Antillas, lo constituye Sir Thomas Modyford, gobernador de Jamaica en 1655, quien fue uno de esos penetrantes políticos. Mantuvo una calurosa amistad y protección hacia bucaneros y piratas.

Guillermo III condenó a éstos, al menos en teoría, a la desaparición.

Desde la primera parte del siglo XVII, España había notado que el poder creciente de los británicos en el Caribe tenía algo que ver con la actividad de estos merodeadores, quienes lo auxiliaban valiosamente. Se empeñó entonces en una lucha decidida por eliminar el riesgo, pero sus resultados fueron escasos.

Inglaterra puso fin a la piratería por el tratado de Rywich de 1679, y los piratas fueron elevados entonces a la categoría de caballeros comerciantes. Sin embargo, la piratería continuó desarrollándose y prosperando al amparo de la ostensible o disimulada protección que se le otorgaba. Por otra parte, era dudoso que los nuevos caballeros pudieran resistir el atractivo poderoso de correrías y aventuras constantemente soñadas.

Es de este modo cómo el recelo de otras potencias contra el poderío de España, y las diversas formas de protección política que se dispensan a piratas y bucaneros, propicia la transición del bucanero al filibustero. El filibustero constituye una nueva especie, surgida de la mezcla de las dos anteriores. No se trata de un simple cambio de nombres, que ampara hechos y maneras de actuar de idéntica naturaleza, sino de un cambio fundamental, orgánico, que determina una nueva orientación en los métodos y actividades de la piratería. Esto torna sustancial la diferencia entre pirata, bucanero y filibustero. Este último constituye un tipo más avanzado, que hace coincidir su actividad en el mar con cierta actividad en la política, y que cumple objetivos políticos en su tarea más de conquista metódica que de violencia destructiva. Ya no es el simple asaltante de territorios, ni el saqueador de barcos en alta mar, ni el atroz incendiario de ciudades. Proclama cierto cuerpo de doctrina que tiene por base el sometimiento de los pueblos más débiles y que, a veces aparentemente realiza actos de liberación ostensibles, pero con propósito de arrebatarse de nuevo, al día siguiente, la libertad otorgada hoy.

El filibustero tiene amigos, compañeros, quizá hasta jefes, en las Cámaras, los Senados, los altos cargos gubernamentales, en los países de donde procede. Su actividad por lo consiguiente no se particulariza en el mar. El filibustero en tierra realiza, por otros medios, acciones de sometimiento semejantes a las que podría realizar el filibustero en sus excursiones marítimas.

Es muy significativo el hecho de que, a medida que el poder de la piratería y la acción de los bucaneros iban progresando y desarrollándose, fueran sumándose a sus filas gentes letradas y cultas, de cierta condición, de preferencia con alguna experiencia en la política y la diplomacia. Esta simbiosis hace más fácil la transición del bucanero al filibustero, este pirata más moderno, más depurado, diferenciado profundamente del pirata y del bucanero común, y aun del corsario que sólo representó una patente otorgada al pirata para ejercer libremente su actividad.

El filibustero se convierte en un instrumento efectivo de lucha y sometimiento, desde que se inicia esa transición, para las potencias que desean arrebatarse a España sus provincias ultramarinas. No parece sino que en alguna parte recibe instrucción y preparación conveniente para llenar una significativa misión. Se presume que el filibusterismo aun llega a constituirse en una terrible sociedad secreta designada con el nombre de "Hermanos de la Costa", y que adquiere así una fuerza vitalizadora, que mueve poderosos resortes que le permiten asociarse a la inconformidad de las colonias, producir inquietud y desorden, y llevar cierto estado de descomposición a donde no le es posible emplear sus métodos violentos. Si alguna filosofía hay en esto tendría que ser la de que es necesario liberar a los pueblos para reconquistarlos y someterlos de nuevo con mayor facilidad.

Esta dualidad, quizá multiplicidad del filibustero, junto con el nuevo sentido político de que va impregnada su acción, hace que sin dificultad el término vaya extendiéndose y aceptándose en todas partes, sobre todo en los tiempos modernos, como denominación de determinadas formas de actividad política imperialista.

El filibusterismo abandona su origen marítimo y viene a convertirse así, más que en una acción eventual, en una ideología, en una doctrina de los pueblos fuertes contra los débiles. Lleva implícito cierto sentido constructivo, de creación y fortalecimiento de imperios, ya sea por medio de acciones francas o disimuladas.

En este camino dispone de recursos incontables, de toda naturaleza. Hace surgir a donde llega corporaciones y grupos económicos poderosos; crea por doquier intereses descomunales, ligazones financieras de poder incontrarrestable. Su fuerza múltiple se manifiesta de diversas maneras, pero con un sólo sentido en sus propósitos finales: el sometimiento y la esclavitud.

Sabe aprovechar sagazmente el estallido de las ambiciones personales, las pasiones multitudinarias, los estados de anarquía y confusión de los pueblos; sabe halagar y convencer, pero en cualquier forma que se muestre no revela otra cosa que el íntimo y fortalecido propósito de sumisión y dominio.

Es así cómo la historia, más parecida a una leyenda, de bucaneros, piratas y filibusteros, tras de una sorprendente y continua evolución, llega en los días presentes a ser una depurada doctrina política, o un hacer de naturaleza económica, que deja muy atrás los dominios del mar y la poética, heroica aventura. El puesto de comando del filibusterismo moderno no está ya más en la proa del barco aparejado y listo para el abordaje o el desembarco temerarios: se ha trasladado a los salones de conferencias y a los austeros, luminosos despachos, repletos de mapas y de libros, en donde se traza la política de las grandes potencias.

San Salvador, 1956.

# EL DESPERTAR DE LA FILOSOFIA

Por IGNACIO ELLACURIA S. I.

La historia de la filosofía adolece no rara vez de huecos capitales que desvirtúan su mismo ser y, consecuentemente, su sentido y su significado. Se debe ello a que no se repara suficientemente en que la historia, antes de ser una ciencia —sucedáneo de ciencia diría más de uno—, antes y mucho más profundamente que ser un libro o una asignatura, es una realidad, una categoría de ser peculiar: en el caso concreto de la historia de la filosofía, la realidad de los filósofos y la realidad de la filosofía que ha ido germinando y acrecentándose al correr de la vida y de la historia.

Entre tales huecos, dado el carácter preambular de estas primeras líneas, interesa señalar dos, más decisivos: no se acostumbra a realizar una historia de los filósofos y se confunde la historia de *las* filosofías con la historia de *la* filosofía.

Ahora bien, es imposible la intelección de un sistema filosófico en toda su proyección de respuesta mental a un problema enfrentado con autenticidad y aun

con trágico dramatismo, sin internarse en la historicidad, al menos, condicionante, de la vida del filósofo en cuanto tal y de su filosofía como resultado de una vida filosófica, de un filosofar personal. Es indudable la necesaria disparidad que habrá entre un presocrático, sirva de ejemplo, y un positivista del siglo pasado: las circunstancias históricas con diferenciadísimos horizontes espirituales y aun materiales prestan un cúmulo de problemas, unos utensilios para el trabajo mental, unos principios de solución, unas necesidades espirituales totalmente dispares.

No se pretenda ver en lo anterior ningún pórtico al historismo relativista, pero sí un fuerte reclamo a enfocar la historia históricamente, a recalcar el ser del hombre como ente histórico. El estudio de los filósofos en su biografía profunda que es la única auténticamente biográfica, es la única forma de entrar a la intelección honda de *las* filosofías y, tras ellas, a la integración de *la* filosofía. No que la filo-

sofía se reduzca a su historia, pero sí que la historia de la filosofía sea aporte indispensable para entender lo que ha sido la filosofía y para estructurar una cabal filosofía integradora; en verdad, perenne.

En lo que antecede se han señalado las directrices de este trabajo que pretende cumplir un estudio de la filosofía a partir y a través de distintos filósofos con sus peculiares sistematizaciones filosóficas. El estudio se circunscribe al lapso comprendido entre Tales de Mileto y Sócrates en el que nace la filosofía, se desarrolla y se acaba su primer estadio. El título del trabajo "El Despertar de la Filosofía" indica, además, que su intento trasciende el interés de un trance cualquiera de la historia de la filosofía, para enfrentarse con el gran tema de cuándo, por qué y cómo surge el filosofar y la filosofía en una comunidad y en sus integrantes. No carece de actualidad ahora que se empieza a reconocer un surgir auténtico y pujante, acuciado por una interior inquietud, del filosofar en estas tierras tropicales.

\*\*\*

El más radical y decisivo de los descubrimientos que se puede atribuir al mundo de los presocráticos es el de la filosofía. Ellos adoptaron esa especialísima actitud intelectual, en que consiste el filosofar, no como un esporádico intento ante una cuestión particular, sino como vocación y misión de sus vidas, como personal urgencia. Ellos sintieron, por vez primera, que un pensamiento, para serlo de verdad y en toda su plenitud, tiene que ser filosófico. Al verlo así y al sentirse pensadores dedicaron su existencia al filosofar.

Antes de ellos, en el mundo cultural homérico por ejemplo, el hombre preguntaba también por las razones de las cosas; mas en el orden de las razones no se arriesgaba hasta las causas últimas o no daba con ellas, ni prestaba a sus elucubraciones ese estilo interno de pro-

funda y crítica discusión intelectual que importa y exige el quehacer filosófico. En cambio, con estos hombres, los presocráticos, asistimos, como atinada y exactamente nota Zubiri, "al orto mismo del filosofar en el espíritu, y no solo a la primera forma de filosofía" (1). Por lo tanto, Grecia "representa, en primer término, la manera concreta como el espíritu del hombre ha entrado en la filosofía... Representa, en segundo lugar, ... el más primario y el primer conjunto de posibilidades de que el hombre dispone para filosofar". Ib. Los chispazos anteriores que pudieran señalarse no constituyen una actitud definitiva de orden y estilo sistemáticos: consiguientemente, no representan un filosofar ni posibilitan una filosofía.

En el desarrollo de la cultura, el espíritu humano al lograr su primera madurez busca expresar las vivencias que le invaden y crea el mundo maravilloso del arte. Siente después el aliciente de las razones como una necesidad técnica o como un afán de dominio y seguridad sobre el contorno que le amenaza: se interna entonces en el ámbito de la ciencia. Al intercarse, por fin, hasta el fondo por el enigma de las cosas, si es que ha conseguido afilar convenientemente y espiritualizar el temario de sus inquietudes intelectuales, si es que ha adquirido una potencia mental sutil, honda y rigurosa, alcanza el punto del filosofar. Ese es el triple estadio esquemático que se da históricamente en el mundo helénico y que se da —en cuanto a su jerarquía— en el proceso cultural.

A la filosofía, en efecto, se llega, cuando se va a ella auténticamente, por una necesidad vital de marcado carácter intelectual. En esto convienen unos y otros: porque sea el inicio de la filosofía la admiración como quieren aristotélicos y platónicos, sea la angustia de quedarse a la deriva sin suficiente luz y seguridad para orientarse en la vida según los existencialistas, en ambos casos nos encontramos ante una necesidad vital de

(1) X. Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios*; Poblet, Buenos Aires, 1948, p. 311.

profundo carácter intelectual: necesidad vital, porque es todo el hombre quien se siente impelido por una inquietud que le desasosiega y le urge por entero; de carácter intelectual, porque trata de formular ideológica y sistemáticamente una concepción del mundo, porque trata de investigar intelectualmente las cosas como son, de tener dentro claro lo que fuera está escondido, lo que a los demás se les ofrece superficial y oscuro.

Esa postura que es patente en todo filósofo alcanza en los presocráticos un grado superior de autenticidad. En su tiempo y en su ambiente el ser filósofo no era algo que se estimase desde antes, no era una ocasión de prebendas en el escalafón oficial. Era, al contrario, algo que ellos inventaron, algo en lo que se constituyeron por sí y ante sí, impulsados por un íntimo sentir, por una interior claridad vacilante. No contaban de antemano con temas ni estilos filosóficos, vocabulario preparado o sentencias que iluminasen siquiera la presencia del problema. Las preocupaciones de su contorno, exteriores y corporales, tendían más bien a disuadirles de lo que iba a resultar la filosofía y, ciertamente, iba a delimitar lamentablemente el ámbito de sus problemas y sus soluciones al mundo sensible y exterior. Este último detalle, tal vez nos sugiere que no les urgía una inquietud interior de personal angustia en cuanto al tema, ya que éste se orienta hacia la constitución del mundo sensible. No quiero con esto significar que la ignorancia sobre el mundo exterior no pueda inquietar y angustiar las conciencias como tampoco que la única entrada a la sinceridad vital y a la autenticidad existencial sea la angustia o la inquietud, sino que me limito a la constatación de un hecho, a saber, que el objeto de su preocupación es directamente un asunto exterior y que en el tratamiento de ese asunto no asoma inmediatamente cualquier duda de rostro trágico.

Sin embargo, no es fácil adivinar qué fué lo que históricamente les movió a filosofar, cuál fué en detalle lo específico de su impulso hacia la filosofía. En las

referencias que nos han llegado de Tales, parece apuntarse la pura embriaguez del saber en aquel simbólico cuadro en que se nos muestra al filósofo caído en un pozo por ir absorto en la contemplación del cielo. Tiene también, no obstante, su leyenda alusiones a un aprovechamiento de la ciencia en beneficio propio, donde ya se oscurecen los puros idealismos del estudio y del saber. Arrojándonos al riesgo y a la aventura, podríamos sospechar que el filosofar primitivo y diminuto de Tales nació como una prolongación obvia de su anterior situación científica —era astrónomo de oficio—, en busca de una visión unitaria que desde un único principio explicase el desarrollo de todos los seres.

Asimismo en Anaximandro vuelve a repetirse y acrecentarse esta necesidad de una concepción general y unitaria del universo, llevada a la ejecución con superior sutileza y con un más alto poder de abstracción. No es fácil descubrir en él otro móvil de su filosofar más allá de la exigencia natural del entendimiento siempre abierto a toda insaciabilidad y a todo trascender lo ya iluminado. A medida, además, que se acrecienta la cultura, el contorno social va exigiendo del sabio soluciones cada vez más profundas, elucubraciones nuevas. Estamos ya en un momento de madurez intelectual que exige por sí misma un dominio del mundo por medio de su conocimiento exacto y profundo, críticamente razonado. Ante tales inquietudes intelectuales no son ya suficientes las ensoñaciones míticas ni las seguridades de la tradición: van sintiendo los hombres la necesidad de revisar lo admitido, de fundamentar su vida sobre sí mismos.

Es notorio que tanto Tales como Anaximandro y Anaxímenes lleguen a los preámbulos de la filosofía desde estudios astronómicos. Pitágoras, a su vez, desde estudios matemáticos. Esto señala que en la vía lanzada del intelectual hay que seguir adelante hasta la filosofía: no se sintieron satisfechos por la noticia parcial que les ofrecían en cuanto al tema y en cuanto a la dirección las disciplinas

científicas que cultivaban y buscaron una intelección más global y totalitaria aunque sus realizaciones no alcanzaron la altura de sus intentos.

Junto con todo ello no hay que ignorar el carácter poético con el que tratan de informar sus pensamientos que, a veces, se presentan como genuinas visiones y vivencias poéticas. Esto es signo de autenticidad y, en casos como el de Empédocles, muestra cómo les impulsaba a estos hombres el ansia de unidad, de síntesis intelectual y vivencial. Así fueron conquistando la plenitud y la independencia de sus espíritus iluminados por la seguridad de su esfuerzo intelectual.

Mas no juzguemos que el filosofar y la filosofía sean tarea de unos hombres solitarios sin antecedentes históricos, no juzguemos que Tales y sus colegas representan un corte antes del cual no hay rastro alguno de filosofía y después del cual no hay señal ninguna de mito o leyenda. Sería esto desconocer el carácter histórico de la filosofía en cuanto proviene de un personal filosofar inmerso en unas concretas circunstancias. Así como Descartes pretendiendo dar un giro revolucionario a la filosofía, pretendiendo construir una nueva filosofía dentro de sí mismo y de sus principios, depende muchísimo más de lo que se suele estimar de filosofías precedentes, especialmente de la escolástica,<sup>(2)</sup> también estos presocráticos están condicionados por su tradición y mezclan sus esfuerzos filosóficos con una serie de elementos impuros y ajenos a la filosofía.

Se da necesariamente una interacción entre el filosofar y la filosofía no sólo en cuanto ésta es un producto de aquél y, consecuentemente, depende de su profundidad, de su amplitud, en general de sus valores; sino en cuanto el filosofar está condicionado en su rumbo y en su exactitud por la perfección de la línea filosófica en la que se está instalado. Ahora bien, durante el tiempo que nos ocupa al no haber aún ninguna filosofía a mano, al encontrarse los filósofos con

una acuciante penuria de medios y doctrinas intelectuales es obvio que el filosofar fuera aún algo mezclado con mitos y fantasmas, un discurrir gravado con cargas demasiado imaginativas y sensitivas. Los resultados de ese filosofar: la filosofía, debía ser, por ende, algo no puramente racional, algo no totalmente lógico ni profundo. Estos resultados, a su vez, no urgían al filosofar hasta sus rigores supremos en la crítica, ni hasta los grandes problemas filosóficos que plantea necesariamente la realidad en su unidad y multiplicidad.

Esta es la razón del contraste entre la indudable potencia filosófica de estos hombres y la simpleza de sus resultados y contenidos filosóficos que apenas lo parecen pues, como soluciones, casi no desbordan el campo físico-químico. No por ello hay que negarles la calidad de filósofos: en realidad logran un avance gigantesco al no admitir sino convicciones que pudieran razonar, y sostener basados en la razón y no en la autoridad. Convicciones, además, no cualesquiera sino que van en busca de los primeros principios de las cosas; de intención, por tanto, plenamente filosófica, aunque ciertamente dentro de un horizonte poco iluminado. Si como solución no pasan frecuentemente de principios *físicos* y *próximos* de la realidad *material*, en el planteamiento iban mucho más lejos, hasta los principios *metafísicos* y *últimos* de la realidad *total*. Por tanto, dan una solución falsa a un problema auténticamente filosófico y, en principio, bien enfocado. Sí es cierto, no obstante, que esas soluciones erróneas provienen de no diferenciar bien el campo filosófico, y más propiamente el ontológico, el perteneciente a la metafísica general, de otros campos puramente de ciencias naturales o de preocupaciones y resabios mitológicos: en eso su filosofía y su filosofar son deficientes.

Hay una distinción fundamental en que aparece toda la garra filosófica de estos primeros pensadores: es la distinción, clara en todos ellos, entre *naturaleza* de una parte y *cosas* de otra, junto con el

(2) Cfr. E. Gilson. *Le rôle de la pensée médiévale dans la formation du système cartésien*, Paris, 1930.



no fiarse, sin más, de las apariencias, de lo que las cosas aparentan ser. En esa diferenciación de *naturaleza* y *cosas*, en efecto, se muestra una discriminación entre lo que verdaderamente es real y lo que no lo es sino por participación, se muestra la preocupación de explicar lo uno y lo múltiple, el ser real y sus apariencias, la razón y el sentido. No es, por ejemplo, asequible a cualquier cabeza asegurar que todos los cuerpos son una misma cosa en diversas apariencias ni lo es tampoco el preguntarse por el sentido de la mutación tan fácil de percibir y tan hondamente difícil de explicar. Lástima que no trasciendan de las cosas sensibles ni en su mayoría, del problema de la constitución de esas cosas; lástima que no tengan aún mirada interior, ni, menos, espiritual. Con todo, ese preguntarse por el ser de las cosas —claro que de una manera en un principio muy confusa e implícita—, el ser que de verdad constituye las cosas tras todas sus manifestaciones, preguntarse por lo que las cosas esencialmente son, es ya la puesta en marcha definitiva de la filosofía.

Anaximandro es ya un gran avance en esa vía abierta. Es también de Mileto y casi coetáneo de Tales. De él parte una de las ideas capitales y necesarias en la filosofía: dar con algo que no sea ninguna de las cosas para que pueda ser constitutivo de todas ellas. En esa línea quedará la materia prima aristotélico-tomista, y, mucho más acá el ser y no-ser hegeliano forzando el devenir. Al comienzo de esa línea se debe colocar el *apeiron* de Anaximandro con su doble sentido de infinito: no determinado y no limitado. Si él hubiera alcanzado a estimar la fundamental diferencia, dentro de la fundamental identidad material, entre el orden físico, esto es, el orden de las realidades singulares, y el orden metafísico, absoluto, esto es, el orden de las esencias en su consideración absoluta sin inmediata referencia a su realización singular, su adquisición hubiera sido fundamental para la filosofía perenne. Pero en estos primeros pensadores hay una continua confusión entre esos dos órdenes distin-

tos, lo cual les enreda en equívocos panteísmos y les encierra en una univocidad imposible, como certeramente notó Aristóteles.

Sin embargo, lo que no era sino pre-nuncio en Tales cobra con Anaximandro un sentido formal: hay algo de donde salen y a lo que vuelven todas las cosas: es la naturaleza. No entiende aún por naturaleza ni el principio individual de operación en cada una de las cosas ni tampoco el conjunto de todas ellas, sino algo distinto que está a la base de esos otros dos conceptos a los que posibilita en alguna manera. Efectivamente el sentido de naturaleza en Anaximandro apunta a la totalidad del universo en su estrato más radical y en su aspecto operativo pero con una operación no eficiente sino constitutiva: la naturaleza hace las cosas en el sentido de que las cosas tienen bajo sí constituyéndolas y conformándolas a la naturaleza. Al confundir las diversas causalidades desconociendo las extrínsecas en favor de las intrínsecas tiende a estimar la naturaleza como *lo divino*, aquello que está en todo y es la realidad superior.

El intento de este primer filosofar no es utilitarista. “*En la verdad del sabio griego, el descubrimiento de la naturaleza no tiene finalidad distinta del descubrimiento mismo*”<sup>(3)</sup>. Se trata primariamente de un puro saber contemplativo que, por lo mismo, presta como por añadidura una espiritual independencia de los demás y un necesario dominio sobre ellos y, en otro sentido, sobre la realidad: es el conocimiento el que vence a la realidad que nos amenaza con sus enigmas, que plantea en la encrucijada de nuestros caminos el problema de la esfinge que sólo desaparece con una recta solución. Dar con la verdad para saber y poder dirigir sus vidas: he ahí la necesaria finalidad del pensador helénico. Es un nuevo y plenario estilo de vida intelectual puesto que con él se alcanza una razonada y sistemática visión del mundo que es la que ilumina el com-

(3) Zubiri, I. c., p. 185.

portamiento de la vida y sus posibilidades de obrar.

Este afán de visión unitaria es el motor del primer progreso en la filosofía pero es también su traba inicial porque les fuerza a no atender sino a lo que de común hay en los seres, a lo que les hace unos y semejantes con los demás. Ciertamente tanto Tales con sus dioses o demonios, como Anaximandro y Anaxímenes con sus movimientos tratan de dar con un principio de diferenciación en los seres, pero no atienden a que esas diferenciaciones, si de verdad son reales, tienen que ser intrínsecas y diversificar desde dentro por su misma presencia constitutiva los seres distintos. Además quedaba el gran problema, íntimamente relacionado con el anterior, de cómo puede surgir lo determinado de lo indeterminado, lo múltiple de lo uno, lo *formado* de lo *informe*.

Tal problema lo suscitan nítidamente los pitagóricos que, sobre eso, se colocan en un verdadero camino de solución. No que ellos perciban la diferencia entre causa formal y causa material de un modo explícito que reconozca los dos extremos, sus diferencias y sus posibles adaptaciones. Como sus predecesores se colocan ante la gran cuestión del mundo presocrático: cuál es el principio de todas las cosas. Pero su respuesta es radicalmente distinta: ese principio no es lo común, lo indeterminado, la materia; sino lo diferenciado, lo determinado y determinante, la forma, el número. No parece que desconocieran la parte que en la constitución de los seres tiene su parte material sino que recalcan como más importante la parte formal: como tal escogen acertadamente algo determinado por sí mismo y que, además, implica orden y armonía. Esto significa que como primer principio, como principio fundamental por el cual las cosas son lo que son, ellos colocan la forma, lo formal tanto en el orden absoluto como en el determinado de cada individuo. Pero esa forma tiene un excesivo sentido matemático, faltar, por consiguiente de realidad ya que nunca la fórmula o la ley

matemática podrán dar el sentido ontológico del ser sino tan sólo su trazo, su delimitación externa.

Hirchsberger ha recogido una serie de textos pitagóricos profundamente significativos: "*Grande, perfeccionadora de todo, omnificiente, fundamento y guía de la vida divina y humana, participadora de todo, es la fuerza del número... sin él todo es indefinido, oscuro e intransparente.*"<sup>(4)</sup>. Ellos percibieron bien la armonía y el orden universal, en los que reconocieron una ley cósmica formulable en leyes matemáticas a través de sencillas relaciones numéricas. El peligro estriba en confundir la expresión con lo expresado, la realidad con su fórmula. Sin embargo, el haber reconocido el fundamental orden del universo entero, el haber intentado su explicación a partir de un elemento ordenatriz y determinante, el haber proyectado en el mundo de la ciencia el sentido de las leyes matemáticas hacen del esfuerzo filosófico de los pitagóricos una de las piedras miliarenses en el avance de la cultura y la filosofía.

Con ellos se cierra la primera parte de este estadio que se extiende desde Tales hasta Sócrates. Esa primera etapa tiene como mérito inmarcesible la introducción de la filosofía en la cultura occidental como modo perfecto de vida intelectual. Junto a esa adquisición que supone el filosofar como actitud humana se deben colocar los primeros fundamentos aún toscos de la filosofía como problemática y como ciencia: el problema del principio y el verdadero ser de las cosas, el problema de la unidad y la multiplicidad de los seres, la explicación a través de la naturaleza, la insinuación de principios materiales y formales como base del ser e intelección de la realidad. Con ellos, finalmente, queda abierto todo el sentido de aventura que supone la busca de la verdad y consiste en conocer las cosas como son, y que exige un denuedo esforzado por descubrir tras las apariencias, por desvelar y reve-

(4) J. Hirchsberger, *Historia de la Filosofía*, Fierder, Barcelona. 1956, Tomo I, p. 16.

lar, ese ser escondido, oscuro e intransparente que decían los pitagóricos.

Nos enfrentamos con los pitagóricos ante una de esas vías cerradas en las que no cabe un avance fundamental, un avizorar problemas y respuestas originales, renovadoras. En esos momentos sólo la presencia del genio es capaz de abrir nuevas rutas que aprovechan los anteriores caminos pero que no son su mera continuación. Ese papel revolucionario lo representan en el mundo helénico Heráclito de un lado, Parménides y la escuela eleática de otro: dos hombres que han dejado su huella en toda la ulterior filosofía occidental; hombres, por lo tanto, decisivos que se adentraron en el núcleo mismo de la realidad.

Siempre he estimado que lo decisivo en el mundo de la cultura es acertar con las preguntas, con el planteamiento hondo de los problemas. Logrado eso, la hondura de las soluciones es mera consecuencia de aquel original y primitivo esfuerzo. La pregunta, en efecto, es la que nos instala en una u otra profundidad, la que abre un ventanal a unos horizontes estrechos e indefinidamente extendidos. Precisamente ese hondo preguntarse es el que conduce a Heráclito y Parménides a su decisiva originalidad y a su influjo posterior.

Lo chocante es que, en apariencia, se nos muestra como idéntica su cuestión a la de sus predecesores jónicos: cuál es el verdadero principio de la realidad. Pero es patente a cualquiera que conozca siquiera los rudimentos de la filosofía que tal pregunta tiene una multitud de dimensiones y presupuestos. La formulación precisa en estos innovadores pudiera determinarse así: qué es lo que de verdad es en las cosas que de verdad son; cuál es el ser de los seres, su auténtica realidad en función de la naturaleza. Porque este límite de la naturaleza será siempre algo presente en el ideario filosófico perenne. Delimitar, entonces, la precisa relación entre el ser de las cosas y el ser de la naturaleza es el blanco al que se orienta la actitud inquisitiva de Heráclito y Parménides. Zubiri, en su modo conciso y exactísimo, ha sinteti-

zando así el vigor de la respuesta: "*Para Parménides y Heráclito "proceder de la Naturaleza" significa "tener ser", y la sustancia de que las cosas están hechas es equivalente a "lo que las cosas son". La Naturaleza se convierte entonces en principio de que las cosas "sean". Esta implicación entre naturaleza y ser, entre physis y einai, es el descubrimiento, casi sobrehumano, de Parménides y Heráclito. En realidad, puede decirse que sólo con ellos ha comenzado la filosofía*"<sup>(5)</sup>. Fijémonos en que no se hacen cuestión todavía del ser porque para plantearse es preciso abarcar primero, en algún modo, a todos los seres; es preciso columpiarse entre sutiles sentidos analógicos. Ahora bien, la amplitud de las realidades conocidas es todavía excesivamente restringida e imperfecta, totalmente aherrojada entre límites absolutamente unívocos.

Lo que realmente se preguntan, vuelvo a enhebrar el sentido, es cuál sea el principio de las cosas pero con el fundamental giro señalado por la respuesta: no van a decir ya que la naturaleza hecha concreción en tal o cual elemento como el agua o el aire o el apeiron; sino esto otro, la fijeza e inmutabilidad en Parménides, la mutabilidad de los contrarios en Heráclito. Por tanto, ya no es el inquirir por el principio de las cosas en el sentido de su origen, sino por el principio en el sentido de la nota y la esencia de la realidad, de toda realidad, lo cual ya apunta de lejos al problema del ser. Lo apunta porque en toda formulación ideológica de este calado y rumbo va, siquiera implícita, una persuasión y una idea del ser. Si hubieran distinguido entre realidad determinada y ser que abarca toda realidad, en el que toda realidad se resuelve, tendríamos ya desde entonces una auténtica ontología no sólo como intención que camina a tientas sino como realización lograda pues a ella apuntaba su inquirir esencialista.

Pero desde un mismo planteamiento pueden salir disparadas unas resoluciones

(5) l. c., p. 187.

puestas, si es que la intuición fundamental que se tenga de la realidad es contraria en cada uno de los que enfocan el problema. De ahí que nos encontremos en Heráclito y Parménides con una oposición que se va a prolongar a lo largo de toda la historia de la filosofía hasta nuestro propio momento y que no desaparecerá mientras no se integre todo lo que de verdad y sugerencia esconde cada una de ellas y cada una de sus prolongaciones.

En síntesis la respuesta de Heráclito a la pregunta que antes he expuesto en su significado y trascendencia, podría exponerse de este modo: La verdadera realidad de las cosas estriba en su *hacerse* que, por lo mismo, es un *des-hacerse*, en un *ir siendo* y, por lo mismo, en un *dejar de ser*; en algo dinámico que por su misma oposición interna encuentra el motor de su movimiento y de su ser. Consecuentemente su principio fundamental es el *devenir*, el *estarse haciendo* y *deshaciendo*, la síntesis de contrarios entre el ser y el no-ser, ya que el *moverse* exige esa ruptura entre lo que se es y lo que se va a ser. En ese sentido, las esencias de las cosas fluyen, consisten en ese mismo fluir, en oponerse y guerrear dentro de sí, en romper la identidad consigo mismo: nadie podrá bañarse en el mismo río dos veces porque ni el río ni el que en él se bañó pueden seguir siendo quienes eran. La permanencia de las cosas no es sino aparente y, por tanto, falsa o incierta: no puede consistir en ella la auténtica realidad. Podríamos argumentar conforme a su mentalidad diciendo que si hay alguna mutación todo debe ser mutación, puro devenir sin cosa fija que se mueva o de-venga: es que el movimiento no es un accidente o un sobreañadido al ser, sino que constituye su misma esencia. Las cosas *llegan a ser* porque devienen hacia un ser que nunca puede ser definitivo o estático y que, por tanto, encerrará en sí mismo el impulso hacia una nueva forma de ser en un proceso inacabable.

Pero al comentarista de Heráclito, como sucede también con Parménides, le

sobresalta la aparición repentina del fuego como principio y esencia de todos los seres. ¿Supone esto una reducción de sus soluciones a la misma línea de sus predecesores? En los primeros jónicos encontrábamos dos conceptos correspondientes que, con alguna inexactitud, podríamos considerar como físico el uno: agua, aire; metafísico el otro: la naturaleza como origen y realidad de todo lo conocido. Parménides y Heráclito se balancean asimismo entre esos dos conceptos: naturaleza y fuego en Heráclito, naturaleza y esfera compacta en Parménides. Mas añaden uno nuevo de índole totalmente distinta a la de los conceptos jónicos: devenir en Heráclito, inmutabilidad en Parménides.

Todo ello nos lleva a sospechar una falta de diferenciación suficiente de los problemas y de sus soluciones, una confusión entre el orden del ser en general y de los seres en particular; una confusión, además, entre el plano filosófico-cosmológico y el plano puramente físico; una confusión, finalmente, entre el mundo de la idea como correlato de la esencia metafísica y el mundo de las realizaciones existenciales. Heráclito, ciertamente, cuenta con textos como éste: "*Ningún ser humano ni divino ha hecho este mundo, sino que fué siempre, es y será eternamente fuego vivo que se enciende según medida y según medida se apaga*".<sup>(6)</sup> Pero ahí no nos está explicando sino de qué cosa en concreto están constituidas las cosas concretas y, por tanto, directa e inmediatamente no está atenido sino a una visión física.

En cambio, la formulación general tanto de los jónicos como de los eléatas y Heráclito se instala en una visión superior y distinta, aquella que da como resultado el hallazgo de la naturaleza: lo que verdaderamente existe es *aquello* de donde procede todo lo que es, *aquello* que está bajo todo lo que es como su constitutivo. El desvío hacia la física se abre cuando quieren señalar cuál de los seres concretos tiene esas características

(6) Diels, 30. Citado por Hirschberger, ib. p. 18.

atribuidas a la naturaleza confundiendo así la naturaleza con una determinada cosa cualquiera: agua, aire, fuego, apeiron, esfera...

Unificando, pues, el pensamiento de Heráclito su argumentación total tiene estas directrices: la naturaleza es el principio y el origen de toda realidad que en tanto es en cuanto proviene de la naturaleza. Ahora bien, para que la naturaleza y, consecuentemente, las cosas sean reales se requiere que consistan en *devenir* pues es ésta la nota esencial de lo real. Por tanto, la esencia de la naturaleza que es como primer principio de todo ser es el devenir. Resta entonces investigar cuál puede ser en concreto la realidad concreta cuya esencia manifiesta sea la mutabilidad y de la cual puedan proceder todo lo que es. Como el fuego cumple con esas condiciones, resulta que él es en concreto esa naturaleza. El fuego, en efecto, tiene en sí esa lucha de contrarios específica del devenir pues deshaciendo unos seres forma otros nuevos, estando en ese sentido por encima de todas las cosas, del ser y del no-ser. El fuego "*no es la unidad dialéctica del ser y del no ser, sino la unidad cósmica de la generación y destrucción en una única fuerza natural*".<sup>(7)</sup>

Dado tal sentido superior al fuego como primer principio, en realidad se logra un soberbio avance frente a jónicos y pitagóricos ya que no sólo sabemos —o nos preguntamos y con tal pregunta nos instalamos en un sobresaliente modo de filosofar fecundo— que el ser de las cosas depende de su relación con la naturaleza sino que conocemos la esencia de esa naturaleza, su distintiva nota metafísica y, además, el signo de la procedencia real de un ser a partir de la naturaleza.

Aristóteles nos ha recogido como propias de Heráclito aquellas palabras que Hegel califica de profundas: "*El ser y el no ser es uno y lo mismo, todo es y no es*".<sup>(8)</sup> La interpretación, ciertamente prolongación pero no desviación del

pensamiento heracliteo que nos da Hegel, viene a coincidir con lo que antes expuse: "*La verdad no es sino la unidad de lo contrapuesto y, concretamente, de la pura contraposición del ser y el no ser... lo absoluto es la unidad del ser y del no ser*". Y poco después: "*en cuanto que todo es y no es, Heráclito ha expresado... que el todo es el devenir... Gran pensamiento éste de pasar del ser al devenir*".<sup>(9)</sup> Como conciliación de opuestos está el devenir que es, por tanto, lo absoluto cuya esencia, consecuentemente, será devenir, con lo que coloca el movimiento en la raíz misma y superior de toda realidad. Y para que mis anteriores frases se aclaren en contraste con la oscuridad necesaria de Hegel y Heráclito al alimón, vaya esta proposición de aquél: "*en cuanto que cada cosa es lo otro de lo otro como de su otro, en ello precisamente va implícita su identidad. En esto consiste el gran principio de Heráclito, el cual podrá parecer oscuro, pero es especulativo*".<sup>(10)</sup> Porque también a Heráclito apellidó la antigüedad "el oscuro".

Parménides, a su vez, en el mismo nivel de pregunta que Heráclito se abre a un mundo totalmente distinto. La cuestión, recordémosla, era: cuál es la auténtica esencia de la realidad, qué es lo que de verdad es en las cosas que son? La respuesta: *el ser existe y el no-ser no existe. Tú no saldrás de aquí*. Esa respuesta no puede ser pensada de otro modo y, consecuentemente, no puede ser de otra suerte, porque "*lo mismo es el pensar y el ser*".<sup>(12)</sup> Porque cómo pensar en lo que no es? No es hacedero, es algo repugnante en sí pues el no ser no posee contenido alguno y, por tanto, es impensable. Y, al contrario, si se piensa, se le ha dado algún contenido, por tanto, la negación de la nada, la presencia del ser. El no-ser para ser pensado debe dejar de no-ser: se autodestruye, pues, en el pensamiento. "*Menester es al Decir, y al Pensar, y al Ente ser; porque del Ente*

(7) Zubiri, I. c., p. 191.

(8) G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*, México, 1955 T. I. p. 262.

(9) Ib.

(10) Citado por Hegel, ib. p. 264.

(12) Diels, 3.

es ser y no ser del no-ente".<sup>(13)</sup> La persuasión en la excesiva objetividad de la mente humana que no puede pensar las cosas sino como son, en el doble sentido de no poderse apartar de la realidad y decir todo lo que la realidad es, tiene que llevar necesariamente a tales conclusiones. Además el pensar de que cree echar mano Parménides es un pensar de índole intuitiva totalmente apartada de las precisiones de la abstracción. El absolutismo con que ha pensado el principio de identidad sin analogías ni atemperaciones algunas le ha hecho avanzar demasiado lejos.

La noción de ser si es que se la piensa recta y verdaderamente no puede ser sino una, puesto que de lo contrario habría algo que fuese no participando del ser. Ahora bien, esto es imposible porque ni siquiera puede ser pensado. Hasta aquí procede bien Parménides. Donde se inicia su exageración y su falsedad es en concebir esa unidad de forma necesaria y esencialmente unívoca, y en trasladar en paralelismo cerrado, todo el orden de sus ideas al orden de la realidad. Tenemos así que para él, el ser es uno, único, inmóvil, sin principio ni fin, compacto. Son conclusiones evidentes de las premisas establecidas: no hay paso del no-ser al ser pues el no-ser no es, ya que no-ser es lo mismo que nada y lo es así por su mismo concepto; por tanto, necesariamente negación del ser y del llegar a ser. Eso mismo es lo que explica la imposibilidad de mutación alguna; porque toda mutación supone un ser distinto de lo que se era, lo cual no es posible sino con la presencia de algo que antes no era o con la ausencia de algo que era; pero ambos extremos son imposibles pues el paso del no-ser al ser no se puede concebir lo mismo que es inconcebible la desaparición de algo que ya era. ¡Siempre en pie el paralelismo entre el pensar y el ser!

El hallazgo del ser como nota fundamental de la realidad, un ser concebido como plenamente idéntico consigo mismo

ha podido seguir este itinerario: por naturaleza se entiende el principio originario y común del que proceden todas las cosas; ahora bien, el elemento común a todas las cosas y el más radical a todas ellas es el ser; luego es el ser con todas sus propiedades esenciales: fijeza, inmutabilidad, etc., la forma real y esencial de la naturaleza. "No ha sido ni será, sino que es, y lo es todo a un tiempo": lie ahí el ser sin historia, el ser negando toda mutabilidad en la antípoda del devenir heraclíteo instalado como la misma esencia fundamental de la realidad. Parménides se atendrá siempre a su intuición primitiva y fundamental según la cual el ser se presentará siempre como algo inmutable, a la vez que la inmutabilidad se ofrecerá como condición indispensable del ser: no puede estimar como ser sino lo que no puede ser de otro modo, lo que por siempre es. Idea esta última que se entañará en el núcleo mismo del platonismo y, purificada, en el de la filosofía perenne.

Dos extremos lamentables son el límite de esta primera ontología: la confusión de la noción de ser con un ser existente y la reducción del ser en general a una esfera compacta de naturaleza material. Al primer extremo le ha conducido su deleznable teoría epistemológica de un carácter absolutamente primitivo e ingenuo dentro, eso sí, del primitivismo e ingenuidad muy relativos que permite el plano filosófico: su decantado paralelismo entre el pensamiento y el ser exige una serie de precisiones que hacen imposible el sostenimiento en bloque de tal principio y cuyo olvido lleva a un confucionismo sin posible salida intrínseca; relacionado con ello está su mucha confianza en un intuicionismo ingenuo, no aquilatado por rigores deductivos que salvarán a Aristóteles del falso dilema planteado por Parménides frente a toda mutación. Al otro extremo le ha inclinado el ámbito histórico en el que vivió que por pertenecer a la cultura griega necesitaba de delimitar, de concretar cara al sentido, a la apreciación sensitiva agarrada a lo corporal y a lo presente:

(13) Citado por Hegel p. 233. La traducción excesivamente liberal es de J. D. García Bacca.

hablando de Heráclito ya expliqué el proceso lógico (??) que puede llevar a colocar al fuego como primer principio. Paralelamente se puede proceder con Parménides que por sostener un principio de realidad: la inmutabilidad tan contrario al de Heráclito: el devenir, tenía que concluir por un primer principio opuesto al fuego como es esa esfera fija e inmutable, realización sensible la más acertada de sus principios intelectuales.

Sin embargo, no es mi intención desestimar ni siquiera desvalorizar el arranque y la transcendencia metafísica del pensamiento parmenideo. Más o menos a oscuras ha tratado de pensar o, al menos se ha encontrado, con el ser en cuanto ser. Así lo estima Gilson aunque otros disienten.<sup>(11)</sup> Ciertamente entre él y Heráclito forman el trampolín desde el que Platón y Aristóteles, sobre todo este último, partirán para sus decisivas adquisiciones sobre el ser en cuanto ser. Aunque en él se conciba más el ser como principio inmediato y formal de realidad, sin embargo al haber detenido su consideración en el enfoque de ese principio de realidad como ser, se ha insinuado en terrenos del ser en general, al cual si no lo ha pensado exhaustivamente ni siquiera con suficiente rectitud, no obstante se ha aproximado y lo ha situado como objeto central de toda discusión metafísica. No teniendo seres de los que abstraer su concepto de ser sino un solo ser sensibilizado en una esfera compacta como todo y uno a la vez, era imposible que llegase a una idea transcendental como será necesariamente la idea objetiva del ser.

Tanto Heráclito como Parménides cuentan aún, más allá de lo expuesto, con notorios avances filosóficos. Pero antes de exhibirlos sucinta y sintéticamente pues la índole de este ensayo no se presta a análisis críticos, quiero resumir el nivel de sus pensamientos que llamaría puramente ontológicos si hubieran sabido lo que es una ontología:

1) El ámbito de su problemática es lo

sensible y externo como esencia abstracta aunque sin percatarse explícitamente de esta abstracción de la esencia de lo sensible. El horizonte en que limita esa misma problemática es el concepto de naturaleza y de realidad en función de la misma naturaleza.

2) Por naturaleza entienden aquel primer y único principio del que proceden todas las cosas a las que origina constituyéndolas.

3) Precisamente, pues, por proceder de la naturaleza tienen las cosas realidad y en esa articulación de cosa y naturaleza está el principio de su progreso filosófico: las cosas son, tienen tanta realidad cuánta sea su participación —se inicia aquí este concepto capital—, de la naturaleza.

4) Está así concebida la naturaleza como un principio activo que proporciona a todas las cosas un elemento común y esencial que es el *estar siendo*.

5) Al caracterizar esencialmente ese *estar siendo*, Heráclito se decide por el *devenir*. Parménides por el ser idéntico e inmutable.

6) Ese ser con la peculiar nota que lo constituye tal y lo significa, lo concretiza —sensibilizándolo—, Heráclito en el fuego. Parménides en una esfera maciza. Fuego y ser-esfera son los correlatos reales y sensibles de la idea de naturaleza.

7) La pregunta característica de ellos no es ya “cuál sea la arché, el principio primero de todas las cosas”, sino “cuál es la nota esencial y constitutiva de ese principio y de las demás cosas si las hay”.

8) Sus respuestas divergentes abren las dos direcciones perpetuas y fundamentales de la filosofía: ser inmutable y ser movable.

9) Parménides por la especial dirección de su pensamiento, ahincado en el ser como tal —a pesar de todas sus confusiones y limitaciones— presenta una entrada a la ontología como tal. Heráclito introduce en el ser el concepto de tiempo e historia tan caro a toda la filosofía última.

Si de la consideración del ser en sí

(11) E. Gilson. *El Ser y la Esencia*, Desdée de Brauer, Buenos Aires, 23 e.s.

pasamos al problema de la captación de ese ser, nos encontramos con una incipiente epistemología aunque sin bastante rigor crítico y amplitud sistemática. Es que los movimientos primitivos en cualquier manifestación de la cultura se dirigen espontáneamente hacia los objetos, objetos, además, por lo general exteriores. Sólo más tarde se orientan hacia objetos interiores y hacia reflexiones sobre la objetividad y el valor de las primeras contemplaciones. Estamos aún muy lejos del sistematismo crítico de Descartes o Kant.

De ahí que la teoría del conocimiento no sea en estos primeros filósofos un preámbulo condicionante de la ontología sino un acomodo de lo que el sentido común sostiene a la peculiar concepción del universo que cada uno de ellos considera como primaria y verdadera. Así la concepción del ser como esencialmente *devenir* trae en Heráclito una serie de postulados criteriológicos: unos referentes a las relaciones entre sentido y razón, otros pertinentes al modo intelectual de conocer. Lo mismo acaece con Parménides.

En Heráclito acaso sea la intuición sensible quien ha empujado primaria y subconscientemente a la consideración del devenir como esencia universal y última de toda la realidad. Pero era necesario el abandonar la fe en los sentidos, una vez que se mantiene esa perpetua y universal movilidad sin *cosa* que permanezca tras el cambio. De ahí la dualidad: sentidos-opinión; mente-verdad. "*Malos testimonios son los ojos y las orejas de aquellos que tienen el alma inculta*".<sup>(15)</sup> Quiere esto significar que los sentidos sirven a la vía de la verdad, pero siempre que el alma no sea inculta. El conocimiento sensitivo tiene como el sueño y el sentimiento mucho de subjetivo, de mera apreciación personal, de puro saber particular; el conocimiento racional, al contrario, busca lo uniforme, lo común, lo que necesariamente se impone a todas las mentes. El sentido no puede alcanzar

lo que de no-ser hay en todo ser, en lo cual se encierra la más profunda verdad y certeza acerca de la realidad. Todos estos primeros filósofos no entienden por verdad cualquiera adecuación o parecido entre lo que la mente dice y lo que la realidad es, sino que la entienden como un descubrir y un encontrar mentalmente lo que de esencial, lo que de más auténtico encierran las pupilas entreabiertas de las cosas. Juntan la verdad con la sabiduría. Así dice Heráclito: "*Todas las cosas son uno, esto es, sabiduría*".<sup>(16)</sup> Los sentidos tienen, en definitiva, mucho de sueño, por lo que no perciben ni la verdad ni la sabiduría. Se entra así, ya desde ahora, en delimitar las diferencias entre el conocer del sueño y de la vigilia.

Eso por lo que respecta a la relación entre el sentido y la razón. Por lo que se refiere al modo específico del conocimiento intelectual es fácil ver cómo su concepción de la realidad debía conducirle a la negación de todo concepto abstracto y fijo y a la sublimación del intuicionismo instantáneo. Esa es la postura epistemológica de todos los deveniristas. Aristóteles ya lo indica sagazmente: "*si todo fluye y nada permanece no puede darse una ciencia ni una verdad*".<sup>(17)</sup> Lo cual asimismo lo formula penetrantemente Santo Tomás: "*lo que es continuo moverse no puede ser captado con certeza, puesto que antes de poder ser juzgado ya ha desaparecido*".<sup>(18)</sup> Intuicionismo, relativismo, nominalismo... he ahí los derivados de una ontología en la que sobre el mismo núcleo del ser se ha proyectado un absoluto devenir. Sin embargo, la clara y constante intención de Heráclito es apartarse de todo subjetivismo, de toda ruptura con la realidad que le rodea: diríamos, sin exagerar, que quien hace a la mente objetiva, racional y luminosamente lógica es la misma realidad, informada toda ella de *logos*.

Este concepto de *logos* es capitalísimo en la concepción heracliteana de la

(15) G. Fraile. O. P., *Historia de la Filosofía*, I. Grecia y Roma, BAC. Madrid, 1956, p. 135;

(16) Diels, 22 B 50, citado por Fraile, ib.

(17) Met. A. 6; M. 4; cfr. Hirschberger, I. c. p. 19.

(18) *Summa Theologica*, I, g. 84. a. 1.



realidad. Mantiene sus dos matices fundamentales patentes en griego e in-traducibles conjuntamente en castellano: *logos* es la raíz de la palabra hispana *lógica* y apunta a ese sentido de racional, pero también conserva su relación con el *lego* helénico y, consecuentemente, entraña el sentido de *decir*, de *palabra*, de *manifestación por la palabra*. Toda la diversidad, obvio corolario del movi-lismo, tiene una atadura común de unidad racional, de medida ordenatriz, de ley realísima que ontológicamente lo regula todo, “*que gobierna todas las cosas a través de todas las cosas*”. (19) Todo se muda, pero la razón según la cual todo se muda es inmutable, es necesaria. A ella se debe que todo proceda con orden y armonía lógica y estrictamente neces-arios. Tal vez, se pueda apreciar en ella un paso adelante sobre el avance pitagórico de los números como forma de la realidad: Heráclito reconoce como los pitagóricos el orden del universo: no se contenta, en lo que les sigue, con una explicación a partir de elementos inateriales sino que exige otro de índole formal: su progreso consiste en haber unificado y radicalizado ese elemento en la razón. No ha penetrado, con todo, en la esencia de esta ley racional, recto-ra del universo como todo y como par-tes: lo que se puede descifrar es que se trata de una ley immanente al mundo a la que éste se conforma en su evolución, a la que se ve forzado a seguir por impulso efectivo de esa ley. Porque no sólo asegura que el devenir del mundo sigue un desarrollo conforme a la razón sino que va más allá y asegura que es la razón quien impele al mundo a ese desarrollo armónico y racional.

Precisamente en cuanto se comunica, conforma y se atiene a esa razón es nuestra mente racional, lógica. Como a aquel *logos* fundamental le atribuye un carácter divino se ve claro cómo a nues-tra razón no le queda sino un tomar conciencia de aquélla, un constatar la objetividad racional de todo lo que le

rodea. Ahora se entenderá mejor como la verdad y la sabiduría para Heráclito consisten en percatarse unitariamente de que todo es uno, de que la razón está en todo. El individuo tiene que dejarse de todo individualismo subjetivo para participar de este universalismo obje-tivo.

Asimismo Parménides tiene condicio-nadas todas sus posiciones gnoseológicas por su peculiar ontología. Si recordamos que negaba toda movilidad al ser y, con-secuentemente, toda multiplicidad porque el movimiento y el cambio, según él, importarían que algo fuese y no fuese bajo el mismo respecto, y si nos fijamos que esta negación del cambio no puede sostenerse frente al mensaje de los sen-tidos y de las apariencias, tenemos que, en pleno paralelismo con Heráclito, Parménides sostendrá la debilidad del sen-tido frente a la razón, y la intelección de la verdad como un desvelar apariencias para dar con el real ser de las cosas.

Su posición fundamental de que lo mismo es el pensar y el ser si la quisiéramos exponer de forma un tanto simplona significaría que las cosas son como las pensamos. Ese que es el sentido general de la frase tiene adheridas otras parti-cularidades que singularizan la postura de Parménides. Ante todo, que la esencia del ser es una esencia racional con lo que nos colocamos en la misma línea de Heráclito con su *logos*, aunque con un im-portante giro en el que se da la primacía al pensamiento sobre el ser con una especie de idea clara y distinta implícita como suprema reguladora de la realidad. Después, y en la misma línea, que el ser no tiene una configuración sensitiva sino racional y que, por tanto, queda por encima de todas las veleidades con que el sentido pueda contradecir, a la razón. Por fin, y es la implicación más grave, que debe darse un absoluto paralelismo riguroso entre el *modo* de pensar y el *modo* de ser, con lo que se hace patente la total ausencia de reconocimiento para el carácter abstracto y universalista de nues-tras ideas sin el cual es imposible tanto una teoría del ser como del pensar.

(19) Dicls, 22 B 21; Fraile, I. c. p. 137.

Todo esto, sin duda, se presenta mezclado con una serie de elementos espúreos de índole corporalista como la explicación del pensamiento en función del predominio del calor o el frío. Una vez más aparece cómo el ambiente de estos filósofos está aún impregnado, aun contra su decidido querer, de aires sensualistas. Por lo demás, muchas de esas expresiones admiten sentidos figurados.

Parménides en conjunto es un decidido racionalista no sólo en su actitud sino, principalmente, en sus presupuestos: todo objeto de nuestro pensamiento *existe* y existe tal como lo pensamos; todo ser es plena y perfectamente inteligible por nuestra razón. No hay que ver en él, no obstante, ninguna inmediata o necesaria abertura al idealismo pues no tiene ningún sentido primariamente idealista como si el ser no fuera sino pensamiento. Tal proposición sería inconcebible en mentalidades como las de estos filósofos ignorantes aún de la diferencia sustancial entre el ser como realidad y el ser como idea. Con todo, un principio de subjetivismo se marca en Parménides al forzar la inteligibilidad del ser conforme a moldes de pensamiento puramente humanos: en él, al contrario de Heráclito, como ya noté, es la mente quien señala la pauta y no la realidad. La exageración posible y factible de tal presupuesto puede considerarse como una de las primeras luces con que alarma el idealismo a las filosofías objetivas.

Si nos detenemos en una consideración de conjunto sobre todo lo que antecede, nos asombra la ausencia de principios trascendentes en todo lo que llevamos visto del pensamiento presocrático. Efectivamente el mundo filosófico de los griegos como su mundo literario y artístico hasta la entrada radiante de Platón y Aristóteles en su cielo, no se ilumina con una clara visión de la necesidad de Dios como explicación última de toda la realidad. Esto plantea delicados problemas que no me es hacedero solventar aquí: baste decir que filosóficamente no estaban aún maduras las inteligencias para

enfrentarse con una teodicea que, como sustenta largamente Santo Tomás, requiere unas bases filosóficas nada comunes, unos procedimientos lógicos perfectamente pulidos, un acabado sistema sobre la realidad.<sup>(20)</sup> Nada de esto se ha hecho presente todavía en este alborar del pensamiento filosófico.

Algo ya se prenuncia: El *logos* de Heráclito, la justicia o necesidad de Parménides, la tendencia general de los pitagóricos como asociación religiosa, y, principalmente, las elucubraciones de Jenófanes quien se abre explícitamente al problema de Dios.

En efecto, este predecesor de Parménides radicado como él en Elea y contemporáneo suyo aunque mucho más viejo, inicia ya una purificación decisiva del Olimpo griego fantaseado por Homero y Hesíodo: los dioses creados a la semejanza de los hombres con el propósito de legitimar las más ruines flaquezas humanas no son dioses. Se había percatado en sus viajes que cada raza configuraba a sus dioses conforme a sus tipos biológicos y a sus tendencias sentimentales. Contra esto clama Jenófanes quien lucha por restaurar la idea que la razón natural tiene que forjarse de Dios: "*Un único Dios; de todo lo que puede uno representarse, lo más grande; en nada parecido en figura ni en idea a todo lo mortal... él ve, él piensa, él oye... siempre en el mismo lugar, sin moverse para un lado ni para otro...*"<sup>(21)</sup>. Dios es uno solo y sus propiedades sólo se alcanzan pensando lo mejor que pueda pensarse. Con todo, no alcanzó una distinción acabada entre el mundo y Dios: sus conceptos y sus principios filosóficos no estaban suficientemente preparados para tan ardua y sublime tarea.

Estamos en el siglo VI antes de Cristo. Es digno de notarse para espanto de pensadores naturalistas cuánto más exacta era desde mucho antes la concepción que los israelitas sustentaban sobre la divinidad. E Israel era un pueblo de quilates

(20) *Summa contra Gentiles*, I, 1. C. 4.

(21) *Diels*, 23, 24, 26; cfr. Hirschberger, p. 20.

filosóficos y culturales de muy inferior calidad que los del pueblo de la Hélade. Pero las vías del pueblo escogido no eran caminos de abajo arriba sino que descendían de lo alto para luz, vida y consuelo de los hombres más como tales que como filósofos.

Las disquisiciones sobre la divinidad demuestran en Jenófanes un penetrante espíritu filosófico hasta tal punto que, en parte, mantienen su vigencia. Tanto sus virtudes como sus debilidades son resultado de la general orientación de los eleatas, tal como la expuse al hablar de Parménides. Puesto que en estas líneas no se persigue un afán de estudio analítico sobre el pensamiento de los presocráticos sino un señalamiento de los rumbos que ha seguido históricamente el despertar de la filosofía, me eximo del estudio detallado de ese pensamiento sobre Dios. Asimismo no voy a entrar en el análisis de la postura de Zenón, el gran discípulo de Parménides y perteneciente a su misma escuela. Señalaré, no obstante, su significado.

Hegel dice de él: *“Lo propio y peculiar de Zenón es la dialéctica, que, en rigor, comienza con él”*. El haber sido iniciador de la dialéctica y el acaecerle que lo propio y peculiar suyo sea la dialéctica es algo de enorme importancia en la historia de la filosofía. Hay entre los modos de filosofar, llamémoslos así, intelectuales, dos formas fundamentales: una la del que atiende a las cosas; otra la que se atiende a las razones de las cosas. Aquella es siempre la inicial, la propiamente creadora, la que se pone en inmediato contacto con la realidad a la que trata de arrancar su secreto y su verdad. La otra, la dialéctica es ya la propia de la escuela, la que anda tejiendo y destejendo razones más que verdades, distinguos y sutilezas sin inmediato interés por la realidad, antes atento a los argumentos de los adversarios a quienes se pretende acallar. La primera de esas formas de filosofar propende a ser poco pulida y crítica; la segunda tiende a ser poco realista.

A esta segunda forma de filosofar

pertenece Zenón con su enorme inteligencia de dialéctico al servicio de la filosofía fundamental que creó Parménides. No es que sea un repetidor, puesto que en el orden de las razones es más sutil y variado que su maestro, pero ya no trabaja tanto cara a la realidad cuanto a la polémica. He ahí la gran diferencia y la matriz fundamental que todas las filosofías escolásticas —entendido el término en toda su amplitud sin referencia particular a la filosofía aristotélico-tomista—, seguirán. La argumentación más que de tipo inventivo, creador se convierte en reducir al adversario a absurdos y contradicciones; más que al encuentro de la verdad se marcha a la refutación del error.

Chesterton hablando de Santo Tomás nos dice que tiene la virtud fundamental de todo polemista: ponerse a discutir en el plano del adversario o, por lo menos, en un plano común al adversario y a él. Esta actitud la inicia Zenón cuando va a buscar al enemigo en su propio terreno sin partir como premisa lógica del propio sistema como patrón de toda verdad. Así no pretenderá demostrar directamente la imposibilidad del movimiento a partir de la necesaria fijeza del ser como había hecho Parménides, sino que, arguyendo sobre los absurdos que se siguen de la admisión del movimiento, concluye, casi como sin querer, la fijeza del ser. El acento, con todo, se carga más sobre la refutación y la crítica.

Los particulares argumentos empleados por Zenón en su trabajo de zapa frente a los adversarios de Parménides son muy ingeniosos, pero además suscitan problemas filosóficos sobre el espacio, el continuo y el movimiento nada fáciles de responder; asimismo sugiere la relación entre dialéctica y movimiento, tema fecundo por su referencia a Heráclito. Pero para el caudal de la filosofía en su crecimiento constante no implican tal aporte que sea necesario recogerlos en detalle aquí.

Parménides y Heráclito han situado a la filosofía en una encrucijada de la que no va a ser nada fácil salir. Zenón

ha exacerbado el problema y la paradoja. Pero también es verdad que la filosofía ha quedado ya puesta en marcha; y ya toda cultura de algún desarrollo, necesitará confluír hacia esa forma suprema del pensamiento natural, que es la filosofía. Esta, a su vez, no deberá, ni podrá, prescindir de su propia situación y grado en la mente y en la obra de los filósofos que van pasando, ya que en más de un sentido, y no de los menos importantes, es el quehacer filosófico un menester histórico que tiene por sujeto y por destino la humanidad entera.

Así tras estos primeros héroes y mártires del pensamiento que después de morir a toda banalidad y apariéncia en ese potro felicísimo escondido en el hondón de la vida humana, murieron también en el destierro o en el suplicio por sostener el derecho a pensar auténtica, rigurosa y profundamente la verdad última del ser y de la acción humana; tras estos descubridores de esa tarea tan inútil... y tan necesaria como el filosofar y la filosofía, la ley de la historia que no es sino la ley de la vida humana fuerza la presencia de otros pensadores que tienen ya condicionado su ser por quienes les

antecedieron. Ellos intentarán pensar otra vez la realidad arrancando de la tradición pero, más originariamente, arrancando de sí mismos, de su sincero sentir ante el mundo. De ahí que su pensamiento sea, de un lado, original, personal: distintas soluciones al misterio del ser y la realidad; y de otro sea consecuencia y resultado de la situación en la que encontraron a la filosofía. Efectivamente pretenderán conciliar las dos posiciones de Heráclito y Parménides, ambas, al parecer, sólidamente establecidas para siempre pero, al mismo tiempo, insostenibles conjuntamente.

Estos nuevos filósofos son los que completan el ciclo que muere en labios de Sócrates tras la instaurada forma de dialéctica que implantan los sofistas. Su estudio será objeto, Dios mediante, de un próximo artículo, separado de éste tan sólo materialmente por razones de espacio. Ambos, en efecto, no pretenden sino mostrar cómo es la historia de la filosofía, cómo es la filosofía históricamente en su despertar.

Tal vez de este modo se contribuya a apresurar ciertos amaneceres.

San Salvador.

# EL MAIJU

Por FABIAN DOBLES

¿Verdad que hubiéramos sido muy tontos si no le sonsacábamos a Tata Mundo el cuento que le sirvió de tanto para tener de su mano a los linieros, la vez aquella que dijeron éstos a hervírsele y derramársele del perol, en la famosa Huelga Bananera del Atlántico? Pues se lo preguntamos, que ni enredo, y él se puso a recordarlo:

—Uh, ¿que si me acuerdo? Y de lo más bien... Vean, muchachos —les advertí a aquel sartal de linieros acalentureados—, no crean a mí me cogen de buenas a primeras en este viene y va de huelguerías y protestantismos. Yo fui minero al reventar el siglo, y en Abangares una vez las cosas también se nos pusieron agrias y peludas a los hombres. Había cada pesado capataz y un administrador que mejor hubiera estado de mata-reses en el rastro de mi pueblo. Ya a naide le tenía cuenta fregarse media alma en aquellas cuevas del diablo, pues a la hora de las verdades, los sábados, por todo te tijereteaban el jor-

nalillo, a más de que la plata se te iba resbalando lindamente de la bolsa con el cuento de los boletos y las mariquitas de la Compañía minera con los comercios de la villa. Para más palos llevar, comenzaron a apagarse los trabajos, como si desde alguna parte les soplaran la llama, y ya sólo los daban a destajo, con lo que unos cuantos contratistas garifos fueron los únicos que sacaron tajada. Ni para qué hablar de la mortandad que a cada rato se soltaba en tanto socavón mal asegurado, donde meterse era jugársela completa y ya eran muchos los que habían dejado el pellejo para que lo curtieran los zopilotes. Y después, naide se acordaba de chacalines huérfanos ni de viudas, asina que cada perro tenía que curarse su propia sarna y cada palo aguantar su vela, sin Dios ni ley que ayudaran. Con todo eso, hacía tiempos que el descontento venía cuajando, y la huelga estalló de un día para otro, porque estas rompeduras re-vientan de ahí nomás por cualquier

cosa cuando es que desde antes han venido empollándose solas, por un tal capataz que balaceó a un minero muy querido de todos nosotros y después, como si nada, se quedó muerto de risa. Y como entonces yo no era ningún viejo comodioso, con Feliciano Ardiles, guanacasteco muy parado, Lito Bermúdez, herediano muy gallo, y un tal Yañuario Grajales que era el hombre más discutido de las minas, valiente pero muy atravesado, nos pusimos a repicar las campanas y dirigir la procesión, con lo que perdimos hasta lo que no teníamos. Muchachos, y no lo digo para que se aflojen esta vez ustedes, yo fui a dar con mis huesos después a las llanuras de San Carlos, donde viví cuatro años condenado a destierro, aprendiendo por cierto la mar de cosas nuevas para hacerle a la vida y agarrarle la punta de sus mañas a los ríos y las montañas. Vieran cuánto me enseñó un gran compañero que allá me topé, y al que mentaban Matatigres. Si fue precisamente por él que ahora puedo contarles esta historia que sigue, que a mí se me dio ver con estos ojos cuando allá no había ya raicillero que se aventurara en las espesuras entre el río Frío y el San Carlos.

Los raicilleros eran tipos muy curiosos. Asina como la chorega sólo medra en aguas que están quietas y el perro quiere pulgas para poder entretenerse rascándose las, el raicillero no se da más que en montaña donde haya ipecacuana y no se parece a naide más que a otro raicillero. La mayoría eran ricaragüenses del otro lado del San Juan, que en sus correrías bajaban hasta acá, casi siempre en tropilla. Pero no dejaba de haberlos costarricenses de por aquellas lejanuras.

En estos tiempos tan caros que hoy vivimos, la raicilla de ipecacuana se ha escaseado mucho y la pagan que ni que fuera de oro. Pero en aquel entonces un quintal valía unos sesenta centavos, que no era para ese tiempo poco pagar por un costal de raíces sucias y

barrientas. Aunque, bueno, sólo un raicillero sabe lo que hay que asuntarle para levantar un quintal de raicilla. Es cosa de tres meses de hundirse en las montañas, no siendo ya más hombre entre los hombres sino como una hormiga arriera sola íngrima entre el hojarascal de los hojarascales.

La bulla del Maijú se soltó a sonar por aquellos lados una noche más lluviosa que todos los diluvios, cuando Alarica Ordóñez entró con sus dos chacalines al bebedero de Juan López, digan que con los ojos en la mano, de afuera que los traía, y la cara vuelta al revés del pánico. Mechero más revuelto el que se le veía en la cara. Venía con toda el habla cortada, y no fue hasta después de zamparse un trago de a jeme que nos empezó a llenar los oídos con el cuento.

—Por estas cruces santas —y les dio siete besos a las que hizo—, que lo vieron estos ojos que se han de hartar los gusanos. ¿Verdad, Tiburcio? ¿Verdad, Dolores? Aquí están mis dos críos que no me dejarán mentir, hombres de Dios. ¡Babosada aquella más fea!

Tiró por ahí el saco de raicilla que cargaba, le asuntó al segundo trago, y siguió como una tarabilla:

—Por mi madre y por mi abuela; por la abuela de mi abuela y todos mis antepasados, que estas patas de mula que han caminado tanto, nunca jamás volverán a entrometerse donde hace sus sinvergüenzadas ese animalón que el Diablo y no Tatica Dios ha creado. ¿No saben que se almuerza diez venados, puede con cuatro dantas y brama como una docena de tigres juntos?

Y los ojos de Alarica seguían salidos que se le reventaban.

—¿De qué estás jetoneando vos, Alarica Ordóñez? —le preguntó Matatigres.

—De qué iba a ser, Julián Ballestero. De algo tan, tan, tan de los mismos infiernos, que ninguno de ustedes me lo va a creer. Pero por éstas (y volvió de necia a besar y rebesar las cruces)

que sólo por milagro de la Santa Virgen estoy contándoles el cuento. Fue como a cinco leguas adentro de donde se juntan el río Arenal con el San Carlos. Tan grande como una casa, casi tan grande. Y es mesmamente un tigrizo. ¿No es cierto, Dolores?

—Sí es cierto, mama —respondió la chacalina.

—¿No es cierto, Tiburcio?

—Sí es cierto —dijo el muchacho, como de doce años—. Hemos venido huyendo hasta aquí.

—Creíamos que el animal nos venía persiguiendo.

Y Alarica se zampó el tercer trago, se sentó a la par mía y me dijo por lo bajo, con cara de trastornada:

—Mundo; aquello debe de haber salido de las pezuñas del Malo.

—Que te lo crea pizote —fue y le respondí.

Después dijo a beber hasta caer tumbada, y se pasó la noche arrodajada como una bocaracá hasta el día siguiente. Como raicillera que se estimaba a sí misma, Alarica Ordóñez bebía dos o tres semanas seguidas; pero antes y con antes de empezar la tanda, igual que lo hacían los otros, se mercaba provisiones suficientes para la siguiente temporada en la montaña, las daba a guardar en el negocio, y de ahí se dejaba llevar por la corriente hasta chuparse en guaro el último céntimo que le había quedado. Cuando llegaba a ya no hay más, seguía tragando a cuenta de la próxima entrega de raicilla. Los dos animalejos de sus hijos por allí se estaban, y a veces le ayudaban a beber, porque eran hijos legítimos de raicilleros de pura cepa.

Asina, muchas veces, uno llegaba al establecimiento y espía varios bultos tirados en el suelo, duerme que duerme la mona, cuando no embrocados sobre el mostrador platicando abrazados, con la botella por delante y unas caras de borrachos perdidos, va de zamparle al guaro de caña.

Días después, ya limpios de toda plata y bien dados al diantre por la tanda

tan larga, se echaban a la espalda los sacos de bastimento, con harina, manteca, salchichón, sal y latas de sardinas, y de nuevo, como cuchillo en su cubierta, se metían por la montaña, hasta la próxima. Había bárbaro de aquéllos que cargaba quintal y medio y se hacía al caite jornadas de veinte leguas, por entre barrizales y marañas. De a dos en dos, de a cuatro en cuatro, y en veces hasta de a más en más, se iban yendo los grupos de raicilleros, con sus espeques listos para seguir desenterrando raicilla, y echándola en los salveques. ¿Creen ustedes que esto es tan así no más como estarlo contando aquí sentado? Pues es tan fácil como encontrar el rabo del pisuicas en un repasto. No es cualquier pasmado el que puede dar con la raicilla, que la hay de dos apariencias, de tallo recto y de bejuquillo enredador; que además no abunda y pareciera que estuviese jugando a travesura de duende que se burla de los hombres dentro de las montañas. Si ustedes piensan que con meter el espeque, palanquear y en seguida tirar de la mata, ya estuvo el cafecito listo, se han equivocado de medio a medio, porque la muy rabisa ipecacuana es nonis para esconderse que ni taltuza bajo la tierra, y cuidado que no está casi siempre tres cuartas bien hundida. Y de ahí que cuando el raicillero hala, se le viene el bejuco y se le queda la riqueza hundida; y entonces, siéntese usted a esperar unos cuantos años mientras la raicecilla echa nuevo tallo y dice nuevamente aquí estoy. Por eso era que los raicilleros poco aventajados se fregaban dos y hasta más meses, total para venir luego saliendo con unas cuantas librillas, mientras que un raicillero maestro, como los había, en cosa de tres semanas podía traerse un quintal flojito, yéndole con suerte.

Alarica era de lo más encumbrado como ipecacuana. Decían que había nacido con ojos de gata para espíarla hasta en la oscuridad. Vino apareciendo por ahí unos meses después de que Romelio Larios, chontaleño aindiado y

muy arisco, diz que mató a Margarito Ordóñez, el mejor raicillero que se conocía por allá, buen hombre, y que, por excepción, casi nunca bebía. Después fuimos sabiendo que los chacalines de la Alarica eran hijos del difunto Ordóñez. Yo he conocido mujeres de mujeres; pero ninguna tan sabida y valiente como esta nica de montaña adentro. Si hasta para el machete era tan buena que con él le daba punto y raya al más plantado de los hombres. Se conocía mejor que naide el último rincón de aquellas selvas vírgenes. Había que oírla:

—Uh, a mí que no me jodan. Si no fuera por las tobobas, que ésas sí que son traicioneras, yo me hallaría más a gusto en la montaña que acá, donde hay cristianos tan víboras como aquéllas. Aquí está Matatigres que diga si no es cierto que las fieras más bien huyen si uno se les enfrenta. Llévase su buen mosquitero para moscos y tábanos, sepa armar su tapesco de tallo de suita y su guarecimiento, para que no se moje mucho, y allá, si se le acaban las provisiones, cosas buenas no faltan con qué llenar el buche, pues hay raíces y tepezcuintles. Aquí están mis cipotes que lo digan. ¿Verdad, Dolores; verdad, Tiburcio?

Y Tiburcio y Dolores siempre decían que sí. Pocos días más tarde, Alarica se echaba al hombro más de un quintal de provisiones, dejaba que el muchacho cargara el mosquitero y los salveques; y entre los tres, pasados unos meses, volvían con tamaña rejunta de raicilla.

¿Qué cosa tan extraña, díganme ustedes, era entonces esta historia que la mujer había traído últimamente, de aquel animalazo que parecía un tigre como diez veces más grande, y que andaba acabando con cuanta alimaña y cuanto cristiano se aventurara por las veredas del noroeste? Y empezó el cuento a echar espumas y crecer, como en la paila de un trapiche sube el caldo de la caña, hasta botarse afuera.

—Dicen que la raicilla se ha puesto

buena entre el San Carlos y el Río Frío, del muelle adentro.

—Pues para allá se ajilaron Argüello, Ríos y Cabrales.

Pero los tres regresaron sin nada de raicilla. Los había salido a asustar el Maijú.

—Sí —nos contó Ríos—, la cosa no era bulla, chochos. Son pijadas, pero hasta el más hombrecito se afloja de tripas. A nosotros nos cogió la noche del día siguiente todavía corriendo, que hubiéramos querido ser más bien cabros. Dejamos todo botado. El campamentillo, los mosquiteros, y lo menos cinco arrobas que entre los tres habíamos rejuntado.

—¡Para que hubieran oído ustedes ese grito! No, no es grito, ni rugido, ni nada de este mundo.

—Más bien como pujido del otro.

Cabrales se puso de bocina las manos y dijo como aullar:

—Maijuuuuuuuú... Maijuuuuuuuuuú.

—Sí —añadió Argüello—, pero cien veces más duro que eso. Este no tiene pulmones para tanto. Estaba entre unos macollones de maquenque, y cuando nos alzó a espiar, dijo a menearse todo. A por acá se me le quedó la camisa guindando en el espinero de unas súrtubas.

—Y mi buena tira de pellejo también, qué van a creer.

—De tanto volar canilla nos extraviamos. Se nos perdió la picada. Todavía de muy lejos nos llegaba aquel maullido de los diablos.

Matatigres se tenía la panza de risa:

—Para mí que era un manigordillo pichón, y ustedes se espantaron de pura ilusión de miedo.

Pero Balbino Santana, un maestro desterrado por política, que allá vivía, dijo a hacernos comentarios:

—Yo más bien creo que debe de ser animal antediluviano, de alguna raza perdida que se les ha quedado fuera de los libros a los entendidos. Yo nunca había oído que hubiera gato tan hermoso. Quién sabe; que hay misterios, los



hay. Ya son varios los ojos que lo han visto.

Y sí, por Dios, figúrense que a los meses en toda la región no se hablaba más que de aquel extraño bicho, y ahora eran muchos, según uno lo oía contar en este y aquel rancho perdido, los que se había comido el tal Maijú. Y hasta decían que por influencias malas del animal, una mujer había parido un monstruo mitad humano y mitad gato de monte. La alarma iba subiendo. La última vez se habían encontrado al Maijú mucho más acá, por donde hoy se halla la Hacienda de ese mismo nombre, en el lugar donde se juntan el San Carlos y el Arenal, los dos tan lindos ríos. Comenzaron a ralear los raicilleros. Ya el oficio no costaba, pues por aquella bestia tan temida naide entraba en la parte que estaba más rica en la raicilla. Hombre que no volvía a verse por ahí, pues era que se lo había tragado el animal.

Allá de cuando en cuando, aparecía Alarica Ordóñez, con sus cipotes.

—Ya esto no paga, viejos. Por dondequiera que anda uno, va arriesgando el pellejo. Esta vez me tocó ver las huellas del Maijú cerquitilla del Peñas Blancas. Yo estoy por dejar esto y volverme a mi Chontales. Más allá del San Juan también se encuentra ipecacuana.

Y se pegó su juma de quince días, dijo que para tener valor y continuar raicillando, todo por sus hijos. Luego se fue, y no volvimos a saber de ella. También a la Alarica Ordóñez se la había devorado el maldito Maijú.

—Mirá —me dijo Matatigres una noche—, por algo dicen que donde se llora está el muerto.

—¿Y qué me estás contando vos con eso? Alumbrame mejor, que no te entiendo.

—Que vos y yo, si es que no sos ningún naguas curseadas, nos vamos a ir mañana mismo a averiguar qué es esa historia del Maijú. O dejamos los huesos en sus quijadas, o yo me traigo su cuero para el rancho, y se lo voy a po-

ner de tejado. Como dicen que es tan grande.

Yo me puse a cavilar. Pero como era feo quedar de eso que pensaba Ballestero, tiré el miedo al barrial como quien tira la chinga de su puro. Quedamos en que al día siguiente les pondríamos las mejores albardas a nuestras bestias, y él con su guápil y yo con mi tercerola, nos meteríamos en la montaña a rastrear al Maijú. Ya aquí sí que no era asunto de entrarle con machete, según lo acostumbraba Matatigres, porque a gato tan como torre de iglesia quizá ni las balas le entrarían por el cuero. Era lo que me venía temiendo mientras chapaleábamos ya el barro, de camino, y por eso me estaba encomendando a toditicos los santos.

Ballestero en su mulita negra y yo en el mejor caballo que he tenido, el Nochebuena, jineteamos dos días por picadas que Julián se conocía con los ojos cerrados, y al fin llegamos al San Carlos.

Conseguimos un bote en un rancho, donde dejamos las bestias, y palanqueando un día con su noche, bajamos bien adentro por el río. Allí nos internamos en la selva. No volví a espiar el sol por días y días. Hicimos campamento con varejones y horquetas, lo techamos con hojas de bijagua, y después principiamos a montar para acá y para allá un día tras otro. Recuerdo que una vez, con todo y las del hilo azul que yo estaba pasando, agambado con Matatigres a las raíces de un enorme guayabón mientras caía un aguacero con rayería, le dije al compañero:

—¿Te acordás de Margarito Ordóñez, el que fue marido de Alarica? Un día se me dejó decir que a él le gustaba vivir pobre pero libertino aquí en la selva, mejor que estar en su tierra, qué sé yo por qué historias de que a él y muchos hombres de pata en el suelo como él, los traían y llevaban como les daba la gana. Hombre, y no dejaba de tener su razón Margarito Ordóñez. ¡Esto es libertad! —terminé gritando, y de la boca me quitó la palabra un bandido

rayo que se autorizó a caer y se apeó sin decir ni con permiso la rama más hermosa del guayabón al que estábamos agambados.

Carcajadas las que se echó Matatigres.

Al día siguiente, dimos con un campamento.

—Mirá allá —dijo él—, un campamento por aquí. Y es de raicilleros.

Nos pusimos a pasarle bien los ojos. Estaban los restos del fogón, los tapescos, algo de bastimento y unos caítes pequeños y gastados.

—Apuesto que es el de Alarica. Aquí hiede a mujer.

—Quién sabe; mirá este sombrero. En la badana tiene el nombre de Romelio Larios.

Lo revisó Matatigres.

—Sí, hombre, es el del nica Larios. . . Entonces el muy bandido no me le anda con temores al Maijú —dijo, y agregó— A no ser que ya se lo haiga soplado el animal.

Yo me eché a descansar en el tapesco. Estaba ya muy amolado. Mi estómago andaba por un lado y yo por otro. Libras las que había perdido.

—Mirá; dejemos esto. A mí con esta vaina de comer sólo palmitos, raíces y tepezcuínte, se me va a escurrir la persona y se me va a morir.

—No hombre, qué va. Vos no te me vas a apendejar y doblar como cualquier candela de sebo? Sabés lo que estoy pensando? Que nos quedemos a raicillar una semana. Esto está lo que se llama bueno. Ayer pasamos por un suital que vide cundiditico de raicilla, que hacía la boca agua. ¿No lo espiastes?

—Yo qué voy a saber de raicilla.

Y entonces Matatigres y este que les está hablando y que algo fue aprendiendo, nos pusimos como dos tontos buscando plata perdida, a despulgarle el pellejo a la montaña, raicilla tras raicilla. En eso estábamos un día, bien lejos de nuestro campamento, cuando. . . ¡el Maijú! Lo oímos primero algo quedito. Luego más claramente: ¡Maijuuuuu. . . Maijuuuuuuu! A mí me

pateó el corazón con tanta gana que el pecho me sonaba como un tambor. Hubieran visto ustedes a este par de atarantados rompiendo a machetazos las bejuqueras para abrir trocha por entre la maraña, detrás de aquel animal cien veces dicho. Y al fin, ya casitico noche, lo fuimos columbrando. A mí nunca me ha gustado salir con mentiras; como estaban mis tripas, no puedo asegurar si lo que me pasó fue por el desbarajuste que me andaba por el tripaje adentro o por el ayayay de nervios que estaba hecho. Aquella jupa enorme de veras era de tigre, con sus ojos y con su grandísima jeta y con sus dos colmillos que ya se los hubiera tomado uno para cutachas. Todito el animal principió a menearse, y a rugir maijúes más largos que los de antes. Yo por un casi casi me las mando a correr, pero, con el tal Matatigres a mi lado, que era que ni piedra para estarse quieto, me pareció muy feo y me hice el fuerte. Lo raro era que el monstruo como que no caminaba.

Muy callados, lo mesmo que dos muertos, apuntamos las armas y casi a un solo tiempo dejamos ir los dos primeros tiros. El Maijú, que espiábamos detrás de un palmichal de súrtubas y suitas, dijo a decir maijú, maijú, pero más alto y seguido. Y allá fueron otro par de cachimbazos. Nada. Ni para atrás ni para adelante; parecía que no le entraban balas. Y entonces, cuando le despachamos la tercer descarga, fue apareciendo el cordero.

—¡Hermanos —nos gritaron desde alguna parte—, cuidado me van a matar a los hijos!

Y salió de la espesura corriendo y levantando los brazos, Alarica Ordóñez en persona, con un gran caracol en la mano, y detrás, hechos un puro alarido, su Tiburcio y su Dolores.

—Ya está, huevones. Ya me agarraron con las manos en la masa. ¿Para qué van a gastar más pólvora en una pobre mujer? ¿Qué? ¿Quieren asesinarme a los cipotes?

—Caray, no; qué va a ser, Alarica— dijo el gran Matatigres.

—Pero mirá dónde se nos escondía la amiga Ordóñez— agregué yo—. —¿Y esa gran ocurrencia?

—Anjá, viejita; ¿con que para esto eran los cueros de tigre que me venías comprando baraticos el año pasado?

—Sí, hombré; me gasté como dos docenas en armar a la bestia. Los ojos son dos bolas de vidrio que me conseguí en Barra del Colorado hace unos meses. Y con este caracol era que hacía esa gran escandalada.

Y aquello terminó en una gran fiesta de carajadas y alegrías.

—Mirá a la raicillera condenada —se reía Matatigres.

—Y este gran bandido tenía que ser el que me echara a perder el negocio. Ahora va a volver la competencia.

—No; te equivocás de medio a medio, Alarica Ordóñez. Ese montón de enteleridos que han estado contando cuentos de miedo con tu Maijú, pues mirá que se lo merecen. Por mí, lo juro por mi mama, naide lo va a saber. Que sigan espantados y corridos.

—Y por mí tampoco —dijo este buen cristiano—. A una mujer como vos, que vale por diez pantalones, no le voy yo a hacer un feo.

Y asina se quedó la cosa; aunque, no del todo, claro que no. Porque cuando unos días más tarde se me acabó la condena a destierro y me volví a la meseta, entre Alarica y Matatigres estaban dando la gran cosechada, desmolidos de risa. Campo había para los dos, y hasta para mí también, si hubiera querido seguir viviendo libertino; pero preferí venirme para afuera. Ellos, allá, se aburrieron de sacar en bote quintal tras quintal de ipecacuana, por

el Río San Juan abajo hasta la Barra, donde un chino la pagaba muy bien, y ni a mentadas que volvieron a Aguas Zarcas. Mejor que acá siguieran haciéndolos difuntos mientras el Maijú les cuidaba la montaña. Ah, porque de este lado ya andaba el cuento, cuando me vine, de que la bestia aquella se había tragado también a Julián Ballestero. Pero ¿saben una cosa? El Maijú era mansitico como un ternero. Nunca jamás quiso devorarse a naide, salvo a un tal Romelio Larios. ¿Ven este anillo de oro que yo uso? Tiene las iniciales de Margarito Ordóñez. Yo se lo cambié a Alarica por el Nochebuena, aquel mi gran caballo bajureño, cuando regresábamos con ella a su campamento. Y sé que hizo este trato por pura estimación conmigo, porque bien que supe ese día cuánto había querido la mujer a su difunto. Si hubieran oído lo que nos contó esa noche:

—No vayan a pensar que a mí me gusta estar cargando la conciencia con muertes de cristiano. Pero es que Margarito era tan buen hombre y tan buen tata. No le hacía mal a naide. Y ése se paseó en él a la traición... Margarito se había venido acá para vivir libertino, no para que un desgraciado lo fuera a matonear. De cuando en cuando volvía por allá con plata para nosotros. Un día no regresó... Pero aquí estaba Alarica Ordóñez. Hay cosillas que no pueden quedarse asina nomás, como quien dice.

Y en seguida nos enseñó el sombrero de Romelio Larios.

—Se le veía bien al hombre cuando tenía viva la cabeza. Yo me lo dejé por puro gusto, y pa que lo vaya luciendo Tiburcio Ordóñez cuando salgamos a pasear afuera, y no olvide nunca a su tata.

# Friso de Mujeres en el Teatro Griego

Por MATILDE ELENA LOPEZ

Volvamos los ojos a la Hélade cada vez que el espíritu se sienta vencido y agobiado para reencontrar las prístinas fuentes de Hebe, la diosa de la juventud eterna con su verde y fresco amor a la vida. Allí encontraremos epopeya y lirismo, teología y moral, leyenda, historia, filosofía. En nuestra angustia, enfrentemos con toda el alma las eternas preguntas de los griegos, y como ellos, sepamos hallar la respuesta en el camino que conduce al optimismo.

Sí, la gran desesperanza griega pudo encontrar al fin el secreto de la pasión y de la vida que le enseñó Dionisos, el dios trágico, cuya existencia atormentada se parece tanto a la humana. El griego no podía asirse a ninguna religión que le ofreciera un “más allá” como a los cristianos, o el *nirvana* que salva al mundo oriental. El griego estaba solo, con su pregunta y su asombro, con su tristeza y su emoción. Nada podía salvarle, por eso debía vivir, vivir con todas las fuerzas de su ser. Y tenso como un arco, el

griego aprendió pronto el secreto de la *Areté*, la virtud de concentrar sus energías a un ideal supremo y morir por él si era preciso. Aprendió pronto con Esquilo que sólo se llega a la sabiduría por el sufrimiento. Aprendió con Sófocles a detenerse en los linderos mismos de la audacia, porque la falta de medida es la raíz de todo mal. ¡Oh, la *hübris* griega, enseñanza eterna de equilibrio y armonía! Y aprendió con Eurípides a sentir el oleaje de las pasiones humanas... ¡Ah, la tragedia griega, manantial de enseñanzas! ¡Rito de la purificación, *catarsis* que nos limpia de todo mal! El alma de la tragedia se abraza a la serena deidad de Apolo, pero en sus abismos tiembla la pasión dionisiaca. La vida, es lo único que poseemos—cantan los coros de Dionisos— y por ello es preciso vivirla con la más elevada emoción, vivirla intensamente sin importarnos el “más allá”, ese *Hades* de sombra adonde se irá nuestra alma a perder como una sombra más... Pero ¡cui-

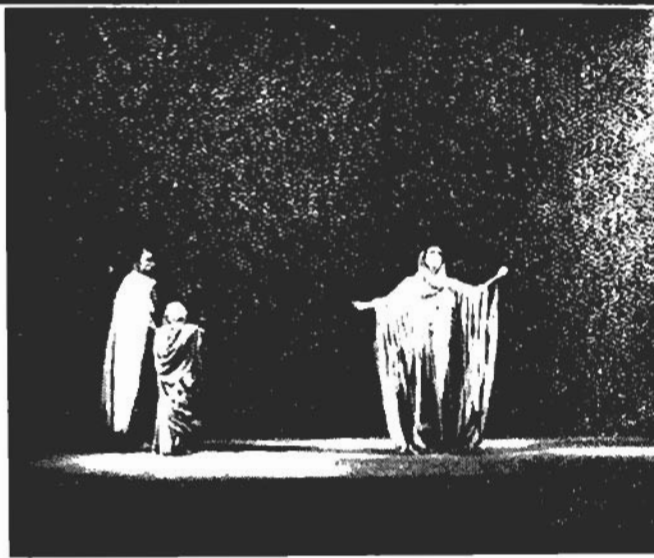
dato! que somos apenas humanos y es cosa grave pretender igualarnos a los dioses. En el centro del pensamiento griego se halla el concepto de la *medida y del límite*, y en el afán de sobrepasar la *húbris*, ese límite de nuestra propia condición humana, se halla la eterna colisión, la pugna, que nos lleva a la tragedia. Allí encontraron los griegos los elementos trágicos de su arte y el Teatro se levantó envuelto en los problemas éticos y heroicos de su tiempo.

La tragedia nace de la vívida experiencia del éxtasis dionisiaco, tiene pues, un origen religioso. En las fiestas de Dionisos el dios alborotador de los machos cabrios, tiene su origen y fundamento la musa trágica. Bastó que un poeta viera la fecundidad artística del entusiasmo ditirámico (tal como lo hallamos en la concentración del mito de la antigua lírica coral siciliana), y fuera capaz de traducirla en una representación escénica, para que emergiera el rostro grave y triste de Melphómene. Bastó que el poeta transmitiera sus sentimientos al yo ajeno del actor, para que surgiera el arte escénico. El ditirambo litúrgico, se transformó en ditirambo literario, y el coro narrador lírico se convirtió en actor, por tanto, en el sujeto de los sufrimientos que hasta ahora sólo había compartido y acompañado con sus propias emociones.

### EL GRANDIOSO TEATRO DE ESQUILO

El telón de la tragedia griega, se abre con Esquilo, su verdadero fundador. Su musa trágica recoge el *mito* como expresión de sus elevadas ideas y designios. Ninguna poesía antes, había utilizado el *mito* con el sentido universal de los griegos, y es que ningún *mito* tuvo el enredo maravilloso como en la Hélade— idea de unidad que ata a todos los helenos.

En el centro del drama, de la acción, se encuentra el *Destino* dominándolo todo. En su trabazón trágica, el alma



*Edipo Rey*, de Sófocles. En la Schanspielhaus de Düsseldorf.

humana asciende y desciende, cae y se levanta, sube a las alturas o se precipita a los abismos.

El problema del drama de Esquilo es el hombre, pero como portador del *Destino*, no como ente de su propia pasión. En las tragedias de Esquilo, desde el primer verso se halla la atmósfera cargada de tempestad, bajo la opresión del demonio que gravita sobre la casa entera. Maestro de la exposición trágica, Esquilo halla en el *Destino* el gran tema de sus tragedias. En *La Orestíada*, *Los Siete contra Tebas*, *Las Suplicantes* y *Prometeo Encadenado*, sentimos la maldición del destino suspendida en el aire que amenaza con su fuerza irresistible. Los verdaderos actores no son los hombres, sino las fuerzas sobrehumanas. Sus personajes están pintados como dioses o son los dioses mismos, como en *Prometeo*. A veces una ráfaga de pasión, nos hace sentir que también son seres humanos. Cuando el coro de *Prometeo* nos dice que sólo se llega al más alto conocimiento por el camino del dolor, alcanzamos el fundamento originario de la religión trágica de Esquilo. Todas sus obras se fundan en esta gran unidad espiritual.

Esquilo, hijo de Euforión, nace en Eleusis, la ciudad de los divinos misterios, el año 525, y muere en Sicilia en 456. Es hijo de la gloriosa generación de las guerras médicas, y por ello cantor del heroísmo griego. Combate en Mara-

tón y Salamina, en donde abatieron los griegos el poderío de los persas, y está fresco el laurel de la victoria, cuando Esquilo evoca las batallas heroicas en "Los Persas". En su epitafio que él mismo compuso, Esquilo quiso aparecer como héroe y no como poeta, galardón más apreciado para los helenos: "Aquí yace Esquilo, hijo de Euforión, el bosque famosísimo de Maratón, y el medo de flotante cabellera, dirán si fue valiente: ellos lo vieron".

Esquilo es todavía joven cuando se suprime en Grecia el dominio aristocrático. Domina la organización del pueblo bajo la división regional de Atica en diez *phylai*. Se rompen los antiguos lazos de la sangre y se anula el poder político mediante un sistema democrático y electoral fundado en la nueva división territorial. Esto significa el fin del gobierno de las grandes estirpes pero no del influjo espiritual y político de la aristocracia. Los conductores del estado popular de Atenas fueron nobles hasta la muerte de Pericles y el poeta más importante de la joven República, Esquilo, primer gran representante del espíritu ático, era un vástago de la nobleza rural.

Esquilo madura su pensamiento bajo las experiencias de la libertad y de la victoria. Hijo de los tiempos de la tiranía, une su fe en el derecho heredada de Solón, a las realidades del nuevo orden que ha visto nacer. Por eso sus personajes, al decir de Aristóteles, no se expresan retóricamente, sino políticamente. "Todavía en las grandiosas palabras con que terminan las Euménides, con su fervorosa imploración por la prosperidad del pueblo ático y su reafirmación incommovible de la fe en el orden divino que lo rige —nos dice Jaeger— se manifiesta el verdadero carácter político de su tragedia. En ello se funda su fuerza educadora, moral, religiosa y humana, puesto que todo ello se hallaba comprendido en la amplia concepción del nuevo estado. La tragedia de Esquilo es la resurrección del hombre heroico dentro del espíritu de la libertad".

Los personajes de Esquilo hablan con

el tono elevado de los dioses, y están henchidos de la grandeza de su patria. Es que los dioses mismos hablaban griego, llegaron a decir los helenos, que consideraban despreciable la lengua bárbara.

El hombre trágico de Esquilo se rebela contra el despotismo, está lleno del espíritu de la libertad y del heroísmo. Su Prometeo es digno de la estatuaría de los dioses y en sus relieves monumentales, hay la rebeldía contra los poderes despoticos y una invitación subversiva llena de grandeza épica. Precursor del movimiento sofístico que culmina en Eurípidas, a Esquilo se le acusa de haber revelado los divinos misterios de Eleusis, su ciudad natal. Lo cierto es que Esquilo estuvo muy lejos de ser ortodoxo.

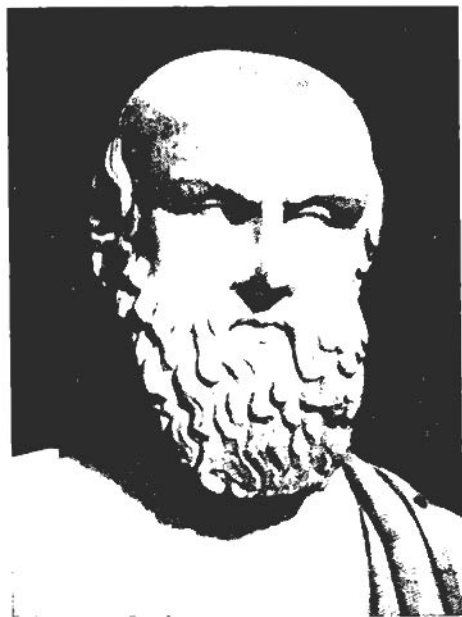
El genio poético de Esquilo es sombrío, profundo, ardiente. Lleno de la idea de los dioses, su numen trágico tiene momentos de humanidad espléndida. Creador de palabras y metáforas atrevidas, profundo conocedor de la escena, lleno de magnificencia como el mundo heroico que los griegos han conquistado con su esfuerzo, es Esquilo, hijo de la libertad y democracia del tipo primitivo. Por sus coros hablan los dioses mientras la música pone de relieve sus graves reflexiones de mar-mórea eternidad.

### LA MUJER EN EL TEATRO DE ESQUILO

Para comprender los sentimientos que embargaban a los griegos al asistir a la representación de las tragedias de sus altísimos poetas, hay que recordar que todo el espectáculo era preparado con grandiosa solemnidad. La música servía de fondo al vigoroso lamento del coro o expresaba un estado pasional para darle más intensidad a la palabra. A veces el coro se divide para dar lugar a las opiniones encontradas como en la *Antígona* en donde se plantea un problema ético: ¿Qué es más importante? ¿Obedecer las leyes dictadas por los dioses, o acatar las leyes de los hombres? Antígona cum-

ple piadosos deberes filiales y se rebela ante el mandato del rey.

Bajo los efectos de una gran emoción, el personaje recurre al canto, que es como



ESQUILO

un grito del alma. La música explica esas vacilaciones del pensamiento que se producen cuando la palabra no es capaz de expresarlo todo. El griego recurre también al silencio como gran recurso trágico. Poco conocemos de la música de los griegos, aunque ahora se puede decir algo más, con el descubrimiento de las inscripciones musicales de Delfos, debido a la escuela francesa de Atenas y a los estudios de los alemanes.

La música servía de fondo a las emociones de los personajes. Electra, en la tragedia de Sófocles, declama su infortunio al son de la flauta, luego lo dialoga, frente al coro, que también canta. El diálogo es tenso y declamado.

Imaginad la música que serviría de fondo al Prometeo Encadenado. Mirad al dios sobre la roca del Cáucaso mientras el orfeón del viento recoge su lamento,

imaginadlo desafiante, mientras retumba el trueno: abre el rayo las entrañas de la roca y Prometeo desaparece entre las ruinas. Sobrehumano es el personaje, de dios es es la reverta que ocurre en el confín de la tierra:

“¡Ay —exclama Prometeo— ya estamos en el postrer confín de la tierra, en la región escita, en un yermo inaccesible”.

Sus personajes son la Fuerza y la Violencia que se desencadenan contra Prometeo, el robador del fuego de la libertad que los hombres reclaman para ser dueños de su vida. La lucha es entre dioses hostiles a Prometeo. Sólo el océano se duele de sus desgracias y le ofrece ayuda como amigo firme. El coro lo forman las ninfas oceánidas, llenas de dulzura y conmiseración por los sufrimientos del héroe. Ellas son las únicas mujeres que irrumpen en la escena, además de *IO*, la bicorne virgen: la doncella amada por Zeus, la errante hija de Inaco, a quien persigue el odio de Hera con el furioso tábano. Prometeo le pronostica que tendrá un hijo de Zeus, y que uno de sus descendientes, el divino Hércules, habrá de librarle a él mismo de sus tormentos. Todo está predestinado, aquí nada puede la mano del hombre, y sentimos cómo la fatalidad gravita sobre la cabeza de un dios, el más rebelde de todos los dioses y el que ha de ser sacrificado por su amor a los hombres. La mujer es aquí apenas una sonrisa de las ninfas oceánidas que llegan clamorosas a rodear al héroe.

En *Los Siete Contra Tebas*, Esquilo utiliza el tema de la maldición de Edipo, que ha de ser tratado magistralmente por Sófocles en su *Edipo Rey* y en *Antígona*. Aquí la sombra de Edipo, desdichado y ciego después del incesto, se proyecta sobre sus infortunados hijos, Eteocles y Polinices. La maldición se cumple al matarse los dos hermanos con aquellas manos nacidas de un mismo seno. El segundo semicoro se lamenta:

“¡Oh, casa en desastres fecunda ¡Todo acabó. —Ya toda esta raza entera ha desaparecido. Las Furias de la maldición paterna lanzan con desapacible son agu-

dos alaridos de triunfo. *Ate* ha erigido su trofeo en la puerta donde los dos hermanos se pasaron con las mortales lanzas, y, vencedor de ambos, reposa el *Destino*.”

Las dos hermanas, *Ismene* y *Antígona*, se dirigen al cuerpo de *Polinices*, que los tebanos han dejado insepulto, y entonan una elegía angustiada:

“¡Ay!, ¡Ay!, ¡Ay dolor! ¡Ay, desdichas!”

Para mi casa y para la Patria —dice *Antígona* quien expresa su propósito de sepultar a su hermano.— Cuando el Pregonero anuncia el mandato del Rey de que *Polinices* insepulto sea arrojado a los lobos y que se prohíbe que nadie lo toque, *Antígona*, llena de decisión y audacia, ha de mostrar su carácter irreductible, que tales son siempre los personajes de *Esquilo*, cuando increpa al pregonero:

“Pues yo les digo a esos mismos que están al frente de la ciudad, que si nadie más quiere venir conmigo a sepultarle, yo le sepultaré. Yo arrostraré el peligro por dar sepultura a mi hermano, y no me avergonzaré de haber negado obediencia a la ciudad en esto. ¡Son muy poderosas aquellas entrañas donde a los dos nos engendraron una madre infeliz y un padre sin ventura! Y así, alma mía, tú que aún estás sobre la tierra, toma parte, y de voluntad y con afecto de hermana, en el infortunio de quien ya es muerto. No sepultarán los lobos sus carnes en los hondos vientres; que ninguno se lo imagine. Aun mujer como soy, yo misma encontraré cómo le abra la fosa y cómo le forme un túmulo; yo misma le llevaré en mis brazos y le envolveré en los anchos pliegues de este velo de finísimo lino cisino. Y nadie mande lo contrario”.

*Antígona* aparece con un carácter decidido, recto y firme que *Esquilo* nos muestra en unas cuantas pinceladas, aunque no es su propósito centrar su atención en este dulce personaje femenino, cuya tragedia nos ha de ofrecer *Sófocles* en toda su grandeza en *ANTIGONA*, una de sus mejores figuras femeninas.

Un himno a la Patria, un canto de

heroísmo, un poema henchido del júbilo de la libertad, es el que graba *Esquilo* en ese bajo relieve magnífico que se titula *Los Persas*. Bajo el signo de la victoria griega en *Salamina*, *Esquilo* entona una oda heroica. Resuena allí la voz del héroe, más que la del poeta trágico. Su drama parece esculpido en el escudo del soldado para gloria de la posteridad. *Esquilo* mismo ha participado en la batalla y está lleno del orgullo y de la dignidad de su Patria. *Los Persas* es un canto épico, una exaltación de la victoria sobre el poderío del gran imperio oriental. Un personaje femenino aparece únicamente en este drama. Es *Atosa*, la reina madre, llena de ansiedad por la suerte del hijo que ha ido a conquistar a los griegos. Es la expresión de la madre en toda su delicadeza, pero *Esquilo* no tiene intención de ahondar en estos sentimientos maternales ni en dibujar arquetipos femeninos, como *Sófocles*. Lo mueven otros altos propósitos patrióticos, y cuando *Atosa* pregunta dónde se encuentra *Atenas*, la ciudad que su hijo *Jerjes* desea conquistar, la comedida palabra de *Esquilo* hace el elogio ateniense:

“No se dicen esclavos ni súbditos de hombre ninguno”, dice el Mensajero.

*Atosa* inquiera:

“¿Y cómo podrán resistir ellos la acometida de los invasores?” Y contesta el Mensajero:

“Como destruyeron el grande y valeroso ejército de *Darío*”. Y cuando llega la noticia de la derrota persa, *Esquilo* no puede contener su orgullo en la frase del Mensajero:

“Es inexpugnable muralla el pecho de los que se defienden como hombres”.

El elogio se eleva mucho más cuando aparece la sombra del rey *Darío* y expresa sentenciosamente y lleno de admiración:

“Jamás llevéis la guerra a las tribus griegas, así fuesen más poderosas que el ejército de *Jerjes*, porque hasta la tierra misma pelea por ellos”.

*Esquilo* sin embargo, ha sabido pintar el tipo de la mujer fuerte en la *Orestíada*, trilogía trágica que le valió el premio



más alto alcanzado por los griegos. Clitemnestra es un personaje femenino de una gran fuerza dramática. Y aunque el título de la primera obra que compone la trilogía, corresponde al rey AGAMENON, en realidad Clitemnestra domina la escena desde el primer momento. Rígida, pétreo, aparece como la estampa de Némesis, tensa y preparada para la venganza. Esta mujer no pertenece al tipo de las mujeres fuertes de la Biblia, capaces de la hazaña patriótica. Ella es fuerte, pero pérfida, de esas mujeres que no saben ceder. Ambiciosa y altiva, su corazón rebosa de orgullo y de soberbia. Es cruel y malvada, con la maligna sagacidad de la Medea de Eurípides y con la fuerza pavorosa que caracteriza a la ambiciosa Lady Macbeth de Shakespeare. Oíd con qué astutas palabras teje la red en que ha de caer el marido desprevenido:

“...¿Qué luz habrá más dulce y clara para una mujer que abrir la puerta a su marido, que por merced de los dioses vuelve sano del combate? Ve y dile a mi esposo; dile que cuanto antes, que en seguida venga a este su pueblo que le ama, y que en viniendo, que él encontrará en su casa una mujer fiel, la misma de siempre; cual la dejó: una perra para su casa; para él dulce, y para los que mal le quieren fiera; y así en todo que en tan larga ausencia no ha violado el sello de su fe. Así sé de halagos ni de culpables palabras de otro hombre alguno, como de tañir cobre. Hacer gala de tales prendas cuando se está lleno de verdad, no desdice en mujer de mi sangre”.

Pero ni en estas palabras simuladas logra ser dulce. Su voz taimada no puede disfrazar el impetu cruel que empuja sus palabras. Melosamente llama a Agamenón “su amado”, y le pide que baje del carro y que entre en Palacio donde la rica púrpura alfombrará su camino. Pero al final de la larga lamentación por la ausencia del “bien amado esposo”, deja caer palabras cargadas de intención, con las cuales trata de justificar el crimen que prepara arteramente:

“...Lo demás que el Destino tiene decretado queda a mi cuidado vigilante, que lo dispondrá a su hora con la ayuda de los dioses”.

¿Es el destino realmente el que empuja la mano de Clitemnestra, o es su pasión tardía de mujer vehemente y desenfrenada?

Dominante obliga a Agamenón a que atravesase el umbral sobre la alfombra de púrpura, a lo que él trata de negarse por respeto al pueblo. Pero ella le dice:

“No te opongas a lo que es mi voluntad”.

La máscara de dulzura ha caído, y Clitemnestra se presenta tal cual es: fría, orgullosa, altiva. Y desde luego, Agamenón cede por complacencia ante el capricho de la mujer. El halago se envuelve con presagios siniestros que Clitemnestra deja caer en palabras cargadas de fatalidad:

“...¡Oh Zeus, por quien todas las cosas llegan a su fin, haz que se cumplan mis votos; vela por que se consuma lo que ya tienes decretado”.

El coro se estremece lleno de presentimientos y hay en la atmósfera un no sé qué de misterio que culmina con la aparición de Casandra que pronostica los males que han de ocurrir en la casa de Agamenón. Hermosa y vidiente, llena de intuiciones, es esta Casandra en cuyos ojos brilla una llama de locura. Es la sacerdotisa de Apolo, un cuadro de mujer extraña, flor de extravíos y de predestinación. Alucinada, delirante, se revuelve dentro de la casa, como la propia voz del Destino:

“¡Ay! ¿qué fuego es este que llega hasta mis entrañas? ¡Oh, dolor! ¡Apolo Liceo! ¡Ay, ay de mí! ¡Infeliz que yo soy! Esa misma leona de dos pies, que yace con el lobo en la ausencia del generoso león, me dará muerte. Como quien confecciona venenosas hierbas, ella está afilando el puñal para herir al esposo y en tanto se gloria de que ha de satisfacer su rencor, y me ha de dar el pago, y a él, muerte por haberme traído. ¿A qué guardar estas insignias para mi propio escarnio, este cetro y estas infulas de

profetisa que ciñen mi cuello? Yo te haré pedazos antes de morir..." (arroja el cetro y las ínfulas).

Clitemnestra mata a Agamenón y a Casandra, y aparece después con insolencia:

"...Yo por mí me glorío de mi obra. A ser lícito hacer libaciones sobre un cadáver, justas, justísimas serían en esta ocasión. Este hombre había llenado la copa de los enormes y execrables crímenes de su casa, y a su vuelta él mismo la ha apurado..."

"...Este es Agamenón, mi esposo (señalando el cadáver), muerto por esta mi mano derecha. La obra es de hábil artífice. Tales son los hechos".

Rebosa soberbia su corazón y arrogancia sus palabras cuando increpa al coro que la recrimina:

"...Pues oye ahora mi sagrado juramento. Por la justicia, que vengó la muerte de mi hija; por Ate, por Erinia, con cuyo auxilio he degollado a este hombre, te juro que no espero que el temor ponga su pie jamás en estos alcázares, mientras Egisto encienda el fuego de mi hogar y me guarde el amor que siempre me ha tenido; que él es el fuerte escudo de mi confianza. Ahí tenéis tendido a ese hombre que fué mi afrenta, y el contento de las Criseidas allá en Ilión. Ahí lo tenéis a él, y a esa cautiva (señalando el cadáver de Casandra), a esa intérprete de agüeros y prodigios; a su concubina, que tan fiel le fué en partir con él su lecho y los trabajos de la navegación. Ninguno de los dos ha llevado cosa que no mereciera. Cayó él según sabéis, y ella, después de cantar como un cisne sus endechas funerarias, cayó también, y yace ahí junto a su amante. ¡Sabroso contento que colma los gustos de mis amores!"

En Las Coéforas, portadoras de libaciones, Orestes retorna a vengar la muerte de su padre. El es la figura central de la tragedia, pero desde el comienzo una profunda compasión sentimos por ELECTRA, vestida de negro, guardando los ritos de su padre, *ángel sombrío en su profunda tristeza*. Un mar de amargas

agita su corazón de doncella privada de las ternuras del hogar que su madre mancilla. Al reconocer a Orestes que regresa al hogar, no puede contenerse:

"¡Oh, blanco de mis amorosas ansias! ¡Oh, esperanza llorada de un vástago que salvase la casa paterna! ¡Confía en el valor de tu brazo; tú recobrarás la herencia de tu padre! ¡Oh, dulce luz de mis ojos que tienes cuatro partes de mi corazón! Porque a ti debo llamarte mi padre; en ti recae el amor que tuvo a una madre, hoy con harta razón aborrecida, en ti el amor de una hermana impiamente sacrificada, y tú fuiste siempre mi hermano fiel, el único que volverá por mi honra. ¡Que la fuerza y la justicia, junto con Zeus, soberano señor de todos los dioses, sean con nosotros!"

Agobiada por el dolor, Electra no vive ya sino para el día de la venganza. Su velada dulzura se ha envenenado con los años de soledad, llorando la ausencia del hermano querido y la muerte del padre nunca olvidado. Se adivina tierna esta criatura, diferente de su madre, pero ahora un tanto endurecida por el dolor:

"...Yo vivía en un rincón, despreciada, puesta a todo vil trato y arrojada del hogar como perro que muerde. Más prontas estaban las lágrimas que las risas, y así y todo tenía que sonreírme por ver de ocultar mi continuo y dolorido llanto. Graba en el alma lo que acabas de oír; que mis palabras penetren tus oídos y lleguen a la serena región del pensamiento. Lo que sucedió, ya lo sabes; lo que debe suceder, pregúntaselo a tu odio. Es necesario llegar al fin con ánimo inalterable".

Electra empuja la mano de Orestes a que castigue a los culpables y clama:

"¡Oh, dioses, que se ejecute vuestra justa sentencia!"

Pero esta Electra transida de tristeza como un ángel enlutado, conteniendo su ternura que guarda para su hermano tanto tiempo ausente, es una figura a pesar de todo, dulce, como vencida por las fuerzas del destino. Diferente es la Electra que Eurípides pinta en su tragedia, pues aquella está llena de odio

y de ávida venganza. Electra de Esquilo es un personaje doloroso y vencido por el sufrimiento. Ella invoca la venganza del hermano, el único que puede salvarla, y si lo empuja al crimen, sentimos que ya no puede más su alma dolorida. Llena de melancolía atraviesa la escena, no es la figura tensa y llena de odio que veremos más adelante, en la Electra de Eurípides. Ella a pesar de todo es dulce y buena, ella amaba a su madre, como adoraba a su padre y a su hermano, pero la vida y el dolor llenaron de amargura su alma noble. Además, ella no tiene la culpa de empujar la mano de Orestes para cumplir la venganza: es el Destino. El Destino que dobla a los personajes de Esquilo.

En Las Euménides, vuelven a hablar los dioses. Orestes se abraza a la imagen de Atenea que le absuelve de sus culpas. Ninguna mujer se destaca, sino una diosa llena de majestad, es quien centra la atención de Esquilo, magistral en la pintura de las deidades eternas. El coro lo forman las Furias vengadoras de la muerte de la madre de Orestes, son las hijas de la noche, diosas antiguas a quienes vencen los dioses nuevos. Apolo remite a Atenea el fallo de la causa de Orestes, y las Furias se someten a la diosa de ojos claros.

Esta tragedia refleja como ninguna, la lucha entre el Derecho materno y el Derecho paterno. El matriarcado ha de salir vencido definitivamente, y asimismo las diosas antiguas que representaban el viejo orden social. Atenea, la diosa nueva, representa el derecho del Padre que se consolida en Atenas, y la derrota de las Furias transformadas en Euménides, es la derrota definitiva del matriarcado.

Dice la diosa:

“Eso me toca a mí dar mi voto la última. Este es mi voto, que añadiré a los que haya en favor de Orestes. Yo no nací de madre, y, salvo el himeneo, en lo demás amo con toda el alma lo varonil. Estoy por entero con la *causa del padre*. No ha de pesar más en mi ánimo la suerte de una mujer que mató

a su marido, al dueño de la casa. Orestes vencerá, aun en igualdad de votos por entrambas partes. Al punto, vaciad las urnas y contad los votos, jueces a quienes está encomendado este cargo”.

Los dioses nuevos han pisoteado las antiguas leyes, y definitivamente queda reconocido el derecho paterno, base de las nuevas instituciones. Los estudiosos del origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, recurren siempre a esta tragedia de Esquilo para comprobar el paso de las antiguas comunidades gobernadas por la madre, al poder del padre, amo absoluto de los destinos del hogar y de las nuevas leyes.

Pero Esquilo no olvida que es un hijo de la democracia ateniense, y nos deja oír todo un discurso político, al quedar instituido por Atena el Areópago, senado de los jueces:

“Ciudadanos de Atenas, que vais a juzgar por primera vez una causa de sangre, mirad ahora la institución que yo fundo. En adelante subsistirá por siempre en el pueblo de Egeo este senado de jueces.

“...Oíd mi consejo, ciudadanos que habéis de mirar por la República: no rindáis culto a la anarquía ni al despotismo; pero no desterréis de la ciudad todo temor, que sin temor no hay hombre justo. Mirad, pues, con temerosa y merecida reverencia la majestad de este senado, porque así tengáis un baluarte defensor de vuestra ciudad y patria, cual no lo tiene pueblo en el mundo, ni se hallaría entre los Escitas ni en la tierra de Pélope. Yo os doy un tribunal que nadie podrá cohechar: venerando, severo, guarda de esta ciudad que velará por los que duermen. Sirvan en lo venidero a mis ciudadanos estas advertencias que les dirijo. Y ahora levantaos y dad vuestro voto y sentenciad esta causa con respeto a vuestros juramentos. He dicho”.

¿No es una proclama política la de Atenea, la diosa representativa de la democracia ateniense? El poeta no ha podido contener su encendido amor a la democracia. Y ahora, ¿qué nos dicen los

que gritan a todos los vientos que el arte no debe servir ninguna tendencia política? Mucho tendrían que aprender de los griegos, por cierto.

“¡Salve, salve; los dioses os den felicidades y abundancia! Salve, pueblo de Atenas”... Canta el coro con versos trémulos de notas épicas.

Se ha dicho que fué Esquilo quien puso por primera vez en la escena, a una multitud como personaje único, sentando los fundamentos del teatro de masas que Lope de Vega ha de desarrollar con gran acierto. En Las Suplicantes, las cincuenta hijas de Dánao aparecen como un solo personaje, vestidas con largas túnicas bordadas a la usanza oriental. El grupo de suplicantes pide protección al rey de los argivos que les ofrece asilo y las defiende de sus enemigos. Ninguna figura de mujer en forma individual, interviene. Es lo colectivo lo que aquí tiene preeminencia, henchido como está Esquilo de los ideales de la democracia y de la libertad. El canta a la ciudad de Atenas y a sus libres instituciones, por eso en sus tragedias resuenan voces de epopeya grabadas en el escudo de los héroes griegos.

### SOFOCLES, CREADOR INNATO DE CARACTERES

El grandioso Teatro de Esquilo, cede paso a las armoniosas figuras de Sófocles, el clásico impecable que lleva la tragedia a la perfección del arte. Los violentos cuadros de Esquilo son ahora figuras más humanizadas, y aunque Sófocles mantiene un grave respeto hacia los dioses, le interesa el hombre en la lucha contra su propio Destino. Edipo cae vencido por la fatalidad que trató de eludir con todas las fuerzas de su ser, pero Sófocles nos hace comprender su tragedia, compadecer al hombre que siendo puro y recto, cae en la trampa del destino y realiza los actos más abominables sin saberlo, víctima de la maldición de los dioses.

Pensador sereno y profundo, Sófocles proclama ya un sentimiento de libertad

humana, que está muy lejos de las imprecaciones inexorables de los coros de Esquilo. Además, Sófocles tiene un perfecto dominio de la técnica teatral y mantiene un diálogo tenso, vibrante, que no llegó a dominar completamente Esquilo. Genial para manejar la trama y la dirección de una intriga. Sófocles es realmente el maestro de la tragedia: Edipo Rey es el modelo más perfecto de la tragedia antigua.

Sófocles nació en Colono, cerca de Atenas en 496. Su padre Sofilo es de familia principal. Muere en 406. Se dice que fué estratega, y como tal, cabeza de Pericles en la guerra de Samos (441-439). Expresa los sentimientos de los aristócratas moderados, y por ello se inclina más a las reformas constitucionales que a lo que pudiera significar una revolución. Se muestra conciliador ante los dioses y los hombres, pero más comprensivo del destino humano. La dulzura de su carácter se refleja en sus personajes, así como su rectitud y su firmeza, que son las propias virtudes del infortunado Edipo. Fue amigo ilustre de Pericles y Herodoto, y llegó a ser honrado como un semidiós por sus conciudadanos.

Pero la mayor gloria de Sófocles consiste en haber sido el más grande creador de *caracteres*, y como tal se le considera en la literatura universal. No se trata solamente del mero dominio de la técnica escénica, cuyos efectos son siempre momentáneos. Entre Esquilo y Eurípides, el innato creador de caracteres es Sófocles.

Sófocles nos ofrece el enigma de la sabiduría sosegada, sencilla, natural. Sus figuras son humanas, henchidas de pasiones violentas y de sentimientos tiernos, llenos de orgullosa y heroica grandeza; humanos, en fin, parecidos a nosotros, y al mismo tiempo dotados de tan alta nobleza. Pinta a sus personajes “*tal como debieran ser*”, en tanto que Esquilo los pinta *como a dioses* y Eurípides, *tal como son*.

Pero además, la “cópula creadora de la poesía y de la educación, considerada en este sentido, en Sófocles es una cons-

telación única en la historia universal". (Jaeger, Paideia).

Lo que se experimenta en el acorde y el ritmo, la *medida*, es para Sófocles el principio del ser. Es el piadoso reconocimiento de una justicia que reside en las cosas mismas y cuya comprensión es el signo de la más perfecta madurez. Los coros de Sófocles repiten constantemente que la falta de medida es la raíz de todo mal. "La armonía preestablecida entre el arte escultórico de Fidias y la poesía de Sófocles tiene su fundamento más profundo en la sujeción religiosa a este conocimiento de la *medida*". (Jaeger, Paideia).

### CARACTERES FEMENINOS EN SOFOCLES

En Sófocles todo se desarrolla sin violencia, en sus proporciones naturales. Sus personajes ya no tienen la solidez pétreo de las figuras de Esquilo, sino un peso humano, más simple y natural. Sófocles es el clásico, en el sentido de que con él alcanza la tragedia su desarrollo más elevado. Escultor de caracteres, Sófocles se halla conscientemente inspirado por el ideal de la conducta humana, y por eso sus tragedias tienen una acción educadora verdadera.

*Edipo*, uno de sus más grandes personajes, encarna el símbolo trágico de la humanidad. Aunque en el *Edipo Rey* se cumple la profecía del oráculo, la voluntad humana se manifiesta decidida y enérgica en el infortunado Edipo, héroe de la tragedia.

El carácter de *Yocasta* (en *Edipo Rey*), está magistralmente pintado por Sófocles. Mujer madura, en la plenitud de su vida, ha alcanzado toda su felicidad en su segundo matrimonio con Edipo, el impulsivo y violento rey con quien comparte el reino. Pero en el sentimiento de *Yocasta*, hay un complejo de emociones en el que se unen las dulzuras apasionadas de la esposa, y la recóndita ternura de la *madre*. Domina suavemente a su marido, no en la forma altiva y glacial de

Clitemnestra, sino por el poder de su bondad e identificación con ese Edipo amado, ese joven marido que la vida le ha dado, y que no sabe la desdichada, que es su propio hijo.

Sófocles nos pinta esta dualidad de *Yocasta*, este dominio maternal sobre Edipo, revelándonos los secretos resortes de su alma para quien nada importa, con tal de que Edipo sea feliz y ella pueda retenerle.

Es el sentimiento que embarga a toda mujer madura ante un hombre más joven que ella, y en cuyo amor hay bases firmes y sólidas, porque ella es eso: la esposa y la madre en su eterna entrega al hombre. Un carácter perfectamente dibujado, es esta conmovedora *Yocasta*, que aun cuando llega a intuir el terrible secreto, quiere que Edipo lo ignore para que no lo alcancen los golpes demoledores de un dolor que ella sabe que habrá de abrumarlo hasta destruirlo.

Que ella influye en su marido más de lo que pudiera hacerlo una esposa joven, lo notamos en seguida, desde que aparece en escena, cuando interviene en la disputa entre Edipo y el hermano de *Yocasta*, Creonte:

"¿Cómo, desdichados, habéis suscitado tan imprudente disputa? ¿No os avergonzáis de remover vuestros odios particulares en medio del abatimiento en que se halla la ciudad? Entra en Palacio, Edipo; y tú, Creonte, a tu casa; no sea que por fútiles motivos originéis gran dolor".

Edipo le revela sus temores e inquietudes a su queridísima *Yocasta* y ya sentimos con qué lazo más misterioso está unido a ella, a quien no ha de callarle su pena, como un hijo haría con su madre:

"No pienses que te las voy a callar en medio de la incertidumbre en que estoy. ¿A quién mejor que a ti podré yo contar el trance en que me hallo?..."

Y cuando Edipo le revela sus sospechas, *Yocasta* le dice angustiada:

"...Sacúdelas ya todas de tu corazón".

¿No es éste el grito conmovido de una madre, mucho más fiel en su cariño

que la esposa, la cual puede cambiar si la suerte abandona al marido? Oíd cómo trata de convencerle, con qué ternura le habla:

“¿Debe el hombre inquietarse por aquellas cosas que sólo dependen de la fortuna y sobre las cuales no puede haber razonable previsión? Lo mejor es abandonarse a la suerte siempre que se pueda. No te inquiete, pues, el temor de casarte con tu madre. Muchos son los mortales que en sueños se han unido con sus madres: pero quien desprecie todas esas patrañas, ése es quien vive feliz”.

Ella le pide que no investigue más, porque su intuición de mujer la ha llevado a comprender la verdad, antes de que los indicios sean ciertos. Tiembla en su corazón de madre a quien sólo importa la suerte del hijo, de ese amado Edipo, que le es doblemente querido, entrañablemente amado. Angustiada le dice: “Déjate estar de eso, por los dioses, si algo te interesas por tu vida, que bastante estoy sufriendo yo”.

Ella le pide que no prosiga en descubrir su origen, que no pregunte más, porque ya la sospecha angustiada se ha enroscado en su corazón de madre:

“¡Ay, malaventurado! ¡Ojalá nunca sepas quién eres!”

Edipo se siente herido por esta frase de su mujer, porque cree que ella le va a despreciar si se sabe que su origen es humilde; se indigna por ello, herido en su orgullo y le dice:

“...Dejad que ésta se regocije de su rica genealogía”.

Pero Yocasta ha comprendido demasiado, y ya su dolor se ha roto por dentro, como el arco tenso que se rompe cuando ya no soporta más:

“¡Ay, ay, infortunado!, que es lo único que puedo decirte, porque en adelante no te hablaré ya más”.

Entra en el Palacio enloquecida por el descubrimiento, y sorprende su actitud al coro y aún más a Edipo, que reacciona orgullosamente:

“Que estallen si es menester: que yo quiero conocer mi origen, aunque éste sea de lo más humilde. Ella, naturalmente, como mujer que es, tiene orgullo, y se avergüenza de mi oscuro nacimiento. Pero yo, que me considero hijo de la Fortuna, que me ha colmado de dones, no me veré nunca deshonrado. De tal madre nací; y los meses que empezaron al nacer yo, son los que determinaron mi grandeza y mi abatimiento. Y siendo tal mi origen, no puede resultar que yo sea otro, hasta el punto de querer ignorar de quién procedo”.

El coro trata de calmarle con palabras tiernas, y le

dice que quizá su madre es alguna desposada del propio dios Apolo:

“...¿Cuál a ti, oh, hijo, cuál te parió, pues, de las dichosas ninfas, unidas con el padre Pan, que va por los montes? ¿Acaso alguna desposada con Apolo?”

Calinado ya, Edipo sigue inquirendo para averiguar su origen verdadero, ahora que ya sabe que es hijo adoptivo de Néobulo, a quien creía su padre. El criado a quien pregunta, se niega a contestar,



SOFOCLES

porque conoce la terrible verdad que ha de herir a su rey:

“¡Infortunado! ¿Para qué? ¿Por qué quieres saber?”

Al fin la verdad se hace luz ante los ojos del desventurado Edipo.

En un gran grito de espanto se lamenta al descubrir la tremenda verdad:

“Ay, ay! Ya está todo aclarado. ¡Oh, luz! Sea éste el último día que te vea quien vino al mundo engendrado por quienes no debían haberle dado el ser, contrajo relaciones con quien le estaban prohibidas y mató a quien no debía”.

Edipo entra precipitadamente en Palacio, y al encontrar a Yocasta muerta por su propia mano, le arranca los broches del manto real, y se salta los ojos hundido en su gran desesperación.

Edipo actúa como debía hacerlo un hombre de su carácter y no de otro modo. Recto, respetuoso del deber, lleno de gran majestad, es por otra parte impetuoso y no sabe detenerse cuando la ira lo ciega, como cuando dio muerte a su padre Layo, sin saber de quién se trataba, pero cegado por la cólera; como cuando acusa a Creonte de conspirar contra él; como cuando exige que le digan la verdad acerca del destino del niño abandonado en el monte Citerón por orden del Rey Layo, sin saber que ese niño es él mismo. Como cuando se indigna cuando cree que su mujer se avergüenza de su origen, y finalmente, cuando todo se aclara y el espanto le sacude el alma. Difícilmente volverá a pintarse un carácter tan perfectamente definido, como este Edipo despeñado desde las alturas de su gloria, que lo ha perdido, hasta el fondo de su desesperación.

*Edipo en Colono* está dulcificado por ANTIGONA. Este personaje femenino de gran dulzura y bondad, es el centro de la tragedia y quien capta nuestra simpatía por su nobleza de alma. No creemos que se pueda dibujar con mayor delicadeza una figura de mujer como esta fidelísima Antígona, que comparte las desdichas de su padre. Imaginadla bella y adolescente, llevando de la mano a su padre ciego y vestido de andrajos. Oídla:

“Padre. eso me toca a mí; despacito y paso a paso apoya... tu abatido cuerpo descansando en las manos de tu querida hija”.

Oídla cómo implora para que acojan y auxilién a su anciano padre:

“¡Respetables extranjeros! Ya que no podéis tolerar a mi anciano padre por haber oído la relación de los actos que involuntariamente cometió, compadeceos al menos de esta desdichada. ¡Os lo suplico, extranjeros! Os lo pido en favor de mi infortunado padre. Os ruego con los ojos fijos en vuestro semblante, como os lo pudiera suplicar una hija de vuestra sangre, que respetéis a este miserable. En vuestras manos, como en las de un dios, está nuestra suerte. Ea, pues, concedednos esta inesperada gracia. Os lo suplico por lo que más querido os sea: por vuestros hijos, por vuestras esposas, por vuestros más sagrados deberes, por vuestros dioses. Considerad y veréis que ningún mortal, sea quien fuere, puede nunca resistir cuando es un dios quien lo empuja”.

Retrato del amor filial, de la ternura infinita de la hija hacia el destino de su padre, sea cual fuere, aun cuando todos le hayan abandonado. Ni Cordelia, la fiel hija del Rey Lear (en el drama de Shakespeare) tiene esta suprema bondad y abnegado desprendimiento de la dulce ANTIGONA. Ella le es fiel hasta la muerte, y cuando el anciano cierra los ojos, su dolor de hija se eleva:

“Murió en el país extranjero que deseaba; y lecho tiene bajo tierra bien resguardado para siempre, y no dejó duelo sin llanto; pues mis ojos por ti ¡oh padre! lloran derramando lágrimas, y no sé como debo yo, infeliz, disipar esta tan grave aflicción...; privado moriste así de mí”.

Ella pide que la lleven y la maten en el lugar donde ha quedado su padre. Todo está preparado para que Sófocles nos presente a esta dulce criatura en toda la grandeza de su carácter, en ese bello cuadro que se titula ANTIGONA, la conmovedora tragedia del amor fraternal. Aún está fresca la tumba del padre, cuando Antígona, flor de sacrificio, asiste a

la tragedia en que pierden la vida sus dos hermanos: Eteocles y Polinices. A este último le niegan la sepultura por orden de Creonte, el rey de Tebas. Contra todas las leyes, Antígona, sola le sepulta amorosamente y desafía al rey. Esquilo desarrolla este mismo tema en Los Siete contra Tebas, pero allí Antígona aparece cumpliendo el sagrado deber fraternal, y no se conocen las consecuencias que ésto le acarrea, y que Sófocles aprovecha magistralmente en su pintura del carácter de ANTIGONA. Aquí están utilizados todos los efectos dramáticos que llevan al desenlace trágico. Antígona es encerrada viva en una cueva, pero ni aun allí su carácter sabe ceder, pues ella es la abnegada hermana que sabe sacrificarse gloriosamente por el hermano despreciado. Un elemento más ofrece Sófocles: el hijo de Creonte, comparte la suerte de la desdichada Antígona, y muere con ella, mientras el padre se lamenta de su severidad.

Oigamos de qué manera Antígona invoca la fuerza de las leyes divinas por encima de las disposiciones arbitrarias de los hombres:

“Como no era Júpiter quien me las había promulgado, ni tampoco justicia, la compañera de los dioses infernales, ha impuesto esas leyes a los hombres, ni creí yo que tus decretos tuvieran fuerza para borrar e invalidar las leyes divinas, de manera que un mortal pudiese quebrantarlas. Pues no son de hoy ni de ayer, sino que siempre han estado en vigor y nadie sabe cuándo aparecieron. Por eso no debía yo, por temor al castigo de ningún hombre, violarlas para exponerme a sufrir el castigo de los dioses. Sabía que tenía que morir, ¿cómo no? aunque tú no lo hubieses pregonado. Y si muero antes del tiempo, eso creo yo que gano; pues quien viva como yo, en medio de tantas desgracias, ¿cómo no lleva ganancia en la muerte? Así que para mí no es pena ninguna el alcanzar muerte violenta; pero lo sería si hubiese tolerado que quedara insepulto el cadáver de mi difunto hermano: eso sí que lo hubiera sentido; esto no me aflige...”

¿De dónde ha sacado fuerzas esa criatura bondadosa si no es de la honda virtud de su alma excelsa? No, no puede haber ningún personaje femenino que supere esta tierna pintura, invencible en su bondad, noble hasta el sacrificio, a quien no importa el amor del hombre que ha de hacerla su esposa, cuando se trata de cumplir su deber. Ese mismo hombre ha de morir con ella, en una escena que mucho se parece a la escena de la muerte de Romeo y Julieta y la de todos los amantes que perecieron juntos en aras de su amor perseguido.

*Las Traquinias*, es el drama de los celos de Deyanira, esposa de Hércules. ¿Con qué palabras más naturales expresa Deyanira sus temores de perder el cariño del esposo ante una rival más joven!:

“...Veo además a ella en la flor de la juventud, mientras la mía se va marchitando ya; y hacia los encantos de aquella suelen dirigirse los ojos mientras se apartan de ésta. Por eso temo que Hércules se siga llamando mi marido, y realmente lo sea de la más joven”.

Deyanira en el afán de retener al marido, recurre a los filtros amorosos que le regalara Neso, el Centauro a quien Hércules mata. Con ese filtro, que según Neso, le afinaría por siempre el amor de Hércules, ella recubre una fatídica túnica, que envía como regalo al marido infiel, y que le produce la muerte. Al saber la noticia Deyanira se suicida. Aunque en la tragedia aparece este como el resultado de la predicción de un dios, en realidad Sófocles nos presenta ya el proceso de la pasión y de los celos con todas sus consecuencias tremendas en el alma del hombre.

Nos falta aún por examinar el carácter de *Electra*, personaje femenino lleno de fuerza en la tragedia de Sófocles que lleva su nombre, y en la que se retoma el mismo tema de la Orestíada de Esquilo, pero centrada ahora en este personaje femenino de una gran humanidad.

Consumida en incesantes lamentos, llorando a su padre Agamenón, aparece Electra, la desdichada Electra que parece concentrar en su pecho una pena eterna



de la humanidad. Ella espera a Orestes para el cumplimiento de la venganza que no es capaz de realizar sola, y en sus labios Sófocles pone una queja infinita, y profundamente humana:

“...Sin cesar le estoy esperando (a Orestes), sin hijos, desdichada y sin marido, y me muero, bañada en lágrimas, en este interminable cúmulo de desgracias...”

Todo nos parece más natural en esta Electra, más humano. No es la fuerza de los dioses, la que empuja a los hermanos al crimen, sino un proceso que se ha formado por largos años en el alma sola y áspera de esta criatura infortunada. Si en ella asoma la crueldad, es porque no es feliz, es porque la vida ha llenado su copa de amargura sin límites. ¿Acaso no se es terriblemente malo, cuando se es terriblemente desdichado, como descubre ese luceador de las almas humanas que se llama Dostoiewski, en *El Eterno Marido*?

El lamento de Electra, descrito con minuciosidad por Sófocles, nos prepara para justificarla, o si no para justificarla, por lo menos para comprenderla:

“Pero ya he pasado la mayor parte de mi vida sin lograr mis esperanzas, y *no puedo más*; vivir sin hijos me consume, y no tengo varón amante que me asista, sino que, como si fuera indigna extranjera, trabajo en la casa de mi padre, así como me veis, con este indecente vestido, y sirvo a la mesa en que falta el señor...”

Grito más humano no había resonado en la escena, desde que Sófocles nos pinta la amargura infinita de esta mujer joven, consumida por la desgracia, rumiando su venganza, desolada, endurecida por el infortunio. Sófocles ya no cree que sean los dioses los causantes del abismo en que ha caído la Casa de Agamenón. El coro muestra su duda, al evocar el crimen antiguo:

“...Traición tramó el parricidio que amor ejecutó, habiendo engendrado ambos el terrible espectro, *ya sea un dios, ya pasión humana*, quien todo esto llevase a cabo”.

Electra ha sufrido las mayores injurias,

y ve al asesino en el mismo lecho de su padre, con la “miserable de su madre”, como la llama, y dice:

“...si nombre de madre he de dar a la que con aquel duerme y tan tranquila, que convive con el genio impuro y malhechor sin temor a ninguna maldición, antes al contrario como si se burlara del crimen...”

Ella llora y se lamenta sola, y sin que nadie la acompañe, y recibe las injurias de esa madre, que ya no puede tener el nombre de tal, y que por ello justifica la dureza con que la recrimina Electra.

Para acentuar el carácter de Electra, Sófocles se vale de la figura de su hermana Crisóstemes, que no aparece ni en Esquilo ni en Eurípides, y que se ha sometido completamente a la voluntad de Egisto y Clitemnestra, y ve a su madre envilecida con el amante, sin protestar siquiera, como esas figuras sin personalidad acomodaticias que se hacen al sol que nace.

En contraste con ella, Electra avanza tensa, inígen de la venganza, que se realiza porque “ya no se puede más”, como ella dice, porque su carácter altivo y la estimación que se tiene a sí misma, no pueden conulgar con la tolerancia de una madre infame y culpable que vive sin pudor y sin vergüenza. Esta Electra es de una humanidad grandiosa, es un carácter definido, fuerte, pero que aún no ha perdido su femineidad sólo aplastada por el dolor... “Dichosa vida es la mía para estimarla” —exclama. Y nosotros podemos comprender el proceso en que se debate su alma abrupta como una roca solitaria, en la que a pesar de todo, puede brotar el amor, y brota en efecto, por su padre a quien la ligan extraños lazos profundos, y por su hermano, que sustituye todo lo que la vida le ha negado.

### EURIPIDES, EL POETA DE LA PASION

Solos de pasión y de tristeza, realzados por una música para nosotros desconoci-

da, pero en cuyas notas habría quizá algo del patetismo de la Apasionata de Beethoven... son las tragedias de Eurípides, el más realista de los trágicos antiguos. Eurípides ha sido considerado como el más admirable poeta trágico, y en sus obras hay raudales de poesía y de lirismo, imposibles de superar, especialmente en sus Coros, en donde expresa sus opiniones y sus sentimientos de poeta. Dominaba las leyes de la música y el verso y de él se dice que era *pensador porque poeta*.

Eurípides nació en Salamina, en 480 y murió en 405. Era hijo de un tabernero y de una verdulera. No tuvo de su cuna ninguna tradición de raza que pudiera ligarlo al pasado, y más bien en sus dramas hay una complacencia por su origen humilde, hasta el punto de que uno de sus personajes dice:

“Cuántas ventajas tiene el nacer en humilde cuna”...

Solitario y meditabundo, el poeta escribía sus tragedias en su retiro de Salamina, lugar por él preferido para sus reflexiones graves y profundas.

De naturaleza móvil e impresionable, intuitivo y contradictorio, su sensibilidad casi femenina, le hizo comprender el alma de la mujer en toda su complejidad. Simple, patético, conmovedor, Eurípides es dueño de una inteligencia rápida, penetrante y atrevida, y de una poderosa imaginación. Buceador de las regiones oscuras del alma humana, menos grandioso que Esquilo y menos armonioso que Sófocles, pero pulsando las más finas y sutiles emociones y con un sentido más delicado de las miserias humanas, Eurípides es el primer trágico que se atreve a llevar al teatro la pasión con toda su fuerza. Patético, enamorado de las situaciones violentas, fecundo en pasiones y sufrimientos, Eurípides ha olvidado el lenguaje comedido y simple de los personajes de Sófocles, y ya sus figuras no tienen la dulce armonía que caracteriza al sucesor de Esquilo.

Eurípides es el gran innovador en el teatro, el revolucionario que rompió con la tradición hasta donde era posible en

aquel momento. Parece buscar con amor las situaciones patéticas, consagrarse a ellas e infundirles todo su arte de un realismo admirable. Atormentado por la duda, audaz con los dioses de quienes se burla, incrédulo, ateo, había en él sin embargo, una fe purificada en pugna con la sociedad y con las leyes. Su poesía está rebosante de un lirismo puro, apasionante y soñador. Una suave melancolía pasa por sus escenas dibujadas con un naturalismo delicado. Doloroso y terrible en el conocimiento del alma humana y de sus pasiones, no vacila en llevar al teatro la pasión amorosa en toda su fuerza arrolladora, lo cual produjo un escándalo terrible, porque nunca ningún trágico hasta entonces se había atrevido a exponer con un lenguaje tan realista y apasionado, los sentimientos intensos que embargan el alma de la mujer.

Eurípides es el más grande poeta trágico y el que más se acerca al drama moderno por su realismo y porque reflejó con verdadero acierto, los vicios y la corrupción de la sociedad de su tiempo.

No vaciló en presentar andrajoso a un rey caído, cosa que no hubiera hecho nunca Esquilo, aunque ya Sófocles se había atrevido tímidamente a ello en su Edipo en Colono. Sin embargo, la forma en que lo hizo Eurípides, produjo verdadero escándalo. También quiso renunciar a la máscara, pero no se atrevió a romper la tradición. Lo cierto es que Eurípides, aunque utilizó los mismos mitos, trata a los dioses con desprecio y burlescamente. Ya no tienen la magnificencia de los dioses de Esquilo, ni hay en sus palabras el grave respeto de Sófocles ante los dioses. También es cierto que el antiguo ideal de dignidad aristocrática y tradicional se había perdido, y que Eurípides sufrió la influencia de los sofistas que empujan el pensamiento griego en pleno desarrollo de la democracia. Un mundo en movimiento, descreído, escéptico, sin el respeto a los valores tradicionales, es el que presenta este gran revolucionario del teatro, y uno de los poetas más admirables de la antigüedad.

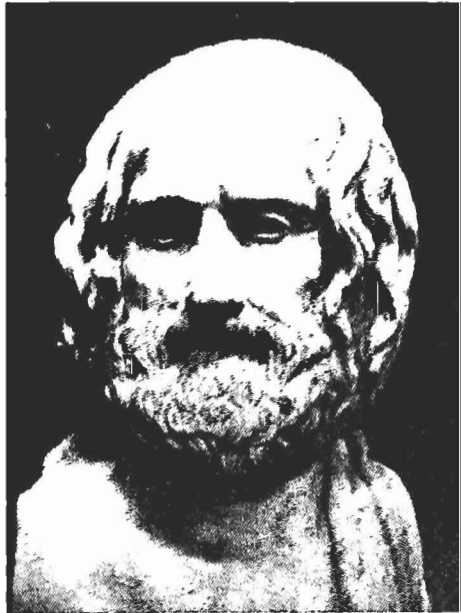
## PERSONAJES FEMENINOS DE EURÍPIDES

*MEDEA*, es la sombría pintura de un alma femenina que libra un terrible combate interior, hasta que en un arrebato salvaje, ahoga toda ternura maternal.

Eurípides se interesa por los sentimientos instintivos y por la pasión. Parece buscar las situaciones patéticas y le interesa menos pintar los caracteres como Sófoeles. Sus grandes enamoradas escandalizaron en el teatro ateniense. Nunca los rincones misteriosos de la naturaleza humana habían sido revelados con tanto atrevimiento. Nunca una mujer había dicho en la escena palabras tan audaces y tan atrevidas opiniones sobre los hombres y la sociedad. Sus personajes ya no luchan contra los dioses, sino con sus propias pasiones irresistibles contra las cuales se debaten débilmente, fuerzas que la razón y la voluntad reprueban. Aun en los momentos de heroísmo, sus personajes parecen actuar empujados por un impulso irresistible. Como magistral pintor del instinto, se complace por ello más en los personajes femeninos, en esas figuras de naturaleza casi primitiva que actúan por impulsos que no pueden dominar. Pero también es maestro en la representación delicada de los caracteres ingenuos, y en esto, no ha sido sobrepasado por nadie. Más realista, más atrevido que sus antecesores, no vacila en pintar la miseria y el dolor, los harapos, las enfermedades, y hasta la vejez mezquina y sin sublimidades, como en *Alceste*. En este drama, hay escenas de conmovedor realismo como los últimos momentos de Alceste, la mujer que da la vida por su marido en un acto heroico que contrasta con la mezquindad y egoísmo de los otros personajes. Eurípides en este drama recurre a medios sencillos para traducir sentimientos nobles y elevados. Sus figuras idealizadas son de una gran nobleza, pero también pinta vívidamente a personajes egoístas, cobardes, bajamente ambiciosos, duros, pérfidos, todos los vicios, en fin, del alma humana, que Sófoeles supo disimular con gran

delicadeza. Por eso Eurípides es el pintor verídico de la sociedad de su tiempo.

Pero centremos nuestra atención en Medea, figura fuerte de mujer que no puede sufrir injurias. Desesperada, terrible, la encontramos a las puertas de Palacio, lamentándose a fuertes voces por la perfidia de Jasón, su marido, que la ha abandonado por la bella hija del rey de Tebas y con quien va a casarse. Sus grandes gritos atemorizan a los criados que no se atreven a acercársele, pues conocen su índole cruel. Astuta, sagaz, maestra en artificios, esta Medea simula una reconciliación, después de haber meditado su plan, y prepara una trampa en la que caen el marido, la rival y el padre de ella. El velo finísimo y la corona de oro que la malvada envía como regalo a la novia, están saturados de un veneno terrible, y la desposada termina su atavío en el infierno...



EURÍPIDES

Nos parece cruel, inhumano que Medea mate al final a sus propios hijos, y premeditadamente prepare su fuga, lleván-

dose los tiernos cadáveres, todo, para hacer sufrir más a Jasón, que llora inconsolable la muerte de sus hijos y todos los males que ha desencadenado este ser pérfido y sombrío, cuyo ánimo implacable y aguijoneado por el infortunio, nos muestra Eurípides en una de sus mejores pinturas del alma femenina.

*Fedra*, nos muestra el proceso de un alma enamorada que lucha contra su propia pasión. Sentimientos contradictorios la embargan. Descubre su amor casi con pena y lucha desesperadamente por ahogarlo hasta que cae enferma. Temerosa y púdica quiere ocultar su amor, pero también quiere decirlo, gritarlo, aunque sabe que es un amor culpable e incestuoso. Ella se ha enamorado de Hipólito, el hijo de Teseo, su marido. El muchacho es puro y recatado y está muy lejos de suponer que su madrastra siente por él una pasión que ha de envolverlos en una tragedia irremediable. Fedra se confía a su nodriza, quien por buscar un alivio a los males de amor de su señora, revela el secreto a Hipólito. Este, espantado, la rechaza violentamente. Fedra se encuentra perdida, llena de dolor y de vergüenza se mata, pero con su muerte arrastra al infortunado Hipólito. Teseo recibe de ella un mensaje postrero en el que le dice que su muerte obedece a la maldad de Hipólito, que ha tratado de manchar el lecho nupcial. Ella muere en defensa de su honor mancillado. Teseo cree en sus últimas palabras, y furiosamente expulsa a Hipólito y lanza contra él maldiciones que los dioses cumplen y que causan la muerte del joven. Se dice que Eurípides en su primer Hipólito, presentaba a una Fedra mucho más audaz, declarando su amor a su hijastro. Pero produjo un escándalo tal, que se vio precisado a trazar un nuevo Hipólito en el que Fedra aparece más recatada y púdica. Ella revela la contradicción secreta de un corazón que quiere y no quiere a la vez. Su pobre alma se debate en un delirio interior, que Eurípides nos muestra en toda su complejidad.

Podemos perfectamente comprender los

sentimientos que embargaban a Fedra frente a Hipólito. Su padre la casó muy joven con Teseo y ella no llegó a conocer el amor, hasta que se encuentra con el hijo de su marido, el virtuoso Hipólito, y su alma se siente por primera vez impresionada por un sentimiento que desconoce. Llena de confusión, debatiéndose en una tormenta interior, lucha contra ese sentimiento que ha llegado a turbar su paz interior y pone en peligro su tranquila vida de mujer casada atendida en todos sus deseos. La razón le dice que eso es imposible, pero la pasión la vence, porque “los sentidos muerden”, y aunque ella no quiere confesarse en voz alta que hay en ese amor el maduro anhelo de una plena realización, lo cierto es que instintivamente lo desea, lo busca, contra toda reflexión y sensatez. Es tan fuerte la lucha, que cae enferma. Se debate en un infierno interior, en un infierno desesperado, tormentoso. En su delirio, pregunta a su nodriza: “¿Qué cosa es el amor?” Y la nodriza le responde:

“Lo más dulce, oh, hija, y al mismo tiempo, lo más amargo”.

Fedra se confía en su nodriza y le revela su amor por Hipólito. Confiesa que ese sentimiento es indigno de ella, y trata de vencerlo tenazmente:

“A males que me avergüenzan busco salida honesta”, dice Fedra. Pero la nodriza la hace concebir la ilusión de que ese amor puede ser realizado, siempre que se mantenga en secreto. La *picaresca* española ¿no se habrá inspirado en este malicioso personaje de Eurípides, en la nodriza oficiosa que se ofrece a preparar filtros a fin de obtener para Fedra el amor de Hipólito?

Fedra, horrorizada, le ordena silencio, y le dice que la única salida para ella, es la muerte, puesto que ama a quien no debe amar. La nodriza la convence de que podrá arreglarlo todo discretamente, y que necesita una prenda de Hipólito. Fedra se debate entre la vacilación y la esperanza, y por fin cede en espera del último recurso.

La nodriza hace la tremenda revelación

a Hipólito, y éste, un joven puro, incapaz de una acción semejante, se indigna ante la sola idea del incesto. El no ama a Fedra, él no sabe lo que es el amor, y por tanto, rechaza violentamente toda insinuación. Fedra se siente perdida. Comprende que ha ido demasiado lejos y los sentimientos más complejos la embargan: siente vergüenza de haber confesado, aunque sea por medios indirectos, su amor a quien era incapaz de comprenderla. Siente pena por ella misma y por su marido, que no tardará pronto en conocer sus pensamientos deshonestos. Pero además siente cólera al saberse rechazada por Hipólito, y duda de que sea el sentimiento del deber lo que ha provocado tal reacción en el joven. Se siente herida en lo más profundo de su ser, por haber recibido una negativa tan violenta. Siente despecho, cólera, dolor, angustia. Y como no le queda otro camino, como se sabe descubierta y perdida, se mata, pero en su alma femenina, tortuosa, concibe una fina venganza. Ha de perder a Hipólito también. Ha de hacerlo aparecer ante los ojos del mundo como un ser abyecto, impuro, falso, hipócrita. Y antes de morir revela a su marido que Hipólito inspirado por un indigno amor, ha querido manchar el lecho conyugal de su padre. Maravilloso retrato psicológico de una pasión contradictoria y de una lucha entre la reflexión que niega, y el amor que arrastra a extremos inauditos. Nos habría gustado conocer el primer Hipólito de Eurípides, en el cual es la propia Fedra, quien confiesa su amor al joven hijastro. Racine y Séneca convierten a Fedra en un personaje más audaz, y saben utilizar muy bien, los efectos dramáticos de una confesión hecha por ella misma. En Racine, Fedra recurre a la evocación de Teseo joven, tal como es ahora Hipólito, y se insinúa sutilmente, de tal modo, que Hipólito no sabe si es una declaración directa la que le hace Fedra, o es su gran amor por Teseo, el que inspira sus palabras apasionadas, y vacila. Pero Fedra, dispuesta a llegar al fin, lo ataja:

“Demasiado me comprendiste”.

Pero este Hipólito de Racine, rechaza a Fedra, no por pudor, sino por que ama a otra joven y Fedra no le inspira ningún sentimiento de amor.

Al lado de estas mujeres pasionales, Eurípides nos ofrece una figura nobilísima y dulce: Ifigenia, la hija de Agamenón, que se deja inmolar por la gloria de los griegos y se niega a aceptar la salvación que Aquiles le ofrece. “Algún dios, oh, hija de Agamenón —le dice Aquiles—, me hubiera hecho feliz concediéndome tu mano”.

*Ifigenia es un personaje tierno, profundamente adicta a su padre, a quien ama por encima de todo, tiene rasgos parecidos a la Antígona de Sófocles, y marcha al sacrificio serenamente:*

“Oh, padre, de buen grado vengo a dar mi vida por la patria, por la Hélade”...

¡Qué diferente a la fuerte Medea, pronunciando palabras que no se habían dicho nunca en la escena! En Medea resuena la queja íntima de todas las mujeres ante una sociedad masculina que se ha dado normas de vida para su propia conveniencia. “Las mujeres —nos dice Medea—, somos las más desventuradas, porque necesitamos primero comprar un marido a costa de grandes riquezas y darle el señorío de nuestro cuerpo”... “...No es honesto el divorcio en las mujeres, ni posible repudiar al marido”.

Y de qué manera pinta Eurípides la trampa en que Medea hace caer al marido que la engaña:

“...¿Crees acaso, que yo le hubiera hablado nunca con tanta dulzura sino para ganar tiempo y vengarme? Tan grande es su insensatez que pudiendo desbaratar mis proyectos, desterrándome de aquí ahora, me ha concedido el plazo de un día...”

Las Troyanas, recoge escenas patéticas de gran belleza, en torno a Hécuba, la madre de Héctor, después de la rendición de Troya. Las mujeres troyanas son repartidas como botín entre los griegos victoriosos y volvemos a encontrarnos con personajes conocidos, como Casandra, la

doncella vidente y delirante, escogida por Agamenón, y que hemos visto en la Orestíada de Esquilo, pronosticar la muerte del rey y la suya de manos de Clitemnestra.

Un mundo en movimiento, un mundo

escéptico, descreído, sin el respeto a los valores antiguos, es el que nos pinta Eurípides, el crítico más penetrante de la sociedad de su tiempo, cuando el antiguo ideal aristocrático y tradicional se había perdido.

# BOLIVAR, PERFIL DE POESIA

Por ALBERTO BAEZA FLORES

## *Bolívar le agradece a Olmedo*

En vida, el Libertador fue tema y tono, inspiración y perfil de poesía. He vuelto a releer estos días la carta que Simón Bolívar escribió al poeta don José Joaquín Olmedo, desde el Cuzco, el 27 de junio de 1825. En esa carta se advierte la emoción del gran político y guerrero, al saberse asunto de poesía. El clima romántico del epistolario de Bolívar parece crecer aún más. Bolívar se me parece, en su epistolario, una figura par a Napoleón. En los dos alienta el genio, pero en Bolívar el genio adquiere una condición patética, porque es más desdichado. En esa carta a Olmedo, el poeta que ve con pupila clásica los nuevos temas que ofrece el Nuevo Mundo, Bolívar se excede un tanto en sus gracias. Bolívar va eufórico, hacia la luz: "He llegado ayer al país clásico del sol, de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro; los incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia en relación de la destrucción de los indios por Las Casas". Se siente lírico en las imágenes y también ante la naturaleza primigenia: "...mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva Naturaleza, desarrollada por sí misma". Llama a Manco Capac: "Adán de los indios". Es que Bolívar, poeta de acciones, de visiones y de ímpetus del corazón, siente que él mismo empieza —a través del poema que le ha enviado Olmedo— a ser carne de historia, imagen de eternidad. Le agradece a Olmedo el poema y lo elogia con subida emoción: "El poema es de un Apolo". Apunta, al elogiar el tema nuevo, que Olmedo dispara en terreno virgen para la poesía ("Ud. dispara... donde no se ha disparado un tiro"). La mitología griega anda en boca de Bolívar y le sirve para situar, en viva gratitud, lo que ha hecho Olmedo, el poeta.

"De mí forma un Júpiter —escribe el Libertador al poeta—; de Sucre un



SIMON BOLIVAR

*Oleo de Oscar Rodriguez Naranjo.*



Marte; de La Mar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Ne-cochea un Patroclo y un Ajax; de Muller un Diomedes y de Lara un Ulises”. Y agrega Bolívar, como a la luz de ese poema que le ha enviado Olmedo y ha recibido Bolívar, camino al Cuzco: “Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Ud. nos hace a su modo poético y fantástico. . .”

Desde aquel poema hasta el último gran canto a Simón Bolívar, mucho ha caminado la poesía hispanoamericana. El último poema, que tiene al Libertador como tema, se debe a Miguel Angel Asturias, y es una nueva ventana hacia la gran figura. Un acento inconfundible entre los que han cantado el tema del hombre continental (*Bolívar*, Impreso en los Talleres del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador, C. A., 1955, a gran formato y con un dibujo de Bolívar por Camilo Minero).

### *Cinco poetas frente a un mismo tema.*

Pudieran no ser cinco sino más, pero son suficientes estos cinco poetas para señalar las formas de tratar un mismo tema, en breve recorrido.

El poeta portorriqueño Luis Llorens Torres —nacido poco después del tercer cuarto del siglo XIX— ofrece un Bolívar en breve espacio poético, pero animado de mucha síntesis. Llorens Torres maneja la antítesis con desenvoltura, con ese recurso dibuja un Libertador “que no nació hijo de patria alguna”, para afirmar —en el recurso poético— que “muchas patrias nacieron hijas de él”. Sin duda el poeta fuerza un tanto esa verdad emocional para buscar el efecto de oposición de elementos. La antítesis, tan grata a Víctor Hugo y los románticos, es recurso en el poeta de Puerto Rico, pero ese Bolívar “hijo de patria alguna” tiene raíz nacional que no disminuye en nada su continentalidad, sino más bien se la afirma y se la expande.

Afortunado está Llorens Torres cuando lo sintetiza en la estrofa siguiente:

*Tenía la valentía del que lleva una espada.  
Tenía la cortesía del que lleva una flor.  
Y entrando en los salones arrojaba la espada.  
Y entrando en los combates arrojaba la flor.*

Este juego de espada y flor es aquí triunfo y fortuna, como lo es esa calificación de “soldado poeta” y “poeta soldado” que va libertando cada pueblo como “hazaña del poeta” y “poema del soldado”.

El poema breve termina con un impacto inesperado, emocional, de sorpresa ante la espada, la rosa, la patria y la poesía:

*Y fue crucificado. . .*

Verdad, sin duda, para el que murió creyendo haber arado en el mar, pero que en realidad sembró el destino unitivo de América en la conciencia continental.

El *Canto Trunco a Bolívar* es breve y muy poco divulgado (Lo tomo de la Pág. 1208 de la edición de “Poesías Completas” de Rubén Darío, Aguilar, Madrid 1952, edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte). El Bolívar que ofrece Rubén Darío es una figura hacia el mañana. Al revés de Llorens Torres, en Darío la figura del Libertador es como una canción de amanecer, es una victoria hacia las albas futuras:

*¡Oh tú, a quien Dios dio todas las alas  
con tu condición de cortarlas...!  
¡Oh tú, proto-Cóndor de nuestras montañas!*

*Yo te saludo con el alma en alegría,  
en alegría de fuego y esperanza;  
pues tu palabra alcanza  
a un próximo futuro.*

*¡Tu voz de Dios, hirió la pared de lo obscuro!*

Ese último verso gira hacia los astros con temblor de voz como surgida de Delfos. Es un acento de oráculo, de grave anunciación.

Del Bolívar emocional de Llorens Torres, al Bolívar símbolo de futuridades de Darío, es necesario llegar al Bolívar político de Pablo Neruda. El Libertador que aparece en *Un canto para Bolívar* es un combatiente:

*Y otra mano que tú no conociste entonces  
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya,  
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,  
de la cárcel, del aire, de los muertos de España  
llega a esta mano dura que es hija de la tuya.*

Es un Bolívar partidarista, al que se llama "Padre"; es un Libertador al que se denuncia que "clavado en otra cruz está el hijo del hombre". Un Bolívar escrito cuando la Segunda Gran Guerra Mundial y que sirve al poeta como estrella de batalla.

El canto, no obstante su clara ubicación dentro de la poesía política y no obstante estar pautado por una tónica de consigna circunstancial, tiene versos vigorosos, desde aquel inicio mayúsculo y continental:

*Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire  
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,  
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:  
tu apellido la caña levanta a la dulzura,  
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,  
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,  
la patata, el salitre, las sombras espaciales,  
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,  
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,  
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,  
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.*

Se toca, en este firme comienzo sinfónico, esa tónica espacial de América. Cruza como un temblor subterráneo continental.

Del poema de Neruda es necesario pasar a *Bolívar, Sinfonía de Libertar* (La Habana, 1945), del poeta Regino Pedroso. El poeta cubano presenta un Bolívar enmarcado en un canto vigoroso de sonoridades, fiel al sentido sinfónico que quiso darle a la forma de tratar poéticamente el gran tema. Lo onomatopéyico es evidente, también lo es la sonoridad del idioma, ese registro como de órgano auroral que adquieren los versos. En el idioma poético de Neruda se advierte el

acento ronco, denso, subterráneo, grave, real. En el canto de Pedroso los versos cabalgan como por una llanura sobre el cielo:

*Y Bolívar fue eterno!*

*Y era una inmensa llama llenando el Universo!  
Y cabalgó en el viento y en ala del relámpago.  
Y tanto cabalgó que alcanzó el horizonte.  
Su cabeza era alta, como las altas cumbres;  
sus pies cual las profundas raíces de los montes.*

*Por su frente pasaban sueños huracanados;  
por sus venas terribles tumultos de Orinoco;  
igual que el Aconcagua se alzaba a las estrellas;  
y la selva de pueblos veía en noche esclava,  
y los días que andaban oscuros, en rebaños;  
y a sus pies contemplando los mares de los siglos,  
hacia el sol levantaba el cielo de sus manos,  
y en lo etéreo, leía, como un dios, el futuro.*

Se advierte en el tono de Pedroso ese vigor del canto a Martí de Agustín Acosta, animado de hondas esencias del modernismo sonoro y vibrante. Un día habrá tiempo para estudiar —paralelamente— estos dos grandes cantos.

De Regino Pedroso a Miguel Angel Asturias. He aquí un canto distinto que se inicia como una conversación.

### *El "Bolívar" de Miguel Angel Asturias*

Sorprende el inicio del poema del último cantor de Bolívar:

*¡Las veces que dije que no era la playa de pecho de crema, sino su caballo!*

*¡Las veces que dije que no eran las olas de crines de espuma, sino su caballo!*

*¡Las veces que dije que no eran mareas de cascos oleantes, sino su caballo!*

Se diría que ese verso inicial reanuda una conversación recién interrumpida. Hay énfasis en el elemento de conversación, de cotidianidad, que aporta —reiterándolo el poeta—, en esa afirmación "Las veces que dije que...", a la que sigue los elementos poéticos ("la playa de pecho de arena"... "las olas de crines de espuma"... las "mareas de cascos oleantes"). Miguel Angel Asturias ha querido unir el diálogo cotidiano con la eternidad de ciertos elementos trascendentes —arena, espuma, mareas—. Es una característica de cierta zona de la poesía contemporánea, especialmente la poesía en lengua inglesa —esta tendencia— al monólogo o al diálogo cotidiano. Creo advertir en T. S. Eliot (1888), la madurez de esta forma monologante, y acaso de esa poesía ha pasado a convertirse en influencia importante en algunos sectores de la poesía hispoamericana (El último libro del buen poeta Eugenio Florit —*Asonante Final y tres poemas*, La Habana, 1955— ofrece buenos y abundantes ejemplos de esta poesía monologadora con lo cotidiano y de buscados efectos de espontaneidad material y simple, con elementos tangibles y hasta vulgares, en un anhelo de elevarlos a lo poético).

Es bueno recordar el inicio de "Miércoles de Ceniza" el conocido poema de T. S. Eliot. Doy la versión de Agustín Bartra:

*Porque no espero volver otra vez  
Porque no espero  
Porque no espero regresar  
Deseando el don de éste, el plan de aquél  
Mi esfuerzo no se entrega a cosas semejantes  
¿Pcr qué el águila vieja extenderá sus alas?  
¿Para qué lamentar  
El extinto poder del reino acostumbrado?*

El lector advertirá esa duplicidad de elementos materiales cotidianos y la presencia de otros —el águila— de símbolos elementales mayores. En ese vaivén está el fulgor poético. No pocas de esas esencias líricas se encuentran en *Residencia en la Tierra*. Pero Miguel Angel Asturias está más cerca del mundo mineral, de friso incásico de César Vallejo que de la tierra sacudida por el lento caer de la lluvia de la poesía de Neruda.

*Y es a todo pavor, cuchillo en mano,  
que se busca en las conchas coloniales  
la libertad del hombre, perla rara.*

Dentro de ese anhelar la expresión de una realidad directa, sin afeites, el poeta no aparta palabras ásperas, no aísla maneras de habla popular ("¡Afuera la camisa para el baile, —el pellejo y la vida!") El lector advierte que este sentido del pueblo en el verso de Asturias está más en el modo de decir, en la manera, en el tono de unir las palabras que en las palabras mismas.

Este anhelo de ofrecer lo áspero elevado a categoría trascendente, hace que Miguel Angel Asturias no vacile a la hora de presentar elementos que casi todos los poetas han apartado (menos los poetas barrocos):

*¡El cerebro es la tripa en la cabeza  
y hay que burgarlo para encontrar la idea,  
esa gota purísima! ¡Pensar es un cuchillo!*

El sintético final hace pensar en los *Versos Libres* de José Martí.

Más adelante y hermanándose a algunas conquistas de la poesía de Vallejo, escribirá Asturias:

*Y en esa muelle cama de resuellos*

Pero junto a este mundo hay síntesis que suben de la piedra a los astros líricos y versos de un fulgor, de un deslumbramiento metafórico estremecedores, como:

*si la harina de Dios son las estrellas.*

¿Dónde termina lo real en esta poesía, y dónde empieza ese clima donde lo elemental trasciende? Es difícil precisarlo, porque el poeta ha sabido unir los elementos y los presenta con una unificación victoriosa para la poesía:

*Suelta la brida en la tiniebla blanca,  
sentía los ijares del caballo  
con pulso de amapola en sus tobillos.  
¿Por qué esa geografía de raíces  
si en cada río libre van espadas?*

Hay, sin duda, inventiva poética, esa superación del hecho escueto y ese levantarle dueño ya de una fuerza poderosa desde la esencia del símbolo mayor. Esa "geografía de raíces" es todo un acierto plástico.

A grandes trazos y a grandes síntesis, ubica Miguel Angel Asturias, ese segundo canto de su libro —*Perfil en Sonido*— Se advierte un tono coral indudable:

*...centinelas de un lago planetario, ojo de cíclope  
en la frente de un país perdido entre las nubes!*

*Ascendió de las costas de clima de placenta  
a las mesetas, de las mesetas a las cumbres,  
de las cumbres a lo más alto del planeta.  
La atmósfera sin cielo, los nevados sin párpados,  
el altiplano consumido por el viento.*

Las citas pudieran continuar. Pero se advierte dentro de este sinfonismo una característica muy particular. No es el tono de sonidos diáfanos de Pedroso sino el viento cordillerano golpeando —chasqueando música— contra las piedras. Y en medio del vendaval la flecha de oro ("¿Quién va por la planicie entre el sol y la nieve, —entre el oro fugaz y tanta eternidad amontonada?"). Los colores se unen a las formas ("... y pasan sus ejércitos de fuego, —Los maizales, ejércitos de lenguas..."), hasta que el Libertador aparece en un "Credo" final, hacia la cumbre, vivo, con los ojos en meditación y como velando.

# SOBRE LA POESIA BRASILEÑA (\*)

Por FEDERICO DE ONIS

La poesía del Brasil —que aparece junta con la de la América española en esta antología— debería en rigor formar un volumen aparte por estar escrita en otra lengua y ser expresión del espíritu de un pueblo que dentro de la familia ibérica se diferencia profundamente del conjunto de los países americanos que hablan español. Esta diferencia está ya en la raíz originaria de esas dos lenguas y culturas, que se encuentra en las dos naciones, Portugal y España, en que se dividió la unidad antigua, romana, visigótica y árabe de la Península. Un pequeño pueblo, Castilla, que por ser diferente se desgajó en el siglo X del Este del reino de León, fue el foco originario de la lengua y la nacionalidad españolas y de su expansión en América; otro pequeño pueblo, Portugal, que por ser diferente se desgajó en el siglo XII del Oeste del reino de Castilla, fue el foco originario de la lengua y la nacionalidad portuguesas y de su expansión en el Brasil. La historia del desarrollo prodigioso

de esos dos focos medievales muestra a través de tantos cambios, la perpetuación de los rasgos diferenciales, que han separado siempre a Portugal de España y al Brasil de la América española.

Desde sus principios medievales la literatura portuguesa se señaló por el predominio de la poesía lírica, que se impone entonces a Castilla, madre, en cambio, de la poesía épica de los cantares de gesta y los romances. Este rasgo continúa en el Renacimiento con Gil Vicente, Bernardim Ribeiro y Camoens, que hacen de la lírica la cumbre de la literatura portuguesa, mientras que la castellana culmina en la novela y el drama. Al resurgir la literatura portuguesa en el siglo XIX vuelve a ser la poesía lírica con Joao de Deus, Antero de Quental, Guerra Junqueiro, Eugenio Castro y Antonio Nobre el género predominante, aunque hubiera grandes novelistas, como en España hubo grandes poetas a pesar del predominio de

(\*) La primera parte de este estudio fue publicada en nuestro número 10, con el título *La poesía hispano-americana*. (N. de la R.)

la novela, que de Galdós a Baroja es la cumbre de la literatura de la época.

En el Brasil sigue siendo la literatura desde su nacimiento hasta hoy predominantemente lírica, a pesar de que sus mayores autores sean Machado de Assis y Euclides de Cunha y del valor de otros novelistas, historiadores y escritores políticos. En la América española, dijimos, había también un predominio de la poesía sobre los demás géneros en comparación con España; pero allí este hecho venía de las condiciones de la nueva sociedad americana, mientras que en el Brasil nacía del carácter mismo de la literatura de su lengua. Fuera de este hecho, tampoco hay sincronismo entre la literatura del Brasil y la de Portugal, ni entre la del Brasil y la de la América española, a pesar de la comunidad de las nuevas condiciones americanas. Hay, sin duda, modos de coincidencia en el desarrollo paralelo de las culturas europeas—portuguesa, española o inglesa—trasplantadas a América, pero hay también divergencias nacidas de las diferencias de esas culturas en su origen y en el sistema de su expansión colonial. Para entender lo peculiar de la literatura brasileña al través de esas semejanzas y diferencias nos ayudará compararla con la hispanoamericana, cosa impuesta en este momento al presentar la poesía del Brasil junta con la poesía de la América española. En rigor, se han desarrollado de hecho en el mismo continente separadas, a pesar de los contactos y relaciones que siempre ha habido entre los pueblos hispanoamericanos y el Brasil.

La primera diferencia es la pobreza de la poesía colonial del Brasil en contraste con la riqueza de la de México y el Perú. Esto es resultado, sin duda, de la diferencia entre el sistema colonial portugués y el español. Portugal, país navegante, concentró su interés en el imperio comercial de África y Asia, y se desentendió del Brasil, cuya significación no vio ni siquiera Camoens. Castilla, en cambio, país guerrero y poblador, se vertió íntegra con su unidad política, religiosa y popular en su imperio americano, e inmediata-

mente surgieron en él nuevas Españas. A la América española la hizo España sobre los grandes imperios indios. Al Brasil lo hicieron los brasileños en un proceso lento de integración de los elementos populares portugueses con indios primitivos y negros esclavos, en una tierra inabarcable, cuyos límites descubrieron en el siglo XVI los jesuitas y después los bandeirantes en empresas ajenas al estado portugués, que duraron tres siglos. El mismo estado portugués entretanto se desvaneció con el rey Don Sebastián y el dominio de España, hasta que resurgió con fuerza nueva en el siglo XVIII. Por eso no hubo en el Brasil aquel florecimiento literario que inmediatamente después de la conquista produce en el Perú y en México, no sólo la gran literatura de Indias escrita por los españoles, sino la de sus hijos criollos, que pudieron ser, como Garcilaso Inca y Juan Ruiz de Alarcón, clásicos del Siglo de Oro en España.

La literatura brasileña del siglo XVI está representada casi exclusivamente por una gran figura, el jesuita José de Anchieta (1533-1597), español de ascendencia vasca por su apellido, nacido en Canarias, que vivió en el Brasil desde los diecinueve años y fue, con otros de la misma Compañía, el fundador de la cultura brasileña. La labor religiosa y educativa de toda su vida se dirigió por igual a la población india y a la naciente sociedad portuguesa, y usó como uno de sus instrumentos la literatura. Aparte de sus cartas e informaciones, donde describe los hechos y cosas innumerables de la tierra (como hicieron algunos otros), escribió obras poéticas en portugués, español, latín y tupí, lengua esta última de la que escribió una gramática y a la que tradujo el catecismo. Hace en esto lo mismo que hicieron tantos otros misioneros españoles. Pero su poesía, que no se sabe si es totalmente suya o resultado de la colaboración anónima de otros padres de la Compañía, tiene aliento y encanto portugués y procede de la buena época de la primera parte del siglo XVI. Son autos para ser representados en fiestas religiosas y canciones en loor de la

Virgen y otros santos, en versos cortos tradicionales con sabor popular, en los que con gran sencillez se mezcla un lirismo auténtico con la enseñanza de los dogmas. El resultado tiene carácter muy portugués y, sin embargo, es original, y en todo caso muy aparte de las tendencias que dominaban en la América española en la misma época, aun en la literatura de intención religiosa.

En la América española hay toda una serie de poemas épicos en los siglos XVI y XVII, que descienden de *La Araucana* de Ercilla. En el Brasil la influencia de *Os Lusíadas* de Camoens va a empezar mucho más tarde en el poema *Prosopopea* de Benito Teixeira Pinto, publicado en 1601, de escaso valor, y sólo llegará a tener eficacia poética en los poemas neoclásicos de fines del siglo XVIII: En el siglo XVII descuella un solo poeta, Gregorio de Matos (1633-1696), que históricamente significa el momento único de correspondencia esencial entre la poesía brasileña y la hispanoamericana. Y, sin embargo, este autor no es por eso menos original ni menos brasileño. La influencia española, dominante en Portugal, donde se formó, le hace semejante a sus contemporáneos en España y en América. Su parecido con Juan del Valle Caviades, que escribía en el Perú, viene de que ambos proceden de Quevedo y de él reciben las mismas formas y espíritu satírico, generales en su tiempo al lado de la otra influencia de Góngora. Pero si la sátira de Caviades nos da la pintura de la sociedad de Lima, la de Matos, aquella "boca de infierno que no sabía callarse", nos da la primera pintura de la sociedad brasileña colonial. Y al lado de su sátira desenfadada y procaz, que abarca por igual a portugueses, negros e indios, están sus sonetos religiosos de confesión y arrepentimiento, que vienen de Lope de Vega. Aunque ya en su tiempo se le llamara "pirata del verso ajeno", alienta en su vida y en su obra una personalidad propia auténticamente portuguesa y brasileña en mayor grado que ningún otro poeta brasileño de su tiempo.

La literatura colonial brasileña llega a

su auge en sus postrimerías, a fines del siglo XVIII, cuando el movimiento neoclásico de la poesía arcádica une e iguala más que nunca antes y después la poesía del Brasil con la de la metrópoli. Y, sin embargo, esta poesía aristocrática y artificial contiene los gérmenes de la independencia nacional y literaria. La influencia de Camoens produce tardíamente los grandes poemas *Uruguai* (1769), de Basilio da Gama (1741-1795), y *Caramuru* (1781), de Santa Rita Durao (. . . 1720?-1784), que por descubrir los temas nativos, indios y de historia nacional resultan ser, a pesar de su clasicismo, precursores del romanticismo. Lo son asimismo algunos de los poetas líricos, entre ellos el más grande de todos, Tomás Antonio Gonzaga (1744-1810), primera voz lírica del Brasil que suena en la poesía general portuguesa como una de las mayores de toda su historia. En su *Morilia de Dirceu*, bajo los nombres arcádicos hay un amor real, dulce y doloroso, y un sentimiento de la naturaleza que contiene toques brasileños. No es extraño que todos estos poetas pertenezcan a un grupo de Minas-Gerais, y que algunos, entre ellos Gonzaga, tomaran parte en el intento de revolución por la Independencia conocido con el nombre de "Inconfidencia Mineira", que les costó la vida o el destierro. Pero aquí hay que recordar que en el Brasil, a diferencia de la América española, no llegó a haber guerra de Independencia, y por eso la poesía neoclásica, en cuyo seno se anunciaba, no llegó a desembocar en el modo de poesía que representan allí Olmedo, Bello y Heredia.

En cambio florece con más fuerza y carácter nacional el romanticismo, que después de los intentos deliberados de su introducción desde Europa por José Bonifacio, Gonçalves de Magalhaes y Manuel de Araujo Porto-Alegre encarna en el primer gran poeta del Brasil independiente, Gonçalves Dias (1823-1864). Para los más sigue siendo el poeta nacional por excelencia, aunque en el gran desarrollo de la poesía posterior haya habido poetas a quienes se ha querido



otorgar la primacía. Goncalves Dias creó su poesía nacional, no por rompimiento con la tradición, que continúa en él, sino por ensanchamiento de su base y sencillez en sus resultados. Hijo de portugués y de india, lleva en sí las dos razas y quizá las tres del Brasil, y es fiel a ellas. No rompe con Portugal, donde estudia en Coimbra, como los poetas anteriores desde Gregorio de Matos. Su poesía recibe la influencia de los poetas portugueses, que lo elogian, como hizo Herculano, y le animan a continuar escribiendo más de sus poesías americanas. Su indianismo es heredado del que había en los poetas neoclásicos; su estudio de la lengua tupí es continuación del de Anchieta; pero todo ello ha sido ensanchado, porque absorbió el romanticismo en las varias literaturas europeas, y al mismo tiempo simplificado, al hacerlo americano y brasileño y darle expresión sencilla y personal. Dentro de su sencillez es poeta vario y completo y en él caben todos los temas del nacionalismo y el subjetivismo románticos: la patria brasileña sentida en la naturaleza, la religión, el pueblo, la raza, todo ello idealización de una base real transfigurada en aspiración poética y envuelta en el sentimiento individual de insatisfacción romántica y tristeza brasileña. No es posible por su extensión incluir en esta antología sus poemas indianistas, que son al mismo tiempo los más discutidos y los más apreciados de su obra poética.

El romanticismo fue fecundo y duradero; en rigor no ha desaparecido nunca y perdura latente en las transformaciones posteriores de la poesía brasileña. Produjo un número grande de poetas de personalidad original, que no pueden ser incluidos todos en los límites de esta antología. Entre los que siguen inmediatamente a Goncalves Dias hay dos que se destacan por algún aspecto particular que les da carácter y valor permanente. Los dos murieron jóvenes, de veintiún años, rasgo común a muchos poetas brasileños. No se podría decir si la tuberculosis de que murieron fue causa o efecto de otro mal más hondo que sufrieron desde el

nacer: el disgusto por la vida y la complacencia en la muerte. Alvares de Azevedo (1831-1852) es el poeta que con mayor intensidad expresa el lado romántico de la insatisfacción amarga e irónica aprendida en los poetas ingleses y franceses y vivida en su alma juvenil entre ansias de amor desesperado y familiaridad con la idea de la muerte. Casimiro de Abreu (1839-1860) es el poeta que con mayor sencillez expresa otro sentimiento también dominante en la poesía brasileña, el de la nostalgia o saudade de la infancia y la vida familiar. Un poco después otro poeta, Fagundes Varela (. . . 1841-1876), renueva de manera más varia y dramática los temas brasileños de la naturaleza, la familia, el dolor y la muerte.

La última fase del romanticismo es la de los poetas llamados "condoreiros"; entre los que descuella uno de los más grandes del Brasil, Castro Alves (1847-1871), también poeta joven, que murió a los veinticuatro años. Los temas brasileños —la raza, la historia, la naturaleza, el amor y la muerte— adquieren en él combatividad política y grandeza declamatoria, bajo la influencia de Víctor Hugo, que llega al Brasil antes que a la América española. Es el poeta brasileño blanco que tiene por primera vez conciencia de la significación nacional y humana de la raza negra en su país y alcanza sus mayores triunfos y su valor permanente con las poesías en que canta a los esclavos y defiende la abolición y la república.

La reacción contra el romanticismo fue tardía y vino por influencias francesas. Se llamó "realismo" y se llamó "parnasianismo". La primera denominación quedó después para la novela, seguida del "naturalismo". Entre el romanticismo y el realismo, superándolos a los dos, está el más grande de los autores brasileños, el novelista Machado de Assis (1839-1908), que también fue en su poesía ejemplo de esa transición. Pero su mayor originalidad poética se encuentra en su prosa. "Parnasianismo", que toma su nombre y en parte su origen del "Par-

naso" francés, quedó después para la poesía como denominación no tanto de una escuela como de una larga época, que tiene carácter muy particular en la literatura brasileña y la hace muy diferente de la poesía hispanoamericana, que se desarrolló bajo las mismas influencias. La del Parnaso francés empezó antes en el Brasil y vino como reacción contra la influencia, también anterior, de Víctor Hugo. Esta innovación antirromántica, que produce en el Brasil grandes poetas originales como Alberto de Oliveira . . . (1859-1937), Raimundo Correia (1860-1911), Olavo Bilac (1865-1918), y Vicente de Carvalho (1866-1924), fue en el fondo un movimiento conservador, que bajo una nueva capa formal guardaba el romanticismo atenuado de sus excesos y retornaba al clasicismo y la influencia portuguesa. Introdujo algunas formas nuevas como el alejandrino, pero, en general, trajo el imperio casi exclusivo del soneto endecasílabo, con afán de perfección. No hay identidad entre estos poetas, a pesar de la preocupación por la forma, que llega a ser académica; dentro de ella expresa cada uno su temperamento personal y por eso crean algunas de las obras maestras de la poesía brasileña.

En medio de este movimiento parnasiano, dominante hasta el advenimiento de la revolución llamada Modernismo hacia 1920, hubo intentos de introducción de la poesía francesa del simbolismo, que produjeron algunos poetas notables, pero no lograron acabar con el parnasianismo. Aunque en el cuadro de la poesía del Brasil existan las varias escuelas sucesivas de la poesía francesa, de modo que parecería ser un reflejo de ésta, en realidad la evolución y los resultados de estas influencias en el Brasil son muy distintos, como hicimos notar respecto a la poesía hispanoamericana, a la vez distinta de la francesa y la brasileña. En Francia se suceden las escuelas, mientras que en América conviven; en el Brasil, en guerra, representadas por diferentes poetas enemigos e incompatibles; en Hispanoamérica, armonizadas en la obra de

los mismos poetas. Este fenómeno extraordinario de armonía y síntesis de escuelas sucesivas en Europa es el que define el Modernismo hispanoamericano de 1882 a 1905, con Rubén Darío como figura central, movimiento capital en las letras de lengua española, que no tiene equivalente en el Brasil. Aquí estaban todos los elementos de la síntesis antes que en Hispanoamérica y más perfectamente asimilados; existe también la independencia involuntaria de los modelos franceses en la originalidad de los poetas brasileños y en la fusión de escuelas, romanticismo y parnasianismo en unos, parnasianismo y simbolismo en otros; pero no hay la síntesis total de las escuelas, como señalamos en la poesía hispanoamericana. En este momento decisivo estuvieron de espaldas la poesía brasileña y la hispanoamericana, y por eso lo que en el Brasil se llamó Modernismo viene hacia 1920, como una revolución contra todo lo anterior, cuando el llamado Modernismo hispanoamericano había terminado hacía tiempo y había evolucionado hacia las nuevas tendencias del siglo XX.

El simbolismo brasileño encarna en el gran poeta negro Cruz e Sousa (1861-1898), que desde su adolescencia hasta 1893, fecha de sus primeros libros en prosa y verso, llega a través de sus múltiples lecturas a encontrar en Poe, Baudelaire y los simbolistas franceses el camino para la expresión de su alma dolorida por el ansia de belleza, sinceridad y liberación. Nuevas notas añade en su obra más amplia otro gran poeta simbolista, Alphonsus de Guimaraens (1870-1921), como Verlaine católico cantor del amor y de la muerte. Y a ellos habría que añadir un poeta posterior, Augusto dos Anjos (1884-1914), personalísimo cantor en su libro *Eu* (1912) del yo y su disolución desde el polo opuesto de la liturgia materialista y científica. Estos poetas, con otros menores, como Mario Pederneras y Olegario Mariano, son los que independientemente de él se acercan más a lo que fue el modernismo hispanoamericano.

El modernismo brasileño, completamente distinto cronológica y estéticamente del hispanoamericano, es en cierto modo una derivación de estos poetas simbolistas, que nunca fueron aceptados por el parnasianismo dominante, que había llegado a ser académico. Pero la revolución contra la Academia y el pasado, que va desde la celebración en Sao Paulo en 1922 de la "Semana de Arte Moderno" hasta el discurso pronunciado en 1924 por Graca Aranha ante la Academia, llevaba dentro de sí todas las nuevas tendencias que habían surgido en Europa después del simbolismo de fines del siglo, como reacción contra él en la apariencia, y en rigor de verdad como su continuación, y desarrollo ulterior. Corresponde este movimiento brasileño a lo que en Hispanoamérica llamamos ultramodernismo; pero en el Brasil tuvo un carácter más marcadamente nacional y un sentido de renovación, libertad e independencia, que, con otro contenido y dirección, lo hacen equivalente al modernismo hispanoamericano en cuanto significó ruptura con el pasado y creación de una nueva literatura independiente. Fue, como él, una revolución triunfante, no sólo en la poesía, la literatura y las artes, sino en todos los aspectos de la cultura, que abrió una época nueva, la actual, que, a través de las negaciones y estridencias del principio, imitadas de todos los ismos europeos, llega a ser la más brasileña y la más universal al mismo tiempo.

La revolución modernista arrastró a todos los poetas y así vinieron a confluír en ella los que escribían antes y los que aparecieron después. Entre los primeros descuella Manuel Bandeira, nacido en 1886, figura central y separada, en cuya obra desde 1917 hasta hoy puede verse con valor siempre personal la evolución de la poesía brasileña. Otros de los más grandes poetas del modernismo arrancan de la poesía anterior y su obra muestra una evolución que habría que estudiar individualmente. Pero el jefe de aquel movimiento, a la vez destructor y creador, fue Mario de Andrade (1893-1945), el folklorista de Sao Paulo que con su libro

de poemas *Paulicea desvairada* (1922) inicia violentamente su dinámica labor de ensayista, novelista, poeta y propagandista conducente a buscar las raíces hondas del Brasil bajo las ruinas de las formas superpuestas en el pasado. En su obra se encuentran reunidas no sólo las negaciones, sino las afirmaciones de la nueva época, en lo que tienen de común y de posibilidad de diferenciación. En una palabra, diremos que lo común era, en la expresión, la ruptura de la forma, que se tradujo en la adopción del verso libre, las palabras prosaicas y la lengua viva brasileña, y, en el fondo, la busca de lo brasileño auténtico en la vida cotidiana, en lo nativo y popular, y la expresión desnuda, libre y a menudo irónica del sentimiento individual. De esta actitud surgieron naturalmente las diferencias regionales en cuanto a lo popular y las diferencias de temperamento en lo individual, y a esto debe la poesía brasileña contemporánea su riqueza y variedad. El regionalismo paulista se enriquece con los otros del Brasil grande y diverso, sin que falte la visión de la unidad brasileña, y en algunos, como Jorge de Lima, la de la América ibérica, y, como Roland de Carvalho, la de la América total. Jorge de Lima (1895-1953), otro gran poeta, que, como Manuel Bandeira, representa toda la amplitud de la poesía brasileña moderna, trae el regionalismo del nordeste con la incorporación de la raza negra a su poesía folklórica, que corresponde en el Brasil con carácter propio a la poesía negra de las Antillas y los Estados Unidos, y trae además otra de las corrientes más características de la nueva poesía brasileña; la del espiritua-lismo católico, la que su más puro representante, Murilo Mendes (nacido en 1901) ha llamado "poesía en Cristo".

Con él entramos en el momento estrictamente contemporáneo, el de los poetas vivos nacidos en este siglo, para el cual se nos impone, como para Hispanoamérica, si no un criterio de exclusión, el de limitación rigurosa a aquellos poetas cuya obra ha llegado ya a completa madurez y pertenecen en mayor medida al

pasado que al futuro. Esta limitación cronológica nos obliga a dejar fuera muchos poetas jóvenes de indudable valor, como la limitación de espacio nos ha obligado a dejar fuera otros igualmente valiosos del pasado. La poesía contemporánea, dentro de estos límites, está representada por tres poetas, muy distintos entre sí: Cecilia Meireles, la más alta poetisa del Brasil; Carlos Drummond de Andrade, el más fuerte poeta de las inquietudes del mundo actual, y Augusto Frederico Schmidt, más joven, el ensimismado renovador de los temas eternos: Dios, el mar y la muerte. Los tres, cada uno a su modo, son poetas puros que

llevan el sobrerrealismo a sus últimas consecuencias por superación o por reacción, llegando a un equilibrio que los coloca ya fuera del modernismo. Pero, a pesar de sus enlaces con la poesía universal, vuelve a sonar en ellos con nueva intensidad el tono brasileño inequívoco de siempre, que está en las palabras intraducibles de su lengua y en la intimidad de los sentimientos, que nunca dejan de estar presentes como un fermento definitivo a través de toda la historia de la poesía brasileña, que tan someramente hemos tenido que esbozar.

(De *Cuadernos*. Revista bimestral del Congreso por la libertad de la cultura. París).

# “DON ANDRES”

Por ALONE

“Las impresiones de la niñez ejercen sobre nosotros un poder irresistible y deciden por lo común de nuestra felicidad”.

BELLO.

## I

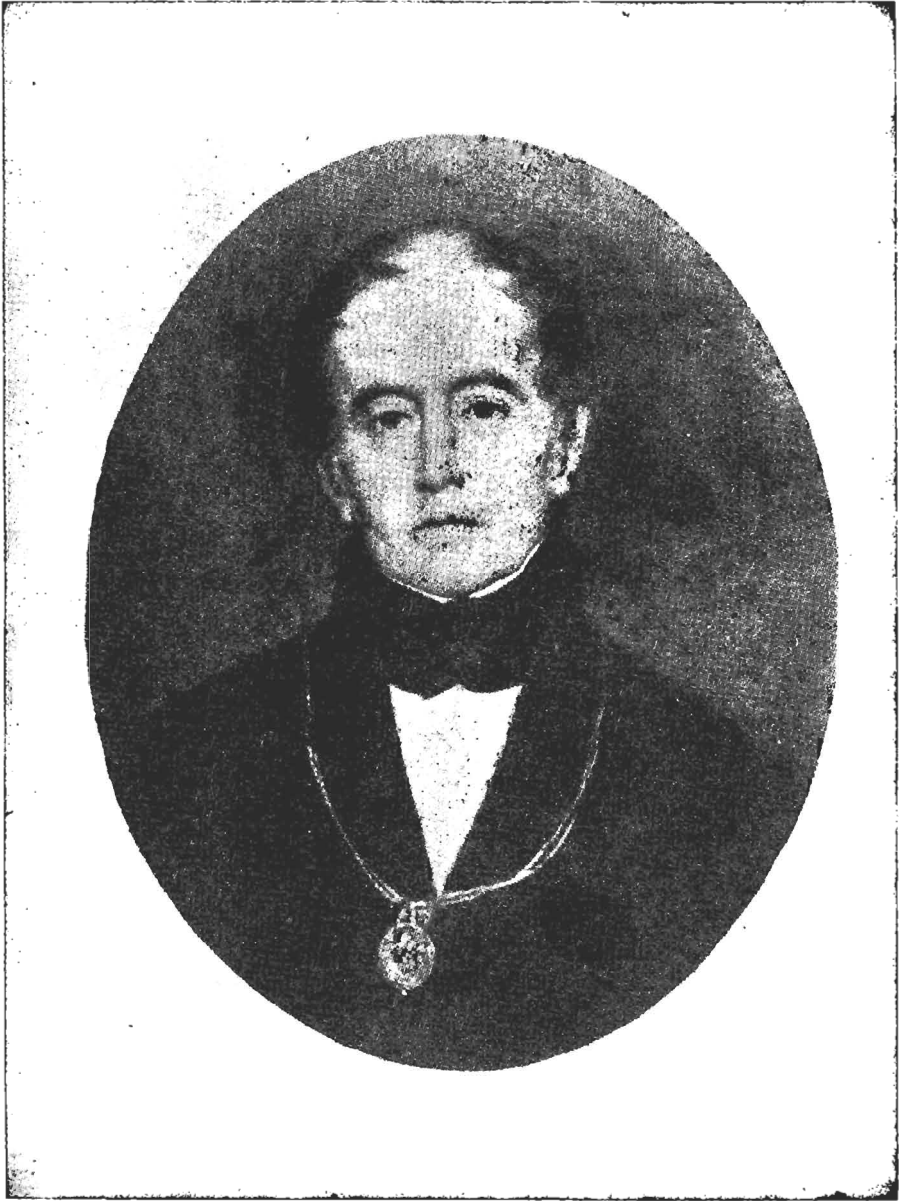
El organista apoyó con fuerza la última nota, que vibró largamente en el templo solitario, y quedó silencioso, contraída la frente por una raya de preocupación. No estaba satisfecho. Repitió entera la frase, hizo algunas correcciones en el cuaderno sobre el atril y, cerrando el instrumento, cuya tapa esparció un hueco son por las naves, púsose de pies y se acercó a la barandilla del coro.

Al fondo, el sacristán encendía las velas del altar mayor y el traje de la Virgen, oro y seda blanca, bañábase en una claridad líquida. Luego empezaría la ceremonia y llegarían los fieles a la novena de la Merced.

El organista descendió la escalerilla caracoleada, bajo el campanario y, cruzando lentamente la iglesia, acudió el sacristán a saludarlo y a responderle, antes que le preguntara: Fray Ambrosio y el niño están en la Biblioteca.

Una sombra de contrariedad pasó por la fisonomía grave del caballero. Ni su reverendo cuñado ni su hijo mayor demostraban aficiones musicales y mientras él ensayaba esa Misa solemne que habría de darles gloria, ellos, invitados a escucharle, íbanse calladamente del templo y estarían ahora entre los libros.

Menos mal si fueran obras de piedad: la seriedad precoz del mozo, que ya andaba en sus doce años cumplidos, había inspirado a sus padres la idea de que tenía vocación religiosa y procuraban estimularla; pero el tío mercedario, con quien parece que debía contar para la empresa, solía desviarle la atención inconsideradamente hacia lecturas harto profanas. No ha mucho los había sorprendido Andrés recitándole toda una tirada de “No hay burlas en el amor” y otra, apasionadísima, de “La Vida es Sueño” por Calderón de la Barca. Interrogóle ese día don Bartolomé y supo que, a más de Calderón, conocía el chico, y hasta había comprado por dos rea-



ANDRES BELLO

*Retrato al óleo, por Raymond Quinsac  
Monvoisin, hecho en 1844.*

les, unas piecicillas de Lope de Vega y sospechó que empezaba a leer "El Quijote".

¡Cómo había cambiado en poco tiempo!

Hasta ayer no más se entretenía con los rapaces de su edad en los juegos propios de la infancia, si bien teñidos siempre de ese carácter que se le iba desarrollando ahora en la vecindad del Convento y la compañía de los frailes. Todavía recordaba el padre con una sonrisa cuando, llamado por su mujer, la buena doña Ana Antonia López, asistió en la arboleda de su casa a un pequeño acto litúrgico organizado por Andrés. Ella y fray Ambrosio, dignos cómplices, le habían proporcionado ornamentos eclesiásticos a su talla; el carpintero le fabricó un cáliz de madera y con cuatro tablas y unos paños blancos había construido un altar bajo el bosquecillo de granados. Asistían en calidad de fieles, entre intimidados y risueños, hasta una docena de chicos, compañeros de correrías en el callejón de la Merced, y Andresito, poseído de su importancia, tras muchas genuflexiones y reverencias como las que viera en las festividades religiosas, disponíase a dirigirles la palabra:

—Hermanos míos...

De pronto, quedánsese los ojos fijos en el caballero, que reía medio oculto a la distancia y, perdida toda la infantil compostura arremangóse la sotanita y echó a correr como un gamo, dando la voz de alarma.

Todo eso había pasado.

En el niño comenzaba a despuntar el adolescente. La iniciación de los libros lo transformó por completo. Cesaron de interesarle las aventuras en comparsa y se hizo reconcentrado, meditabundo. Gustábale abandonar la ciudad e irse por el campo, a lo largo del Guaire que, con sus ligeros afluentes de suave nombre, el Anauco, el Catuche, entretejen corrientes a través de Caracas y parecen invitar hacia la campiña, pasando una y otra vez bajo un centenar de puentes.

Junto con el mundo interior de las letras, descubría el muchacho el universo de las bellezas naturales con que el trópico deslumbra, temprano, la fantasía. Y eran largos paseos por los saucedales de la ribera o hacia los plantíos de café que florecen albos como jazmines a la sombra roja de las eritrinas inmensas. Desde los faldeos del Avila, tras algún reposo, al levantar los ojos del libro, divisaba la ciudad a sus pies, con sus lindas casas claras, rodeadas de jardines en flor, como una primavera perpetua, sus calles estrechas, sus plazas ruidosas y las torres de los templos que se distribuían en las pendientes.

Don Bartolomé reconocía en su primogénito algunos rasgos de su propio temperamento; pero acentuados con una profundidad inquietante. Ni rastros en el niño de esa indecisión blanda que a él lo había mantenido vacilante, compartido entre distintas aficiones: por un lado las artes, la música que lo atraía en especial, para la que tenía facilidad, y por otro lado el estudio de las leyes, menos seductoras, pero que se le imponían como la carrera necesaria, y que acabó finalmente por seguir, aunque sin abandonar la armonía y el contrapunto. Andrés no requería estímulos exteriores para resolverse; un impulso interno incontrarrestable, lo empujaba por el sendero único y el padre temía, a veces, por la frágil salud de ese mocito pálido a quien poseía un violento apetito de saber, de leer, de enterarse de todas las cosas.

Ya un médico amigo, que nunca había podido curar la cefalalgia crónica de la madre, le había hecho notar los peligros que para el hijo podían envolver los estudios prematuros, y demasiado intensos.

Ahora estarían en la Biblioteca del Convento, con fray Ambrosio.

Saliendo de la sacristía por un patiecillo lateral, empedrado y musgoso, don Bartolomé dirigióse en busca del tío y del sobrino.

Los divisó por una ventana del segun-

do claustro y ambos sostenían animada charla con un tercer personaje, fraile de fisonomía enérgica y penetrante mirada que los oía, fijando alternativamente la vista en uno y otro. El caballero se detuvo un instante.

—¿Qué, se resuelve Ud.?— decía fray Ambrosio, insistente y campechano, como queriendo arrancar a su colega una respuesta que el otro esquivaba.

La entrada de don Bartolomé interrumpió la conferencia. Fray Ambrosio se levantó.

—¿Sabes?— díjole vivamente a su cuñado. Ya tenemos el maestro que buscábamos para Andresito. Y de lujo —añadió, señalando al religioso, que sonreía resignado.

—¡Ah! si fray Cristóbal quisiera... murmuró el organista. Y se detuvo tuteando.

Bajo las espesas cejas del fraile... brillaron los ojos, negros y sumidos. Era un hombre macizo, de anchas espaldas y cabeza altanera. El caballero desvió la mirada. Pareció advertir que su señor cuñado se había avanzado más de lo prudente y habló de su Misa, de las dificultades que encontraba, de las dudas que tenía, de algunas consultas que habría querido formular.

—Habría deseado que Uds. me oyeran el Ofertorio —añadió, en tono de reproche—, pero veo que les faltó la paciencia.

—¡Ea! —replicó fray Ambrosio, un poco rudamente—. Si tú sabes de eso más que todos nosotros. ¿Qué podría decirte yo? Y cuanto a mi señor sobrino, más aficiones demuestra a la letra que a la música. ¿Verdad Andrés?

Blanco y delgado, con el cabello casi rubio, el muchachito paseaba las azules pupilas por los estantes de la librería, con todo el aspecto de quien desea eliminar su presencia y disolverse en el aire; pero una resolución firme dibujábase en su boca, de límpido diseño, y se tenía muy quieto entre los dos sacerdotes.

Las campanadas de la oración pasaron

por el patio del convento y los cuatro se santiguaron en silencio, mientras los dos frailes decían unas preces inaudibles, moviendo rápidamente los labios.

Fray Cristóbal fue el primero en tomar la palabra:

—Lo consultaremos con la almohada, que es buena consejera —dijo—. Y mañana tendrán mi definitiva. No es asunto que pueda resolverse así de pronto. Además, ante todo, necesitamos la palabra del Superior.

Fray Ambrosio alzó su mano, como para apartar este último obstáculo y don Bartolomé aprovechó el momento para decir:

—Y no estaría mal que también le pidiéramos sus luces a Nuestra Señora de las Mercedes: si no me equivoco, deben de estar ya rezando su novena en la iglesia.

Salió con su hijo.

La verdad es que no le placía del todo la iniciativa que su señor cuñado había tenido la idea de tomar sin consultarlo.

Fray Cristóbal de Quesada tenía fama de sabio y de ser el mejor latinista de Caracas, alguno decía de todas las Américas; pero don Bartolomé conocía, justamente por fray Ambrosio, toda la accidentada historia del ahora pacífico bibliotecario.

Y no era para tranquilizarlo.

Criado desde niño entre las paredes del convento, vínole en hora tardía, cuando había pronunciado ya los tres votos solemnes, el pensamiento de que su vocación lo llamaba a otros destinos. La sangre de la juventud le ardió en las venas y fray Cristóbal de Quesada colgó sencillamente los hábitos. Pero sus compañeros y superiores le amaban y el hecho pasó casi inadvertido. Tantos frailes se van a otro convento. Fray Cristóbal cambió de nombre: llamóse en adelante Carlos Sucre, apellido que no hurtaba del todo, pues era su madre, próxima pariente del que tanta gloria conquistara después como guerrero de la Independencia. Sucesivas aventuras lo llevaron hasta el Nuevo Reino de Granada



y tales méritos debía de tener que pronto llegó al cargo de confianza de Secretario Privado del Virrey. Hizo por su mano muchos favores. Un hombre agradecido pídele un día audiencia personal. Sin más preámbulos, le dice:

—Sé quién es Ud.

La turbación impidió al antiguo fraile formular una negativa. Por lo demás, el otro no quería dañarlo, sino evitarle posibles tropiezos. El secreto era conocido de varios y, para conjurar el peligro, a impulsos tal vez de un arrepentimiento sincero, Carlos Sucre reveló al Virrey toda la verdad de su situación. El magnate lo apreciaba de veras y le prometió su apoyo, bajo ciertas condiciones.

Así pudo fray Cristóbal volver al Convento de la Merced de Caracas donde le confiaron la Biblioteca.

Don Bartolomé sabía que, desde entonces, había observado una conducta ejemplar, sumergido en la lectura de los clásicos latinos; pero, sin embargo, le costaba resolverse a poner en sus manos, para que la modelara, el alma apasionada y compleja de su hijo mayor, este muchacho tan distinto de los demás que lo desconcertaba hasta inquietarlo.

La rojiza crestería de las bejarias, que almenaban el horizonte sobre los picachos redondeados de la Silla de Caracas, retenían los últimos rayos del sol, cuando don Bartolomé y su hijo abandonaron la iglesia, camino de su casa.

Hallábase ésta a poca distancia del Convento, en el mismo callejón de la Merced, y era una modesta construcción semi-rural, como situada en los arrabales, entre un huerto de granados, membrillares y naranjas, cuyas copas lucientes sobresalían por las paredes.

El caballero había resuelto someter el caso a su señora.

Aportábale ella con frecuencia un elemento de compensación que su carácter necesitaba: veía rápidamente las situaciones y no vacilaba en decidirse, tenía sentido práctico y un criterio en equilibrio estable, sin que amenguaran su

energía para afrontar las dificultades, los persistentes dolores de cabeza que le aquejaron toda la vida.

Le encontró en el corredor del patio interno, dando a un mayordomo de su finca "El Helechal", adquirida y cultivada por iniciativa suya, instrucciones sobre una plantación de café que se ensayaba ese año. Los siete hermanos, tres hombres y cuatro mujeres, rodearon al mayor, que fue enviado por su padre a jugar con ellos, lejos de allí. Doña Ana Antonia, finiquitados sus menesteres agrícolas, volvióse hacia don Bartolomé y con una sonrisa se dispuso a escucharlo.

Largo rato conversaron los dos esposos en el corredor de pilastras, oliente a rosas. Don Bartolomé refirió punto por punto sus perplejidades, sus dudas, analizó el carácter de Andrés, hizo notar la dificultad del trance por que atravesaba, en esa edad crítica en que debía resolverse su vocación y los temores que la carrera eclesiástica, como cualquiera otra, hacían surgir en su ánimo. El ejemplo mismo de fray Cristóbal era para meditar. ¿Qué efecto haría en la imaginación del mozo? Lo veía huraño, reconcentrado, siempre sumergido en libros que los niños no leen.

Anochecía.

Una negra de andar pesado colgó frente al zaguán una vela encendida en un farol de lata y se alejó, sombra adentro.

Doña Ana Antonia, que había escuchado sin replicar palabra, dijo de pronto, terminantemente:

—Conozco al Padre Quesada. Es un santo varón y no hay nada que temer por ese lado. Falta saber si acepta hacerle clases al niño... por la gracia de Dios.

Advirtió entonces don Bartolomé que, realmente, fray Cristóbal no había contestado afirmativamente ni, mucho menos, que acaso rehusara la propuesta de fray Ambrosio; o que se opusiera el Padre Guardián, dado que el fraile no ejercía el magisterio o que...

Una voz interrumpió el hilo de sus reflexiones. En la habitación vecina, a través de los barrotes de hierro, la delgada silueta de Andrés agitábase contra la luz que venía de adentro y su acento claro, nítidamente modulado, decía, ante el coro absorto de los siete hermanos:

*Hipócrifo violento  
que corriste parejas con el viento  
¿dónde rayo sin llama,  
pájaro sin matiz, pez sin escama...?*

Doña Ana Antonia López alzó un brazo. Inclinandose hacia ella, don Bartolomé murmuró quedo:

—Tengo temor a veces de que se vuelva loco.

Una risa clara y alegre fue su contestación. La señora decía:

—Ah! no, eso no!

Y había en su tono tan firme certidumbre, que el caballero se sintió tranquilizado.

## II

Los hechos no confirmaron las dudas de don Bartolomé ni el temor que había expresado su señora. El Padre Quesada aceptó el cargo, dio su venia con mucha voluntad el reverendo Superior y fray Ambrosio López se pudo lisonjear con la esperanza de que, esta vez, su familia daría una lumbrera a la Orden Mercedaria.

Para el joven constituyó fortuna providencial el hallazgo de tal maestro.

Hasta allí, su instrucción se había limitado a las nociones elementales que podía recibir en casa y a lecturas dispersas, no siempre bien elegidas, que el azar y sus quequeños recursos le proporcionaban en el reducido comercio de Caracas.

Iba a entrar por primera vez en un sistema pedagógico ordenado. Sin la amistad de los frailes y la influencia de su tío, esperábase, según todas probabilidades, alguno de esos viejos profesores

que preparaban entonces a los niños para ingresar a los colegios, dómínés de pocas luces, apegados servilmente a la rutina, que repetían con mecánica insistencia su Gramática de Nebrija y querían incrustar la letra en las memorias reacias mediante procedimientos como los que la Inquisición aplicaba a los herejes, de donde solía resultar un perdurable horror a los estudios.

Fray Cristóbal difería de ese tipo tanto como el mozo se apartaba de los alumnos corrientes.

Solos en la amplia sala de la biblioteca conventual, sus lecciones parecían una charla íntima, en que aportaba el uno sus conocimientos, su experiencia, la madurez de un juicio formado en la vida y el estudio, y el otro, su ávida curiosidad ante el mundo que iba descorriéndosele. La lengua latina daba el hilo conductor. Andrés aprendió con fácil celeridad las nociones iniciales y pronto entraron a analizar la frase, desmontando las piezas de ese admirable mecanismo creado por la lógica y que satisface tanto al cerebro. Una especie de instinto espontáneo ayudaba a Andrés a seguir los razonamientos didácticos, a distinguir sin trabajo el oficio de las palabras o los accidentes de la declinación; y más de una vez los ojos agudos del hombre, adiestrados en aquellas disciplinas, miraron sorprendidos la súbita claridad que los del muchacho despedían.

Antes de mucho hallóse el joven apto para abordar la traducción de obras maestras y entonces las horas pasaron rápidas en la compañía de los autores que ilustraron la elocuencia, el teatro, la poesía o la historia. El Padre Quesada los conocía de cerca y con amor. Breves síntesis biográficas situaban el personaje en su país y su época, y luego venía el saborear minucioso de la prosa o el verso, la indicación de las hermosuras particulares y también de las flaquezas características de cada uno. Entre líneas, alzábanse las reglas de la composición con su inmutable arqui-

ectura y el armonioso secreto de la medida y la consecuencia, reveladas a Roma por el genio de Grecia.

Una tarde, el calor de la atmósfera tropical, aunque temperado en Caracas por el viento de las montañas, los incitó a dejar la biblioteca, y maestro y discípulo salieron a proseguir la lección bajo las palmeras y los bucares que sombreaban el huerto de la Merced.

El reposo del aire, el transparente silencio de las hojas, los ligeros movimientos de los pájaros al acomodarse entre las ramas o el grito invisible de otros, a la distancia, trajeron vivamente a la imaginación del fraile la dulzura de las églogas de Virgilio, el poeta de los campos y los pastores, enemigo del bullicio callejero y que no podía soportar sobre sus hombros la mirada de la muchedumbre. Andrés recibió encargo de buscarle uno de sus volúmenes y, juntos, paseando lentamente, comenzaron las lecturas de las bucólicas.

Desde aquel día, la sombra encantada del vate habitó entre ellos, acudió a sus citas y no los dejaría más mientras duraran sus lecciones.

El fraile encontraba en sus estrofas sensuales, de tan puro diseño y cuya música fresca se ha comparado a la de Mozart, el encanto que hallan los corazones violentos, en la declinación de los ardores y cuando se ha visto el hervor de la existencia, contemplando el espectáculo de la pasión encadenada y pudiendo, ya sin peligro, bajo ese puro cristal, "reconocer la antigua llama".

Desde su rústica heredad del Mincio, Virgilio llegaba a hablarles del río verde profundo que nace en el lago Benaco, o Garda, corre entre colinas irregulares, poco elevadas, cubiertas de viñedos, y descendiendo a través de un valle hasta la ciudad de Mantua, ampliase allí "y se pierde en lentos rodeos sinuosos, velando sus márgenes con un tenue cinturón de juncos".

El alma del religioso podía complacerse sin temor en compañía del poeta

que guió al Dante y que, por su elevación ideal, se creyó que había presentado a Cristo.

Las clases de Latín se prolongaban. En realidad, con ese nombre, eran una preparación completa para los estudios siguientes, que correspondían a nuestra segunda enseñanza, la cual se daba entonces bajo la denominación genérica de Filosofía.

Impaciente y curioso, quería el aprendiz incorporarse luego a ese curso, juzgándose con suficientes aptitudes; pero fray Cristóbal lo retenía uno y otro año, para imprimirle hasta el fondo del espíritu la gran disciplina que impone el conocimiento acabado de un idioma, especialmente el de esa lengua madre que es como la razón escrita.

No lo dejó llenar su propósito la muerte.

Tradujeron el libro cuarto de la Eneida. Pasaron de la lengua muda y consagrada a los términos vivos del idioma familiar, las luchas y el amor de Dido, su vencimiento, los goces rápidos y la expiación cercana, los gritos de venganza en el abandono, los desesperados clamores al cielo, y, por fin, la puñalada sobre la pira fúnebre, frente a las velas que empuja el viento del mar.

La vieja biblioteca conventual presenciaba un espectáculo extraño esos últimos días; pero el niño no pudo saber que asistía al final de un drama y que los libros de edades remotas, cuando el genio los ha animado, encierran más verdad de lo que sueña la fantasía.

La desaparición del Padre Quesada dejó a su alumno libre para entrar al Seminario de Santa Rosa, colegio eclesiástico fundado cien años atrás y que, desde principios del siglo, tenía privilegios de Universidad Real y Pontificia e igual categoría que la de Salamanca; pero aunque las conversaciones de los frailes y el entusiasmo de fray Ambrosio habían difundido el nombre de portento que ya, antes de los quince años, seguía al del joven Andrés, no pudo éste

matricularse en seguida por faltarle aún los exámenes de competencia.

Hubo de seguir otro año clase de Latín.

Ahora salía de los claustros conventuales y dejaba el recogido aislamiento de la biblioteca para afrontar, ante un nuevo maestro y en presencia de auditorio, las pruebas decisivas que calificarían sus estudios.

Inquietos codazos y cuchicheos maliciosos corrían por los bancos de la sala cuando el profesor, un sacerdote tan bueno como sabio, el doctor don José Antonio Montenegro, pronunció desde la cátedra el nombre de Andrés Bello y López. El muchacho experimentaba por vez primera en el ambiente la instintiva malquerencia de toda multitud, aun en mínima escala, contra el forastero que llega intimidado y sin títulos. La familia Bello carecía de riquezas y pergaminos; el trato con los mercedarios no había desenvuelto los modales de quien se consideraba como futuro novicio y todo le parecía difícil, inseguro, sembrado de peligros.

A solicitud del "primero de la clase", interesado en mantener sus derechos, el joven recibió la invitación de abrir la "Selecta de Autores Profanos" y leer cierta página señalada por la rareza de sus términos y la complicación de sus construcciones que la mayoría juzgaba indecifrabable.

La tarea resultó elemental para el nuevo educando, hecho a vencer obstáculos mayores, y el texto latino recibió una versión fluida y fácil que hizo cambiar paulatinamente la expresión de sus compañeros. A la secreta hostilidad sucedió un silencio expectante y la aprobación calurosa del maestro, que era Vicerrector del Seminario, acabó por inclinar en su favor todas las voluntades.

Bello quedó consagrado desde ese momento como el mejor alumno.

La consideración que pronto iría ganándose entre sus discípulos llegó a la cúspide, no mucho tiempo después,

cuando el propio señor Montenegro, en un arranque de espontánea ingenuidad, muy de su carácter, habiéndole oído observaciones personales y atinadas sobre una lección, le declaró públicamente:

—Ud. sabe más latín que yo.

La buena estrella que guiaba al joven seguía iluminándolo.

Don José Antonio Montenegro concibió por él un afecto paternal. Era un alma cándida que atormentaban los escrúpulos. En sus mocedades lo había seducido la corriente de ideas francesas que atravesaba la Península y solía tocar hasta los espíritus avanzados de la Colonia. Quiso leer a esos autores famosos en el original y, por Bossuet y Fenelón, deslizándose hacia los menos recomendables de los enciclopedistas. Levábalo la santa intención de componer una obra apologética en que las verdades eternas resplandecerían y, así, recorrió casi todo el Índice de los libros prohibidos, previa, se subentiende, la necesaria licencia eclesiástica. Las fuerzas le faltaron en el último instante; los argumentos no acudían a su llamado y el temor a la duda lo angustiaba. Reconoció que había pecado contra la modestia y, tras muchos actos de fervorosa contricción, abandonó en otras manos su proyecto.

Ese descalabro íntimo, que no era ignorado, le dejó persistentes remordimientos a los que aludía con dulzura, mediante circunloquios.

Viendo al joven Bello apasionarse en la lectura de los clásicos latinos o escuchándole estrofas del poeta que su primer maestro le había enseñado a amar, solía decirle sentenciosamente:

—Los caminos del demonio son inextricables.

Las amistades contraídas en el Seminario y su fama de sabio precoz relacionaron a Andrés con otros jóvenes amigos de las letras, y en especial con uno de ellos, perteneciente a las mejores familias venezolanas: José Ignacio Ustáriz, sobrino del marqués del mismo nombre. Este considerable personaje,

residente en Madrid, frecuentaba la casa del Conde de Aranda y correspondía con sus sobrinos, enviándoles a veces paquetes de libros que no eran siempre de ciencia o devoción. Los Ustáriz de Caracas mantenían una especie de tertulia literaria, donde se comentaban los sucesos de actualidad y en la que Bello pudo oír hablar, no ya de algo remoto y legendario, sino accesible y próximo, de los revolucionarios que traían conmovido al mundo, de los filósofos enemigos de la Iglesia y también de aquellos oradores y dramaturgos que la admiración había consagrado y cuyo renombre cedía, no obstante, al esplendor de glorias más recientes y menos tranquilizadoras.

Tales noticias avivaron su curiosidad. José Ignacio Ustáriz le obsequió una Gramática Francesa y Bello, se dio a aprender este idioma, consultando las dudas que le ocurrían con su generoso amigo, o con un visitante de su propia casa, M. Blandin, francés aficionado a la música y que había revelado a su padre, don Bartolomé, las obras de Mozart, de Haydn y de Pleyel.

Todo un horizonte nuevo se le abría.

El peligro no pasó inadvertido a los ojos de don José Antonio Montenegro. Paseaba por los corredores del colegio, dirigiendo aquí una pregunta, haciendo allá una advertencia, cuando divisó al pie de una pilastra a su alumno predilecto, absorto en las páginas de un libro. Se lo pidió. Eran las tragedias de Racine en el original. Don José Antonio Montenegro se las devolvió suspirando:

—¿Ya ha aprendido el idioma? ¡Cuidado! Así empezaron otros. . .

Y Andrés hubo de escucharle pacientemente una pequeña disertación llena de reticencias que se reducía a mostrarle los grandes peligros que asaltan, aun a los espíritus mejor intencionados, cuando se dejan coger por los encantos de la lengua francesa.

El buen Vicerrector debió convenverse de que, en todo caso, esos peligros serían lejanos.

A fines de año, Andrés Bello obtuvo triunfos escolares resonantes que hicieron correr a fray Ambrosio a casa de su cuñado y que arrancaron una sonrisa orgullosa a la habitual melancolía de don Bartolomé. El administrador de las rentas universitarias don Luis López Méndez, había ofrecido un premio al que escribiera la mejor pieza oratoria sobre un tema dado. Bello lo conquistó. El Rector del Seminario estableció otro para la traducción más propia y elegante de sendos trozos, alternativamente, del Latín al Castellano y viceversa. El alumno Bello se llevó esta segunda palma, en competencia con doce condiscípulos.

Vinieron, por último, los solemnes exámenes en la capilla universitaria, con asistencia de todos los catedráticos y el aparato solemne de que estas ceremonias se rodeaban. Presidía la mesa un viejecito diminuto, cabeza alba y cuerpo encorvado que, tal vez, en la infancia, había merecido su nombre y que, sin duda, volvía a merecerlo en la ancianidad: llamábase el señor Lindo. Tan cumplidamente lució Bello en su presencia los conocimientos adquiridos, que el señor Lindo, enternecido, le regaló un medio real de los llamados "de carita".

Al año siguiente, pudo Andrés incorporarse al curso de Filosofía y "Nos, el doctor don Pedro Martínez, maestra-cuela "dignidad de la Santa Iglesia Catedral, Juez Eclesiástico y Ejecutor de las constituciones de esta Real y Pontificia Universidad, etc. Por cuanto, por haber don Andrés Bello, natural de esta ciudad, héchonos constar con la partida de bautismo ser hijo de padres blancos, a efecto de impetrar licencia para vestir hábitos talares de estudiante, hemos venido en concedérsela con tal que haya de asistir a los estudios con la modestia y honestidad que le tenemos encargada observe en su traje y arreglo de costumbres, en que principalmente deben aventajarse los jóvenes que se aplican al estudio de las ciencias".

Dada en Caracas, a 15 de Septiembre de 1797...

Firmada de nuestra mano, sellada y refrendada..."

### III

La sotana estudiantil daba esbeltez a su figura de adolescente un poco frágil y le hacía más grave el rostro, donde los ojos nórdicos brillaban con una luz azul, interna y fija.

No dudaba ya su padre de la vocación eclesiástica del joven y celebró su ingreso al Seminario de Santa Rosa coreando, al órgano, una misa solemne que ofició fray Ambrosio, con su sobrino Andrés como ayudante. En torrente sonoro que sus manos arrancaban al instrumento, sentía don Bartolomé que iban hacia el futuro sus esperanzas de una vida mejor; y los amigos y los parientes de la familia, presentes en la ceremonia, inclinábanse al paso de la onda armoniosa como si estuviera cargada de emociones.

A la paternal complacencia de ver a su hijo encaminado por una senda que colmaba sus deseos y en la que cada día conquistaba nuevos triunfos, mezclábase en el alma del caballero y del juriscónsul otra satisfacción de índole más positiva y menos desinteresada: por aquellos días, justamente, habíanle llegado de España noticias ciertas de que le firmarían sus despachos como Fiscal de la Audiencia de Cumaná, alto cargo honorífico y provechoso, objeto de su ambición y que coronaría su carrera. Veía resueltos ya los problemas económicos que la estrechez de su situación le planteaba y a salvo su numerosa prole de las humillaciones que inflige la pobreza.

La había sobrellevado hasta entonces con decoro, en una digna medianía; pero los cambios rápidos que experimentaba la sociedad caraqueña en ese fin de siglo y las nuevas exigencias de sus hijos le sumergían en crecientes

complicaciones, a las que no sabía cómo subvenir.

Avecinábase una época distinta.

La capitania venezolana, como el resto de las colonias, entraba en un período de evolución que, desde tiempo atrás, venía preparándose, y, a pesar del aislamiento americano y las inmensas distancias, no dejaban de repercutir en ella los grandes acontecimientos.

Un airecillo turbador iba hasta el fondo claustral de las casonas.

Al entreabrir al comercio francés sus dominios en España, los Borbones habían agrietado el vetusto edificio. Las reformas liberales de Carlos III lo conmovieron en sus bases. Se desarrolló la riqueza, formóse una clase holgada, pronto ensoberbecida de su prosperidad y, al ansia de extenderla, correspondió un avance intelectual no exento de peligros y que luego daría frutos. El criollo tomaba conciencia de sí mismo y de lo que podía ser. La expulsión de los padres jesuitas les sugirió la idea llena de presagios de que lo imposible, a veces, sucede, preparando los ánimos para ver trastornos todavía mayores.

Tipos y personajes que antes no se conocían brotaban, hablando cosas que no se habían escuchado, que los viejos juzgaban increíbles y les hacían levantar los ojos.

La propia cátedra universitaria, receptáculo de tradiciones venerables, donde se respiraba aún la Edad Media, hubo de admitir lecciones que no eran la repetición de los antiguos textos. Un año antes, Andrés Bello había recibido en el Seminario Pontificio clases de Filosofía según un antiguo molde: el destino le condujo a ese plantel cuando, justamente, iniciaba allí sus cursos un maestro que, en vez de atenerse al sistema peripatético —o a lo que por tal se conocía— inauguraba un método personal que se podía llamar moderno.

El presbítero don Rafael Escalona era un autodidacta. Inteligencia curiosa, descontentábale la rutina y, mediante obras científicas que, no sin trabajo,

hizo llegar a sus manos, habíase puesto al tanto de los últimos progresos y resuelto a iniciar a sus discípulos en disciplinas que, hasta entonces, teníanse por materia fabulosa. El señor Escalona, gozaba en los círculos intelectuales de Caracas fama de hombre que hace experimentos, que tiene aparatos, cuya sabiduría no proviene enteramente de los libros y que, aun entre éstos, solía consultar algunos bastante sospechosos. Más de una vez la Inquisición puso en él sus miradas. Alegre y liberal, el sabio presbítero, sorteaba con hábiles sonrisas las amenazas, y su indiscutible superioridad, unida a altas amistades, valiéronle el derecho, no sólo a proseguir el curso de sus estudios, sino a comunicarlos a los muchachos como maestro universitario.

Sus alumnos lo admiraban y le cobraron cariño.

A las prolongadas lecciones de Lógica, que se extendían todo el año, el señor Escalona substituyó un compendio elemental explicable en tres meses. En seguida, inició el estudio de las matemáticas, empezando por la Aritmética y siguiendo con la Geometría y el Álgebra, preparación todo ello para la Física experimental, en la que poseía nociones adelantadas a su época. Allí escucharon por vez primera los universitarios caraqueños hablar de leyes que rigen el mundo de los fenómenos y vieron un disco de cristal que frotaban cojinetes.

Entre todas las miradas ávidas, las de Andrés bebían con más ardor que ninguna esas luces de prodigio.

A otras debían abrirse en breve sus pupilas.

Tras las ceremonias de Semana Santa, que movían a todo Caracas, por las calles de luto, en pos de las andas, su amigo Ustáriz le invitó especialmente a una reunión en su casa que reabría, ese año, la tertulia literario-musical de siempre y le anunció a medias palabras que tendrían un visitante curioso.

No sin timidez penetró aquella tarde el mozo seminarista al gran salón de la

encopetada familia; pero cuando el negro de servicio, galoneado y solemne, apartó los cortinajes de la puerta, divisó en primer término, junto a las columnas que dividían por mitad la estancia, dos siluetas conocidas que lo tranquilizaron: el Padre Sojo, grande aficionado a la música, y su discípulo Blandin, amigos de don Bartolomé Bello y a quienes Andrés había visto en su casa. Luis y Javier Ustáriz, hermanos mayores de José Ignacio, conversaban al fondo con varios personajes, sentados en altas butacas, ante una mesa de caoba esculpida que daba frente a la "cama de ceremonia", artefacto imponente, cubierto de dorados y sedas decorativas. Pronto oyó, además, la voz voluminosa de su maestro del Seminario, el señor Escalona, que hablaba mucho y ponía en revolución a todos con su verbosidad. A pedido suyo, "Monsieur Blandin", como llamaban al discípulo del P. Sojo, por ser hijo de francés, tomó asiento ante el clave y preluvió, con acompasados movimientos, una melodía de Mozart que hizo guardar instantáneo silencio al auditorio.

Llegaban, mientras tanto, nuevos invitados que hacían a los demás insinuación de no moverse y Andrés reconocía entre ellos a algunos que su padre nombraba con frecuencia, por relacionarse con él en la actividad del foro: don Francisco Carlos y don Feliciano Palacios, el talentoso jurisconsulto don Miguel José Sanz, don José Félix Arísteguieta, todos pertenecientes a la aristocracia criolla y más o menos enlazados entre sí por parentescos.

El aire de Mozart que el joven Blandin ejecutó, trajo al recuerdo del P. Sojo otras composiciones y alguien quiso escuchar alguna pieza de autor venezolano. Insinuóse entonces la que por todas partes corría, entre elogios, compuesta por Cayetano Carreño, alumno también del mismo Padre, e intitulada "La Oración del Huerto". Era una salmodia lenta de notas bajas con algunos compases de marcha fúnebre; mas no habían

resonado aún las dos o tres primeras frases, cuando alzaron de nuevo los cortinones de la entrada y encuadraron a un hombre de facciones toscas, animadísimo, alta la frente, descarnadas y volantes las orejas, la cabeza tan grande como expresiva, y vestido de un modo estrafalario: casacón verde oscuro, calzones de tripe, corbatín blanco y gorro frigio de seda negra con borla. Detúvose a los dos pasos, quitóse el gorro, puso oído atento a la música y, como si no pudiera soportarlo alzó ambas manos en un gesto de cómica desesperación.

Todos echaron a reír. Calló el clave, pusieron los circunstantes de pie y, entonces, el recién llegado se apartó y volvió el rostro a la izquierda, inmóvil: tras él aparecía, sin aire de encogimiento y muy despabilado, un mocito moreno, nervioso, crespo, trajeado con lujo de terciopelo y blondas, como pajecillo medioeval, y cuyos ojos saltones miraban a uno y otro lado, sonriendo.

Javier Ustáriz los saludó desde el estrado:

—¡Bienvenidos los dos Simones!

El primero de ambos corrigió:

—Simón y Emilio.

A lo que replicó en el acto el señor Escalona:

—Emilio y Juan Jacobo querréis decir.

—No aspiro a tanto, no aspiro a tanto —repuso el llamado Simón—. Soy un simple discípulo que tiene otro discípulo.

Era, en realidad, Simón Rodríguez, maestro del joven Simón Bolívar y una de las figuras más originales de Caracas. Huérfano, a los diez años, de don Cayetano Carreño y doña Rosalía Rodríguez, tuvo a los catorce tal disputa con su hermano mayor, también llamado Cayetano, que de sus resultas abandonó la casa, se embarcó de grumete en un velero y salió a correr aventuras por el ancho mundo, cambiándose previamente el apellido paterno por el materno. Visitó España, Alemania, Fran-

cia. Una inquietud morbosa le empujaba a errar. Decía, para justificarla: "No soy de los árboles, que echan raíces, sino como el viento y el agua"... La lectura de los filósofos y enciclopedistas le condujo a la frecuentación del prodigioso ginebrino que tenía fascinada a Europa y, desde entonces, ya no fue sino un pequeño satélite que reflejaba la turbia y poderosa combustión de aquel loco extraordinario, suscitador del demonio romántico y padre legítimo de toda fantasía revolucionaria. Creía con fe profunda en la transformación del mundo mediante un nuevo sistema de educación y gobierno político, calcados naturalmente de "Emilio" y el "Contrato Social". Después de vagar mucho, volvió a Caracas por una modesta herencia y se casó. Tenía diecinueve años. Su mujer, doña María Ronco, le dio un par de hijos, a los cuales, en homenaje a la Revolución Francesa y según el calendario de Fabre d'Eglantine, puso nombres de legumbres. Por lo demás, no se cuidó de ellos más que Juan Jacobo de los suyos.

Para el que habita el orbe filosófico, poco importan los lazos materiales, y Simón Rodríguez sólo reconocía paternidad en la esfera de las ideas y de los grandes sentimientos.

El destino le deparó en ella un hijo que lo inmortalizaría, pero que, hasta entonces, sólo formaba el quebradero de cabeza de su familia, como bien podían atestiguarlo, allí mismo, los tíos del joven Bolívar, don Francisco Carlos y don Feliciano Palacios, y también el digno jurisperito don Miguel José Sanz. Uno y otros, tíos y tutores, pasábanse de mano en mano el terrible huérfano, mimado desde la cuna y no podían con su genio indómito, su fogosa inteligencia que no respetaba clases ni maestros.

Este fue el discípulo del discípulo de Rousseau. Simón Rodríguez vio en él la verdadera imagen de Emilio. Investido de autoridad omnimoda sobre el muchacho, pensó que al fin realizaría, ínte-



gramente, el método pedagógico soñado por su maestro. El niño era, como debe ser Emilio, "rico, de gran linaje, robusto y sano"; y, por otra parte, él mismo, su insigne profesor ¿no cumplía a maravillas las condiciones fijadas por Juan Jacobo? "Joven, prudente, célibe e independiente", a todos esos atributos podía aspirar Simón Rodríguez, quien por entonces contaba veintiún años, era un esposo más que descuidado, y pasaba ya en Caracas como el profesor más ilustre de toda la ciudad.

Dedicóse, pues, de acuerdo con los cánones, "al difícil estudio de no enseñar nada a su discípulo". Para volverlo al "estado natural" y justificar el axioma de que "la razón del sabio suele asociarse al vigor del atleta", Rodríguez prolongó la residencia del mancebo en las posesiones campestres de los Bolívar en el valle de Aragua y tan pronto le veían los moradores de la sabana atravesar a escape inmensas extensiones, cazador intrépido de alguna buena pieza, como lanzarse a nado en las tibias aguas del lago de Valencia o remar sobre ellas durante largas horas.

Los Ustáriz, primos de Bolívar, aguardaban su regreso del campo, para invitarle, seguros de que animaría sus reuniones con su fácil palabra y la originalidad de sus ideas.

Y así fue. Desde que aparecieron "los dos Simones", toda la tertulia giró en torno al raro personaje acompañado de su alumno, quien le había cobrado una admiración ferviente y no consentía en separársele.

—Ilustre Varón —le apostrofó con burlona prosopopeya el Señor Escalona, hasta quien habían llegado noticias inquietantes sobre el partidario de la naturaleza. ¿Queréis decirnos por qué no toleráis "La Oración del Huerto" con que Monsieur Blandin nos deleitaba?

—El apóstol nada tiene que ver con su familia carnal sino con sus ideales —repuso el otro, sibilamente.

Más tarde supo Andrés que aquella música había sido compuesta por el

hermano mayor de Rodríguez, Cayetano Carreño, el de la famosa querrela, no perdonada aún ni puesta en olvido por el prófugo. Y tras la sorpresa de su indumentaria tuvo la de oírle hablar de sus progenitores como no lo hubiera creído posible. Criado en la severidad de un hogar sencillo, la atmósfera de aquel cenáculo hería a Andrés y le daba, al propio tiempo, la noción de un mundo muy distinto.

Simón Rodríguez, en tanto, peroraba. Teorías educacionales, aforismos políticos, la soberanía del pueblo, la corrupción que los instintos primitivos del hombre, virtuoso por nacimiento, sufren al contacto de la vida social y en el refinamiento de las letras y de las artes: toda la embriaguez romántica del ginebrino sonaba en sus palabras. "Pero se aproxima el día en que la humanidad sería regenerada por el fuego y por la sangre y ya los tiranos tiemblan en sus palacios guardados por esbirros". Había un país donde imperaban las luces, donde los filósofos guiaban la mano de los tribunos y los humildes sacudían el yugo del oscurantismo y rompían las cadenas de la esclavitud. Desde ese foco encendido por la razón sobre el altar del Ser Supremo, como un reguero de pólvora se extendería por todo el planeta el nuevo Evangelio de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

El tintineo de las bandejas que los criados hacían circular, cubiertas de ligeras copas con licores y platillos de pastas acarameladas, bajaron un poco el tono del discurso, que se iba haciendo pomposo. Emilio, ceñudo y desafiante, se atiborraba de dulces, mientras Simón pedía un vaso de agua clara, como la dan los manantiales.

—Pero vamos a los hechos, a la práctica —interrumpió el profesor de Física, a quien la frondosa palabrería del orador estaba impacientando—. ¿Tiene usted alguna noticia concreta? ¿Sabe algo de lo que sucede, de lo que se prepara...?

Fijó entonces Rodríguez en Escalona

sus ojos gris acero, con inquietud harto visible, como temiendo que el otro se hallara más enterado de lo que suponía sobre algo que se tramaba, y el vaso de agua osciló ligeramente en sus manos al llevárselo a la boca para darse tiempo de responder.

Con lentitud premeditada dejó caer, sílaba a sílaba:

—Aún no sé nada; pero ya sabré, ya sabremos, ya sabrán todos...

Hízose en el auditorio un silencio que tenía algo de embarazoso y, volviendo entonces a su clavecín, reanudó el joven Blandín la cadenciosa "Oración del Huerto" que, esta vez, fue escuchada sin interrupción hasta el final.

El joven seminarista sufrió una impresión imborrable con la presencia y la conversación de Simón Rodríguez, el revolucionario discípulo de Rousseau. Hasta ese momento, los enciclopedistas franceses, padres del movimiento político que sacudía al mundo, se le aparecían, a través de las palabras de su padre o de sus maestros eclesiásticos, como la encarnación de mal sobre la tierra y uno de los estigmas satánicos de la época. Más conservadora que la aristocracia, la clase media, a que Bello pertenecía, tarda en adoptar las novedades del pensamiento o de las costumbres y suele demostrar hacia las tradiciones y los privilegios un respeto que los beneficiarios de éstos y depositarios de aquéllas son, a veces, los primeros en socavar. Nunca había visto Andrés, de cerca, ni escuchado de viva voz a un partidario de aquellos hombres, ni menos imaginaba que pudiera encontrarse instalado en el corazón de las más poderosas familias del país, entre gentes religiosas, como profesor de un rico heredero. Su temperamento reflexivo, formado en el ambiente conventual, no hecho aun a las contradicciones de la realidad, experimentó una sacudida que lo tuvo largos días perplejo. No era de naturaleza comunicativa y todo el trabajo se hacía en su interior, en un proceso ardiente y mudo.

A la sorpresa inicial y hasta el espanto de ver encarnado delante de sí a un representante de aquellos seres que reneaban de la Iglesia y querían remover los fundamentos de la autoridad, a un deísta, a un excomulgado, sucedió pronto la curiosidad viva y el deseo de conocer más de cerca el extraordinario caso.

La necesidad de saber, el ansia de asimilar nuevas nociones y de ponerse en contacto con los hechos constituía una de las directivas esenciales de su espíritu.

Creyó que le sería fácil, gracias a su amistad con los Ustáriz, primos y amigos íntimos de los Bolívar, pero, justamente, por entonces andaba Rodríguez, perdido en misteriosas ocupaciones y había descuidado por completo la educación, o mejor dicho, el tutelaje de Emilio. Quienes le conocían de cerca, no se sorprendieron: el hombre tenía fama de caprichoso y había logrado imponer sus extravagancias y sus cambios de humor. Viendo que se les iba de las manos, los tíos de Simoncito resolvieron reemplazar, al menos transitoriamente, sus enseñanzas con las lecciones de varios maestros y así fueron llamados sucesivamente a la casona de los marqueses del Ponte, el P. Andújar, que ya lo había tenido anteriormente a su cargo; el Capuchino Negrete, profesor de gramática y don Guillermo Pelgrón, quien completaba sus nociones de latín.

La familia opinó, sin embargo, que este trío de profesores no bastaba, y una mañana, después de clase, el señor Escalona llamó aparte a Bello y le manifestó que deseaba conversar con don Bartolomé para un asunto que tanto interesaba al padre como al hijo. Trasmitió el mozo el recado a su casa, y aquella misma noche, en la tertulia familiar, después de hacer el profesor de Física un cumplido elogio de Andrés, manifestó al señor Bello y a doña Ana Antonia, muy atenta y un poco emocionada, que don Carlos Francisco Palacios y el P. Sojo, tíos de Simón Bolívar, solicitaban

los servicios de su primogénito, allí presente, para enseñar Geografía y Aritmética al alumno de Simón Rodríguez.

Este inesperado magisterio valió al adolescente una autoridad doméstica, que lo hacía pasar a otra categoría: era ya el "pequeño sabio" a quien se debían especiales consideraciones y cuyo prestigio se reflejaba en los suyos.

En seguida le hizo entrar con una especie de título pedagógico en una de las principales casas de Caracas.

Habitaban los Bolívar y Palacios Blanco, que eran dos hombres y dos mujeres, su vieja residencia solariega de la plaza de San Jacinto, a lo largo de todo uno de cuyos costados corrían sus ventanas de rejas coloniales y sus altas y espesas paredes blancas. Por encima de la pesada puerta claveteada de cobre, abierta a un zaguán con piso de mosaico en forma de tabas, ostentábanse entre lambrequines historiados, las armas de la familia: una torre blanca con cinco almenas y tres gradas sostenidas por dos leones de oro.

Todo ello lo miraba Andrés la mañana tibia y lluviosa en que acudió a dar su primera clase, con una mezcla de encogimiento y de orgullo que pronto había de disipar en parte un incidente casero muy característico de aquella morada, donde faltaban los amos y en que la autoridad andaba dividida.

Un portero viejo, habitante en una piececilla junto al zaguán al saber de quién se trataba lo llevó por largos corredores hasta el departamento que ocupaba el señorito en un patio del ala izquierda hacia el fondo de la casa, entre macizos de naranjos y limoneros. El enorme caserón construido en tiempo del primer Simón Bolívar, casi dos siglos atrás, completado y refaccionado después conforme prosperaba y se iba extendiendo la familia, componíase de una serie de cuerpos de edificios bastante desiguales. Sucedianse las hileras de pilares bajos y los tejados moriscos: por una puerta ancha y chata pasábase a un patiezuelo florecido y de ahí a otro pa-

vimentado de piedra redonda, curiosamente dispuesta, hasta llegar al espacioso huerto, arboleda convertida por la fecundidad de la tierra en un pedazo de selva tropical, donde toda clase de árboles y malezas se apretaban.

Por el camino, topóse Andrés con dos religiosos que paseaban gravemente, conversando, y que al verlo acercarse le sonrieron y le hicieron señas de allegarseles.

—¿Ud. es el joven Bello? —le preguntó uno, en quien reconoció al P. Andújar, contertulio de los Ustáriz. —¿Viene a dar su lección a Simoncito? ¡Pues el pájaro se nos ha volado! Como no se haya ido a La Guaira tras el loco de Rodríguez... —agregó, volviéndose a su colega, un sacerdote de venerable calva y rostro adusto.

—¡No lo creo capaz! ¡No lo creo capaz! —replicó éste con una especie de exaltación. Ya sería un exceso complicar al niño en semejante intriga.

—¿Cree Ud., que se ha visto con Picornell y Campomanes? ¿Rodríguez? ¡Evidente! pero si ese hombre sueña... Javier lo ha oído leer la Carmañola Americana de ese maldito revoltoso que nos ha mandado y en la propia Guadalupe están imprimiéndose centenares de papeles con los mentados Derechos del Hombre.

—Es mucha audacia.

—Dicen que tiene ganada la guarnición de La Guaira y parte de la de Caracas, y por cierto que a tales Mahomas no les falta su profeta: ya un cierto fraile, que no debiera llevar el hábito de San Francisco, asegura haber tenido revelación para predicar a los pueblos el Evangelio de la Libertad. Pero si yo mismo he tenido en estas manos que se ha de tragar la tierra el famoso escrito de Nariño, el de Nueva Granada...

—Nunca me dio buena espina el tal Rodríguez o Carreño: quien reniega de sus padres se encamina a renegar de todo, aun de su Rey y de su Dios; pero como les ha dado con el siglo de las luces y las ideas nuevas y el Rousseau y

el Voltaire a quienes confunda el cielo.

Guardó silencio el P. Andújar. Andrés lo miraba disimulando su estupor bajo el grave continente aprendido entre los religiosos de la Merced. El otro fraile, que era el P. Negrete, profesor de Gramática, pronunció a manera de conclusión:

—Sin embargo, llevarse al mocito y meterlo en esos tratos... no, francamente, no lo creo capaz.

—Pues sí señor, y su paternidad perdone, yo lo creo capaz de lo que dice y de todo!

Como una aparición violenta, una negra ancha y hombruna había surgido, marchando sobre el silencio de sus zapatos de fieltro, y se encaraba con los hábitos talares, en el extremo del corredor al patio de servicio. Era Matea, la criada que había amamantado a Simoncito y se creía investida sobre él de una autoridad que la muerte de la marquesa volvía omnímoda. Detestaba la mujerona al flamante maestro, enrostrándole los más variados cargos que su instinto juzgaba otros tantos signos de perdición: que sacaba al niño a deshoras de la casa y no le enseñaba por libros, como a todo fiel cristiano, sino brujerías de aparatos y palabras raras: que no lo llamaba Simón, ni Simoncito, ni don Simón, como al cabo le correspondería, puesto que tan servidor era como ella, sino con otro nombre, Emilio, que sería de quién sabe qué perdulario; y lo hacía saltar y correr, y exponerse a darse un matasuelo que le quebrara la nuca el día menos pensado, tal como si se tratara de un aprendiz de circo y no de un caballero principal... Ahora —toda su cólera hacía explosión, enredándole las voces y los ademanes— andaría con él por allá, donde sus paternidades decían, en algunos malos pasos. Y si no, que se lo preguntaran a Francisco el de las caballerizas: ¿dónde estaba el alazán del señorito? ¿Qué se habían hecho las riendas y la silla de montar?

—Al intruso quisiera verlo yo un día,

cara a cara —gruñó, más que dijo Matea, adoptando la actitud de la rica hembra insultada.

Los religiosos y Andrés la escuchaban sin atreverse a sonreír francamente, complacidos en el fondo los primeros por aquel ejemplo visible de fidelidad a los amos y secretamente de acuerdo con ella en el repudio del maestro que enseñaba según el evangelio de Rousseau.

En tanto las voces de la negra y la insólita reunión de los tres eclesiásticos en el patio de los limoneros habían atraído a otros esclavos y servidores de la casa que asomaban a respetuosa distancia sus rostros de curiosidad, procurando enterarse de lo que sucedía. La noticia debió de esparcirse sin duda, con la rapidez de las malas nuevas: porque no pasó mucho rato sin que las dos hermanas de Simón, María Antonieta y Juana, llegaran muy sobresaltadas y luego el propio don Carlos Francisco Palacios que a esas horas solía visitar a sus sobrinos, con lo que la alarma cundió por la vasta morada.

¿Qué había sido de Simón?

Tomando aparte al P. Andújar, don Carlos Francisco se alejó con él algunos pasos como para comunicarle alguna nueva de importancia y se les vio dialogar vivamente.

Sabía ya el caballero los rumores de la conspiración que se preparaba entre Caracas y La Guaira y le remordía la conciencia el papel que directamente podía tener en ella Rodríguez, a quien él había colocado en la casa para librarse de su sobrino incorregible.

Un esclavo recibió orden de llamar a Francisco, encargado de las caballerizas; pero no había vuelto aún cuando por el fondo del corredor que daba al patio de servicio sintióse llegar un caballo y a poco abrióse la puerta de reja que daba al departamento de Simón y éste, en persona penetró, calado por la lluvia y chorreando de pies a cabeza su traje de montar.

Todos guardaron un silencio expectante y sólo Matea se atrevió a profe-

rir señalándolo con ademán victorioso, como si presintiera todo lo acaecido.

—¿Lo ven? ¿No lo decía yo?

El muchacho, sin turbarse ante la inesperada asamblea, se adelantó ceñudo hasta el tío.

—¿Y qué hay?— preguntó éste—. ¿De dónde vienes?

El otro repuso, quitándose el sombrero llanero y los arreos empapados:

—De la cárcel.

—¿Acaso allá quedó tu famoso maestro?

—Ud. lo ha dicho. Acaban de prenderle los esbirros...; pero...

Con imperioso ademán le cortó la palabra el señor Palacios y ordenó al mozo que se retirara a sus habitaciones para cambiarse de ropa, que después hablarían; pero, en vez de obedecerle, gritó el niño que todos los poderosos del mundo no sujetarían su brazo, y, cogido por un violento acceso de sollozos amenazó con prenderle fuego a la ciudad si no soltaban a su maestro, el hombre más sabio y más virtuoso de la tierra.

La intervención espontánea de Matea, puso término a la escena y los circunstantes se dispersaron, yéndose los criados hacia el interior y don Carlos Francisco con los padres y Andrés al salón, donde el caballero impuso a los demás de los acontecimientos.

Era el caso que tres prisioneros españoles, Juan Bautista Picornell, Cortés Campomanes y Sebastián Andrés, confinados en la fortaleza de La Guaira por haber tomado parte en la conspiración llamada de San Blas, en febrero de 1798, para derribar en América la monarquía, fueron dejados imprudentemente en libertad de movimientos y, puestos en relación con los deportados políticos franceses de La Guaira, organizaron un

vasto plan de insurrección, en el cual estuvo mezclado desde los primeros momentos Simón Rodríguez, si bien no había podido comprobársele culpabilidad directa. Contaba con la complicidad de don Manuel Gual, capitán retirado de las milicias de Caracas y de don José María de España, justicia mayor del pueblo de Macuto, en las inmediaciones de la capital. Numerosas proclamas y hasta un reglamento de 44 artículos, impresos en la Guadalupe, circulaban entre los conjurados, más un programa que contenía en germen lo que realizaría la revolución de 1810. Estos papeles y otros cayeron en manos de las autoridades, por la indiscreción de un comerciante: don Manuel Montecinos y Rico.

Los hechos confirmaron los informes del señor Palacios.

Logró Gual escaparse y llegar a la Trinidad; pero no tuvieron igual fortuna sus cómplices: cuarenta y cinco de ellos, la mayoría pertenecientes a la aristocracia criolla, cogidos y ejecutados por mano del verdugo, perecieron en las cárceles.

Para escarmiento de futuros revoltosos, los restos del capitán España fueron expuestos a la vergüenza pública, entre Caracas y La Guaira: allí pudo verlos Andrés, no sin un estremecimiento.

Simón Rodríguez valido de influencias poderosas, logró salir en libertad bajo la condición de ausentarse inmediatamente.

No otra cosa quería el incurable "dromómano", poseído por la manía de los viajes y a quien ya pesaba la existencia sedentaria.

Despidióse tiernamente de su amado Emilio y le dio cita para cuando la justicia imperara sobre el planeta.

# La Enseñanza del Castellano en las Escuelas Secundarias Argentinas

Por ROBERTO F. GIUSTI

La enseñanza del español —o castellano, según la denominación más difundida en la Argentina<sup>1</sup>— ocupa en los programas de las escuelas secundarias (Colegios Nacionales y Liceos de señoritas) y del magisterio, si no una posición dominante, como la tiene, por ejemplo, la de la propia en Italia, o en Francia, sí de relativa preferencia, junto a las matemáticas, con relación a las demás materias. Durante largos decenios y hasta entrado el siglo actual consistió casi exclusivamente en la enseñanza teórica de la gramática, según la división cuatripartita establecida por la Academia Española en su texto oficial hasta la reforma de 1917; analogía, sintaxis, prosodia y ortografía, diversamente distribuidas en los programas de los tres primeros cursos conforme al cambiante arbitrio de sus redactores. Histo-

riar las diferencias de criterio que alteraban superficialmente la ordenación de los programas, o pasaban la prosodia y la ortografía del primer curso al tercero, para volverlas más adelante al primero, carece de interés en esta relación sumaria. Cuanto a la enseñanza de la sintaxis se fundaba sobre la antigua división tripartita en concordancia, régimen y construcción, con recitación de fórmulas generales, las cuales solían aprenderse vaciadas de todo sentido práctico, y mediante ejemplos generalmente abstraídos del contexto oracional.

En las cátedras eran nombrados, por lo común, profesionales universitarios no especializados, en su mayoría abogados o estudiantes de derecho, repetidores de la doctrina gramatical anquilosada en los libros de texto, o bien profesores normales, o los egresados, todavía escasos decenios atrás, de las facultades de Filosofía y Letras de Buenos Aires y de Humanidades de La Plata, quienes solían hacer caso omiso de la enseñanza

<sup>1</sup> Respecto a las denominaciones que ha tenido en la Argentina, v. *Amado Alonso*, pp. 145-158 de su exhaustiva monografía *Castellano, Español, Idioma Nacional: Historia Espiritual de tres nombres*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1938.

viva, conformándose por inercia a la rutina dominante. Quedan descontadas, por supuesto, las excepciones individuales.

La creciente incorporación a la enseñanza de profesores diplomados en dichas facultades, mejor preparados científica y didácticamente, y muy particularmente de los egresados de los institutos nacionales del profesorado secundario de Buenos Aires y Paraná, enterados de los nuevos métodos pedagógicos y más modernas doctrinas gramaticales, ha ido modificando la enseñanza de la lengua aproximadamente de un cuarto de siglo a esta parte. Los nuevos métodos han inspirado los programas de estudio, que abandonaron las divisiones rígidas de la gramática y la flexibilizaron, haciendo fundamento de su aprendizaje el análisis de la oración simple y compuesta, así como incorporaron a aquéllos la exigencia cada vez más imperiosa, si bien no obedecida en igual medida por todos los profesores, de la composición escrita y lecturas comentadas.

Momento decisivo de esta evolución fue la reforma de los programas, aprobada por resolución ministerial del 14 de mayo de 1936. La comisión redactora formada por los profesores Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Greñorio Halperín y Julián García Velloso, quebró la tradicional división de la gramática, decidiéndose por un método que conducía gradual y paralelamente la enseñanza de la sintaxis, del oficio y accidentes de las palabras, de la fonética, la ortología, la entonación y la ortografía, repitiendo o ampliando las nociones de año en año por un sistema cíclico. La métrica, antes invariablemente relegada al curso de la llamada Literatura Preceptiva, era introducida por primera vez en los cursos inferiores de castellano, y la sintaxis era vivificada mediante el análisis de los diferentes casos de coordinación y subordinación de las oraciones.

Desgraciadamente, conforme al uso

inveterado en la enseñanza secundaria argentina de tejer y destejer sin descanso, esos programas tuvieron vida breve. Pudo aligerárselos en ciertas partes de algún rigor científico excesivo, sobre todo en los capítulos relativos a la fonética; pero fue un error transformarlos, abriendo el camino a nuevas modificaciones, no todas atinadas. Se prefirió desarticularlos, reduciéndolos a nociones no siempre suficientemente conexas, con una tendencia cada vez mayor en las sucesivas reformas —tres, desde entonces—, a la ejercitación práctica con no disimulado desdén de la teoría gramatical, olvidando la sabia recomendación de Eugenio D'Ors, de que "para aprender las lenguas aún no se ha inventado nada mejor que las gramáticas" ello dicho sin menospreciar los métodos prácticos e intuitivos.

Es en efecto un vicio arraigado en la escuela secundaria argentina la modificación de los programas y aun de los planes de estudio. Los sucesivos ministros suelen encomendar su reforma a comisiones más o menos especializadas, produciéndose por tal motivo en ciertos períodos, vertiginosos cambios de contenido, métodos y textos de enseñanza. Así fue como los excelentes programas redactados por aquellos informados y juiciosos especialistas fueron, al correr de pocos años, sustituidos por otros menos ordenados científicamente y de más pobre contenido teórico.

Los actuales no son los peores. Entraron en vigencia el año de 1952. En ciertas partes pecan de excesiva simplicidad y muestran lagunas injustificables. Rigen en ellos moderadamente las tradicionales divisiones de la gramática académica: en el primer curso ocupan preferente lugar la ortología y la ortografía, enseñada la segunda prácticamente y no según las inútiles reglas que fatigaban la enseñanza de antaño, y acompañadas de nociones sobre la oración simple y sus dos elementos esenciales, el nombre y el verbo; en el segundo se amplían las nociones relativas a la

oración simple y se desarrolla la morfología; en el tercero es analizada la oración compuesta. La práctica de la conjugación pertenece a los tres cursos del ciclo básico. En el segundo y en el tercero se incluyen además nociones de métrica. Todas las nociones son de carácter elemental, con particular atención a la parte normativa y corrección de los malos usos. Propósito principalísimo de sus redactores ha sido estimular en los cursos una práctica mayor del idioma mediante la lectura y la composición. Conspira contra la excelente intención el tiempo insuficiente reservado en los planes de estudio a la enseñanza de la lengua: cinco clases de cuarenta minutos teóricos en el primer curso del ciclo básico de colegios nacionales, liceos de señoritas y escuelas normales, cinco en el segundo y cuatro en el tercero. Además, en los cursos paralelos donde se enseñan dos horas (!) de latín, las dedicadas al castellano se reducen a cuatro en todos los años.

Solamente durante cortos períodos, antes de 1942, se vio enseñar la lengua materna en primer año seis horas; pero no fueron más de tres, a lo sumo cuatro, en los cursos sucesivos. No es que se contenten con tan poco los redactores de los programas. Autoridades competentes entienden que no deben ser menos de seis en cada curso, pero más de las actuales no les permite reclamar el carácter enciclopédico de los planes, así como el corto número de clases, si comparado con el que registra la escuela media de otras naciones, todavía disminuído con el asueto de los sábados dispuesto por el régimen depuesto en 1955, mal de holganza que prometen remediar las disposiciones tomadas por el actual Ministro de Educación, las cuales no ha alcanzado todavía a la reposición de los sábados.

La extensión del programa teórico, por reducido y simplificado que éste haya sido, limita por fuerza el número de los trabajos de redacción y de lectura comentada. Si las composiciones

escritas deben resultar provechosas necesitan frecuentes clases de corrección pública en que participen todos los alumnos. El profesor de mejor voluntad se ve vencido en este particular por el escaso espacio de tiempo de que dispone, tanto más que dichos trabajos prácticos, "no menos de tres por término lectivo", ordenan las disposiciones vigentes (lo que significa nueve en un año) "sólo excepcionalmente podrán redactarse fuera del aula". Esta resolución, prudente si mira a evitar el fraude y la excesiva colaboración familiar (los cuales pueden ser corregidos y atenuados por diversos medios que la experiencia aconseje) conspira contra la eficacia docente de los trabajos de redacción, pues éstos piden un tiempo y una concentración mental imposibles de conseguir en el aula en poco más de media hora.

Agrava la deficiencia la corrección superficial de las composiciones, limitada comúnmente a la ortografía, por no haberse generalizado todavía el hábito de la corrección hecha por los profesores despacio y cuidadosamente en su casa, tarea sólo afrontada abnegadamente por unos pocos.

Acerca de la lectura debo señalar el equivocado criterio en el cual han incurrido profesores y autoridades, de indicar para los cursos del ciclo básico libros inconvenientes por su contenido para el cultivo de la mente y el corazón de adolescentes raramente mayores de quince años, o bien escritos en un lenguaje mechado de dialectismos y vulgarismos, como ocurre en la novela, la literatura costumbrista y el teatro rioplatenses, lenguaje impropio para servir de modelo de habla correcta. Este doble error aparece atenuado pero no enteramente corregido en las instrucciones dictadas en 1956. Queden aquellas obras para ser leídas y con discreción, en los cursos de literatura.

Al conocimiento de la literatura española y la lectura ilustrativa de abundantes textos se les reserva en cuarto



año dos lecciones semanales; al de la literatura argentina y de los más destacados autores de las demás literaturas hispanoamericanas, tres lecciones en el último curso, el quinto. Cierramente, no cuenta en ese horario con mucho espacio el profesor para mandar redactar composiciones literarias, que no sean los apresurados resúmenes de las lecturas hechas, tanto más cuanto que las instrucciones ordenan que los trabajos prácticos "deben ser realizados preferentemente en el aula"; por consiguiente tal disposición suele ser letra muerta para no pocos catedráticos de la llamada literatura. Se acata pero no se cumple, como se hacía con las órdenes reales en la época colonial.

La continuidad de la enseñanza del castellano, del primero al último curso, impartida por métodos combinados teóricos y prácticos, derribando la valla entre los cursos de literatura y los que los preceden, habitualmente llamados de gramática, es el desiderátum todavía

no alcanzado en las escuelas medias argentinas, por más que tiendan a ello muchos profesores capaces.

A pesar de las observaciones hechas puede afirmarse que con relación al pasado se notan indudables progresos en el método y en la competencia de los profesores, aunque no siempre en la dedicación plena de la mayoría de éstos a las tareas docentes, las cuales piden un espíritu de servicio pedagógico y social que no alienta en todos; y además exige profesores exclusivamente consagrados a la enseñanza, decorosamente rentados y no abrumados por un número excesivo de horas de aula y la atención de muchas clases y centenares de alumnos.

Es legítimo, pues, esperar, que reorganizada la escuela secundaria argentina como hay el propósito de hacerlo, no tardarán en verse los frutos de la disciplina y la constancia también en el campo del aprendizaje de nuestra lengua.

# NOE CANJURA, PINTOR

Si comparamos las obras de Noé Canjura presentadas en sus exposiciones hechas en el país, hace varios años, con sus últimas pinturas expuestas en Francia y Alemania, notaremos, como es lógico, una marcada diferencia en cuanto a depuración de la técnica, pero conservando una nota personal que se revela en sus primeros cuadros: la composición a base de grandes masas, el color discreto, la contenida emoción.

En Canjura no andan de la mano los maestros, aun cuando en sus primeras producciones se notaba la paleta de Valero Lecha. Sin llegar a lo anecdótico, el artista anduvo preocupado por los temas de su tierra: el indio y su paisaje.

“Invierno”, reproducido en las páginas de esta revista, muestra un segundo momento en su evolución, estilizando un tanto sus figuras; pero sin olvidar los procedimientos estrictamente académicos.

En su mural titulado “Abrazo” hay armonía en el juego de curvas y simplicidad en el dibujo. Esta última característica la hallamos también en “Surco”, “Alamos”, “Cerca”, “Enamorados” y “Primera Comunión”.

“Paisaje”, en cambio, destaca una figura en primer término y tiene por fondo una combinación de planos que equilibran el conjunto.

Con verdadera complacencia ofrecemos a nuestros lectores varias reproducciones de obras de Noé Canjura, como señal del movimiento pictórico en El Salvador.



De un retrato en el cartel de su exposición de la  
Galerie de Seine, París.

# NOE CANJURA



ABRAZO (Mural)

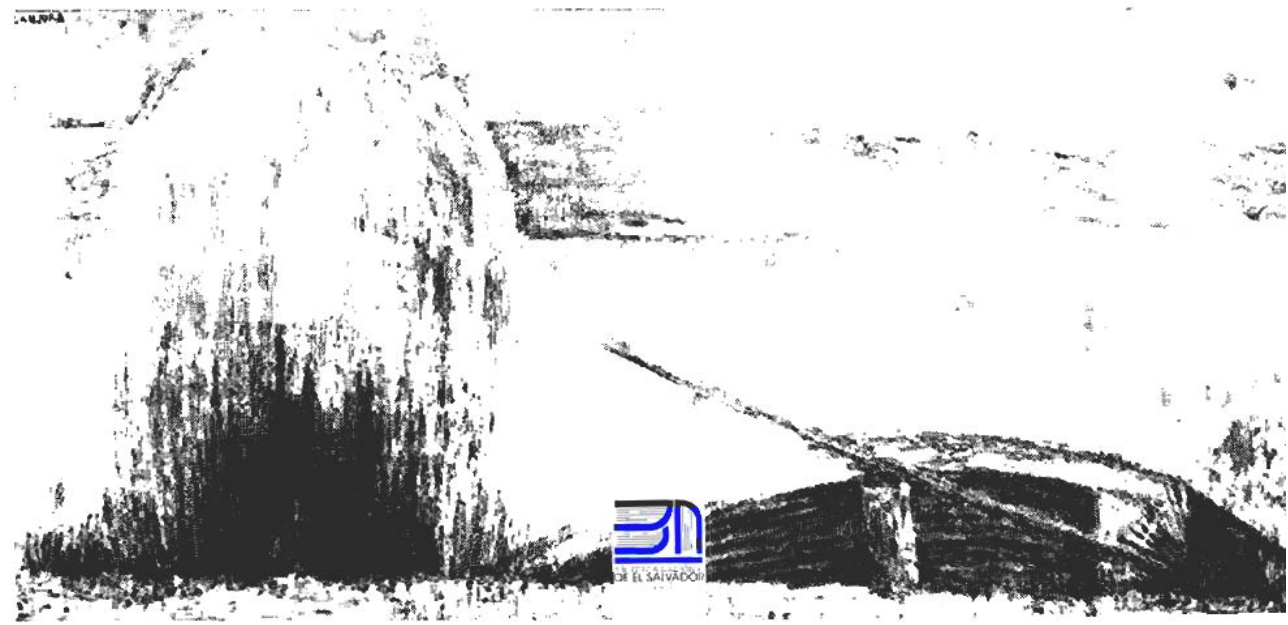
PROCESION (Mural)

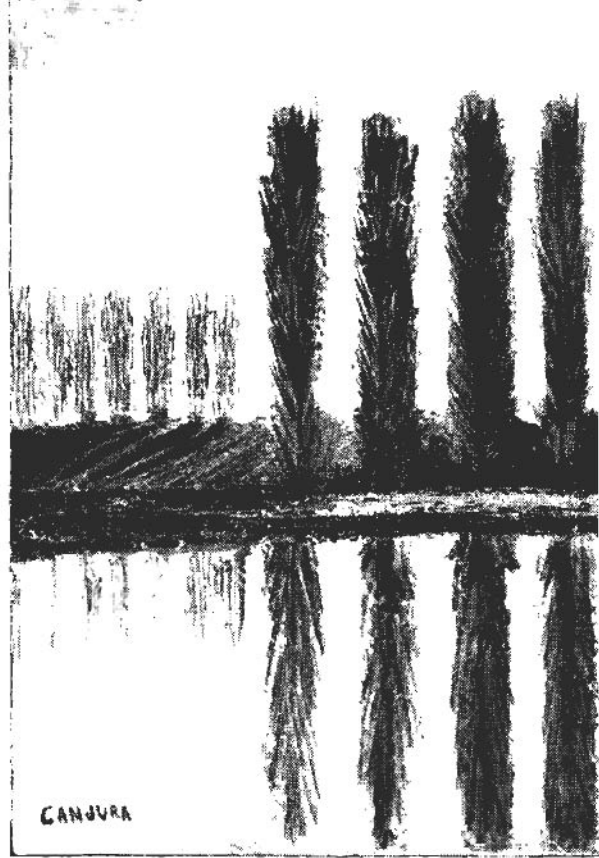




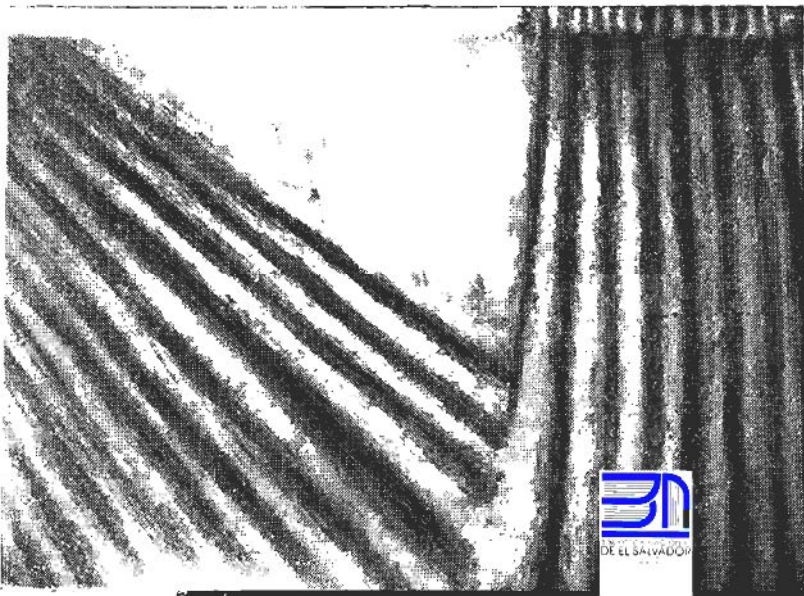
INVIERNO

SAUCE





CANJURA

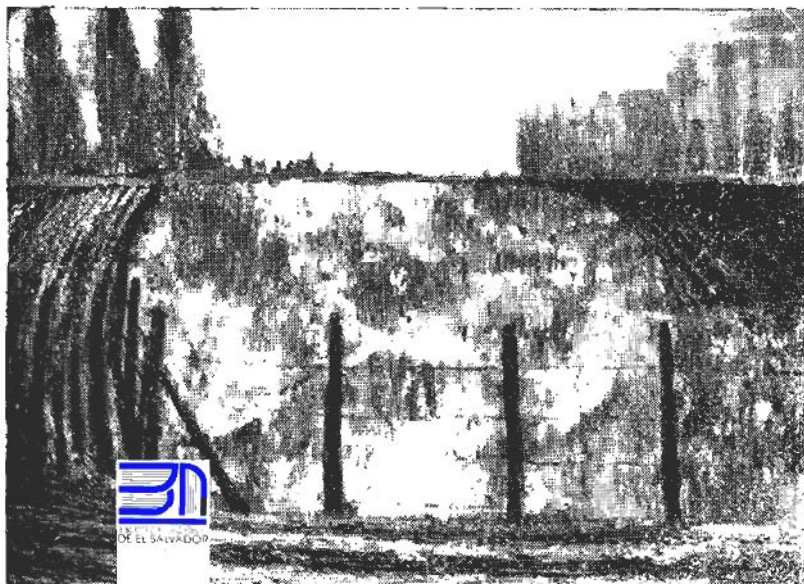


INIA  
INSTITUTO NACIONAL  
DE INVESTIGACIONES  
AGRICOLAS  
DE EL SALVADOR

SURCOS



ALAMOS



CERCA





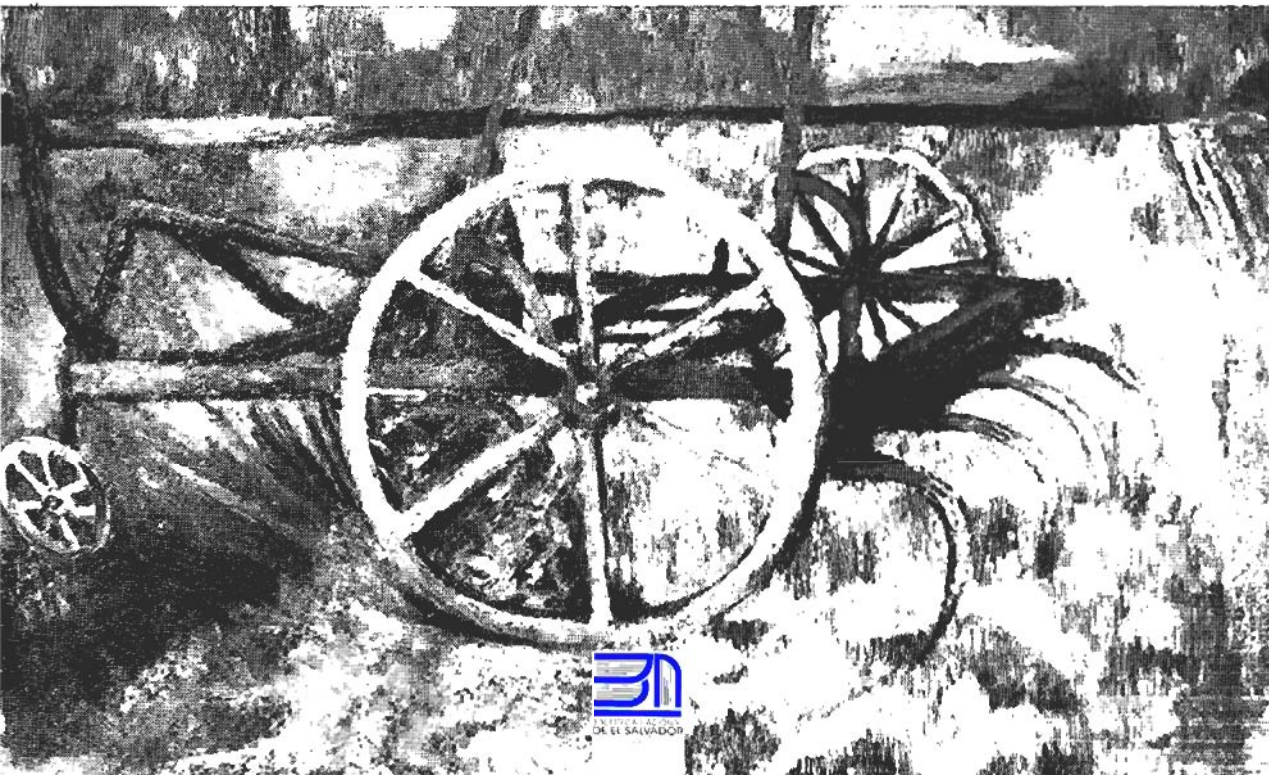
EXAMORADOS



TRONCO



LA RASTRA





PRIMERA COMUNION

PAISAJE



# Rastros de Juan Ramón Molina

Por DAVID VELA

## INFANCIA EN LA MONTAÑA, CABE AL RÍO

Juan Ramón Molina nació en la ciudad de Comayagüela, el 17 de abril de 1875; fueron sus padres don Federico Molina y doña Juana de Molina, y su primera maestra la naturaleza, con la montaña y el río como perdurable enseñanza, cuyas lecciones encarnarían en él, hechas anhelo y temperamento; dirá:

*Nací en el fondo azul de las montañas hondureñas. Detesto las ciudades y más me gusta un grupo de cabañas perdido en las remotas soledades.*

.....  
*Fué mi niñez como un jardín risueño donde —a los goces de mi edad esquivo— presa ya de la fiebre del ensueño vagué dolientemente pensativo, sordo a la clamorosa gritería de muchos compañeros olvidados, que fué segando sin piedad la fría hoz implacable de los negros hados.*

No tenemos más que su propio testimonio (Autobiografía) para reconstruir su infancia, y no sabemos hasta dónde se deja influir por los últimos resplandores del ocaso romántico, para declarar

que es “un salvaje huraño y silencioso, a quien la urbana disciplina enerva”, o cuando hace remontar a su misma infancia la fuente del *spleen* que debía acompañarlo siempre:

*Desde mi infancia fui meditabundo,  
triste de muerte. La melancolía  
fue mi mejor querida en este mundo  
pequeño, y sigue siendo todavía.*

¿Contradicción, o simple recurso lírico, fuerza del consonante? En su poema intitulado *Anhélo nocturno*, evoca la perdida Arcadia de su infancia:

*Para que mi mañana florezca como rosa  
de mayo, exuberante de vida y de fragancia,  
y la tierra contemple, jocunda y luminosa,  
con los tranquilos ojos con que la vi en la infancia.*

Más adelante diremos que en realidad tuvo razón para exclamar: “Soy tu hijo predilecto, madre Melancolía”, mal de espíritus selectos —según se dice— que la vida iría acentuando, y hallara campo propicio en el alma contemplativa del poeta, pero que sólo después asumiría la insomne máscara del “demonio del hastío”, cuando se mezclaban en su alma el dolor nuevo y el dolor antiguo:

“Porque absorbí los éteres de la filosofía y todos los venenos de la literatura”. De su infancia perdura la visión del lar nativo, lujoso de clorofila, con el río Grande como cantor, su primer maestro en el arte de componer versos, todavía tumultuoso de oratoria pujanza, más a ratos arremansado en deliquios de estilista y pintor:

*Sacude, amado río, tu clara cabellera;  
eternamente arrulla mi nativa ribera,  
ve a confundir tu risa con el rumor del mar.  
Eres mi amigo. Bajo tus susurrantes frondas,  
pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas,  
tostada por tus soles, mirándote rodar...  
Presa fui del ensueño. Tus guijarros brillantes  
me parecían gruesos y fúlgidos diamantes  
de un Visapur incógnito de rara esplendidez;  
y —en tu sonoro y límpido cristal de luna llena—  
el espejo de plata de una falaz sirena  
de torso femenino y apéndice de pez.  
¡Oh, infancia! ¡Quién te hubiera parado en tu camino!  
Dueño era de la lámpara de iris de Aladino,  
de su mágico anillo, de su feliz candor:  
como él tuvo pirámides de gemas fabulosas,  
un alcázar magnífico, mil esclavas hermosas,  
y fue mi amada la hija de un gran emperador.*

El emocionado espectador de la naturaleza, el rapaz vagabundo como las piedras que arrastra el río seguiría la lección de las aguas, deslizándose por el cauce de su destino, un naufragio que duró 33 años. Inconsciente de él, marcha a Tegucigalpa, a descubrir la ciudad y el veneno del alfabeto, para desarraigarse para siempre del campo. Regresará des-

pués, tan cambiado que no se reconoce en el espejo del río, y en éste ya sus ojos no pueden mirar la verde cabellera de las náyades.

Sólo la memoria de su infancia trata de precisarse en el cristal cambiante, con desvaída fidelidad; ni siquiera están los posibles testigos:

¿Qué se hizo aquel cuya gentil cabeza  
era de Sol? ¿El jovencito hercúleo  
que burlara en la lucha mi destreza?  
¿El dulce ejebo de mirar cerúleo?  
¿El que bajaba el más lejano nido?  
¿El más alegre y mentiroso? ¿El zafio?  
Para los tristes escribió el olvido,  
en el nómada viento, un epítafio...!  
Hada buena la muerte fué para ellos!...  
No conocieron el dolor. La adusta  
vejez no echó ceniza en sus cabellos,  
ni dobló su juventud robusta!

## JUVENTUD E INICIACION EN GUATEMALA

Dejó sus agrestes lares siendo un niño, sus pasos a Guatemala, huraño y esquivo,  
y recién salido de la infancia, encaminó trayendo:

*...una ola lánguida de aromas.  
Efluvio de mis rústicos alcores,  
hálito de mis flores,  
emanaciones de mis verdes lomas.*

Aquí cursó el bachillerato y obtuvo el grado en ciencias y letras, al par que frecuentaba los cenáculos, animados por la presencia de un grupo de exilados colombianos, por la primera visita de Rubén Darío y por la efervescencia del grupo juvenil que se iniciara en la sociedad literaria El Porvenir, cuando ilustraban las páginas de diarios y revistas las producciones de Agustín Mencos Franco,

Ramón A. Salazar, Antonio Batres Jáuregui, Juan Fermín Aycinena, Domingo Estrada, Javier Valenzuela, Enrique Martínez Sobral, José Vicente Martínez, Francisco Lainfiesta, Salvador Falla, Pío M. Riépele, Guillermo F. Hall y tantos más.

Juan Ramón debió hacer conforme al consejo que diera a su amigo Enrique Borja:

*Joven, goza de tu abril  
fragante; y no lo derroches,  
que son muy cortas las mil  
y una noches*

Describe su entrada en la vida de sociedad, en el salón “florido de bellas y amables mujeres, constelado de vívidas luces voltaicas, radioso de grandes, magníficos y claros espejos”; en tanto que “melancólicamente gemía la orquesta una dulce sonata, poblando la atmósfera tibia, radiosa y fragante, de susurros de alas,

de diálogos de hojas, de ritmos y risas y músicas de agua, de trinos de pájaros”; lo penetra la música, y lo ilusiona un amor imposible; después... viviría otros amores, para poder decir: “he recorrido mucho las playas de Citeres” y para recordar:

*Tengo en los labios tímidos, en esos  
labios que fueron una rosa pura,  
la señal dolorosa de mil besos  
dados y recibidos con locura,  
en dulce cita o en innoble orgía,*

*cuando al empuje de impetus fatales,  
busqué siempre la honrosa compañía  
de los siete pecados capitales;  
y era mi juventud, en su desgaire,  
como un corcel de planta vencedora,  
que se lanzaba a devorar el aire,  
relinchando de júbilo a la aurora.*

Nos recuerda un poco, con menos música y menos suavidad, el divino tesoro de Darío, cuya pérdida empaña de nostalgia sus recuerdos:

*¡Ah! ¡Mi primera juventud! La cierta,  
la única juventud, la que es divina,  
lejos quedó, la pobre loba, muerta,  
asesinada por mi jabalina.*

Y aquí en Guatemala, en un círculo de amigos, alma gemela de Ismael Cerna, vivió de prisa e inició espontáneamente, en la forma de la improvisación su canto, sumergido en influencias, pero con un tono personal que trataba de interpretar la inquietud de su época, cuando era inminente una renovación de la lírica y comenzaba a propagarse el verbo numeroso y musical de Darío.

*Senti en el alma un natural deseo  
de cantar. A la orilla del camino  
hallé una lira —no cual la de Orfeo—  
y obedezco el mandato del destino,  
tan ciegamente, que mañana —cuando,  
tránsfuga de la vida, me deserte—  
quizá celebre madrigalizando  
mis tristes desposorios con la muerte.*

## LA PRESENCIA Y LA AUSENCIA DE LA PATRIA, LE DUELEN

Con un título de bachiller que no habría de servirle para mucha cosa, Juan Ramón Molina marchó a Quezaltenango, siempre la segunda ciudad guatemalteca, pero entonces más activa, comercial y culturalmente, e inquietada por la lucha política, como un centro de opinión diferenciado y de intensa vida periodística. Aunque ya había el poeta hondureño colaborado en periódicos y revistas de la capital, en Quezaltenango se inicia seriamente en el periodismo, como redactor de *El Bien Público*.

Regresa a Guatemala para inscribirse como alumno en la Facultad de Derecho, pero muy pronto abandona los estudios de jurisprudencia, atraído por las musas, y sin duda nostálgico de sus montañas, su río y sus pinos, y de la querencia

hogareña; tal confiesa en unos versos que aluden, confundiéndolas en la misma borrosa imagen, a la patria lejana y a su distante infancia.

Habla de sus correrías por los bosques salvajes y silenciosos, seguido de otros locos honderos, cuando hacían caer de las frescas copas de los árboles las selváticas palomas, “entre aleteos raudos y convulsos y una explosión de plumas y hojas”; evoca al río patrio, que solía cruzar a nado o en cuyas márgenes, para verlo correr, se tendiera desnudo sobre el áspero dorso de una roca; recuerda las llanadas inmensas de fragante grama, que luego un sol canicular tuesta y agosta, y un monte florido donde se alza una cruz y él dejó como ofrenda “ramos de pino y rústicas coronas”.

*De vosotros, boscajes silenciosos,  
llanos que el sol canicular agosta,  
monte aromado y turbulento río,  
yo tengo la nostalgia abrumadora.*

.....  
*Hogar, pequeño hogar de mis abuelos,  
donde en modesta y reducida alcoba  
abrí los ojos a la luz del día  
y el pulmón a las auras bienhechoras;  
donde me espera con amantes brazos  
para estrecharme delirante y loca,  
la noble madre que me dió la suerte...*

Acudiría al reclamo, para dejar nuevamente la tierra, pero ya es entonces un hombre y su *Adiós a Honduras*, escrito a bordo del vapor Costa Rica, en 1892, interpreta el dolor cívico de quien

deja a la patria ensangrentada por la guerra civil y cuando sus hijos más dignos y valientes duermen para siempre entre zarzales, en olvidadas fosas:

*Vi humillada en el polvo la bandera,  
extinguida la hoguera  
del patriotismo, alzados los protervos,  
hundido el pueblo en vergonzosas cuitas,  
las águilas proscritas  
por una banda de voraces cuervos.*

.....  
*A los malvados que a su pueblo oprimen  
con el crimen, el crimen  
ha de poner a sus infamias coto,  
o volarán odiados y vencidos,  
del solio, conmovidos  
por un social y breve terremoto...*

Tal vez data de entonces el recuerdo que lo movió a escribir una *Letrilla egló-*

*gica*, a la manera del Marqués de Santillana:

*Tras verdes alturas  
allá, en su campiña,  
me aguarda la niña  
más linda de Honduras.*

*Veinte años apenas  
tiene la donosa,  
la de tez de rosa,  
manos de azucenas.  
Es toda dulzuras,  
tal como la piña  
en sazón, la niña  
más linda de Honduras...*

Y probablemente es de esa época, su visión de *Los cuatro bueyes* en una tarde

lluviosa, junto al parque de Bolívar, para sentirse su hermano en la soledad y la

pena, otra vez triste de muerte; en fin, sus confidencias *A un pino* —símbolo de la montaña patria—, a quien encontró como a un hermano, “más fuerte, más viril y más pujante”, cuando erraba

muerto de sed y de cansancio, y vertió una rebelde lágrima y dejó grabadas sus iniciales en el tronco del árbol antes de proseguir su éxodo “batiendo del caballo los ijares”, mientras pensaba:

*Pensé en la triste suerte de mi patria  
víctima eterna de la ley del fuerte,  
en el destino que me guarda el hado,  
en el hogar y en mis humildes padres.*

## SU PRODUCCION EN GUATEMALA EN LOS AÑOS DE 1896-97

En 1896 está de nuevo Juan Ramón Molina en Guatemala, y vive con pobrezas de estudiante y mal ocultas aspiraciones de gran señor. El 2 de abril pronuncia un discurso ante el monumento del general Justo Rufino Barrios, cuyo texto editó después la Tipografía Nacional, tratando de preferencia el problema de la unión centroamericana, y

la necesidad de reintegrarnos a una patria más grande y digna.

En ese mismo año colabora en *La Ilustración Guatemalteca*, publicando *Plenilunio*, soneto incluido en la edición de Ismael Zelaya (apareció en el número 7, Vol. I. 1º de noviembre de 1896), en que se advierte su novedoso pincel de gran paisajista:

*La impenetrable lobreguez alegras,  
cuando surges —ciñendo tu aureola—  
tras las montañas ásperas y negras,  
y ronco te saluda con sonantes  
salvas el mar, al remontarte sola  
sobre sus vastas aguas palpitanes.*

En el número 11, de 1º de enero de 1897, *La Ilustración Guatemalteca*, inserta un poema que no hemos visto incluido en las diversas ediciones de *Tierras, mares y cielos*, ni comprendido en la *Bibliografía* compilada por Rafael Heliodoro Valle. Tampoco se menciona una prosa corta: *Mística*, que escribió para el número 18 de la misma revista —15 de abril de 1897; otra prosa intitulada *El nuevo mundo*, de la cual recogeremos más adelante una visión panamericanista, se ha mencionado sin dar la fuente, o sea, la revista guatemalteca ya dicha, número 21, de 1º de junio de 1897. En este año escribió también un comentario al libro

de su compatriota Durón, con el mismo título de la obra: *Honduras literaria*.

Debía entusiasmarse, a pesar de su natural escéptico, contagiado por el interés de los intelectuales de Guatemala por la celebración de la primera exposición centroamericana, y participó en el Concurso literario con un soneto: *A la exposición centroamericana*, en que recuerda nuestros yerros, que nos han llevado a luchar hermano contra hermano y a sembrar odios en esta rica sección de la América, pareciéndole aquel torneo de las artes y las industrias el punto de partida para iniciar una nueva política:

*Hoy, borrando discordias y fronteras  
al latir de sus cinco corazones,  
juntarán estos pueblos sus banderas.*



Asiste, con todos los intelectuales originarios de Guatemala o residentes en el país, al banquete presidido por el general Reyna Barrios, el 5 de septiembre de 1897 ocupando puesto de honor frente al presidente de la República rodeado por el historiógrafo Aguirre Cinta, el orador Rafael Spínola, el novelista Enrique Martínez Sobral, el ensayista Francisco Castañeda, etcétera.

En 1898, habiendo cambiado el panorama político de su patria, regresó a

Honduras. Escribió en Guatemala, antes de partir, unas estrofas para honrar la memoria de Julián del Casal, el poeta cubano que comparte con José Martí el dictado de precursor del modernismo. Ya por entonces Molina siente un poco fracasada su vida, lamentándose de haber vivido en una época en que, como pensaba Darío, “la vida es amarga y pesa; ya no hay princesa qué cantar”; bajo el título de *Anhelo*, como un canto de cisne, lanza su queja:

*Viviese yo en los tiempos esforzados  
de amores, de conquistas y de guerras,  
en que frailes, bandidos y soldados  
a través de los mares irritados  
iban en busca de remotas tierras.*

*No en esta triste edad en que desmaya  
todo anhelo encumbrado como un monte,  
y en que poniendo mi ambición a raya  
herido y solo me quedé en la playa  
viendo el límite azul del horizonte!*

En *La Ilustración Guatemalteca*, además del poema *Año Nuevo*, publicó por primera vez algunas breves composiciones con el nombre de *Íntimas*, de las cuales sólo tres se han recogido en la edición de Zelaya.

Escribió aquí dos prosas más, una sobre Enrique Pérez Escrich —noviembre de 1897— y una oración fúnebre para Manuel Molina Vigil, 2 de noviembre de 1897.

## AMOR INCONFORME, TRASEGADO DE LA VIDA Y LA POESIA

El amor en Juan Ramón Molina, al menos a través de sus poemas, presenta toda la gama, desde la languidez romántica, que mira pasar a las mujeres imposibles, entre el lujo de los salones, o intenta seguir a la amada más allá de la muerte, hasta el escepticismo que sorbe placer y amargura en el efímero contacto

de la carne; cuando, todas sus ilusiones agostadas, se dolía, sin duda de no haber logrado para sí lo que deseara para un amigo: “cuando llegue la tarde de las canas, que en vuestro hogar no falten la dicha ni el calor”; entonces recuerda sus rondas cautelosas frente al balcón de la novia, y pregunta:

*¿En dónde estás, Oh casta Margarita,  
que en mi azarosa pubertad lejana  
me concedistes la primera cita?*

En la flor de Clori, aún corta esa ofrenda primaveral, mas comprende lo efímero

del goce:

*Adiós, Clori gentil de rosa y nieve:  
nuestros ratos de amor fueron tan cortos  
que mucho vivirá esa flor tan breve.  
Mas, aumentando nuestra amarga angustia  
la miraremos, de repente, absortos  
rodar al césped, deshojada y mustia.*

En *Sursum*, sueña en la posibilidad de una unidad espiritual que prolongue más allá de la muerte el lazo amoroso, en continua ascensión. De Teresa, una rubia

virgen que lo amó siempre, sabe que pasó como una sombra, sin más rastro que el que dejara en su corazón:

*En su riente país de rosales y pinos  
la vi y la amé. Era pura, era dulce, era bella.  
Tenía por miradas dos cielos vespertinos  
y un búcaro de mieles por boca, la doncella.*

Llega al mal gusto en el subido romanticismo de su *Postrera Súplica* y en otra composición: De *El libro del alma*;

pero tiene notas delicadas, como cuando de la mano de Díaz Mirón canta a unos ojos negros:

*Ya no puedo resistir  
esta esclavitud amada.  
Matadme de una mirada  
ojos que me hacéis vivir.*

Es un modelo de madrigal su poema *Tus Manos*, de los más divulgados; de la misma intención madrigalesca, aunque un poco frío, es su *Mármol pentélico*: ya

cansado, se deleita en describir *A una virgen*, en cuyo amor busca el refugio y la resurrección:

*Y llegaré a tus brazos, a mi pasión abiertos,  
como las aves llegan a los ansiados puertos  
venciendo los escollos del piélago fatal.*

Es idéntico sentimiento inspira su hermosa *Obertura sentimental*, en que se siente colmado, “de la pasión terrena fiel

trasunto”, ante la emperatriz de las amadas, la amada de la muerte y de la vida:

*Rosa de amor: en mi jardín florece!  
Casa de oro: no estarás desierta!  
Astro del alba: surge y resplandece!  
Turrís ebúrnea: llamaré a tu puerta!*

Pero las notas más altas del amor, quedan en sus dos poemas elegíacos: *Segundo aniversario* y *Una Muerta*; especialmente en este último, escrito en 1905, que es el monólogo apasionado de un alma huérfana, que encuentra el más ele-

vado tono para imprecicar a Dios.

Ya por entonces el poeta había cumplido los 30 años, y en medio del camino de la vida, había sorbido mieles y venenos, y con fatigada experiencia aconseja a su amigo:

*Ama la miel del panat,  
y la leche del alcor,  
y el agua del manantial  
y el libro que da vigor  
  mental.*  
*Y ama también el amor  
sano, fresco, natural,  
no amor que tenga el horror  
de los jardines del mal.*

## LIBRE Y AUDAZ FANTASIA EN SUS AFIEBRADAS VISIONES

Juan Ramón Molina dejó sin realizar la mayor parte de su obra, es decir, malogró en la disipación y la pereza escéptica sus magníficas condiciones; quienes lo trataron en la intimidad dejaron constancia de su rica fantasía y su fina sensibilidad, y como testimonios más aprehensibles, quedan algunos poemas en que campea libre y audaz su fantasía, a través de extrañas visiones, ya hurnosas y plausibles, ya sobrecogidas de fiebre

y martirizadas en el potro de la pesadilla.

Tal su angustiada sensación de ser un camello giboso, en el salón de los espejos, “camello extraviado y maldito de la caravana, aspirando con secas narices el aire mortífero que lame la arena con lenguas furiosas de llama”, vagando sin rumbo con las pupilas fijadas en un espejismo, hasta echarse para siempre una tarde, en medio de su Sahara:

*No serás la palmera que sombra perenne me brinde,  
ni el pozo en que abreve mis fauces de bestia cansada,  
ni hincaré mis callosas rodillas dolientes  
en el suave vellón de tu verde y espléndida falda.*

Afiebradas fantasías son: *La calavera del loco, La hora final, Leviathán, En la alta noche, El fakir, Melempicosis, Lú-*

*gubre fantasía, Tahití ideal, Mariposa nocturna.* Busca a Leviathán en su propio insomnio submarino:

*Pienso que allá en el fondo  
de las profundas aguas,  
donde se modifica  
la vida universal,  
ondulas, en fantásticos  
jardines de madréporas  
cerca al siniestro pulpo  
y al gimnoto falaz.*

*Sobre las grandes rocas,  
prendidas en las grietas,  
en un trémulo claro,  
mezcla de noche y sol,  
erigen las anémonas  
sus cálices sangrientos,  
semejando del cactus  
del trópico la flor.*

*Abren sus abanicos  
chinescos las gorgonas;  
radian sobre la arena  
las estrellas de mar,  
y los musgos marinos,  
y temblorosos líquenes  
fingen alguna gruta  
o una arcada triunfal.*

*Vuelcan las explomarias  
sus ánforas helénicas;  
peces maravillosos  
de llama o de rubí,  
cruzan (como bandadas  
de locos colibríes)  
por sobre los nectarios  
de un mágico jardín.*

*Cuando la noche baja,  
la enorme noche negra,  
chispean mil luciérnagas  
en el líquido azul,  
y la luna marina  
—de ancho disco de plata—  
derrama dulcemente  
su fosfórica luz.*

*Y, en medio de aquel cuadro  
—magnífico y sublime—  
perdido en los abismos  
del misterioso mar,  
como la serpiente bíblica,  
en el manzano edénico,  
ciñes tu cuerpo al tronco  
de un árbol de coral.*

Su *Tahití* ideal es una isla olvidada, perdido eslabón de un remoto archipiélago, de opima y perenne primavera, donde de nunca echaron anclas las carabelas de los argonautas, ni fué hollada por pendones de conquista.

*Extraños caracoles de marfil y de rosa  
el mar riega en su playa tranquila y melodiosa,  
extraños caracoles de marfil y de rosa.*

*Antílopes de grandes miradas femeninas  
retozan en los claros de florestas divinas  
antílopes de grandes miradas femeninas.*

*Y de las grandes lunas a los argénteos brillos  
pacen los verdes tréboles o los dulces tomillos,  
y de las grandes lunas a los argénteos brillos.*

Su lúgubre fantasía, sube como una yedra desvelada a pegarse a los grises  
muros de la torre de las esfinges de Herrera y Reissig:

*Inviernos fatídicos  
y enormes del polo,  
donde el escorbuto taladra los huesos  
y los navegantes viven como locos;  
necrópolis viejas  
entre muros rotos,  
donde esperan los muertos que suene  
el ángel del juicio su clarín sonoro;  
extraños jardines  
de los manicomios,  
donde vagan los tristes reclusos  
recitando inconexos monólogos;  
negros arrecifes  
.....  
y alevés escollos,  
donde han ido a estrellarse las naves,  
con la angustia y el pánico a bordo;  
.....  
con la muerte danzando en el fondo.*

Su fantasía, erótica esta vez, ha sido admirada en su *Pesca de sirenas*:

*Penetra al mar entonces y coge la más bella,  
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,  
que es como el llanto aleve de la mujer. El sol  
la mirará mañana —entre mis brazos loca—  
morir —bajo el divino martirio de mi boca—  
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.*

## PRESENTE EL SENTIMIENTO DE LA PATRIA EN SUS POEMAS

Lamenta Carías Reyes: “Muy poco han cantado a Honduras nuestros poetas. A veces, del estro sonoro se deslían notas impregnadas de ardiente patriotismo en las que, a decir verdad, la musa estuvo poco complaciente. Y, como una concesión a la tierra en que nacieron, quizás para acallar el remordimiento, nuestros portaliras entonan soberbios acentos en loor a los tesoros de belleza de los patrios bosques ubérrimos”; luego, refiriéndose especialmente a Juan Ramón Molina, anota: “No sabemos que haya escrito algo donde resonaran continentalmente los nombres solariegos en las potentes vibra-

ciones de su lira, fuera de *Río Grande*”.

El sentimiento patriótico late en varias de las composiciones de Molina —creemos nosotros—, y no es culpa del poeta que no siempre pudiesen ser de loanza sus notas, ya que tal vez, al lamentar la situación política y protestar contra la tiranía y la opresión, se manifiesta con más pureza aquel sentimiento.

A más de *Río Grande*, poema por el que corre caudalosamente la lírica de la naturaleza, abundan en sus versos las expresiones del amor patrio; así en *Nostalgia*:

.....  
*Quiera Dios que en los brazos de mi madre  
muera al fin, y me entierren en la fosa  
que abran bajo los pinos hondureños  
en las entrañas de una enorme roca!*

Así en otra composición intitulada *En La Sabana*.

*En tanto yo, rompiendo las tinieblas,  
devorado por íntimas nostalgias,  
dejo, tras las llanuras y los bosques,  
un hogar, una madre y una patria.*

Refleja igualmente su cariño por los nativos lares, en su poema *A un pino*, en su *Letrilla eglógica*, en su responso lírico al padre Reyes, en su *Adiós a Honduras*, en su *Autobiografía* y en *Río Grande*; en

fin, en aislados versos, la tierra está presente en alusiones al bosque, al río, a la montaña. Ahora, no siempre es “riente país de rosales y pinos”; y lo abandona por necesidad, doliente y desengañado:

*Oh, pobre patria! El que de veras te ame,  
en indolencia infame  
no mirará el ridículo sainete,  
sin que encamine, trágico y austero  
el paso al extranjero,  
o a los histriones con las armas rete.*

Ante un fragante pino, que lo vio huir y, un instante, le prestó sombra, dice que desea hallarlo de nuevo, señoreando las cimas de los Andes, y su arraigo en la

tierra hondureña será definitivo cuando de las maderas de ese árbol simbólico hagan las cuatro tablas de su caja mortuoria:

*Y que si acaso el leñador un día  
el hacha férrea para herirte blande,  
vayas a ser en la pajiza choza  
lumbre que alegre su feliz semblante.*

*Cubran tus hojas, como alfombra verde,  
los atrios y las plazas y las calles;  
o, convertido en asta, en un extremo  
que flote de mi patria el estandarte.*

*No te conviertan las civiles luchas  
en antorcha que incendie las ciudades,  
ilumine matanzas fratricidas  
lívidos charcos de hondureña sangre.*

No puede decirse, pues, que no haya amado fervientemente a su patria, ni negarse que Honduras está a menudo presente en sus raptos de inspiración, a pesar de que, haciendo extensivo su escepticismo a toda Centroamérica, no espe-

raba estímulo ni galardón; he aquí lo que pensaba:

“La simiente mental que se arroja en los países centroamericanos, corre la suerte, las más de las veces, que el trigo de la sutil parábola nazarena; la cizaña

del analfabetismo general ahoga una parte; otra cae en espíritus indiferentes y fríos, que es como si cayera en áridos pedregales; otra es festín de los pájaros de rapiña, de los cuervos de la envidia, de las cotorras de la mala fe; y apenas unos pocos granos —como por casualidad— logran un terreno generoso y fértil. Así es como fracasan todos los esfuerzos

cerebrales —científicos y literarios— y cómo los productores de ideas, de quienes se esperaba una opima labor por la precocidad de su obra y el vigor inicial de su intelecto, concluyen por volverse estériles como las mulas, por huir del trabajo mental y por transformar su lira o su pluma en una vil herramienta”.

## ILUSIONADO VIAJERO EN BRASIL Y PERIODISTA EN HONDURAS

De vuelta en Honduras, Juan Ramón Molina desempeñó en 1898 la subsecretaría de fomento, cargo que luego renunció para fundar un periódico, *El Cronista*, del cual circularon en Tegucigalpa 160 números, del 28 de agosto de 1898 al 15 de julio del año siguiente, desapareciendo para fundirse con *El Diario* en una sola hoja periodística, *El Diario de Honduras*, que dirigió Molina desde el 17 de julio de 1899 —continuando la numeración de *El Diario* desde el número

539—, hasta el 8 de abril de 1900.

Después, osciló entre la bohemia y la política, habiendo tomado parte a principios del siglo en la revolución contra Terencio Sierra. En 1906 marchó al Brasil, como secretario de la delegación hondureña al congreso panamericano celebrado en Río de Janeiro. Surge a sus ojos el viejo Pernambuco, “puerto de perspectivas presentes o lejanas, que atisba las históricas naves lusitanas”:

*Una mañana húmeda, ciñendo grises tocas  
surge del mar sonoro, matiz verde botella,  
que contra los cantiles graníticos estrella,  
con trueno intermitente, sus grandes aguas locas.*

Describe la Bahía de Río de Janeiro:

*Bajo el azul bruñido del hondo firmamento  
musita dulcemente la mágica bahía;  
atrás queda el Atlántico, magnífico y violento,  
con sus espumas acres y su monotonía.*

*Cien naves, que columpia un melodioso viento,  
prenden sus férreas áncoras entre la arena fría,  
y la ciudad ondula, como ciudad de cuento,  
en una tremulante y extraña lejanía.*

*De algún genio plutónico el imponente trono,  
el Pan de Azúcar alza su gigantesco cono  
angusto y solitario, como un solemne duelo...*

*Peñón que los rebeldes e indómitos titanes,  
desde la tierra —haciendo terribles ademanes—  
lanzar quisieron contra los pórticos del cielo.*

Sin duda del Brasil le quedaron algunas visiones que traducen en posteriores

versos el esplendor de la selva americana, pues Juan Ramón Molina es un gran

amador de la naturaleza. Pero de su viaje a la América del Sur se recuerda particularmente su resonante *Salutación a los poetas brasileiros*, que según Jesús Castro ganó el primer premio de un concurso. Además de su saludo a los portaliras “del

país de los diamantes”, interpreta los signos de la futura gloria de América, y se despide con arrogancia que, por otra parte, quiere ser un presagio de su cercana muerte:

*Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo  
gallardamente salto en un instante, como  
el Cid sobre Babecca. Me voy hacia el azur  
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?  
Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,  
o en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur!*

## HELADA PRESENCIA DE LA MUERTE ENTRE EL ORO Y LA ESTROFA

La muerte mantiene su helada presencia en el pensamiento del poeta hondureño, si bien en ocasiones su visión se torna clara y clemente, como cuando cree en la metempsicosis o espera confundir su espíritu con el de la mujer

amada, más allá de la vida. Contra esa negra obsesión, que como una mariposa crepuscular entra a batir el presagio de sus alas en medio de las soleadas estrofas del bardo, escribía a un amigo:

*... Connigo ama la tierra,  
la carne, el vino, el oro, que abominaron los  
anacoretas locos. Ama la vida fuerte,  
pon en juga conmigo a la amarilla muerte,  
y dos hombres de veras hemos de ser los dos!*

Pero la mariposa nocturna pasa rozándole la frente, y en ese punto móvil de su vuelo se hace más densa la bruma

de melancolía que trabajara su espíritu; él la impreca:

*Eres hecha del polvo sutil de los sudarios,  
del silencioso horror de los viejos osarios,  
de la noche letárgica que en las tumbas impera.  
Por eso en tus alas, de obscuro terciopelo,  
bordada como un fúnebre abanico de duelo,  
se ve la imagen de una borrosa calavera.*

La muerte de la amada es un grito desgarrador, cuando “la noche envejecía lentamente”, mas al mismo tiempo abre una ventana a la eterna esperanza; así, en *Sursum*, al decir que sus almas, “ajenas al humano sufrimiento, de las innobles carnes desprendidas, serán en una llama confundidas en la región azul del

firmamento”; así en *Plus Ultra*, al jurar —para después de la vida— “serás mía toda una eternidad”; y en su poema elegíaco *Una Muerta*, se pregunta, si la verá “en el triunfo de alguna celeste epifanía”, y espera ansioso que llegue el instante:

*¿Iré, purificado,  
a postrarme de hinojos,  
ante el amor mirífico  
que emana de sus ojos,*



y juntos giraremos,  
unánimes como alas,  
en órbitas de espíritus  
de escalas en escalas,  
hasta ser absorbidos  
en la divina hoguera  
del Espíritu Santo?

Su propia muerte es tranquila renuncia, cansancio de la vida, spleen incurable y oscuro presentimiento; conocido es su poema *Después que muera*, que comien-

za: "Tal vez moriré joven... Los amigos me vestirán de negro"; al río Grande le dice:

*Mañana —cuando me haga sus misteriosas señas  
la muerte bajo un lote de cardos y de breñas,  
en una humilde fosa tendré que reposar.*

.....  
*Pero mi oscuro nombre las aguas del olvido  
no arrastrarán del todo; porque un desconocido  
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel,  
recordará mis versos con noble simpatía,  
mi fugitivo paso por la tierra sombría,  
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.*

En la alta noche, meditando sobre lo vano del humano luchar, decepcionado del mundo, no llega al suicidio, pero

cae en un pesimismo que casi lo desafia de la tierra:

*Entonces he querido anonadarme  
sin saber lo que fui,  
morirme lentamente, lentamente,  
sin gozar ni sufrir;  
sin saber cómo vine a este planeta,  
cómo me voy al fin,  
sin saber si tuve alma o no la tuve,  
si viví o no viví.*

En el poema que se dio con el nombre de *Transmigración* en las primeras ediciones de *Tierras, mares y cielos*, y que aparece con el de *Metempsicosis* en la

edición de Zelaya, hablará de su paso hacia la humanidad, en ascendente escala zoológica, y aún se pregunta:

*¿A qué lejana estrella voy a tender el vuelo,  
cuando se llegue la hora de buscar otro cielo?  
¿A qué astro diamantino, a qué luna de duelo,  
irá a posarse mi alma cuando deje este suelo?*

*¿O descendiendo en breve (por secretas razones)  
de la terrestre vida todos los escalones,  
aguardaré en el caos de largas gestaciones,  
el sagrado momento de excelsas perfecciones?*

## PENSAMIENTO PANAMERICANISTA EN PROFETICA VISION

Como poeta de verdad, Juan Ramón Molina tuvo el verbo profético; es justo por tanto reivindicar para su memoria los honores de grande y desinteresado panamericanista, aspecto de su pensamiento que hasta ahora no se ha sacado a luz, no obstante vivir “en plena sin-

fonía wagneriana del panamericanismo”, como dijo el chileno Anibal Jara.

Viendo en Rubén Darío al “verbo de anunciaciones de nuestro continente”, Juan Ramón Molina reclama al jefe del modernismo su silencio en un soneto:

*Es hora de que suenen tus líricos clarines  
saludando el venir de la futura aurora  
de paz. A los cruzados y nobles paladines  
que hacen temblar la tierra: es propicia la hora.*

En un artículo publicado en *La Ilustración Guatemalteca* (número 21, volumen I, Guatemala, 1º de junio de 1897), escribe su firme y luminosa esperanza en el porvenir de las Américas unidas, y de paso podemos decir que la intensidad y gala de la expresión permiten comparar esta prosa suya con las del gran estilista que fue José Martí. He aquí un fragmento:

“Si fuera dable lanzar profecías en este siglo de la dinamita y del vapor, del oro y de la electricidad, yo diría que los hombres, y las tribus, y los ‘pueblos, y las razas, y las naciones; y el dios de Confucio y el dios de Abraham, y el dios de Sócrates, y el dios de Jesucristo; y el hombre de piel amarilla como el hombre de piel negra, y el hombre de piel cobriza como el hombre de piel blanca; y los que habitan en las islas del océano y

en la tierra firme; y todos cuantos alienan alma sobre la faz del planeta, llegarán en misteriosa corriente al nuevo mundo, y aquí se reunirán para fundar las grandes ciudades de una colosal república; y el bueno y omnipotente Dios de todos los dioses, estará complacido y mirará con generosos ojos el consorcio de los hombres, que puestos de rodillas elevarán al Ser Supremo el himno más glorioso que hayan creado las religiones muertas y las religiones vivas, el himno de la libertad, del trabajo y de la civilización, que ya balbucea la humanidad en la grandiosa agonía de nuestro siglo, y que en el futuro darán a los cuatro vientos los hijos de los hijos de nuestros hijos, hasta la consumación de los siglos”.

En su *Salutación a los poetas del Brasil*, 1906, hay idéntico impulso de vate:

*Tal digo, hermanos míos en la prosapia ibérica.  
Saludemos la gloria futura de la América,  
que todas las espigas se junten en un haz.  
Unamos nuestras líras y nuestros corazones,  
que ha llegado el crepúsculo de las anunciaciones,  
para que baje el ángel de la celeste paz!  
Augurio de ese día se ve en el horizonte.  
Hoy tres aves volaron desde un florido monte;  
yo las miré perderse en el naciente albor:  
un cóndor —que es el símbolo de la fuerza bravía—,  
un buho —que es el símbolo de la sabiduría—  
y una paloma cándida —símbolo del amor—.*

*Dijo el cóndor gritando: la unión es la victoria,  
el buho en un silbido: el saber da la gloria,  
la paloma en su arrullo: el amor da la fe.  
yo —que escruto el enigma de nuestro gran destino—  
ante el casual augurio del cielo matutino,  
siguiendo a los tres pájaros en éxtasis quedé.*

La misma visión, con alusiones más directas a la unidad americana, hay en otro poema suyo —dedicado al maestro Alejo S. Lara—, intitulado *Aguilas y*

*Cóndores*, que comienza con una impreca- ción a los poetas del nuevo mundo para que pongan su estro al servicio de la gran causa:

*Portaliras ilustres de nuestro continente:  
miremos el futuro con ojos de vidente,  
con ojos que irradiasen —de sus cuencas sombrías—  
la luz de las más grandes y fuertes profecías;  
la luz de Juan —con su águila y su delirio a solas—  
frente al eterno diálogo de las convulsas olas...*

Incita a la fraternidad de los america- nos, pues “para ese Dios que todo lo ve, lo pesa o traza, no hay en el nuevo

mundo más que una sola raza”, raza que tiene sonos de próxima marea a los pies de los Andes:

*¿Hermanos no seremos en América? Todos  
nacimos de los gérmenes vitales de sus lodos:  
desde el rubio hiperbóreo que en el norte domina  
hasta el centauro indómito de la pampa argentina,  
que rige los ijares de su salvaje potro  
como las ruedas rítmicas de su máquina el otro,  
cual si quisieran ambos —hinchidos de arrogancia—  
suprimir el obstáculo del tiempo y la distancia.*

Cree que, como herederos de otras razas, los americanos cargamos sobre nuestros hombros el depósito sagrado de su destino, “que se hunde en las abruptas gargantas de la historia” y ha de surgir en las tierras prósperas del nuevo mundo, “junto a los ríos de milenarios cauces”,

para que en el regazo de América “nos diéramos eterno y fraternal abrazo de amor —de los dos mares al gigantesco arrullo—, de su floresta tórridas al lírico murmullo, donde el Pan del futuro en- sayará su flauta ajustando sus sonos a una divina pauta”, que es la paz.

*¡Razas del nuevo mundo! Pueblos americanos:  
en este continente debemos ser hermanos,  
bajo el techo de estrellas de nuestro eterno padre:  
la madre de nosotros es una misma madre,  
es una misma Niobe, que nos brindó su seno  
de calor, y de leche, y de dulzura lleno;  
inagotable seno cuyo licor fecundo  
dará la vida a todos los huérfanos del mundo.  
Que la discordia huya de esta fragante tierra:  
Cerremos las dos puertas del templo de la guerra.*

Anuncia que despunta una feliz aurora, y con ojos futuristas se recrea en esa visión de la América unida, cuando ya se desplazan “grandes hordas de pueblos y de ideas” y “vienen sobre la música de las mareas sordas”; escucha el poeta

sus pisadas febriles y “el latir de sus pechos —hirvientes como fraguas— sus lenguas, como el grave rumor de muchas aguas”, y está seguro de que el Dios del Universo ha de recrearse también en el grandioso espectáculo:

*El ha de ver —del fondo de su divino cielo—  
pasar, bajo las nubes, un fragoroso vuelo,  
un gran tropel de pájaros de gritos resonantes;  
una bandada de águilas y cóndores gigantes,  
unánimes, encima de los más altos montes,  
perdiéndose en sublimes y azules horizontes.  
Y ante esa visión de aves, fortísimas y hurrañas,  
tendrá como un gran gozo de miel en las entrañas!*

### EXISTENCIA Y CANTO MALOGRADOS Y OSCURO FIN DEL POETA

A los 33 años de edad murió Juan Ramón Molina en la ciudad de San Salvador —“en la embriaguez, la miseria y el desamparo”, dice Carías Reyes—, donde todavía la tradición señala la cantina

de *Los tres sietes*, como último reducto de la bohemia en que Molina malogró su vida y su poesía, él, que había soñado —a la par de Chocano— con su apotheosis:

*tal morirá, tras nuestra heroica lidia  
la bestia —ciega y torpe— de la envidia  
doblando la cerviz a nuestras plantas;  
y coronado de encendidas rosas  
nuestro triunfo las plebes clamorosas  
saludarán con todas sus gargantas.*

Su vida fue empero una derrota, y su muerte —el primero de noviembre de 1908— un epílogo desteñido y amargo; obscuramente fue enterrado —sin lauro y sin corona—; más tarde, cuando sus restos iban a ser tirados al osario común, el doctor Marcos Carías Andino

pagó la deuda del nicho —la última deuda de Juan Ramón Molina—, y al fin, en 1918, sus despojos fueron a reposar bajo los claros pinos de su país; pero él mismo dijo mejor que nadie el desencanto de su existencia y la desolación de su final:

*Vivir con las pupilas fijamente  
clavadas en el corazón del mundo;  
en el misterio del amor sublime,  
en la oculta tristeza de las cosas,  
en todo lo que calla o lo que gime,  
en los hombres, las bestias y las rosas;  
y dar a los más mi risa o llanto,  
la misma sangre de mis venas, todo  
en la copa mirífica del canto,  
hecha de gemas, de marfil o lodo;  
y no dejar para mis labios nada;  
y vivir, con el pecho dolorido,  
para ver que, al final de la jornada,  
mi sepultura cavará el olvido.*

Juan Munguía Novoa, en un artículo intitulado *Agonía y tormento de Juan Ramón Molina* —Cuadernos del taller San Lucas, número 2, Granada, Nicaragua, 7 de marzo de 1943—, quiere ver en el descreimiento y el escepticismo del poeta la clave de su vana lucha —sinónimo de agonía—, y lamenta que su estro no se diafanizara en la elevación mística, “por el lastre pesado de su limitación filosófica”; aduce declaraciones que el propio Molina hizo a su compatriota Froylán Turcios: “No creo en nada. Mi panteísmo me llevó en una época a una región ideológica cuya memoria me hace sonreír”. Y otra vez: “así como sonreía ante el panteísmo griego, a pesar de que admiraba la plástica belleza de sus dioses, y la fábrica maravillosa de su Olimpo, sonreía también ante el paganismo católico, disgustándome su imitación servil de las liturgias asiáticas y de las humanas deidades de Atenas y de Roma. De ese modo, a los 20 años me encontré con el cielo vacío sobre mi cabeza”.

Es natural esa interpretación de un escritor católico, en una publicación puesta al servicio de dicha religión; pero el mal de Juan Ramón Molina es más profundo, más complicado al menos, pues al mal del siglo, que él expresó como “horror por la natura y espanto por la vida”, se agregaba la pugna entre su personalidad y el ambiente, agudizada por vivir una época de transición, entre el simbolismo importado de Francia y el modernismo que introducía en las letras hispánicas la modalidad hispanoamericana.

Sin embargo, Juan Ramón Molina no abjuró nunca del panteísmo, que campea en sus estrofas y, cuando menos, persiste en uno de sus ingredientes: el animismo inseparable de la poesía; en fin, en muchos poemas la invocación de la divinidad y las alusiones a la vida ultraterrena no son meros recursos expresivos, ni simples reminiscencias de la fe juvenil, tal la ofrenda que aún puede dedicar al Dios niño, en sus *Tréboles de navidad*:

*Mas te regalo esta flor,  
—albo y rubio serafín—  
flor de amor, flor de candor...  
La que respetó el dolor  
al arrasar mi jardín!*

De su panteísmo, acaso la mejor expresión, suficiente para identificarlo, es el poema *A un Apóstol*, en que el concepto

de Dios se funde con la voluntad de la naturaleza:

*Dios es poder oculto que subyuga  
a transformarse, por ignota clave,  
en mariposa espléndida, la oruga,  
el tallo en árbol, como el huevo en ave.*

*Dios es el todo, la atracción suprema,  
del Cosmos vida, universal murmullo,  
océano de luz, hondo problema,  
incendio y chispa, tempestad y arrullo.*

*Tiene su iglesia; es el espacio inmenso;  
su órgano, ese mar que le salmodia,  
en la neblina matinal su incienso  
y en el sol su magnífica custodia.*

## INDICE BIBLIOGRAFICO

*Froylán Turcios, un gran divulgador de la literatura latinoamericana y fino seleccionador de la extracontinental, fué el primero en recoger la obra de Juan Ramón Molina, dispersa en periódicos y revistas, y editó un libro cuyo título alude acertadamente al animado panteísmo y a la visión abarcadora del poeta hondureño: Tierras, Mares y Cielos, 1913, con un prólogo de otro compatriota, el gran escritor centroamericano Ramón Rosa, pero su escasa circulación permitió que se desconociera por las nuevas generaciones a Molina, aunque se popularizó y se declamaba —muchas veces sin identificar al autor— el soneto del pescador de sirenas: “pescame una sirena, pescador sin fortuna”.*

En 1929, por iniciativa y bajo el patrocinio del doctor Ricardo Alduvín, sacó una edición de *Tierras, Mares y Cielos* la efímera empresa editorial del literato costarricense Rafael Cardona, en la Imprenta Mundial de México, D. F.; decían los editores: “Nuestra Colección Bolsillo se honra iniciando sus labores editoriales con este libro de poemas de Juan Ramón Molina”, Ismael Zelaya hizo en Honduras una edición muy bien presentada —Imprenta Calderón, Tegucigalpa, 1937—, con un prefacio del poeta mexicano Enrique González Martínez, quien al hacer un acto de contrición denunciaba la falta de un estudio sobre la vida y la obra del gran poeta istmeño: “No conozco pormenores de su vida, e ignoro las condiciones en que escribió sus obras literarias”.

Después de Ramón Rosa, se ocupó del poeta

Molina otro hondureño generoso, Jesús Castro, quien publicó en San Pedro Sula, 1936, una *Apología de Juan Ramón Molina*. Marcos Carriás Reyes le dedicó un capítulo de su libro *Prosas Fugaces*, 1938, y más tarde un ensayo de 38 páginas en cuarto menor —Imprenta Calderón, Tegucigalpa 1943—, aunque no llegó a darnos una biografía completa ni una crítica exigente; él mismo dice: “Estos son ligeros apuntes sobre la psicología y la obra del poeta que, celoso de su gloria, no heredó el estro y que en unión del padre Reyes apacenta con su cayado las líricas nebulosas patrias”. Parece que Juan Ramón Molina se alza como un árbol prodigioso en el yermo de la literatura hondureña, en cuya lejanía apenas puede percibir el ojo amante “la enflorada encina del padre Reyes, y la savia potente que corre en las páginas que nos legaron algunos varones de egregio coturno, como José Cecilio del Valle y Ramón Rosa”. Molina es, en cambio, “el árbol pletórico de trinos: el árbol que canta en la leyenda, porque en su ramazón tupida hicieron nido las águilas del vuelo impetuoso y fiero mirar, y se posan también los oscuros flautistas de las selvas umbrías”.

A otro gran hondureño, Rafael Heliodoro Valle, se debe un índice de la producción de Juan Ramón Molina y, finalmente Guatemala le rindió pleitesía, incluyéndolo en su colección de clásicos centroamericanos, en una elegante edición de *Tierras, Mares y Cielos*, prologada por la escritora argentina Díaz Lozano.

# La Poesía de la Esperanza

Por ALFONSO ORANTES

Hace varios años, el poeta inglés Stephen Spender, refiriéndose a la guerra y a la experiencia poética, decía que en Francia e Inglaterra, los poetas comenzaban a ver claramente la tarea que les esperaba. Esta consistía en expresar lo que sentían millones de hombres que convivían con ellos en estos tiempos apocalípticos. Agregaba que la mayor faena quedaba por hacerse: "después de la poesía de la desesperación, habrá que escribir ahora la poesía de la esperanza, aquella que dará la salud a los hombres".

La última conflagración mundial ocasionó a varios países de Europa los más tremendos desastres materiales y a sus moradores los más hondos trastornos psíquicos y morales de que se tiene noticia. Las repercusiones de esa guerra en el mundo fueron enormes. Todos los países, especialmente los débiles, tuvieron que participar en ella forzosamente porque no pudieron mantener su neutralidad debido a la aparente lucha ideológica que movía a las grandes potencias a enfrentarse con el nazifacismo y a la exigencia de colaboración que les obligó a permitir se crearan bases militares para la defensa, con merma de sus soberanías, o dejar que se extrajeran diversidad de materias primas consideradas con valor estratégico para su utilizamiento en la misma guerra. El impacto produjo un verdadero y vasto trauma psíquico en los más débiles, agravándose con la crisis económica que, por las limitaciones de su mismo subdesarrollo, agudizaba aquella psicosis bélica.

Si a esto se añade que en muchas de esas naciones económica, política y cultu-

ralmente avanzadas y atrasadas, las dictaduras habían sojuzgado a sus pueblos, el cuadro resulta más sombrío y su desesperación más honda y dramática.

Por otra parte, la mayoría de los poetas y escritores de nuestros incultos países se desentendían, a menudo, de los problemas y necesidades de los demás hombres que conviviendo con ellos, sólo han sido tomados en cuenta o recordados para describirlos en su miseria, ignorancia, aberraciones, vicios y fulminantes arrebatos pasionales de rencor, y crímenes. Los nativos sirvieron a esos intelectuales escribidores, de meros ingredientes para destacar lo pintoresco o local. Se aprovecharon de lo regional para elaborar páginas más o menos desteñidas. El resultado de la investigación étnica o folklórica nunca se reveló a través de ellos en su seriedad, pureza, dignidad y grandeza y les resulta más fácil acogerse a la antigüalla como costumbristas para utilizar su capacidad descriptiva o de narración en una temática carente de profundidad, proporcionándoles margen para construir tramas que más han servido de pasatiempo que para reflejar la verdadera situación material, moral y psíquica de sus moradores.

En cambio, las nuevas generaciones al padecer más directamente las consecuencias de la guerra o favorecerse con los adelantos producidos en la técnica y las nuevas experiencias, despertaron precozmente a las llamadas espirituales que provocan los inequívocos signos de estos tiempos; se acostumbraron a contemplar los acontecimientos de un modo diferente y agudizaron extraordinariamente los sentidos, afinándoseles sus sentimientos y percepciones para prepararlos a una comprensión más honda, real y humana. Así se explica que, superando a las generaciones precedentes, algunas de ellas promotoras de movimientos revolucionarios, no quedaron estancadas por falta de unidad, carencia de programas, inconsistencia ideológica o porque sus elementos, acogiéndose a la ley del menor esfuerzo y rehuyendo responsabilidades y hasta sacrificios, se acomodaran a las circunstancias imperantes.

Estas jóvenes generaciones comienzan a tomar actitudes de rebeldía que, poco a poco, al constituirse en grupos homogéneos, inician movimientos verdaderamente revolucionarios, por reivindicatorios, de nuestros pueblos.

Es así como las nuevas promociones literarias tratan nuevos temas e incorporan a los ya conocidos elementos vernaculares o universales no tomados en cuenta y aunque al principio no se sientan muy entrañables o hasta se resientan de poco vigor, ya apuntan con su novedad original. Fieles al postulado puesto en boga por los pensadores que clamaban: "a nuevos hechos, nuevas ideas", interpretan su sentido y espíritu y se lanzan a especulaciones y ensayos diferentes con base en experiencias distintas.

La aparente inconsistencia de las modalidades que algunos muestran, se debe en primer término a que todavía no tocan el fondo de lo nativo en su expresión vital de verdad, dolor, necesidad, angustia y esperanza, y a la urgencia de ahondar, renovar o vitalizar el idioma como instrumento de la expresión nueva. Mas el hecho se produce. Aparece una forma distinta de referencia al paisaje, una modalidad de expresión diferente en los personajes que se caracterizan por sus senti-



mientos o sus ideas a través de un lenguaje que no por ser más directo, deja de ser poético, ya que la poesía está ínsita en la vida del hombre y la misión del poeta verdadero es revelarla en su primigenia pureza y transparencia, porque, como se ha repetido tantas veces, lenguaje y poesía son, en el fondo, una misma cosa y como quería Rimbaud, "las invenciones de lo desconocido reclaman formas nuevas".

Por otra parte, se trata de mostrar en su plenitud humana la herencia, idiosincrasia y psicología de nuestro pueblo para que ya no sirva de fondo como mera comparsa, cual lo venían haciendo la mayoría de los novelistas o poetas sazones, sino como seres que viven, piensan, actúan y tienen idénticas necesidades materiales y espirituales que a las hasta entonces, privilegio aparente de clases o sectores sociales.

Si como se ha dicho, los artistas son los barómetros siempre más sensitivos de los cambios culturales, los poetas y escritores tienen que serlo de los sentimientos más populares o universales. Por esa razón los verdaderos poetas son innovadores auténticos, puros revolucionarios; cuando no han sido comprensivos de su época, no han sido verdaderos poetas. A mediados de la centuria antepasada ya Schiller había dicho: "Vive con tu siglo; pero no seas juguete de tu siglo; da a tus contemporáneos, no lo que ellos aplauden, sino lo que necesitan". He aquí por qué el poeta Stephen Spender, al contemplar los desastres de la última guerra, habla de la mayor tarea por realizarse: "escribir la poesía de la esperanza, aquella que dará salud a los hombres".

Pero ¿cuáles poetas son los llamados a esa realización trascendental para el hombre enfermo?

He aquí el problema.

Porque no lo serán nunca quienes al presente creen que "poesía es metáfora"; ni cuantos hablan, sin vivirla, de "poesía social". No lo serán los que todavía estén escribiendo versos a las rosas o a la luna. Tampoco aquellos que, aunque al decir de Holderling consideran que hacer poesía "es tarea, de entre todas la más inocente", porque hay inocencias que aniquilan al hombre. "Poesía, dijo también el poeta alemán, es la Palabra primogénita de un Pueblo". Sólo poetas que interpretan al pueblo o lo revelan, como Homero, son y serán eternos.

La poesía de la esperanza tendrá que ser dicha por los únicos dueños de la esperanza, los que son la esperanza misma: los poetas jóvenes en quienes, al presente, una prematura madurez sorprende niños y les llena de sazón la idea y sentimiento humanos.

Y como la poesía es un espejo que torna hermoso hasta aquello deforme, a los poetas de la esperanza toca producir el milagro: trocar la desesperación en su contraria.

Hay que tener presente siempre que: "los problemas planteados por la necesidad histórica, se resuelven con el individuo o contra él", al decir de un pensador. El gran problema de nuestro tiempo dice Mumford en "Arte y Técnica", consiste en restablecer el equilibrio y la totalidad del hombre moderno; y la necesidad histórica del momento es "aquella que dará salud a los hombres".

Sólo seres sanos mental, moral y físicamente serán capaces de ser buenos; sólo cuando el hombre ya no sea víctima del hombre, de la miseria y la ignorancia; cuando se restablezca su equilibrio, será saludable; cuando el hombre ya no explote al hombre será humano; sólo "un patrón humano, una medida humana, un ritmo humano, sobre todo un objetivo humano", podrán transformarle y entonces, solamente entonces, se podrá saber lo que significa en su tiempo, para el mundo, "la poesía de la esperanza".

# LIBROS Y AUTORES

Por MANUEL ANDINO

## POETAS DEL BRASIL

La poesía del Brasil, a pesar de tener tantos y tan altos representantes, tan hondos y auténticos intérpretes, es poco conocida en Centro América. Es escasa la difusión de la obra de sus líricos y poco se ha escrito en nuestro idioma —del cual es gemelo en la dulzura el portugués— sobre la evolución de la literatura en el gran país suramericano, fabuloso en riquezas materiales, de belleza que maravilla, espiritualmente espléndido.

En estas latitudes, sólo Juan Felipe Toruño ha dedicado a los poetas brasileños varias páginas de sus libros “Poesía y Poetas de América” y “Los desterrados”, ambos valioso aporte a la historia de la literatura en Hispano América.

Algunos escritores peruanos, chilenos, bolivianos, uruguayos y argentinos, caracterizados como críticos, se han ocupado de la literatura brasilera, pero sin la extensión y la hondura debidas a tan admirable movimiento intelectual. Ha

sido la suya, en la mayoría de los casos, una breve exposición de versos y de datos biográficos. Cito algunas obras: “Sonetos Brasileños”, por Alvaro las Casas, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1939 —“Antología Poética”, por Cecilia Meireles, Montevideo, 1947. En este mismo número de “Cultura” se publica un interesante ensayo sobre literatura brasilera por el crítico español Don Federico de Onís.

Entre los poetas brasileños más difundidos están Olavo Bilac y Machado de Assis, encasillados en el ciclo del Parnasianismo. El primero con su famoso soneto a las Vírgenes Muertas:

*Amante, que la boca en besos deshojando  
pasas, y así la paz del campo desafías  
y vas, con ese ardor, las flores inflamando,  
¡piedad! — ese impudor ofende en las alturas,  
los ojos sin pasión de esas mujeres frías,  
que solas han vivido y así murieron ¡puras!*

Y el segundo, Machado de Assis, con su soneto a Carolina:

*Vengo al pie de tu lecho —es el postrero—  
en que descansas de esta larga vida;  
aquí vengo y vendré ¡pobre querida!  
con mi sereno amor de compañero.*

*Te traigo flores, restos arrancados  
de la tierra que un día nos vió unidos  
y hoy nos deja, por muertos, separados.*

Ahora hojeo un interesante libro del escritor brasileño J. A. Pinto do Carmo: "Ciclos de la Poesía Brasileña", traducido al español por el Dr. Andrés J. Abad, edición de la Unión Cultural Americana, Buenos Aires, 1954. "Ciclos de la Poesía Brasileña", además de su valor literario, tiene un propósito americanista y así está dedicado a los distinguidos americanistas Alberto A. Roveda, Ariel Bauchaton Martini, Alberto Montaña Lanza y Silvio Julio.

Un espíritu inquieto, un trato frecuente con las letras y una preocupación cariñosa por difundir la literatura de su patria, retratan con acierto al doctor J. A. Pinto do Carmo. A esos trazos, dice el traductor, "habrá que agregar una ecuanimidad de juicio, un sentido crítico muy avisado, una nobleza y bondad de antigua usanza y una cordial estimación de los valores estéticos y humanos de toda obra".

Carmo señala los siguientes ciclos de la poesía brasileña: Clasicismo, Romanticismo, Parnasianismo, Simbolismo, Modernismo, Poesía de Hoy. Pero hay en la primera página esta explicación:

"La poesía brasileña, por fuerza de su estructura y de su ritmo, en razón del valor que le dieron en épocas diferentes, poetas laureados, y, todavía de acuerdo con la opinión de prestigiosos investigadores de la evolución de la cultura nacional, cuenta varias etapas o escuelas en que se diferenció con características propias.

Divergen los críticos literarios con respecto a la fecha exacta en que comienza o termina cada uno de los periodos poéticos. Algunos llegan hasta alegar que no existió una fase simbolista o parnasiana. La opinión generalizada, sin embargo, es

de que tales divisiones se hicieron notar".

En cada capítulo, dedicado a un ciclo de la poesía brasileña, Carmo hace una enumeración de los autores que se distinguieron en él, reseñando sus obras y al final del capítulo agrega sonetos escritos en la época historiada. En el ciclo del Clasicismo se destaca Ignacio José de Alvarenga Peixoto, del grupo llamado minero. De él es el soneto "Estrella y Nice", cuyo primer cuarteto dice:

*Vi a Estrella e hice voto enamorado,  
de amar eternamente a la doncella,  
luego a Nice encontré y la vi tan bella  
que mereció igualmente mi cuidado.*

Fiel a la consigna americanista que ha motivado la publicación del libro, Pinto do Carmo hace al final esta declaración:

Antes, como en toda la América Latina, los Poetas esperaban que de Francia viniesen los nuevos figurines poéticos. En el presente, por lo menos en Brasil, ellos están procurando aproximarse a la poesía norteamericana e inglesa. Muestran, igualmente, un gran interés por conocer cómo cantan los demás poetas del continente.

La poesía es la propia vida en lo que ella tiene de bello y de gracioso. A su través todo refleja cariño, sinceridad y amor, porque en ella no hay lugar para el odio y la traición.

Hagamos votos, pues, para que los poetas bolivianos canten motivos brasileños y los vates brasileños se inspiren en temas argentinos. Y que así procedan los demás poetas americanos. Y habremos prestado por intermedio de las musas, un inestimable servicio a la causa de América, el buen camino que todos ardientemente deseamos y para el que debemos continuar trabajando con ardor y sinceridad.

\* \* \*

## PAGINAS SOBRE AQUINO

Don Salvador Calderón Ramírez, de nacionalidad nicaragüense, pero centroamericano por su pensamiento y por sus obras, aportó a la cultura istmeña, amén de su intensa labor en la cátedra y en

el periódico, varios libros interesantes: "Cuentos a mi Carmencita", "Últimos días de Sandino", "De adentro", "Aquino, Morgan y Paterson", estos dos últimos publicados por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura.

En *Aquino, Morgan y Paterson* enfoca tres figuras históricas: El Rey de los Nonualcos; el pirata inglés, terror del Caribe y al aventurero escocés, empeñado en colonizar Tierra Firme. Sobre Morgan y Paterson se han publicado muchos libros con leyendas e historias, tanto en Inglaterra como en América. Sin embargo, Calderón Ramírez proyecta sobre ellos otras luces, procedentes de sus investigaciones en Panamá. En las páginas sobre Morgan hay una nota sentimental, apenas conocida: el amor romántico que el feroz pirata sentía por María del Pilar Ayala, "cautiva castellana que tomada prisionera en la isla de Toboga, estuvo a punto de suicidarse antes que entregar su cuerpo al libidinoso caudillo".

También sobre Anastasio Aquino se ha escrito bastante en los diarios y revistas del país. Lamentablemente, casi todos los escritores que se han ocupado del caudillo indígena, han repetido las leyendas e historias circulantes en torno a la figura de aquel cacique. El de Calderón Ramírez es un ensayo histórico bastante completo. Esas historias y leyendas dicen que Aquino se coronó Rey en la iglesia del Pilar de San Vicente, colocándose sobre la innoble e hirsuta cabeza la corona de la Virgen. El autor del libro que gloso hace un vivo relato de la irrupción de los indios en San Vicente, población indefensa que sufrió mucho bajo la planta de los revoltosos. "Sin respeto ni freno se lanzaron al pillaje los indios: robaron, hirieron y asesinaron a varios ciudadanos. Incendiaron los archivos públicos, y alrededor de la hoguera, como lobos rabiosos aullaban". Dice que en seguida de esos actos vandálicos, los indios, ebrios de chicha y de sangre, se dirigieron al templo mencionado. atraídos por la noticia de que en él estaban escondidas las riquezas de las principales familias vicentinas, esperanzadas de salvarlas así,

creyendo que sería un freno el sentimiento religioso de los indios; pero estos cometieron allí desmanes y sacrilegios, tan repugnantes que el autor no narra por respeto a la castidad de la Historia. Sobre la coronación de Anastasio Aquino da esta versión, que creemos la más ajustada a la verdad: "Con golpes de lanza y tajos de espada astillaban las imágenes. ¡Viva el Rey Anastasio Aquino! Ese grito resonó en las naves. El aclamado monarca acercóse al Santuario detrás del cual estaba encerrado en un nicho San José, y arrancándole su diadema de esmeraldas, se la puso en la cabeza. Contrastaba la regia insignia con las vestimentas del entronizado bandolero, quien colocó personalmente en el presbiterio el fúnebre y negro estandarte nonualco. Poco después, subió sobre un alto estrado; y cerca de él, encabezados por Cascabel, desfilaron sus infernales tenientes, voceando el estribillo: ¡Viva el Rey Anastasio Aquino!"

No todo es sombra en el alma de los aventureros. Esa densa oscuridad es rasgada casi siempre por la luz de unos bellos ojos de mujer. Así, en el alma tormentosa de Aquino, prendióse un resplandor: Una de las damas hecha prisionera por él se llamaba Matilde Marín. "Nimbada por el dolor la señorita Marín irradiaba suprema belleza, a tal grado que el rústico sintióse cohibido ante la lumbre de sus ojazos negros". Ese amor imposible por la hermosa doncella marcó la segunda y última etapa del Rey de los Nonualcos. Desde entonces su decadencia fue visible. Aquino fue vencido, fusilado y decapitado. La entrega y ejecución de Anastasio Aquino, dice Calderón Ramírez, han estado cubiertas por el velo de la ficción. "Para verificar la prueba histórica sería necesario leer el proceso que cerró su último capítulo con el patíbulo erigido en San Vicente".

Arturo Ambrogi, como diez años antes de su muerte trabajaba en un libro sobre Anastasio Aquino. Lo iba a titular *Aquino Rex*. A mí me leyó Ambrogi varios de los capítulos, los referentes al ambiente en que nació, vivió y desarrolló

sus aventuras aquel indio trágico y pintoresco. *Aquino Rex*, por quién sabe qué motivos, no fue concluido. También Camilo Campos, maestro y escritor, planeaba publicar un libro sobre Anastasio Aquino. Ya tenía las líneas generales de ese trabajo cuando lo sorprendió la muerte. El título: *Anastasio Aquino — Ensayo de sociología salvadoreña*.

\* \* \*

## UNA NOVELA PANAMEÑA

A pesar de la cercanía y de las facilidades de las comunicaciones, el movimiento literario actual de Panamá es poco conocido en El Salvador. De tarde en tarde llegan algunas revistas, algunos libros con gran retraso respecto a la fecha de su edición.

Entre los libros llegados en meses recientes está *La calle oscura*, de Renato Ozores, novela de ambiente panameño. Premiada en 1954 en el Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró. La edición fue patrocinada por el Departamento de Bellas Artes y Publicaciones del Ministerio de Educación. Hecha en la Imprenta Nacional panameña, en 1955.

El estilo de Ozores es llano, suelto, tanto que a veces llega al descuido. Pero da la impresión sobre la gente que desfila por las páginas de la novela. Los personajes se mueven con desenvoltura, hablan su propio idioma, viven su propia vida: la vida del bajo fondo panameño: Eso es *La calle oscura*, un trozo palpitante de la vida del pueblo de Panamá, interpretada por un panameño, pintada con pincel, o al carbón y, a veces, con brocha gorda por Ozores.

En *La calle oscura* no se abusa del regionalismo verbal, como pasa, por ejemplo, en *Puerto Limón*, de Joaquín Gutiérrez, libro en el cual hay páginas casi ininteligibles para el lector no informado, tal el número de modismos en él empleados.

Esta, dice el autor, es la historia de una calle. Es también la historia de un niño y de otras gentes. La calle la pinta el autor oscura, corta, angosta, con ace-

ras rotas y desiguales, llena de hoyos, de papeles, de trapos, de cáscaras de frutas. Sobre la gente que vive en ella, tiene este concepto filosófico: "Es una calle de gentes humildes, sencillas y buenas. Porque, en general, todos son buenos aunque algunos hayan estado presos varias veces, y ahora mismo sigan delinquiendo un poco. Viven mal; claro está. Y el vivir mal trae el mal vivir; ya se comprende". El niño se llama Yeyo, cuya edad se ignora. He aquí una breve biografía del protagonista de *La Calle Oscura*: "Yeyo no existe legalmente. A pesar de ser un niño que vende periódicos y ayuda a Víctor a lavar los carros, su nacimiento no fué registrado en parte alguna, y ni nombre tiene. Porque Yeyo, nada más que Yeyo, no es bastante nombre. Y él no sabe más. Los padres, tampoco. Porque los padres, el hombre y la mujer con quienes vive, no son, en realidad, sus padres".

En *La calle oscura* se mueven muchas vidas oscuras, estrujadas, atormentadas: Pancho, el motorista; Rosa, su mujer; Carmen La Pichona, celestina, echadora de cartas, maestra en malas artes, parece un tipo de la picaresca; Elvira, la maestra; el carnicero, don Benito, catador de la carne humana y juvenil; el escritor César. Todos esos seres no intentan edificar su destino; se dejan llevar por la corriente de la vida.

La escena de la muerte de Eulogia, con la presencia de la maestra en malas artes Carmen La Pichona, vale la pena de un subrayado:

"Carmen no quiere dormir y enciende un cigarrillo. Piensa que el humo puede acelerar el trance de la vieja, y la idea la complace. Cuanto antes, mejor. Eulogia ya no alienta y La Pichona se levanta cautelosa. Enfoca sobre el catre una linterna y ve por un momento el *labio colgante y el ojo vidrioso. Las manos de la muerta, hueso y cuero, aún se prenden de la ropa con gesto de angustia*; y los ojos, muy abiertos, contemplan inmóviles ese lugar invisible, ese lugar que no existe, que nadie puede ver, que miran siempre los muertos. Carmen tiembla un

poco y al aflojarse la presión sobre el contacto la linterna se apaga. Pero La Pichona lo oprime varias veces para cerciorarse de que Eulogia está muerta. Es como si hiciera disparos de luz con ánimo de reinarla”.

En Ozores hay, indudablemente, madera para un verdadero novelista.

\* \* \*

## OBRAS DE MONTALVO

En la sección “Libros”, de la edición dominical de un diario mexicano, se da la noticia, que ha de regocijar a los hombres de letras y al público culto, de que una editorial argentina va a hacer una nueva edición de las obras de don Juan Montalvo. Dicha edición será completa: revisada y anotada por escritores e historiadores ecuatorianos y de otros países suramericanos. Con esa edición, la editorial argentina llenará la creciente demanda en Buenos Aires, Quito y Santiago de los libros de Montalvo. La obra de Don Juan de Ambato como le llamó Rufino Blanco Fombona, ha tenido varios eclipses; pero, vigorosa y bella, desafía al tiempo y a las modas literarias.

Si de algún Hombre puede y debe de enorgullecerse la América de habla española, es de don Juan Montalvo. De él puede decirse, sin hipérbole, que es una cumbre: cumbre del pensamiento, cumbre de la cultura, cumbre del patriotismo, cumbre de la honestidad. Llena con su nombre, gloriosamente, toda una época de este Continente.

A la par de don Juan Montalvo patriota: sus campañas por la libertad atruenan los ámbitos de Sur América, hay don Juan Montalvo pensador y artista. Sus Siete Tratados lo colocan en lugar sobresaliente de la Antología. “En Montalvo, dice Rodó en páginas admirables, sobre el oficioso afán de la corrección, se encumbraba el divino sueño de lo bello. Tenía, dice el autor de Ariel, por amor de lo bello, el sentimiento tiránico, implacable de la forma: la comprensión de lo artístico de la palabra, con aquel extremo de amor capaz de detener-

se en mitad del más arrebatado apóstrofe o de la más absorta reflexión para extasiarse en la cadencia de una frase, en el relampagueo de un epíteto o en la nobleza de un vocablo añejo. A la conclusión de tal cláusula se adivina el grito de orgulloso júbilo del artista que ha llegado a hacer lo que quería y está contento del dios que alienta en él”.

Una de las biografías más completas de don Juan Montalvo es la escrita por B. Checa Drouet, Editorial “Excelsior”, Lima, 1933, más de cuatrocientas páginas nutridas de datos, opiniones, anécdotas, cartas que definen aquella vida hermosa y ejemplar. Checa Drouet divide su interesante libro en veintidós capítulos: Donde comienza la vida del Héroe; Juventud, Divino Tesoro; El gran enemigo; La gran hazaña; Bajo el terror teocrático; Donde comienza la historia de “El Cosmopolita”; La doctrina; La pluma triunfadora; Oasis literario; Camino de perfección; La vía de la amargura; En el umbral de la Historia; Tántalo; La herencia nefanda; Ipiates; Las Catilinarias; Los Siete Tratados; Montalvo y la Academia; El Puritano; Carteles del Sendero; El Tránsito Inefable. Como se ve por esos títulos, la obra de Checa Drouet es bastante completa.

Hay en el capítulo titulado “El Puritano” un retrato de don Juan Montalvo trazado por la pluma maestra de don Gaspar Núñez de Arce. El gran poeta español y el gran escritor ecuatoriano habían hecho amistad en Madrid. De ese retrato son estos rasgos:

“Era un hombre joven, alto y enjuto, de cabello negro y crespo, de frente despejada, cuya serenidad turbaban de vez en cuando ligeras contracciones, quién sabe si a impulsos de algún recuerdo penoso y sombrío! Tenía la coloración mate, tan frecuente en los hijos de los trópicos; la palabra lenta y monótona; la boca desdeñosa, nada propensa a la risa, y los ojos brillantes, aunque de mirada vaga e incierta como si anduviera buscando el camino aún ignorado, por donde penetrar, siquiera fuese a la fuerza, en las honduras de lo infinito”.

# FRANKLIN EN HISPANOAMERICA

Apuntaciones en la conmemoración de los 250 años de su nacimiento

Por ESTUARDO NUÑEZ

Las conmemoraciones como la que ahora celebramos tienen la virtud de volver a la vida de la polémica y de la confrontación de ideas, esto es, a la vida espiritual, a las figuras de los hombres-arquetipos que en algún momento de la humanidad iluminaron al mundo con su producción intelectual o ayudaron con su acción constructiva a sus semejantes.

En el decurso de los siglos esa acción o esa producción del hombre genial sufre las fluctuaciones que imponen los giros nuevos y las transformaciones evolutivas de la inteligencia y de la sensibilidad de los hombres, que a medida que transcurre el tiempo van descubriendo o acentuando nuevas facetas en esa producción o en esa acción constructiva de los predecesores. No es estática la memoria o la recordación de los grandes hombres; ella cambia en la medida en que evoluciona el pensamiento y el espíritu de los humanos que suelen descubrir a los 100, a los 200 o a los 250 años nuevos aspectos antes inadvertidos, facetas preferidas o postergadas

y que también suelen negar ponderaciones excesivas. No es definitivo el juicio de la posteridad; antes bien, es dinámico, es mutable, es vital. Cuando la mutación, cuando el dinamismo del juicio desaparece, debemos convencernos entonces de que ya no hay legado, ya no hay crítica y por lo tanto, ya no hay figura conmemorable. Ello sucede cuando se descorre el velo del olvido, que a veces es definitivo y a veces temporal.

La conmemoración de Benjamín Franklin, a los dos siglos y medio de su nacimiento, nos demuestra que su pensamiento —por lo menos en gran parte— y que su acción social y política sigue vigente en sus lineamientos esenciales. No intentaremos con respecto a él incurrir en la aberración de aplicarle en el juicio de su obra conceptos de nuestro momento, ni hemos de juzgarlo como si fuera hombre de nuestro tiempo. Tal método no conduciría sino a la deformación de su figura y a formular un falso esquema histórico.



Franklin vive y brilla en un momento crucial de la humanidad, en una época de crisis y de transformación que va a ofrecer inusitados contornos en el Viejo y en el Nuevo Mundo. El pensamiento europeo de la Ilustración se pone en Norteamérica a contribución de nuevas experiencias sociales y políticas, que han de servir a su vez de ejemplo y modelo para la sociedad europea. Franklin fue partícipe de esa empresa de utilizar la teoría en la acción, de ejecutar lo que sólo era hasta entonces formulación mental de los pensadores políticos y sociales europeos, de hacer realidad los conceptos de Locke, Hume, Montesquieu y Rousseau. Esa habilidad de hacer vivir la doctrina, de poner en ejecución práctica las ideas, fue tarea no sólo de Franklin sino de una generación en que lucen los nombres preclaros de Hamilton, de Jay, de Madison, de Jefferson y del propio Washington. Y así, este papel de aplicador y ejecutor doctrinario que adopta Franklin frente a Europa, lo cumple también en lo que se refiere a la América hispana. En los manuales de historia hispanoamericana se consigna como una de las causas de la Independencia, el “ejemplo de la América del Norte”. Los ejemplos en la historia se objetivan en la penetración de las ideas, en su acción persuasiva, penetrante y a veces demolidora. Franklin y sus compañeros de generación sembraron el germen de las nuevas ideas en los pensadores y constructores de nuestra Emancipación, y a la larga, la hicieron posible.

En páginas que siguen se ha de mostrar la permeabilidad de Franklin para lo hispánico y lo hispanoamericano, dentro del hasta entonces cerrado mundo anglosajón. Su preocupación universalista no dejó de lado ese sector de la Humanidad, y a él va dirigida su prédica moral, social y política. Sus ideas no sólo perviven en los escritos y en la acción política de Unanue, Sánchez Carrión y Vidaurre, sino que se infiltran en los pensadores y políticos hispanoamericanos del siglo XIX. La obra civilizadora de sus descubrimientos científicos, de otro lado, constituye un aporte invaluable para el des-

arrollo de la técnica y el bienestar de grandes masas de hombres de todas las latitudes. Hispanoamérica sabe apreciar hoy esa contribución de que está dependiendo su futuro promisor de centro de producción y de progreso mundial. Finalmente, su prédica de paz y solidaridad entre los hombres adquiere en estos momentos de la historia humana, la significación trascendente de una admonición y de una advertencia a las generaciones de hoy y de lo futuro.

La obra y la acción de Franklin es, en los albores del siglo XIX, como una clarinada de doble escala melódica para el Nuevo Mundo meridional. Anuncia, en un tono nítido y prístino, el surgimiento de un pensamiento nuevo proveniente del mundo anglosajón americano, primera expresión de una literatura norteamericana potente y promisoramente original. Anuncia, también, en un tono grave y vibrante, un ideario de libertad y de democrático y sano sentido de la vida. El mensaje de Franklin invade y empapa las ideologías de los hispanoamericanos con una fresca de pensamiento que surge con la gracia natural y la cristalina nitidez de los manantiales recién salidos de la tierra y no con el cansado fluir de las aguas contaminadas de largo transcurrir.

## NUEVAS IDEAS E INFLUJOS ESENCIALES

Con Franklin se anuncian más nombres que vienen inmediatamente después, los cuales hacen escuela de nuevas formas de vida jurídica y social. El pensamiento político en estas latitudes sureñas se nutre de los mensajes de Jefferson, Washington, Hamilton y Paine, que son los primeros en llegar y mucho antes que las expresiones creativas de los literatos de imaginación como Cooper, Irving, Poe y Whitman.

El combativo caudillo republicano José Faustino Sánchez Carrión —hablando de la realidad peruana— no ignoraba las ideas descentralistas de Hamilton y citaba como su genio mentor a Washington

en sus admoniciones federalistas, insertas en su periódico *La Abeja Republicana*, desde 1822.<sup>1</sup>

En la Biblioteca de don Francisco Javier de Luna Pizarro, escritor esporádico y político fogoso, primer presidente del Congreso Constituyente de 1822, figuraban al lado de una *Miscelánea* de Franklin, *El Federalista* de Hamilton y *Los Derechos del Hombre* de Thomas Paine.<sup>2</sup>

El viajero norteamericano Blackendridge<sup>3</sup> anota que en 1817, se conocía en Montevideo la Constitución de Adams, la *Vida* de Washington y *El sentido común* y *Los derechos del hombre* de Thomas Paine.<sup>4</sup>

En varios periódicos de Lima y Cuzco, se reproducían íntegros, entre 1834 y 1838, los Mensajes de los Presidentes John Q. Adams y Van Buren. En otra revista importante del Cuzco, se ofrecía a los lectores peruanos, la Oración Fúnebre en homenaje a Jefferson, pronunciada en Richmond por el Gobernador Tyler.<sup>5</sup>

En diversas páginas he dejado establecida la íntima relación entre Jefferson y don Hipólito Unanue, que ha de tener la mayor trascendencia en buena parte de la obra de este último. Son frecuentes sus citas de un libro que le sirvió, sin duda, de modelo para escribir sus *Observaciones sobre el clima de Lima*, en que recoge la lección formal de las *Notes on the State of Virginia* del primero, y ya desde 1805. Si ahondamos en un examen de textos hallaremos las coincidencias de concepto, en que la ciencia anda pareja con el arte, el examen de costumbres con los precisos y preciosos datos estadísticos, recuento de enfermedades, con observaciones climáticas, rasgos morales con rasgos físicos, y en que no se saben qué admirar más si

la agilidad y gracia del estilo o el severo planteamiento científico.

Ambos eran hombres de la Ilustración, universales en su sabiduría, a quienes ninguna forma del conocimiento era extraño. Los unía una concepción integral del hombre. Por igual arrojaron el juicio implacable de sus contemporáneos que no vacilaron en atacarlos, también como a Franklin, a Hamilton y a Paine, allá, a Vidaurre y a Pando aquí, y acusarlos de ser personajes veleidosos en sus ideologías políticas y tornadizos en sus actitudes frente a los acontecimientos. Pero ya para ellos la Historia ha sido piadosa, explicando sus inconsecuencias como producto de su condición de hombres que pertenecían a dos edades contrapuestas, que flotaban entre estímulos disímiles, a veces inadaptados y de los cuales podría ser ejemplar paradigmático, Manuel Lorenzo de Vidaurre —personaje y escritor multánime de ese momento— quien tenía un pie puesto en la Colonia y otro en el nuevo régimen que se gestaba, personificando la transición entre el Virreinato y la Independencia, y “siendo un burgués cortesano virreinal con aspiraciones revolucionarias y un republicano con nostalgias coloniales”.<sup>6</sup>

## INFLUJO INDIRECTO DE FRANKLIN

Otro ideólogo político de la época, Thomas Paine, aunque nacido en Inglaterra en 1737, puede ser considerado norteamericano y de hecho lo es por su prolongada residencia americana, por el sentido de su obra y por la acción de su vida. A raíz de su relación con Franklin en Londres, alientan en él ideales revolucionarios. Acogiendo el consejo de Franklin, marcha a América y llega a Filadelfia en un momento crucial, en vísperas de la Declaración de la Independencia en 1774. Escribe entonces su primer folleto *El Sentido Común* (1776), y sirve en el ejército autonomista a órdenes de Washington, e incluso se le atribuye la gloria de haber

1—JOSE FAUSTINO SANCHEZ CARRION, con el pseudónimo “El Solitario de Sayán”, editó dos periódicos políticos de tendencia republicana: *El Tribuno de la República Peruana* y *La Abeja Republicana* (1822-23).

2—F. SCHWAB, “El inventario de la biblioteca de Francisco Javier de Luna Pizarro”, en la revista *Féax*, N° 7, Lima, 1950.

3—H. L. BLACKENDRIDGE, *Voyage to South America* (1817-1818), Baltimore, 1819 (2 Vols.)

4—En ese momento (1817) se conocían probablemente ediciones o traducciones españolas de los libros de Thomas Paine.

5—El discurso fúnebre de Tyler, gobernador de Virginia, en homenaje a Jefferson, se reprodujo en “El Museo Erudito” del Cuzco, N° 15, 30 de septiembre de 1839.

6—Jorge Guillermo Leguía, *Vidaurre*, Lima, Lib. e Imp. E. Rosay, 1934.

usado por vez primera el apelativo de "Estados Unidos de América" para designar la unión de las colonias independientes. Vuelve a Europa y en Francia es espectador de la revolución de 1789. Amigo de Blake y de Edmund Burke, escribe y publica en 1791 un libro fundamental en ese momento: *Los Derechos del Hombre*. Inglaterra lo repudia, vuelve a América en 1802, y permanece como consejero al lado de Jefferson. Muere en New York en 1809. Sus obras se desparraman por Europa y América y contribuyen a orientar los programas y movimientos de los autonomistas hispanoamericanos. Su libro *Los Derechos del Hombre* se traduce al español por Felipe Puglia, en Filadelfia, 1821. El desterrado venezolano Manuel García Sena escribe antes, en Filadelfia, 1811, el libro *La independencia de Costa Firme, justificada por Thomas Paine treinta años ha*. Y para completar la visión integral de su trascendente acción ideológica se traducen en Lima en 1821, unas *Reflexiones políticas escritas bajo el título del instinto común* por un escritor que se oculta con el seudónimo de "Anselmo Nateice, indígena del Perú".<sup>7</sup> Era la versión peruana de *El sentido común*, su obra primera, la que más acusaba la influencia de Franklin. El juicio de los contemporáneos, amigos y enemigos de Franklin, quisieron ver en esta obra la hechura perfecta del propio Franklin y dudaron de que el verdadero autor de ella fuera Paine. Indirectamente a través de Paine, hubo de llegar también la acción ejemplar de remoción de antiguos prejuicios y eliminación del vasallaje colonial que allí se condenaba, y fomentó el espíritu revolucionario de la América hispana, con una fuerza expansiva indiscutible. Al considerarse, en América y en Europa sobre todo el folleto de Paine como escrito por Franklin, se estaba afirmando la acción ideológica de éste y reconociéndose con aproximación por lo menos, el carácter de su verdadera ideología, aun en los escritos de su discípulo y protegido.

7—ANSELMO NATEICE (seudónimo), *Reflexiones políticas escritas bajo el título del instinto común*, traducido abreviadamente por A. N., "indígena del Perú", Lima, 1821.

## EL HISPANISMO EN FRANKLIN

Franklin aprendió el español en su juventud en la etapa en que se dedicó al comercio, como propietario de una imprenta prestigiosa. En el siglo XVIII Filadelfia mantenía relaciones comerciales con las colonias españolas principalmente con Cuba, que la surtía de azúcar y aguardiente, a cambio de vender madera y cereales. Por ello, la lengua española resultaba muy útil para los comerciantes de estos productos. A esa cualidad de saber español y otras lenguas romances como el francés y el italiano, pudo entre otras haber debido Franklin la prosperidad comercial, ya que por lo menos le dio superioridad sobre los otros impresores. Esa tradición del cultivo de la lengua castellana, hizo desde fines del XVIII, de Filadelfia, el principal lugar de concentración de los emigrados hispanoamericanos (como el Precursor Miranda y el magistrado Vidaurre) y de centro editorial de sus obras en castellano.

Franklin era hombre universal en su cultura, y pudo lograrla gracias al conocimiento de los idiomas modernos, aunque no fuera muy fuerte en la lengua latina. Así lo expone en su *Autobiografía*:

"Ya he dicho anteriormente que había estudiado sólo un año de latín cuando era muy joven, después de lo cual lo abandoné completamente. Pero cuando vine a tener algún conocimiento del francés, italiano y español, me quedé sorprendido, al caer en cierta ocasión sobre un Testamento latino, de que podía entender aquel idioma mucho más de lo que yo imaginaba, lo cual me animó a estudiarlo de nuevo; lo aprendí pronto porque el conocimiento de las lenguas romances me allanó el camino. De esa experiencia he venido a deducir que tal vez haya alguna inconsistencia en nuestra manera usual de estudiar los idiomas, se nos dice que es conveniente comenzar primero con el latín y que después de aprenderlo será más fácil dominar los lenguajes modernos que derivan de él; pero sin embargo, no comenzamos con el griego para aprender más fácilmente el latín. Es verdad que, si

se puede ascender por una escalera y llegar hasta su cima sin usar los peldaños, más fácilmente se ganarán al descender; pero también es cierto que si se comienza desde la base se ascenderá con más facilidad hasta la cima; y así yo ofrezco esto a la consideración de aquellos que dirigen la educación de nuestra juventud, porque muchos de los que comienzan por el latín no dejan después de gastar varios años sin haber aprendido casi nada, y lo poco que han aprendido no les sirve de provecho ninguno, de manera que no han logrado otra cosa que perder el tiempo; en cambio, si comienzan por el francés y siguen después por el italiano, etc., aunque se pierda el mismo tiempo y abandonen el estudio de las lenguas, no llegando nunca al latín habrán adquirido, sin embargo, una o dos lenguas más, las cuales siendo de uso vigente, podrán servirles en la vida ordinaria.”<sup>8</sup>

El conocimiento del idioma español tuvo además otra resonancia en la vida de Franklin y fue más allá que lo de teorizar acerca de la enseñanza de las lenguas. Uno de sus grandes proyectos educativos fue la constitución de un centro o club para fomentar el bien y para mejorar los conocimientos de los asociados, que buscaban y encontraron diversión sana, información e instrucción “además de reforzar en grado considerable nuestros modos de influir en la opinión pública en ciertas ocasiones”. Para llamar a este centro Franklin buscó un nombre y no lo encontró en inglés sino en español, justamente en la palabra “Junto”, que seguramente le sonaba muy bien como apelativo de unión y estrecha asociación de hombre y de fines, en una búsqueda de sentido que no le daba la palabra “together”, u otra inglesa equivalente. Es interesante anotar cómo Franklin se decidió por la forma adverbial (junto) y no por la sustantivada (junta). Lo adverbial está cálidamente vinculado con la acción, en tanto que lo sustantival es algo ya concluido, yerto, un poco fosilizado. A él le

interesaba la unión viviente, lo que estaba “junto” y no la mera realidad concreta y final de un acto de unión.

## APROXIMACION AL TEMA HISPANOAMERICANO

Su interés por la América del Sur a más de político, lo fue científico. Estando en Goettingen en 1776, alterna con los ilustres profesores de la célebre universidad alemana. Allí, comunica al profesor Juan David Michaelis sus noticias sobre los gigantes de la Patagonia, de los que acaba de tener referencias directas o a través del relato del Comodoro John Byron,<sup>9</sup> tío del poeta y miembro de la expedición de Lord Anson, en el barco “Wager”, que se perdió en Magallanes, que había dado la vuelta al mundo. Franklin transmitió el dato de que aquellos habitantes de la América meridional medían el doble de un hombre normal y Michaelis exageró aún más atribuyéndoles la estatura de una pirámide de hombres. Además agrega un biógrafo, “una noche un grupo de sabios interrogó a Franklin sobre el destino de América”. No lejos de allí, un joven poeta alemán empezaba su trayectoria genial. Era Goethe, en sus veinticinco años románticos y tormentosos, que ya empezaba a escribir Werther y a interesarse también por América a través de Herder. De otro lado, era niño todavía Alejandro de Humboldt, quien iba a re-descubrir para la ciencia esa América meridional de que hablaba Franklin con los sabios alemanes. No cabe duda que en algo considerable originó o promovió Franklin el interés por las cosas de América que caracteriza a las generaciones del “Sturm und Drang” que integraron Goethe, Schiller y los hermanos Schlegel y Humboldt.

Un decenio más tarde, Franklin, casi octogenario, cumplirá un encargo histórico ante la corte francesa representando a su país, obteniendo el reconocimiento de la Independencia de las Colonias y

8—B. FRANKLIN, *Autobiografía y otros escritos*, traducción del inglés por León Felipe, México, Edit. Nuevo Mundo, 1942.

9—Comodoro John Byron, *Narrative of a voyage around the world*, London, 1744.

ajustando tratados de alianza y de comercio con las principales naciones europeas. En esos días, vive cerca de París, en Passy, rodeado de la admiración de los hombres cultos de Francia y de Europa y de la cálida acogida general Allí alegraban sus veladas dos espíritus femeninos exquisitos: Madame Helvétius y Madame Brillon de Jouy. La primera había traspuesto ya la madurez, pero lo ocultaban los encantos de su trato afectuoso e inteligente y su belleza todavía resplandeciente. Había pasado su juventud en París, al lado de una de sus tías, Madame de Graffigny, la autora de *Cartas peruanas*.<sup>10</sup> La devoción por su tutora podría haberla inducido a poner en las manos de Franklin aquel libro de atracción singular sobre ese lejano país de la América del Sur.

Madame Helvétius había conocido desde su juventud, a un gran admirador de Franklin que fue Robert Jacques Turgot, aquel que lo definió con la famosa frase “arrebato el rayo al cielo y el cetro a los tiranos”, que habría de repetir después Mirabeau en la Asamblea Nacional, al fundamentar el pedido de duelo nacional de los franceses, al saberse la noticia de la muerte de Franklin. Madame de Graffigny había también acogido con simpatía al joven Turgot que mantuvo durante toda su vida una entrañable amistad con Madame Helvétius, aun después de su viudez.

Así, las *Cartas peruanas* de Madame de Graffigny pudieron entretener muchas horas plácidas entre sus ocupaciones oficiales de representante diplomático. Era un libro de moda en ese momento, afín a *Los incas* de Marmontel y a *Alcira* de Voltaire que por ese tiempo adoptan con fervor el tópico peruano, con el sentido satírico de las *Cartas persas* de Montesquieu.

*Cartas peruanas*, aparecidas en 1750, recogen dos aspectos: primeramente las epístolas de una peruana con evocaciones del Templo del Sol y costumbres de los indígenas del Perú, dirigidas por Zilia a

Aza, su amado dueño. Zilia visita Francia y moraliza —como lo haría el propio Franklin—, sobre las costumbres francesas. En la segunda parte, se recogen las cartas de Aza, o sea un peruano, desde Madrid, en las que satiriza las inclinaciones, usos e intrigas de los españoles, condenando sus supersticiones y presunta hipocresía. Finalmente, después de celos tremendos, se reúnen los amantes y vuelven al Perú. Aunque la evocación y el ambiente peruano se desenvuelven dentro de una deliciosa y cortesana arbitrariedad, sin respeto alguno por la verdad histórica, no hay duda que tal obra despertó el interés por todo lo americano y consonaba con la admiración y culto idolátrico que Franklin despertaba entre los franceses de su época. Tal coincidencia es señal casi segura de que Franklin en sus últimos años, a más de su interés por lo hispánico, alentaba también predilección o cuando menos curiosidad por la América de habla española.

#### RASTRO CONTINENTAL DE FRANKLIN

De un extremo a otro de Hispanoamérica, el nombre y la acción de Franklin encontraron amplia acogida y singular resonancia durante el siglo XIX, y tal vez como no llegó a tenerlas ningún otro escritor de los Estados Unidos.

En Argentina, Domingo Faustino Sarmiento declaraba a Franklin su maestro ejemplar, su guía tutelar, el escritor de su predilección, reconociendo que su *Autobiografía* era el libro que más había influenciado en su formación intelectual y moral.

En México, José Antonio Alzate —hombre de tan vasta y universal inquietud como el peruano Unanue— reconocía y ponderaba el magisterio de Franklin sobre su generación.

En Venezuela, en Colombia, en Chile y en todos los demás pueblos de Hispanoamérica, el nombre de Franklin constituye símbolo de nuevas ideologías, de ejercicio de libertades, de democracia

<sup>10</sup>—Madame de Graffigny (1695-1758), *Cartas peruanas*, París, en casa de Rosa, librero, 1823. La obra original en francés se publicó en 1750. Según René Moreno esta obra fue traducida por Juan García del Río.

práctica, de amor a la humanidad, de solidaridad social y de progreso científico y técnico.

Es probable que el primer abanderado de Franklin en América del Sur lo sea Simón Rodríguez (1771-1854), el maestro del Libertador Simón Bolívar, hombre de vastísima cultura, que había estado largos años en Norteamérica y en Europa, y que dedicó una vida entera a la difusión de las nuevas ideas. Venezolano de origen, vivió sus últimos años en el Perú, dedicado a sus empeños pedagógicos. Profundamente rousseauiano en su ideología, adoptó muchas actitudes similares a las de Franklin en sus empresas didácticas, destinadas a la educación popular. En sus ideas están volcadas las máximas de moral práctica y las recomendaciones de buen sentido tan características de Franklin. De otro lado, el neogranadino Antonio Nariño (1765-1823) planeó en los primeros años del siglo XIX la formación de un grupo literario "consagrado a la Libertad, la Razón y la Filosofía, al divino Platón y a Franklin".

Más tarde, el escritor mexicano R. Mangino tradujo del francés una *Miscelánea de Economía, Política y Moral*, de Franklin, que se imprimió en París en 1825, y que tal vez fue la misma edición que se encontró en la Biblioteca de Luna Pizarro. La segunda versión castellana de *El libro del hombre de bien* se debió a la pluma de don J. Abelardo Núñez, en 1882, de Cuba, y apareció en Leipzig. El gran crítico literario argentino Juan María Gutiérrez tradujo en Chile, por encargo de Domingo F. Sarmiento, la *Vida de Franklin*, del escritor francés Mignet, que se editó en 1856.<sup>11</sup> Francisco Valdés Vergara, escritor chileno de reconocido prestigio, publicó en 1885 otra *Vida de Franklin*, prologada por Sarmiento.<sup>12</sup> Se trata de una traducción extractada de su Autobiografía que abarca, como es sabido sólo el año 1757, y de una continuación elabo-

rada por Valdés a base de la correspondencia y anotaciones del propio Franklin hasta su muerte en 1790. Se agrega en este libro, a la *Vida*, la traducción y recopilación antológica de las *Obras morales* de Franklin.

Estas mismas máximas morales con el título de *Ricardo o ciencia del hombre de bien* se tradujeron en verso por Enrique Seoane en 1884,<sup>13</sup> escritor del Perú.

A fines del siglo XIX, 1897, se publicó en Lima, en folleto, un Catecismo, o manual que contenía el ideario del Partido Demócrata, fundado en 1884, por el ciudadano Nicolás de Piérola que llegó a ser poco después, Presidente de la República. El Manual contenía un compendio de la Declaración de principios de dicho Partido (1889) que sirvió de solera para el mejor organizado de los partidos populares que ha tenido el Perú a fines de dicho siglo.<sup>14</sup> La segunda parte del *Manual del demócrata peruano y conducta del hombre de bien* se titulaba *Opúsculos de Benjamín Franklin*, tomados de su obra titulada *El libro del hombre de bien*. Los Opúsculos eran los siguientes: "Plan de mejora moral" (extractado de la segunda parte de la Autobiografía), mediante la práctica de 13 virtudes: Templanza, silencio, orden, resolución, economía, trabajo, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, tranquilidad, castidad, humildad. Incluía citas morales de Addison, Cicerón, proverbios de Salomón, párrafos del poeta Thömpson y de Platón. Luego seguían "advertencias a los que quieren ser ricos" (de 1736), "Consejos a un joven jornalero" (de 1748), "medios para tener siempre dinero en el bolsillo" y "la ciencia del buen Ricardo o El camino de la fortuna", escritos por Franklin con el seudónimo de Ricardo Saunders.

Precedía a la aludida recopilación una explicación que decía lo siguiente: "A continuación de este Catecismo hallarán los demócratas algunos de los opúsculos

11—Juan María Gutiérrez tradujo *Vida de Franklin* del escritor francés D. Mignet (Valparaíso, por Santos Torner y Cia., 1856).

12—Francisco Valdés Vergara, *Vida de Franklin*, Santiago, 1885 y 2ª edición, Valparaíso, Lib. e Imp. Sudamericana de Babra y Cia., 1900.

13—Enrique Seoane, tradujo *Ricardo o ciencia del hombre de bien*, en verso, según comentario de Constantino Carrasco, inserto en "El Correo del Perú", Lima, diciembre de 1874.

14—*Manual del demócrata peruano y Conducta del hombre de bien*, Lima, Imprenta de "El País", 1897. (Incluye "El libro del hombre de bien", 102 pp.

que escribió B. Franklin, autor de *El libro del hombre de bien*. Sería ocioso que nos detuviéramos a recomendar obra tan útil escrita por la poderosa mano de quien “arrebato el rayo al cielo y el cetro a los tiranos”. Sólo diremos al pueblo: “leed!”. Se agregaban unas breves notas biográficas de Franklin.

A través de este Catecismo o Manual, Franklin tuvo en el Perú una significación democrática indudable. Sus enseñanzas sirvieron para elevar el nivel moral de un grueso sector de la ciudadanía y para educar cívicamente a las masas. Su moral práctica tuvo al mismo tiempo significación educativa, y también política. Sus ideas sirvieron de contenido a la proclama de un partido político, y se expandieron mucho más allá de lo que su autor hubiera soñado respecto de su validez universal o continental. Pero ese fue un fenómeno ocurrido más o menos dentro del marco del siglo XIX. En el nuevo siglo, las orientaciones ideológicas tomaron otro sesgo, al cual ya fue Franklin un tanto extraño.

## ACTITUDES FRENTE A FRANKLIN

Hay varias facetas en la personalidad de Franklin que los hispanoamericanos han tomado en cuenta, en diversas épocas. Manuel Lorenzo de Vidaurre hablaba de él como el “Leonardo Americano”, esto es como el *sabio múltiple*, que domina las ciencias, la técnica y las artes. Veía en él un portento extraordinario de conocimiento, pero no a la manera erudita de Peralta y Barnuevo, no como espíritu de grupo selecto, no como filósofo de minorías, sino como el sabio benefactor del pueblo y de la humanidad. Esta concepción era la propia de la época de la Ilustración, que suponía una concepción social en la capacidad del hombre de conocimientos múltiples. El humanismo de los hombres de la Ilustración, no fue un humanismo de “élite” como el del Renacimiento, sino un humanismo integral, dirigido a la realización de valores sociales y tangibles, en pos de la mejora y el

progreso del hombre y el perfeccionamiento social.

Otro sector se decide a exaltar al hombre que “arrebata el cetro a los tiranos”, al *revolucionario integral*, al hacedor y estructurador del movimiento de la independencia norteamericana, modelo que hubieron de seguir los líderes de las autonomías hispanoamericanas. Para ellos, Franklin es el ideólogo, pero al mismo tiempo el periodista de lucha, el organizador de las milicias patriotas y el diplomático feliz que consigue alianzas y contrata empréstitos, aportando así un invaluable esfuerzo teórico y práctico en pos de su ideal independentista.

Una tercera faceta se encarna en la frase apelativa “*filósofo juicioso*” que le aplican en muchos textos los hispanoamericanos de su época. Estos exaltan así su actitud de moralista, de maestro de la vida, de autor de máximas destinadas a normar la conducta de las gentes, de definidor del “hombre de bien”. Llegan a la ponderación excelsa de esta faceta, adornándolo con el título de filósofo y proclamándolo el genio máximo de su época.

Finalmente, una cuarta faceta, se define con la frase “arrebata el rayo al cielo”. Así se quiere significar al hombre expedito en la técnica, a aquel que descubre las leyes de la electricidad, al inventor del pararrayos, al autor de mil experimentos destinados al progreso del hombre y a la aplicación de las ideas científicas en beneficio de la humanidad. Franklin resulta un *Fausto americano* representativo o anuncio de un siglo positivista que vendrá en seguida. Contribuye así al prestigio cultural de América frente al mundo y a su afirmación continental.

¿Cuáles de estas facetas están vivas y cuáles han periclitado en nuestra época?  
¿Cuál es la actitud humana de Franklin que hoy celebra América?

Hipólito Unanue, prócer de la cultura peruana de comienzos del diecinueve, decía ocupándose de un contemporáneo: “¿Pero, qué importa si los anima el espíritu de Franklin? Franklin, cuya sabiduría ha llegado a encadenar los rayos tremendos del cielo, armará la diestra de

Washington, el norteamericano, con los más fuertes de la tierra”. Unanue parece admirar en él al revolucionario integral y al “Fausto americano”.

Ya en los finales del siglo XIX, un pensador peruano, don Manuel González Prada, recoge todavía el legado del “filósofo juicioso”. En su libro *Grafitos*<sup>15</sup> y en otras páginas de igual actitud didáctica, González Prada elabora frases sentenciosas, consejos al pueblo y sátiras poéticas de breve contenido que muestran mucha semejanza con las máximas del *Poor Richard's Almanack*. Sin embargo, en el espíritu de su obra, el humanitarismo de Franklin se transformaba en el anarquismo de Prada.

Pero estas máximas morales de Franklin, que según Jorge Guillermo Leguía<sup>16</sup> “hacen recordar las moralejas de los fabulistas”, que fueron tan del gusto de muchos escritores ingleses del siglo XVIII y que después de Smiles, Marden, Trine y Dale Carnegie han llegado hasta el des-

crédito, ya no tiene validez intelectual en nuestra época. Correspondería a una forma de periodismo moralizante y didáctico un tanto en desuso, sin categoría artística, a una aplicación práctica de convencionales normas morales, que ni siquiera —como el mismo Franklin lo reconoció reiteradamente— tiene el mérito de la originalidad. El “filósofo juicioso” ha muerto. Pero viven el “Fausto americano” precursor del extraordinario vigor del país de la técnica moderna: los Estados Unidos. Vive en la historia el múltiple y ejemplar “revolucionario integral”, paladín de la organización democrática en América y vive sin duda, el “Leonardo americano” que superó, con aliento humanista moderno y social, la cerrada y fría sabiduría de los eruditos coloniales y abrió los cauces para erradicar la ignorancia, hacer accesible la verdad, difundir la Cultura entre los hombres y afirmar la libertad, la solidaridad y la conciencia civil en los americanos del Norte y del Sur.

(Cuadernos Americanos—México).

15—MANUEL GONZALEZ PRADA, *Grafitos*, Tip. L. Belle-  
naud et fils, Paris, 1937.

16—J. G. LEGUIA, *Historia de América*, T. III, Lima,  
Lib. E. Rosay, 1929, p. 15.



# Los Nuevos Caminos de la Lingüística

Por ALFONSO REYES

(Discurso pronunciado por su autor en su toma de posesión como Director de la Academia Mexicana de la Lengua).

Señores académicos:

Señoras y señores:

“Conócete a ti mismo” —aquella máxima del antiguo Oráculo que Sócrates hizo suya para siempre y con la que andaba por las plazas, las calles, los gimnasios de Atenas, confrontando a todos con sus propias imágenes como se haría con un espejo— es precepto que se enuncia muy pronto y que se cumple, si llega a cumplirse, con dificultad y paciencia. Don Antonio Castro Leal, de quien acabamos de escuchar tan sanas doctrinas, ha representado para mí el consejo de Delfos, en las páginas de noble aleccionamiento con que ha seguido mi carrera. Quiero decir que, a través de sus palabras, en ocasiones creo haber ganado algunos palmos en esta ardua senda del conocerme a mí mismo. Con todo, confieso que hoy, como en otros casos anteriores, los rasgos con que me ha pintado —llevado de su cordialidad y benevolencia— más bien adulteran y engrandecen mucho mi imagen. Pero no

podemos remediarlo: cada uno ve a los demás a través de su lente o prisma y a veces les atribuye lo que él trae consigo. Ya he contado por ahí que, al encontrarse el dulce panameño Darío Herrera con el tempestuoso Díaz Mirón, exclamó: “¡Este hombre es una paloma!”, mientras Díaz Mirón, por su parte, exclamaba: “¡Este hombre es un león!”

Leer los versos de don Carlos Pellicer es un deleite consumado. Oírlo recitar sus versos es ya un transporte a las zonas de la belleza suficiente. Y si estos versos son los que el poeta mismo, en su desbordada generosidad, ha querido dedicarnos, entonces los versos de Carlos Pellicer vienen a ser un altísimo premio: casi perturba toda posible expresión de gratitud, y de tal modo nos ennoblece que ni siquiera deja ya fuerzas para el envanecimiento y el orgullo. No podía yo comenzar mis tareas bajo mejores augurios: al emprender la jornada, más afortunado que el Cid, sólo he visto “la corneja diestra”. Don Antonio Castro Leal, sumo prosista,

y (aun cuando él no se halle aquí en persona) don Carlos Pellicer, sumo poeta —quienes, a lo largo de muchos años, me han acompañado con una amistad que va más allá de las letras y que tanto me honra y me complace—, ahora me traen de la mano, como buenos padrinos, hasta este sitio en que ha querido instalarme la confianza, seguramente desmedida, de mis ilustres colegas. Pues lo cierto es que, a pesar de tan risueños auspicios, me confieso muy desigual para esta empresa, agobiado de gratitud y al mismo tiempo atemorizado. Dificulta singularmente mi desempeño el suceder a nuestro inolvidable Alejandro Quijano. Querer imitarlo sería ridículo: igualarlo, imposible. Me domina la impresión de que estoy ocupando un lugar que es suyo y no me corresponde, y reflexiono con melancolía en que él ni siquiera pudo ya disfrutar de esta casa, que tanto deseó para la Academia.

Se le ha llamado con justa razón Quijano el Bueno: pero, además de su bondad y sus prendas harto conocidas —simpatía, caballerosidad y rectitud, inteligencia nada común, exquisita cultura— poseía alguna virtud indefinible que acaso supera las explicaciones racionales, una como electricidad atractiva, un don natural para convertirse en centro y apoyo de las energías sociales. Pues las sociedades, en efecto, necesitan organizar sus fuerzas en torno a estos hombres así dotados y como predestinados a servir de puntos de conexión y referencia. La desaparición de Alejandro Quijano afecta lo mismo a los suyos, a sus amigos, a sus colegas, que a la sociedad mexicana en conjunto y deja una zona oscura en el espacio, un hueco en la retina.

Por suerte esta Academia está en condiciones de gobernarse por sí misma, y la función que aquí me compete habrá de reducirse a no estorbar las actividades de los señores académicos y a adoptar las normas que ellos mismos quieran fijarme y que ellos mismos se han fijado. La relación con las Academias afines, el posible canje de publicaciones, el desarrollo de la nascente biblioteca, en que convendrá

juntar poco a poco la obra completa de todos los académicos mexicanos pasados y presentes, tal vez algunas contribuciones a la preparación del siempre anhelado léxico de términos técnicos y científicos, al Diccionario Histórico ya emprendido por la Academia Española, al Diccionario académico de la lengua vigente, sobre todo en lo relativo a mexicanismos que habrán de ampliarse, de corregirse o suprimirse. el cambio de servicios con instituciones culturales, el cubrir las plazas vacantes y demás labores de este orden establecen el cuadro mínimo de actividades que ni siquiera necesitan ser descritas o expuestas en un programa especial. Nuestras normas dependen de la naturaleza misma de nuestra institución: es decir: de su historia y de sus funciones. La historia de nuestra Academia ha sido trazada al inaugurarse este recinto, y de mano maestra, por el Secretario Perpetuo don Alberto María Carreño, y no vamos a repetirla ahora. Las funciones de esta Academia no pueden resumirse mejor que recordando su misión de guardia vigilante y su cuidadosa atención para el desarrollo de la lengua; y todo ello aparece en los numerosos trabajos aquí y fuera de aquí presentados por tantos doctos maestros como honran esta casa. Será preferible que no intentemos competir puerilmente con lo mucho y bueno que ellos nos han dicho al respecto. Será mejor que mudemos la perspectiva y hablemos, por ejemplo, de la lingüística general, remontándonos por sobre esta lengua castellana que es nuestra inmediata incumbencia, aunque sólo sea para dar algunas indicaciones en materia que va pareciendo insondable conforme se apuran sus extremos.

Los nuevos caminos por donde hoy discurre la lingüística aún no se han abierto al público, para decirlo pronto y mal, y son más bien privilegio de los especialistas. El estudio de la lengua posee una respetable antigüedad. Olvidemos los orígenes, y callemos sobre los aspectos más conocidos de la cuestión, si es que queremos ajustarnos a los términos de esta charla brevísima.

Durante el siglo XIX, tal estudio participó naturalmente del entusiasmo reinante por las teorías evolucionistas, que entonces comenzaron a derramarse por todos los meandros de la ciencia, y el resultado fue la estupenda edificación de la lingüística histórica y comparada, cuyos primeros vagidos se dejaron oír en el *Catálogo de las lenguas*, publicado en 1784 por el español Hervás y Panduro, pues el *Glossaire comparatif des langues de l'Univers*, publicado por orden de Catalina de Rusia y al que Salomón Reinach atribuye la prioridad, sólo apareció tres años después. En adelante se aplica a estos trabajos un método que alguien ha llegado a equiparar con lo que fue el telescopio para la astronomía. A las lucubraciones a puerta cerrada, en que se solicitaba de la esfinge que, a fuerza de insistencias estériles, revelara sola sus enigmas y nos dijera cuál era el secreto de una lengua, sucede la aristotélica comparación de lo semejante con lo semejante, de las "simpatías y dispatías" (valga el helenismo), con lo que al instante comenzó a adelantar el conocimiento.

De aquí algunas valiosas generalizaciones, singularmente sobre el principio de regularidad en el cambio de los sonidos. Pero la atención de los estudiosos se concentró en el grupo indoeuropeo y en los pormenores de su historia, que fueron pacientemente hacinados. De un modo general, no se procuró entonces una teoría de la lengua, salvo por parte de algunos individualistas, cuyo escepticismo, por lo demás, preparó la ruta al método analítico del presente siglo: método estimulado también por la necesidad de asomarse a algunas de las llamadas "lenguas nativas", ajenas al grupo indoeuropeo, a las semíticas, y a otras más que cuentan con larga tradición exegética y literaria. A la vez, en el estudio de las lenguas se fue abriendo paso una intención filosófica, que tiende a considerar el lenguaje como uno de los pocos sistemas fundamentales de formas simbólicas. Las relaciones funcionales compartieron entonces la atención antes exclusiva para las conexiones históricas. Se interrogó mucho más a fondo

que nunca la inadecuación, que no ecuación, entre la arquitectura del habla y el discurso lógico; se investigó la densidad subjetiva y emocional que las lenguas traen consigo y que aún se revela en paralogismos y otros sobresaltos ajenos al puro razonamiento. En suma, la vida entera del lenguaje, con todas sus arbitrariedades y caprichos, fue objeto de examen respetuoso, como lo es para la botánica el arbusto silvestre, aun cuando carezca de las elegancias del rosal criado en los jardines.

En estos senderos, apenas transitados desde hace unos ocho lustros, la cooperación internacional, tan preciosa para el desenvolvimiento de las ciencias modernas, se vio entorpecida, y a veces completamente atajada, como consecuencia de las dos guerras. Pero se han logrado ciertas conquistas, se han trazado firmemente ciertas doctrinas.

En fecha todavía cercana, la lingüística ha podido ser admitida, con carta de ciudadanía cabal, como uno de los elementos que contribuyen a la soñada unidad de la ciencia. Y, lo que es más, se ha llegado a la novísima aplicación de la lógica simbólica y las matemáticas a las cuestiones del lenguaje, adoptándolas así en la vasta familia que, más o menos de cerca, obedece aproximadamente a la rienda de las ciencias exactas. No exageremos el punto, pues el lenguaje no es sólo una agencia intelectual, de transmisión, información o comunicación, sino también todo lo demás que saben la estética y las letras, y las razones del corazón que la razón no conoce. Pero se ha esclarecido el hecho de que, en una proporción apreciable y desde luego para sus funciones prácticas, el lenguaje se mueve según procesos más regulares de lo que antes se sospechaba y que, en realidad, está gobernado históricamente por un orden preexistente y propio, el cual sin cesar se mantiene al par que se renueva. En contraste, los organismos vivientes tienden a caer en el desorden y, como dice Schroedinger, "se van acercando a aquel peligroso máximo de entropía que es la muerte". Los hechos lingüísticos, que son

actos correlativos y conscientes de la actividad cerebral, pueden, en cambio, determinarse estadísticamente hasta cierto punto.

De suerte que la materia de las viejas gramáticas vino primero a corregirse y complementarse por la lingüística histórica y comparada. Poco a poco, la morfología, la semántica y la fonética se erigieron en objetos de investigación especial, y pronto apareció ese nuevo interés filosófico de que antes hablábamos. Y, todavía más recientemente, los descubrimientos en otros reinos (el trabajo cerebral, las máquinas calculadoras electrónicas), así como el empleo de técnicas estadísticas y otras apenas ahora desarrolladas, han traído luz inesperada al estudio de la lingüística. Examínese, como el ejemplo más a la mano de estas investigaciones, el opúsculo de Yen Ren Chao sobre *La significación del lenguaje*, publicado en 1956 por el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos de nuestra Universidad Nacional, y compárese con el tratamiento tradicional que se concedía a estos problemas.

Por supuesto que, para ser completos, hay que sumergir el estudio lingüístico en el estudio general de las comunicaciones humanas, pues ya lanzados por este camino, unos conocimientos tienen que enlazarse con los otros, como cuando Sor Juana hallaba puentes o metáforas explicativas rumbo a las verdades teológicas en sus meditaciones sobre la música. El estudio general de las comunicaciones humanas tentó alguna vez mi curiosidad, en cierto ensayo que puse bajo la evocación de Hermes, dios de los comercios o cambios en todos los sentidos del término. Allí me detuve un instante a considerar el "rayo adánico" de Lacordaire o comunicación mística anterior aún a la palabra, y también la mímica (y un poco la mímica animal cuando es expresiva, como la famosa danza de las abejas), pues el lenguaje parece una mera especialización hablada de la mímica, sin que esto signifique caer en las extremosidades de aquellos que todo querían sacarlo de la onomatopeya. Me detuve un poco, asimismo,

en los ademanes, señas y señales de todo orden (¡hasta hay, pase el disparate, "lenguas silbadas"!); en los ideogramas y jeroglifos, las pasigrafías de que nos dan muestras los alfabetos de banderines y las marcas de las carreteras, y muchas cosas más que no es del caso exponer y ni siquiera enumerar. Para dar idea del tono adoptado en aquel viejo ensayo, copio aquí dos párrafos:

Cuenta Herodoto que Darío, al cruzar el Ister (Danubio), dejó a su retaguardia jonía cuidando un puente, con orden de esperar su regreso cierto número de días, al cabo de los cuales podían darlo por perdido, cortar el puente y regresar a sus bases. A este fin, les entregó una correa con tantos nudos como días contaba el plazo de espera. Aquí el uso de los nudos era un signo aritmético inmediato, era la aplicación del mismo principio que Robinson aplicaba a su isla, o el del preso que marca con rayas en el muro los días de su cautiverio. No así en los quipos peruanos, rama horizontal con lazos de distintos colores y anudados de diverso modo, en que los lazos representan una verdadera inscripción y se descifran como una clave. Primero se los empleó para contar, y luego se desarrollaron al punto de comunicar decretos enteros. Lo propio acontece con el *wampum*, sargas de conchas de los hurones y los iroqueses. La barra con muescas suele otras veces significar cálculos aritméticos, el monto de una deuda y la fecha de su cumplimiento; y partida longitudinalmente en dos, constituye un par de documentos, uno para el acreedor y otro para el deudor, que reunidos nuevamente en uno verifican, por coincidencia de ranuras, la autenticidad del convenio.

El signo más elemental es el objeto que por sí mismo se aplica a la acción sugerida: un hacha, la guerra; una pipa cargada, la paz, la conver-

sación amigable. Menos claro ya aquel mensaje de los escitas a los persas: un ave, un ratón, una rana y cinco flechas; lo cual aparentemente significaba (*pues otros lo entendieron como un mensaje de sumisión*): “No intente combatirnos quien no sea capaz de remontarse como el pájaro, esconderse bajo tierra como el ratón o cruzar los pantanos como la rana, porque lo aniquilaremos con nuestras flechas”. Cuando estos mensajes no consisten ya en el objeto, sino en la pintura del objeto, comienza el jeroglifo.

(*Hermes o de la comunicación humana*).

Podríamos añadir, a título de ornamento, el caso de los tejos marcados que usan los guerreros aqueos para sortear el honor de combatir con Héctor, y el mensaje mortal que llevaba consigo Belefonte (algo así como: “Al recibo de la presente, darás muerte al portador”) y que, por lo visto, él no era capaz de descifrar. Y, por cuanto a las relaciones entre la aritmética y los signos comunicativos, podríamos recordar a Descartes, quien presintió en la matemática una manera de pensar que nace del lenguaje, así como su lejano contricante, Vico, desarrolló la doctrina de la fantasía en el lenguaje.

Si hoy volviéramos sobre aquellos temas, nos agradecería consagrar un capítulo a los recursos que se han inventado para escribir (o inscribir), conservar y transportar de un país a otro todo el movimiento de un *ballet*, recursos en que —si no me engaño, y aunque hay antecedentes que datan, con Beauchamps-Feuille, de fines del siglo XVII— descuellan hoy el sistema llamado *Labanotation* (“labanotación”, por referencia a su inventor Rudolf Laban), lúcidamente expuesto hará un par de años por Ann Hutchinson, y que parte de algo como una estrella de los vientos, acompañada de signos convencionales y fáciles para fijar los pasos, saltos, quiebras de cintura y cabeza, avances y retrocesos, acciones de tronco y

extremidades, enlaces entre los distintos personajes, y demás figuras de la danza; es decir, la coreografía como la define el Diccionario académico: “arte de representar en el papel un baile por medio de signos, como se representa un canto por medio de notas”.

Además, si hoy volviéramos sobre aquellos temas, no habría más remedio que esforzarnos por explicar esa difícil teoría —ha venido a llamársela Teoría de la Información—, la cual se propone medir la cantidad de información contenida en un mensaje (por ejemplo, las señales telegráficas de cualquier orden) y buscar los símbolos capaces de emitir y traducir los mensajes o señales del modo más económico posible —concepto de economía física, por supuesto— sin perder un adarme de la información transmitida; extremos que resultan análogos para la telefonía, la radiodifusión, la televisión, el radar y, en suma, para las mismas comunicaciones escritas u orales, puesto que, en el trato humano, todo parte del lenguaje y vuelve al lenguaje.

Si queremos una prueba sobre los peligros de un mensaje y cómo puede alterarse en la transmisión (lo que llegó a ser un “juego de trinchera”, ya que no “de salón”, durante la Guerra Nº 1), lo encontraremos en las estrofas 46 a 63 del *Libro de Buen Amor*, donde el regocijado Arcipreste de Hita nos cuenta el diálogo a señas (“señas de letrado”), entre un rústico romano y un sabio griego, donde cada uno entendió otra cosa y, mientras el sabio quedó satisfecho de que el romano había admitido la teoría de la Trinidad, el “ribaldo” o rústico se alejó furioso y dándose por agraviado ante las que tuvo por amenazas de su interlocutor. El cuento recuerda la disputa de Panurgo y Taumasto en Rabelais; se lo descubre por primera vez en ciertas glosas jurídicas de los siglos XII o XIII; reaparece en el diálogo medieval de *Plácidas y Timeo*; en los argumentos de Forcadel, rival de Cujas (Tolosa, siglo XVI); y todavía lo emplea Nebrija, entre otros, siempre con intención satírica y para azotar a los ignorantes.

Finalmente, y al sumergir el estudio de la lengua, como hemos dicho, en el estudio general de las comunicaciones humanas, no conviene olvidar la modulación de la voz, que escapa a la mera estructura del lenguaje, y sobre lo cual ofrezco dos ejemplos que casi son dos chascarrillos:

- 1) Un padre lee, indignado, este telegrama de su hijo:
  - a) (Tono autoritario): ¡Estoy arruinado, mándame dinero! y comenta, lamentándose: ¡Hijo irrespetuoso! ¡Si al menos me hubiera telegrafiado así!
  - b) (Tono implorante): ¡Estoy arruinado, mándame dinero!
  
- 2) En una comedia andaluza de los Alvarez Quintero, que cito de memoria, aunque aseguro que he respetado lo esencial:
 

—Y qué ¿ha llovido en el cortijo?  
 —Pues verá usted, señorito:

  - a) (Tono menor): Como llover, llover, lo que se llama llover, si ha llovido.
  - b) (Tono mayor): Ahora que, como llover, llover, lo que se llama llover, no ha llovido.

Pero recobremos el hilo de nuestro asunto. La teoría de la Información se apoya en el cálculo de probabilidades y en la estadística matemática, y aunque ha partido de un principio práctico en apariencia (ingeniería de las transmisiones), trasciende a la ciencia pura, por donde se desborda al fin sobre las ciencias humanas, interesa al criterio histórico de la prueba o testimonio, a la teoría del conocimiento, y toca el lindero de la filosofía, donde será cuerdo que se detenga. Jurgen Ruesch y Weldon Kees, por su parte, rondando los límites de esta teoría, acaban de consagrar un sugestivo ensayo a la “comunicación no verbal, o notas sobre la percepción visual de las relaciones humanas”. Piden allí auxilio a las

conclusiones de la lingüística, la antropología, la sociología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la semántica, la matemática, la cibernética o “gubernática” de las máquinas, y la neurofisiología. ¡Ay, que ante este alud de consideraciones científicas la vieja lingüística romántica parece la imagen de la penuria, aunque también de la heroicidad! ¡Ay, que la lingüística va dando la espalda a los escritores y pronto se refugiará en los laboratorios atómicos! (Cum grano salis).

Por supuesto que estas sublimidades lingüísticas andan ya muy lejos del trato concreto de la lengua que a los escritores incumbe. Pero, aun sin salir de nuestro ámbito, da grima pensar que todavía corren por ahí manuales de gramática en que se habla de la “analogía”, palabra y concepto pitagóricos, heredados de los remotísimos siglos en que aún se pensaba que existe una armonía secreta y necesaria entre el objeto y la palabra con que se lo nombra. De lo que ya hacía donaire Proclo, observando que, si existiera tal relación mística, Aristocles no hubiera podido llamarse Platón, ni Tirtamo hubiera podido llamarse Teofrasto. Como si dijéramos, que don José Martínez Ruiz no hubiera podido firmarse “Azorín”, cuando se le antojó hacerlo, sin incurrir en alguna violación de carácter sacro. Y adviértese que estas vejeces se conservan aún por los días en que ya la gramática ha alcanzado, con la escuela danesa, ese desarrollo que le permite mudarse del orden normativo al orden llamado “estructural”.

No quiere esto decir en manera alguna que la ley lingüística sea la arbitrariedad, lo que supondría una palmaria contradicción con lo que antes expusimos. Ya se entiende que la censura contra la tesis de los analogistas sólo se refiere a la doctrina sobre el origen o creación del lenguaje, no al lenguaje ya creado. Pues aquí hay, desde luego, aunque no una relación mística, sí algo como un convenio respecto a lo pactado o establecido, sea consciente o inconscientemente y las más veces por difuso arrastre secular. Si en el instante teórico de la creación verbal (su símbolo

puede ser el instante en que Adán dio nombre a los animales) fue dable llamar "vino" al pan o viceversa, después del bautismo ya no queda más que llamar al pan "pan", y al vino, "vino", para dar un nuevo sesgo a la frase hecha.

Por supuesto también que, si en los usos prácticos del lenguaje hay cierta indiferencia, que en algo recuerda la indiferencia anterior al bautismo, el rigor va aumentando —aunque no sea ya la armonía mística que soñaban los analogistas— según nos acercamos a los usos que llamaremos teóricos: la filosofía, las ciencias, las letras, la poesía. En efecto, en los usos filosóficos y científicos del lenguaje, habrá que ceñirse al concepto de la adecuación, propiedad, exactitud (que va desde la palabra precisa, pasando por el tecnicismo estereotipado, hasta la fórmula matemática): y en los usos del lenguaje artístico —letras, poesía— habrá que apegarse a la intención expresiva, prefiriendo este o el otro término por múltiples razones de corrección léxica y gramatical, así como de valor estético (fundamento de la "estilística"); y en los usos teórico-prácticos, que por una parte atienden al encanto del habla y, por otra, a su eficacia persuasiva (en suma, la retórica o arte oratorio como lo define la antigüedad clásica), aún habrá que tomar en cuenta asimismo la oportunidad y la conveniencia social. Todo ello significa una fuerza atractiva mayor o menor entre el objeto y su nombre, fuerza que podrá mudar de un caso a otro, según las mil circunstancias que lo envuelven y le dan su carácter, pero no por eso deja de existir. Y en este sentido elástico y so-

metido a las distintas utilidades del momento y a ese *si sé qué* llamado el gusto, es admisible todavía aquella vieja lección sobre las palabras *nobles e innobles*, expuesta, después de otros, por Casio Longino, secretario de la reina Zenobia de Palmira en el siglo III de nuestra era, o quien haya sido el autor del precioso tratado *De la sublimidad*. ¿Queremos, de paso, algún ejemplo sobre la variabilidad en el grado de nobleza de las palabras? Pues veamos cómo el popularísimo nombre de "Juana" queda dignificado por el solo hecho de haberlo incrustado en sus sonetos el licenciado Tomé de Burguillos, o cómo el vulgarísimo de "Francisca Sánchez" queda como trocado en oro por haberlo acomodado Rubén Darío en un gracioso endecasílabo.

Pero, se preguntará el paciente auditorio, ¿corresponde todo esto al programa de la Academia? ¡Oh no! Aquí nadie prescribe sus obligaciones a nadie, ni estamos formulando programas, y ya los señores académicos honran sobradamente a nuestro país y a nuestra habla entregándose a las inspiraciones de su propia mienra. Yo sólo he querido desahogar ciertas inquietudes que han provocado en mí algunas lecturas recientes, aprovechando para ello la ocasión que me proporcionaba este acto, y así, con toda intención y muy de caso pensado, borrar un poco mi persona entre consideraciones abstractas, ya que, por desgracia, el carácter mismo de esta sesión la exhibía demasíadamente.

Señores académicos: muchas gracias. Muchas gracias, señoras y señores.

# Realizaciones del Poder Ejecutivo en el Ramo de Cultura Popular

(Párrafos de la Memoria de labores del Ministerio de Cultura, correspondiente al año comprendido entre el 14 de septiembre de 1955 y el 13 de septiembre de 1956).

Actualmente el costo anual de la educación primaria por alumno es aproximadamente, de ₡ 65.78. Esto indica claramente lo que costará el incremento de la educación primaria en lo futuro. Y conste, que ese costo subirá a medida que se dote a las escuelas con mejores equipos de trabajo y se aumente el salario a los maestros. La educación secundaria es más cara, y la educación técnica, más costosa todavía. Hablar pues, de más y más escuelas públicas, significa contar con más fondos destinados a ese fin.

El desarrollo de la educación oficial durante los seis últimos años arroja las siguientes cifras de aumentos: Primaria, 52%; Secundaria, 120%; Técnica, 600%.

Desde luego, falta una importante población escolar por cubrir. Hace algunos meses la Unión Panamericana publicó algunas estadísticas educativas. En cuanto a nuestro país, ellas fueron proporcionadas por el Ministerio de Cultura y corresponden al año de 1951. Al analizarlas, no

cabe duda que sin el sentido que demanda la interpretación de las estadísticas, se ignoraron tres circunstancias básicas: 1ª) que los datos son de 1951, o sea, el primer año de la Administración pasada; 2ª) que sólo se consideró la población escolar que falta por cubrir y no la que se ha atendido, o sea, en una forma que no es significativa; y 3ª) que una derivación de juicios fundada en una sola cifra estadística es lo más singular que puede ocurrir en cuanto a interpretación de datos, ya que ésta demanda la comparación por períodos, y luego, dentro del esquema general de la situación de un país determinado, enfocarla en forma dinámica.

Si más adelante tenemos cinco millones de habitantes y un millón de niños en edad escolar, de los cuales no se atienden doscientos mil, ¿diremos que el Estado no ha hecho nada para saldar la deuda que tiene con su población infantil? Si reparamos en el déficit e ignoramos la enorme cifra del haber, no valorizamos el



esfuerzo estatal. He aquí cómo el juzgar por lo que falta falsea los programas, y ofrece un cuadro incompleto de la situación de un país.

Es oportuno aclarar, que el déficit en la escolaridad primaria se ha calculado por este Ministerio tomando en cuenta las edades en que los niños asisten normalmente del primero al sexto grado. Pero aquellos que son ausentistas a partir del tercer grado, y que integran la cifra que revela tal déficit, han asistido a la escuela, tal vez han ganado uno o varios años, y por lo tanto no son analfabetos. El déficit en la asistencia pues, tampoco es significativo por sí mismo, en cuanto a la futura cantidad de analfabetos. Esa cifra se compone de niños que han asistido a la escuela, y hasta ganado años, pero que se han retirado antes de cumplir la obligación escolar completa, y de niños que nunca han estudiado. El ideal demanda la asistencia escolar durante toda la primaria, pero algo significa, para efectos estadísticos, la concurrencia a una parte de ella.

Nos falta atender muchos miles de niños. Pero veamos cuál era la situación en 1950 y cuál es la perspectiva de hoy. En 1950 la escuela primaria salvadoreña atendía 155.297 alumnos; en 1956, tiene a su cargo 236.086 alumnos. Aumento: 52%. En 1950, disponía de 4.196 plazas; en 1956 dispone de 5.964. Aumento en el personal docente: 42.13%. En 1950 contaba con tres Escuelas Normales; en 1956 tiene siete. En 1950 egresaron 148 maestros primarios; en 1956 egresarán aproximadamente 470. Aumento: . . . . . 217.56%. En 1950 se gastaba en educación primaria ₡ 6.202.827.00; en 1956 se gastan ₡ 14.212.314.27. En 1950 se gastaban ₡ 292.103.20 en educación normal; en 1956, incluyendo la Normal Superior, se gasta ₡ 1.277.349.52. En 1950 se gastaban ₡ 402.693.60 en Educación Secundaria; en 1956 se están gastando, incluyendo la Vocacional, ₡ 2.352.973.00 en ese mismo rubro. Y así, todos los servicios han crecido, y además se han creado servicios nuevos.

Es oportuno señalar que de acuerdo

con el Escalafón existente, 543 profesores primarios mejoraron sus salarios el corriente año, en virtud de ascensos. En este grupo figuran 146 profesores que terminaron sus estudios por correspondencia en 1954, y que en aquella época, por estar ya elaborado el Presupuesto, no pudieron gozar inmediatamente del aumento que les corresponde en derecho.

Continuando con los gastos del corriente año, destinados a fines educativos, es del caso apuntar que la mayor parte de los refuerzos han aumentado las facilidades de la Universidad. En efecto, se votó un crédito por ₡ 900.000.00 para la construcción de la Escuela de Ingeniería, edificio que se está levantando en la Ciudad Universitaria bajo la responsabilidad del Instituto de Vivienda Urbana; se aumentaron las horas de clase, para que la Universidad ampliara los cursos de las distintas Escuelas y se le dieron asignaciones para comprar el equipo y el mobiliario perdidos a causa del deplorable incendio que destruyó el edificio central, con un monto de ₡ 250.498.00. Además, se erogó la suma de ₡ 125.000.00 para formar la biblioteca de la Escuela de Derecho y ₡ 20.000.00, para la de la Facultad de Humanidades. Un plan de formación de profesores de la Escuela de Medicina que patrocinaron los Ministerios de Asistencia Social y de Cultura, en colaboración con el Instituto Interamericano de Salud Pública y el Punto IV, necesitó de ₡ 175.000.00. Se han erogado ₡ 439.590.00 para construir la Escuela de Odontología. El Gobierno ha gastado, en el corriente año, para atención de la Universidad, ₡ 1.618.626.04 más que en 1955. Tomando en cuenta el Presupuesto ordinario de 1956, más las adiciones que se han hecho en el curso del año, resulta que la inversión de 1956, en el servicio de la Universidad, asciende a . . . . . ₡ 2.912.400.00.

En relación a la educación primaria, es de notarse que la reforma orgánica de la misma ha ido este año más lejos que en los anteriores, pues las escuelas renovadas bajo las pautas de las escuelas experimentales, ascienden a diez; se han

publicado los nuevos Programas de Primaria y los de Kindergarten, así como el Reglamento General de Educación Media; y se dan los toques finales al Reglamento General de Educación Primaria. En Memorias anteriores se ha hablado de estos temas.

Se ha organizado la Comisión para la reforma de los Planes y Programas de las Escuelas Normales y para estimar los estudios de Comisiones anteriores. Conviene unificar más los criterios sobre dirección de dichos establecimientos y el contenido, propósito de las asignaturas y actividades que forman eficientemente al futuro maestro.

Se completaron los Institutos Nacionales en las Cabeceras de Departamento, de modo que, sin excepción, todas éstas tienen su Instituto Secundario para la preparación de bachilleres. Cinco fueron los centros de esta clase creados el corriente año.

El crecimiento de la Educación Secundaria ha llevado consigo el problema de la preparación de personal idóneo. Una etapa de consolidación y profundización del sistema orgánico de los centros ya establecidos se impone para los próximos años. La Escuela Normal Superior tiene una importancia decisiva para la futura orientación y eficacia de esa etapa educativa. Para estimular los criterios armónicos y los programas de alcance general entre los funcionarios que tienen responsabilidad en estos asuntos, se han iniciado las reuniones periódicas del personal, para que trabaje en mesas redondas y seminarios. El Seminario de Directores de los quince Institutos Nacionales que operan en el país, reveló grandes posibilidades de intercambio de experiencias e ideas para imprimir orientación uniforme en la Secundaria.

Los egresados de la Normal Superior hacen un año de servicio social en los Departamentos. El cumplimiento de esta disposición reglamentaria dio lugar a dificultades inherentes al desajuste entre las circunstancias y deseos personales, por una parte, y a las necesidades del servicio, por otra. No se permitió realizar el

año de servicio social en la capital, con lo que se sentó un precedente que beneficiará a los Departamentos, que disponen de poco personal idóneo, y a los futuros profesores, que tomarán contacto más estrecho con la realidad nacional, lo cual no puede hacerse con fruto desde San Salvador. Muchos de estos maestros pueden organizar su vida en las poblaciones del interior del país, con lo cual la Educación Secundaria cobrará vigor en los lugares que más la necesiten. En manos de estos maestros secundarios graduados estará, en apreciable medida, la tarea de consolidar y perfeccionar la extensa organización de planteles secundarios con que cuenta el país.

En la Secundaria se registra una importante innovación: se introduce la Educación Musical como parte de los estudios de los alumnos, sujeta a programas, evaluación y promoción. No es del caso repetir la trascendencia que se le reconoce a la Educación Musical. Un Departamento de Música y Coros, adscrito a la Secretaría de Cultura, que se proyecta a todas las etapas educativas y aun a la formación extraescolar, fue creado para orientar el personal, elaborar los programas de trabajo y supervigilar los resultados. Esto arranca del año recién pasado, en que se promovieron numerosos coros escolares, se dio orientación a los profesores de Música, se realizó un concurso entre los mejores grupos, y por primera vez se presentó una considerable masa coral de cinco mil voces. Los nuevos Programas de Educación Primaria contienen también la enseñanza de Música y Canto, para que haya empalme entre las dos etapas educativas.

Es punto de especial interés que nuestra educación se adapte mejor a las necesidades del desarrollo del país, para formar no sólo individuos dedicados a ejercicios contemplativos y de pura erudición, sino activos y con capacidad de creación en los procesos de la vida nacional. La nación precisa hombres con sentido meliórico, útiles, aptos, capaces de aprovechar sus potencias intelectuales y sus energías físicas. Por ello, en los Pro-

gramas de Educación Primaria, las antiguas manualidades, que no respondían a objetivos definidos y que más tenían carácter de esparcimiento, se sustituyen por las artes industriales, que van, a partir del Primer Grado, desde el uso de un trozo de papel hasta las reparaciones caseras, en el Sexto Grado. Es oportuno llamar la atención sobre esta forma de enseñar las artes industriales y acerca de las aptitudes que tendrán nuestros futuros ciudadanos si los programas se conservan y se aplican a cabalidad. Se preparan profesores de artes industriales para la Secundaria, y se mantiene y extiende la orientación vocacional de esa fase de la educación. La actual Sección de Orientación, adscrita a la Dirección General de Educación Secundaria, puede transformarse en un Departamento de

Orientación, adscrito a la Secretaría de Cultura, para que tenga autoridad en todos los niveles y formas de la enseñanza. Los cursillos para adiestrar maestros en servicio en estas distintas modalidades educativas, han continuado bajo la responsabilidad de la Escuela Normal Superior.

Las Escuelas Normales Rurales han sido objeto de preocupación primordial. Para impulsar la transformación agropecuaria del país, nadie mejor que los maestros rurales. En la Escuela de Suchitoto trabaja el grupo de jóvenes que hicieron estudios en la Normal Rural Interamericana de Rubio, Venezuela, y están haciendo notar los resultados de su adiestramiento y las numerosas iniciativas con que pueden superarse muchas limitaciones económicas.

# CULTURA Y PERSONA

Por ANTONIO CASO

Nada supera ontológica ni axiológicamente a la persona.

Ser personal es asumir la suprema manifestación de lo real.

La naturaleza tiene un fin: la persona; la cultura sólo puede concebirse como obra de personas. Dios es persona.

Natura y cultura se refieren, por ende, a la significación de una esencia: la personalidad.

Max Scheler distinguió en la cultura, tres órdenes: la cultura de aprovechamiento, la cultura de integración y la cultura de salvación. Ninguno de estos órdenes es concebible sin la noción de persona. Ante la cultura de aprovechamiento, que prepara; frente a la cultura de salvación, que remata, está la cultura de integración que erige a la per-

sona en su ser moral y espiritual.

¿Cómo se aprovecharía algo, si alguien no lo aprovechara? . . . Y, ¿cómo se salvaría alguien, si no fuera persona . . . ?

El sujeto humano, físico, moral y espiritual, "polariza", por así decir, el acervo de la cultura en su integridad. En el pensamiento scheleriano, el fondo antropológico es notorio. Por esto el filósofo tendió a la constitución definitiva de la antropología filosófica, procurando sintetizar las diversas corrientes que desembocan en las perplejidades de la civilización contemporánea.

De Israel —el pueblo inventor de la filosofía de la historia— procede la noción del hombre que la civilización occidental aceptó y difundió. La persona humana se con-

cibe a imagen y semejanza de Dios. Esta es la profunda enseñanza del pueblo hebreo, que con el Cristianismo se difundió sobre todas las naciones europeas; porque resulta curioso observar que la religión de Occidente, como el budismo de los chinos y los japoneses, se engendró no por la raza que produjo para cada gran religión su inaudito proselitismo, sino en razas extrañas: el cristianismo en Judea y el budismo en la India.

Al lado de la tradición religiosa que concibe a la persona como trasunto de la divina, como imagen suya, halla el Occidente europeo el resultado de la aportación científica, que ve en el hombre el último fruto de la evolución de las especies biológicas.

De cualquier modo, la persona humana sintetiza la evolución cósmica y da sentido a la interpretación de la obra cultural. Natura y cultura tienen dos centros: Dios y el hombre; Dios que constituye el fin último, y la humanidad que es un desarrollo constante hacia la persona divina.

Los valores, que son relaciones reales entre los bienes que los exhiben, la sociedad en que se muestran a través de la historia, y las personas que los estiman, sólo pueden tener sentido reflejados en la acción personal.

La persona humana —según Scheler— es por sí un ser más alto y sublime que la vida toda y sus valores; que la naturaleza entera; es el ser en quien lo psíquico se libertó del servicio de la vida, se

depuró y ascendió a la dignidad de espíritu; “espíritu a cuyo servicio entra ahora la vida, tanto en sentido objetivo como en sentido subjetivo”.

La cultura es obra personal en todo momento. Crear no es obra de sociedades ni de pueblos, sino de personas; la cultura de aprovechamiento, como la cultura de integración, se refieren al sujeto humano es su espiritualidad esencial.

¿Qué ser colectivo, mítico e inexistente, puede sustituir a la personalidad humana? Ya lo enseñó Aristóteles, al tratar de la esencia común y la esencia individualizada. El ser individual, la única verdadera substancia, es el solo capaz de existir; los universales no son cosas en sí; pero son inmanentes en los individuos y se multiplican en todos los representantes de una misma clase; el universal no recibe su forma independiente, sino por la consideración de nuestro espíritu, porque al lado de las determinaciones esenciales comunes, que todos los individuos de una especie muestran, cada ser personal posee sus propias determinaciones que afectan a su esencia y constituyen el sello de su personalidad. Pasarán los siglos como han pasado desde que Aristóteles desapareció de la humanidad, y este teorema eterno como dice de Wulf, vencerá, lógicamente, a todos los discípulos de Heráclito y de Parménides, incluso a los platónicos... y a Platón.

“Creo —dijo una vez Lachelier, oponiéndose a Durkheim y sus teo-

rías sociológicas— que la religión consiste, para el alma que es capaz de confesarla, en un esfuerzo individual y solitario para libertarse de todo cuanto no es ella misma, de todo cuanto no es su propia libertad.” En efecto, así es; las personas humanas no son partes de nada ni de nadie. Las personas son de Dios.

Cada quien, en la vida, ha de pasar. No durará sino una huella. La huella histórica es la cosa grabada por la persona, que ya no existe en este plano que llamamos la reali-

dad. ¿Qué podrá perdurar de un siglo como el nuestro, que labra sobre las cosas el trasunto de su impersonalidad técnica?

De este barullo de máquinas ¿qué quedará? . . . ¡Un hacinamiento de hierros retorcidos y deformes, que revelarán a otras generaciones, acaso más felices que las nuestras, nuestro inútil poder! Sólo el titán anónimo del siglo perdurará en sus restos, descoyuntado y roto . . . ¡Los restos de Leviathan!

(Tomado de *Cordillera*, La Paz, Bolivia).

# Sobre las Letras Peruanas en los Ultimos Diez Años

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

No son estos diez años los más propicios al desarrollo de una literatura libre, honda ni pura. Aunque los escritores se preocupen con mayor ahinco de su instrumento y de su técnica, mal pueden evadirse de ciertas servidumbres colectivas, una de ellas, el cerrado horizonte que les cerca su consiguiente cortejo de limitaciones. La creación artística requiere siempre libertad: externa e interna, o, al menos, la última. Caso éste, en que el escritor posee una dosis de heroísmo intelectual, de capacidad de abstracción incalculable.

Entre 1945 y 1955, el ambiente literario del Perú se ha visto solicitado por singulares alicientes, en especial, un ansia de ecumenismo en la forma, por desgracia atempe-

rada por una insistente voluntad de permanecer atado a temas locales, no tan significativos como se quisiera. El duelo implícito entre universalidad y criollidad se resuelve de modo diferente según el grado de autonomía de que dispongan los individuos. Por lo común, bajo el peso de imperiosos dictados, el debate se inclina a lo más fácil: al nacionalismo, aunque sea de discutible calado.

Ocurre, además, otra circunstancia extendida a todo el continente: la creciente corrección de la forma no está acompañada de pareja elevación de los temas ni de las individualidades. En otras palabras: cada día hay menos malos escritores, sobre todo menos malos versificadores, pero cada día hay menos gran-

des escritores, en especial grandes poetas. Una especie de medianización por lo alto alivia al lector común, pero no al creador.

De los géneros literarios, sin duda la poesía es la que más ha sufrido a consecuencia de tal impacto. La novela y el cuento se libran a medias, por la cantidad de temas inéditos de que disponen. Eso les permite mantener cierto señorío, aunque no despeguen el vuelo del relato, gloria y maldición de las narraciones americanas.

Antes de 1945, se habían consagrado en la novela dos autores: Ciro Alegría y José María Arguedas. En 1955 siguen siendo los más calificados, a pesar de no haber producido obra novelesca de valía (si alguna) en el lapso de este decenio. No obstante cabe sentirse optimista. No tanto por la consagración de un relatista adulto, Francisco Vegas Seminario, con *Montonera* (1955), inferior a su libro de narraciones, de 1946, cuanto por la aparición de un grupo de cuentistas jóvenes, obedientes de diversas consignas: los unos, a decantar el análisis de las pasiones; los otros, a pintar exteriores vernáculos.

A la primera de estas vertientes pertenecen según recuerdo, C. E. Zavaleta, *La batalla*; C. Congrains, *Lima, hora cero*; Julio Ribeyro, Manuel Mejía Valer; a la segunda, también los dos primeros, pero sobre todo Porfirio Meneses, V. Peláez, y tal vez, alguien a quien no recuerde.

Zavaleta, aunque muy joven, tiene ya una larga foja de servicios literarios. En 1948 venció en un concurso de cuentos, organizado por la Universidad de San Marcos. Su estilo se pliega a menudo al de los cuentistas norteamericanos, en especial, a Faulkner, de quien ha recibido lecciones de penetración y divagación; parejamente Congrains maneja un sobrio estilo narrativo. Sin alardes doctrinales, encara aspectos amargos y olvidados de la vida diaria. Acomete así una forma que podría calificarse de social, si este adjetivo no estuviera demasiado cargado de sentido partidario. Ribeyro cultiva un cuento más libre de influencias inmediatas. Joven también, tal vez no tanto como Congrains, se encuentra en Europa, absorbiendo lecciones de literatura francesa y alemana. Mejía Valer, otro joven escritor, ha publicado un cuaderno de cuentos en México. Se advierte en ellos un prurito acaso excesivo de limpieza verbal que puede llegar —y a ratos llega— al amaneramiento. La atmósfera del Colegio de México y su niebla filológica se adhiere en demasía a sucesos tan humanos como los que constituyen la temática de Mejía.

Frente a este grupo, podría señalarse otro, en el que, ocasional y tangencialmente militaría Vegas Seminario: el de los vernaculistas. Entre ellos hay dos estupendos narradores; Peláez Bazán y Porfirio Meneses. Pertenecen a una estirpe mesticista, recia, dramática, llena de vigor, a menudo folklórica. Pe-



ro a diferencia de los personajes y asuntos de Ventura García Calderón (muy forzados) y de López Albújar (harto rapsódicos), los de Meneses y Peláez no pierden en ningún instante su contenido y fondo literario.

Dos relatistas costeños: José Diez Canseco (fallecido en 1949, a los 44 años) y Fernando Romero (dedicado a labores burocrático-didácticas en Washington D. C.) contribuyen al desarrollo del relato peruano en esta década. Ambos criollistas. El primero, de una prosa irónica, frecuentemente poética, pudo ser el representativo de la novela criolla.

En el verso (dejemos la palabra poesía por el momento) mantienen su señorío poetas anteriores a la década que nos ocupa. Sin duda, *Travesía de extramares*, de Martín Adán, publicado en 1951, y un poemario de Alberto Escobar; el retorno a la poesía de Luis Valle Goicochea; la antología de Mario Florián, ya premiado en 1945; el fugaz destello de Gustavo Valcárcel; la eclosión de Alejandro Romualdo; la reaparición triunfante de Julio Garrido Malaver (vencedor de un concurso poético en 1940); la lealtad expresiva de Sebastián Salazar Bondy y Gonzalo Ross, son otros tantos hechos, entre los que recuerdo, dignos de examen y reflexión. Si Francisco Bendezú, uno de los benjamines literarios, hubiese dado ya a la estampa su Antología, y si Juan Ríos (fino espíritu y grande inquietud) hubiese mantenido su fidelidad a

la poesía, en vez de dedicarla al teatro, creo (y perdónese mis olvidos e ignorancias) que tendríamos un cuadro más cabal de este corto lapso literario. Repito: de lejos no es posible ser del todo exacto; además, no quiero ser de ninguna manera colector de cuantías sino cosechador de excelencias.

Martín Adán (mayor de 45 años ahora) es un caso impar. Su prosa surrealista inauguró con *La casa de cartón*, en 1928, una nueva aventura literaria en el Perú. Clásico de raíz, cultivaba sonetos y romances de compacto atavío y peligrosa intención. *Los Antisonetos*, popularizados en Amauta labraron su fama poética. La vida derivó después cruelmente. La imaginación se convirtió en cilicio. Rafael de la Fuente ha tejido en el entretanto, con virtuosismo morboso, los versos de *Travesía de extramares*, cuya belleza corre a la par de su exotismo y estrambotismo, cuya hambre de melodía echa a correr por las rutas de la ecolalia, salpicada de ocasionales y magníficas metáforas. Martín Adán no deja escuela, pero enseña a decantar y depurar.

Las analogías con Lautreamont, usadas a propósito de Martín, carecen de fundamento. Lo exótico en Lafuente viene de adentro, fruto de proceso orgánico, propio, sin concesiones imitativas. Imposible imitarle. Además inconveniente.

Podría colocarse en sitiales casi antagónicos a este de Martín Adán, a Mario Florián y a Julio Garrido

Malaver. El primero empezó con una poesía nativista, pero, a diferencia del folklorismo rimado, que algunos le atribuyen, tuvo más bien un sentido poético de lo vernacular. La poesía indigenista peruana osciló por lo general entre la ramplonería descriptiva y la ramplonería protestadora o pseudo revolucionaria. Las excepciones son pocas y ocasionales: González Prada, ciertos poemas de José Varrallanos y de Alejandro Peralta, pero los últimos con innegable retórica vanguardizante. Florián, como García Lorca (símil audaz, pero espontáneo), poetiza lo consuetudinario. No deliberadamente: por mandato de su ser y de las cosas. Garrido posee un aliento más trascendental y tierno. Hay en su canto notas patéticas, severamente sofrenadas por una orgullosa humildad de viviente a plenitud. En sus labios las palabras dolor, amor, angustia, no suenan a falso. Traducen una realidad. Vienen de adentro. Si flotan, espuma son de una amarga y terrible tempestad.

No es que exalte una poesía de anécdota, en tono neorromántico. No. Pero, creo, con Rilke, en la poesía de maduración, de vital mensaje. De ahí, que los finos y brillantes versos de otros poetas, sabedores sutiles de su arte, me conmuevan menos. Advierto en Escobar a un experto decantador de emociones; en Romualdo, una fuerza imaginativa, un impulso cada vez más depurado y poderoso aún en marcha o proceso de cristalización; en Salazar, elegancia y

concepto; en Eielson, ingenio y fantasía. Aparte, Juan Ríos yergue su figura concentrada, solitaria, de una voz singular, voz a la que no son ajenas la protesta ni la queja; vida en que no disuenan el amor ni la revolución, y, además, sabiamente entrenado en disciplinas retóricas del día.

Se bosquejan otros poetas: Manuel Scorza, quien ha dado un puñado de notas líricas, promisorias, no cuajadas aún; Luis Carnero Checa, elocuente y enumerativo; todos ellos esforzados por hallar la ecuación entre la angustia personal y la inquietud colectiva, a través de modos generalmente nerudianos; influencia persistente en excesiva parte de la actual poesía americana.

Del ensayo, habría poco que decir. Se conserva la rectoría de Antenor Orrego, laborioso, original y brillante. No ha publicado libro en esta etapa, pero sus trabajos en revistas como *Cuadernos* (Perú), *Cuadernos Americanos* (México), *Humanismo* (México), etc., son bastantes para ratificar su prestigio. Orrego prepara un libro sobre Vallejo, a quien él anunció y prologó desde 1917 y 1922, respectivamente.

Vallejo, pues incidimos en él, constituye la otra gran influencia que, junto a la de Neruda, envuelve a la mayor parte de la poesía peruana de esta década. Recuerdo aquí lo que Dámaso Alonso me decía en Madrid, en febrero de este 1956: "La sombra de Vallejo crece, en vez de declinar; tiene por-

venir después de muerto. Conveniría analizar este hecho. No sólo por sus formas, sino por sus raíces y resonancias”.

Dos son las mayores influencias que pesan sobre la poesía peruana de hoy: Eguren y Vallejo, dentro de lo nacional, y Neruda, dentro de lo foráneo. El impacto de García Lorca se ha debilitado. La crítica vuelve a reexaminar a Chocano, de quien se extraen inesperadas lecciones, sobre todo ahora que se han publicado sus Obras completas. Eguren representa lo alado, grácil, intrascendente, estéticamente pueril; Vallejo, lo terrestre, patético, grávido de ideas y sensaciones humanas, adulto. Los dos, inimitables. Esa es su gloria y su tropiezo. Ni Eguren ni Vallejo admiren discípulos: secuaces o admiradores, sí. De ahí que la poesía peruana actual se encuentre un tanto desguarnecida de los necesarios tutores inmediatos. La presencia de Neruda, otro impar, pero de una retórica contagiosa y visible, no atenúa ni mucho menos elimina el problema.

Los ensayistas se dan cuenta de ello y lo subrayan, aunque, acaso, poniendo demasiado énfasis en el aspecto local o terrígeno de dichos poetas. Así Jiménez Borja nos habla del valor geográfico de Eguren; Elsa Villanueva, Antenor Samaniego y el francés Croydon insisten en ciertos aspectos folklóricos de Vallejo. Orrego, en eso, con pleno y primordial conocimiento de personaje y tema, continúa alumbrando la cuestión. Se explica: Orrego es

el más audaz y universalista (americanista con vistas ecuménicas) de los ensayistas peruanos en vigencia.

Han surgido otros nombres, con obras aisladas, algunas de ellas significativas, y, se han repetido otros nombres, de prestancia anterior: Luis Valcárcel, Honorio Delgado, Raúl Porras, Jorge Basadre, Alberto Wagner, Antenor Samaniego, Luis F. Alarcón, Andrés Townsend, F. Miró Quesada. En el periodismo de ideas, la tarea reemprendida por Haya de la Torre (a través de *Bohemia* de La Habana; *Universal*, de México; *Acción*, de Montevideo; *Ibérica*, de Nueva York; *Cuadernos Americanos*, de México, etc.), reúne los requisitos de un vasto e interrumpido ensayomensaje y de una sostenida prosa periodística. Algo nos corresponde personalmente en este cuadro a través de libros y artículos. Javier Pulgar Vidal ha ilustrado la prosa científica con magníficos trabajos de investigación y divulgación. Pero, en todo esto se revela a primera vista una división fundamental: la producción casera y la peregrina. Aquélla más historicista; ésta más ideológica; con menos libertad allá, con casi toda aquí. Dentro de las fronteras peruanas, estos últimos ocho años han significado la amputación de importantes temas e ideales. Si ello conduce con alguna perfección formal y remozado rigor científico, sería menos malo. Si no, habrá que lamentar la renovada paralización de una cultura alimentada por siglos de buen gusto e inquietud, deformada por lustros

de impuesta ramplonería y obligada sordina.

El que, en medio de tan contradictorias circunstancias exteriores, siga floreciendo el relato, se mantenga la poesía, crezca la no-

vela y sobreviva el ensayo, habla muy alto de las capacidades y posibilidades de la nueva generación peruana.

(Tomado de la revista *Atenea*, Concepción, Chile).

España en los Umbrales del Arte Moderno

## DE GOYA A PICASSO

Por ENRIQUE DIEZ CANEDO

La verdadera influencia de Goya como pintor es la que se ejerce, a través de Eduardo Manet, sobre la pintura impresionista. Paralelamente podría marcarse la huella española de los Ribera y los Zurbarán en artistas como Teódulo Ribot y León Bonnat, pero esto ya nos desviaría de nuestro propósito. Si a Goya le acompañan en autoridad sobre los pintores románticos Ribera y Zurbarán, para con los impresionistas le acompaña El Greco. Velázquez preside por igual en uno y en otro caso.

Manet, desde sus comienzos, se interesa por la pintura española. Una compañía de cantantes y bailarines que visitó a París le dio asuntos para sus primeros trabajos de tono español: *El guitarrero*, *Lola de Valencia*, etc. En 1865 emprendió su viaje a

España. Había pintado ya dos de sus obras maestras: el *Almuerzo en el campo* y la *Olympia*; estaban recientes las discusiones suscitadas por la exhibición de este lienzo famoso.

Al hacer, en 1869, Teófilo Gautier la revista del *Salón*, señalaba terminantemente el abolengo de Manet, elogiando la persistencia del tono local en todas sus figuras: "Este tono local suele ser bastante frío y revela en el artista su sentimiento sumario pero justo del color. Este es el mérito del señor Manet, que ha estudiado mucho la escuela española, a Velázquez, y sobre todo a Goya, de quien exagera todavía la manera suelta. Pero carece de su fuego, de su ingenio, de su fecundidad de composición, y de ese mágico sentimiento de horror, de esa terrible ironía carica-

turesca que llega a lo monstruoso y que hace del nieto de Velázquez y Rembrandt un artista de raza enteramente aparte de los demás. . .” Es el año del *Balcón*. “Este cuadro —dice Gautier— por su disposición recuerda un lienzo de cierto pintor español del siglo XVIII, imitador de Goya, cuyo nombre escapa a nuestro recuerdo y que estaba en el museo Standish, adquirido por el rey Luis Felipe.” Recuerda, desde luego, a las *Majas del balcón*, del propio Goya, que está en una colección neoyorquina y fue del infante don Sebastián; cuadro de técnica muy suelta, hecho a espátula y cuchillo en su parte más luminosa, y pintado en época muy adelantada, entrado ya el siglo XIX.

Teodoro Duret, que se encontró en Madrid con Manet, a quien aún no conocía, refiere las circunstancias de aquel breve viaje, pronto interrumpido porque Manet no podía sufrir la cocina española. “Era, dice, un parisiense que, en definitiva, sólo en París se encontraba a gusto.” Duret habla de la larga permanencia ante los Velázquez del Prado y nada dice de Goya. Es indudable, aunque no existiera el testimonio de Gautier ni otro alguno, que Goya fue el verdadero entusiasmo del maestro impresionista. Su manera de sentir el asunto moderno, por una parte; por otra, su concepto mismo del color, sus contraposiciones de luz y sombra, sus blancos, sus grises, antes de que su paleta se enriqueciese al ejemplo de los demás pintores de su escuela, muestran bien el estudio de Goya, junto al de Velázquez. Sólo un cuadro de Manet, *El fusilamiento*

*de Maximiliano*, bastaría para establecer el parentesco.

Pintado, claro está, sin haber presenciado la escena, y documentado apenas, para la semejanza de Maximiliano, en una fotografía (dos amigos cuyas fisonomías desfiguró le sirvieron de modelo para las figuras de los generales Miramón y Mejía), el cuadro, de grandes dimensiones, parece un número de la serie de los *Fusilamientos* y *Matanza de los mamelucos*, pintados por Goya en los horrores de la invasión francesa, documentos de guerra que responden en pintura a las planchas de los *Desastres* en su obra de grabador.

Y también la obra grabada de Manet nos le vuelve a mostrar en conexión con España, sobre todo en la *Mujer de la mantilla*, que se llamó antes *Flor exótica* y es del año 1869. En esta obra sigue Manet el procedimiento de Goya, no ya como influencia sino con propósito claro de imitación. Más libre se muestra en los grabados de sus propias obras, como la *Olimpia* y *Lola de Valencia*, y aun en las reproducciones de cuadros velazqueños, como el de la *Infanta Margarita*, el de *Felipe IV* y la *Reunión de Hidalgos*, que hacen ver su afición al maestro español antiguo, contrabalanceada por el atractivo que sobre él ejerce, como más cercano en el tiempo y más afín a él por el propósito, el maestro que le habla con mayor autoridad: Goya.

La *Olimpia* suele ser término de comparación inevitable entre el español y el francés. Esa criatura, calificada por los que la vieron aparecer en un “salón” de “intrusa entre

las diosas”, como dice Duret, tiene como precedente otra intrusa: la *Maja desnuda* del Museo del Prado.

No sería discreto llevar muy adelante la comparación; apenas creo que se puede hablar de imitación directa y, en efecto, el tono nacarado de la madrileña es muy distinto del tono mate de la parisiense. Su semejanza consiste, fuera de la actitud, muy diversa también en una y otra, en la circunstancia de su carácter local, en que son y pretenden ser mujeres de su tiempo y de su raza, y no diosas.

“El desnudo —explica Duret— tal como se concebía entonces su aplicación, empleábase para representar la fábula, la mitología y la historia antigua. Daba lugar a la producción de cuadros laboriosos. Cuando se trataba de formas femeninas, absteniéndose sus apóstoles más en especial de todo estudio real de la vida, ateniéndose a contornos procedentes, por no interrumpida imitación, del renacimiento italiano. Así hay que representarse que, en esta época, la llamada tercera manera de Rafael y las obras de Guido Reni y los Carracci ocupaban en los museos el primer lugar y se las consideraba como el *summum* del arte italiano en su apogeo... He aquí que, entre estas diosas de formas convencionales, Manet pretendía introducir a una parisiense moderna, a una Olimpia tendida en un lecho. Por lo demás, nada hizo por atenuar el efecto que había de causar su obra, sino que, por el contrario, eligió modelo que pintar en un tipo lo más alejado posible del tradicional y admitido.

Se siente en esto al hombre que, en la lucha por descubrirse, tomó tal aversión a las formas repetidas por los demás que les opuso otras en todo desemejantes. *Olimpia* ofrecíales la imagen de una mujer joven y flacucha, de piernas un tanto huesosas y hombros cuadrados. Cuando la miramos hoy nos parece tan casta como cualquier ninfa mitológica; su cuerpo endeble y singular agrada por su sabor y la cabeza está dibujada con la puntualidad de un Holbein. Pero en 1865 nadie estaba en disposición de juzgar la obra y de ver lo que el artista puso en ella.”

Voy señalando la relación que encuentro entre Goya y los grandes pintores que aparecen a la cabeza de las corrientes del siglo, no tanto para encontrarles antepasado en nuestro compatriota como para ver hasta qué punto coincide la actitud de ellos con la de él. Y si la *Maja* y la *Olimpia* son muy diferentes entre sí, no cabe dudar que el propósito es muy semejante, que la intención artística es idéntica. Sólo que nuestra *Maja* no es angulosa ni huesuda, sino apretada y armoniosa; pero tan mujer como la del otro, tan de su tiempo, tan de nuestro tiempo, podríamos decir, como aquélla, y quizá, hoy, más joven que la otra.

Hay, pues, entre Goya y Manet, de un lado imitación consciente; de otro, semejanza de actitud. Y ésta nos interesa más que aquélla, porque es la declaración de modernidad más convincente. La imitación puede buscar de igual modo a un pintor antiguo que a uno moderno. La actitud es, precisamente, lo moderno en

Goya. Su vuelta a Velázquez, frente a la tendencia contemporánea en que dominaban los franceses, o Mengs, lo dice bien claro. Vuelta a Velázquez no para imitar su manera sino para reproducir, libremente, su colocación.

Cuando se compara a Goya con Velázquez en sus notas más cercanas, Velázquez, el antiguo, aparece como más hábil. El moderno toma de él no la habilidad, que a nadie se da en préstamo, sino el valor para acometer las dificultades que el otro había vencido sin aprovecharse de ninguna ventaja.

Puede servir de ejemplo la comparación, que en otro lugar he intentado, entre la *Familia de Carlos IV* y las *Meninas*.

Lo que Cézanne quería hacer con el arte cuando concretó su ideal en la frase célebre: "refaire Poussin d'après nature", eso mismo lo había hecho ya Goya, casi con un siglo de antelación.

No copiar a Poussin, sino rehacerlo del natural: tomar su orden, su espíritu, su composición, pero no su manera. Goya restauró de modo semejante la escuela española. Rehizo del natural a Velázquez.

Fácil es marcar, ante la *Familia de Carlos IV*, pintada en 1800, la diferencia entre ambos pintores. Nunca se les ve mejor, sin embargo, la semejanza, el aire de familia: ni en los retratos ecuestres del rey y la reina, ni en ciertas figuras de cazadores.

En las *Meninas*, todo está calculado, justificado. El pintor ante su lienzo pinta, no la escena del cuadro,

sino otra exterior a él: los retratos de los reyes, cuyas figuras se ven en el espejo del fondo. Un espectador, puesto en el lugar oportuno, logra formar parte de la composición velazqueña; y a poco que se halle poseído por la manía de grandezas, podrá imaginarse, un momento que él es don Felipe IV, rey de las Españas, en persona. En Goya ha de contentarse con ser meramente un espectador. A Goya, para retratarle en su lienzo, si la escasa luz de aquel fondo se lo permitiera, le estorbaría el grupo de la familia real. En el cuadro, el pintor se ha puesto, no por necesidad sino por velazquizmo: por no ser menos que Velázquez.

Lo necesario para él es el grupo: la pareja reinante, con los hermanos caducos y los turbios retoños; la suma distinción que puede ser vestidura de la mezquindad de ánimo; la brillantez de la materia; un linaje decadente; unas telas ricas; unas joyas y armas centelleantes a la luz del cuadro, arbitraria, sin las suavidades y transparencias envolventes en las *Meninas*, de Velázquez, pero la mejor para el propósito.

La cualidad de moderno, que distingue a Goya, se ve, además, en que el ejemplo de Velázquez, que viene a ser como su impulso libertador, no es el que le imprime definitivamente carácter. Goya no es capaz de pararse, una vez en marcha. Así como no se queda en el tono de época, vigorizado por su rudo temperamento popular, que prevalece en los cartones para la Real Fábrica de Tapices, así su descubrimiento de Velázquez es sólo una etapa de la ca-



rrera más variada y fecunda, probablemente con altibajos como la de todo pintor, pero señalada en todos sus momentos, por obras maestras, tan diferentes entre sí que se dirían de varios pintores si el toque genial no les diese la unidad perfecta.

\* \* \*

Lo que fue Goya para Manet, lo fue, o poco menos, El Greco para Cézanne. Se ha dicho que las semejanzas cromáticas entre el cretense y el provenzal son principalmente intuitivas, poco menos que casuales, y que Cézanne apenas conocía directamente al Greco. Yo he visto, sin embargo, en una exposición parisiense a que antes aludí, ciertas figuras del Greco interpretadas por Cézanne con extraña fidelidad, aunque en procedimiento muy distinto.

Lo que realmente aproxima a los dos pintores es la apreciación de volúmenes, conseguida por el especial sentido del color. Quién sabe si el tiempo, al modificar la composición de las materias empleadas por el artista, aminorará las semejanzas que percibimos. Hoy por hoy las mismas notas frescas, como de esmalte, que el extranjero de Toledo trae a la pintura de su patria adoptiva, modelan la solidez formal del mundo de imágenes creado por el neoimpresionista.

La intención de Cézanne de convertir el impresionismo, tan tenue y ligero, tan disperso e inaprehensible, en algo "sólido como el arte de los museos", declara una virtud clásica que podría estimarse como un retorno si no estuviera precisamente en ruptura con toda la tradición aca-

démica, si no significara, hoy todavía, en medios tan quietos y tradicionales como los nuestros, un grito de guerra y una voz de rebeldía.

Entretanto, los maestros franceses, que llevaban primer lugar en vanguardia, iban formando discípulos españoles, si no directos todos ellos, avezados en los estudios de París a las formas nuevas y a las nuevas pautas establecidas por los pintores triunfantes, después de largas luchas y tradicionales incomprendiones. Los artistas que en París mismo se consideraban como insurgentes y enemigos del arte oficial iban logrando, después de un público de admiradores platónicos, de marchantes diestros y de coleccionistas arriesgados, la consagración definitiva.

La entrada en el museo del Luxemburgo del legado Caillebotte, rica colección impresionista, fue más importante para la escuela triunfadora que los éxitos parciales en ventas y exposiciones. Y no hace muchos años, el paso del Luxemburgo al Louvre, el supremo ascenso, por decirlo así, de las obras maestras impresionistas, vino, a la vez que a dar a éstas su categoría inatacable, a subrayar el fin de la escuela como amparadora de independencias juveniles.

A España venían los vascos, los catalanes, con la lección recién aprendida, y, en los mejores, la repercusión de las técnicas nuevas sobre el viejo fondo tradicional. Darío de Regoyos, entre los primeros, que supo aplicar al jugoso paisaje vasco la técnica cromática del neoimpresionismo divisionista. Instintivos como

Aureliano de Beruete que encontró la luz de la alta meseta central con una finura de matiz digna de un Sisley. Visionarios de alma ruda y sincera, como Francisco Iturrino, enamorados del carácter. Pintores como el primitivo Rusiñol, como Lezcano, como Guiard —para no hablar de un Sorolla, que es de otra tendencia—, en su persecución del efecto lumínico, en su academicismo naturalista, paralelo del de un Zorn, del de un Liebermann, del de un Albert Besnard.

No suele darse entre los españoles un influjo impresionista puro. Como los más acuden tardíamente a los medios internacionales en donde el arte va haciendo sus complicadas evoluciones modernas, las tendencias posteriores modifican temperamentos, y cada cual se aviene lo mejor que puede con las más debatidas teorías y las más diversas prácticas. Así hasta llegar a los más modernos: Juan Echevarría, que encuentra en su hondo sentido español el interés por los fuertes tipos de la raza; Daniel Vázquez Díaz, José Togores, Joaquín Sunyer, Gabriel García Maroto, y los recientes, afiliados a las últimas derivaciones artísticas: Salvador Dalí, Francisco Bores, Joan Miró, Ismael González de la Serna.

Sobre todas estas personalidades domina la de un extraordinario artista, cuya versatilidad corre parejas con su curiosidad múltiple, con su señorío de todas las materias y de todas las técnicas. Quiero referirme a Pablo Ruiz Picasso, nacido en Málaga, formado en Cataluña, radicado en París y famoso en el mundo en-

tero como quizá no lo sea hoy otro artista.

Llegamos con él a un hombre que es centro de todas las miradas y blanco de todos los tiros: las más desenfundadas admiraciones y los más crudos denuestos sacan su arte a un plano de actualidad que trasciende de la esfera artística y le convierte en rival y competidor de las figuras sobresalientes de nuestra época, tanto en las disciplinas más severas como en las actitudes más espectaculares.

Si se le considera solamente como el creador del cubismo, o como uno de los creadores; pero en Picasso el cubismo nos da sólo una fase. Mucho trabajo nos ha de costar el reconocerle como español. Un español no convierte tan fácilmente las formas vivas en abstracciones geométricas. El espíritu de nuestros hombres se atiene a la exterioridad pura, sin modificarla: es realista, entendiendo por realidad lo que más justamente debería denominarse apariencia.

Y es un español, sin embargo, el que, si no primero, porque simultáneas con las suyas hay otras tentativas, da mayor sentido y vuelo universal a la tendencia osada que domina durante unos cuantos años todo el campo de la pintura europea, y extiende su influjo a las más diversas manifestaciones de las artes puras y aplicadas.

No trataré aquí de dar una definición más del cubismo ni de pasar revista a sus manifestaciones y a sus figuras. Me basta considerarlo como un hecho, derivado indudablemente de las tendencias cezarianas —aun-

que sus antecesores se hallen más arriba, en Courbert por de pronto— que, reaccionando contra la dispersión de materia en que ha venido a dar el impresionismo, persiguen lo tangible sobre lo visual, lo constructivo sobre lo vaporoso, lo profundo y no lo superficial. Buscando el volumen de las cosas se llega a verlas como cuerpos reducibles a unidades geométricas, y de esta abstracción se pasa a un análisis de formas que viene a constituir todo un sistema plástico, en que lo sensual se coordina con lo intelectual.

Y aquí encuentro no ya la conexión de Picasso con nuestra pintura sino el punto en que se aparta de la tradición española, dando un paso más allá. Recordemos un instante lo que apunté, a propósito de Goya y sus monstruos, apoyándome en palabras de Baudelaire. Goya había llegado a la humanización del monstruo, al monstruo verosímil. Pues bien, si es monstruo cuanto en la naturaleza reúne en un solo cuerpo formas pertenecientes a seres distintos, o suprime el enlace natural que los junta, la reducción de una forma natural a su esquema abstracto y la disposición de una serie de estos esquemas en estructura nueva, es un nuevo monstruo, no ya verosímil, como los de Goya, sino arbitrario, dependiente sólo de la voluntad que lo crea.

Esta evasión del motivo natural se alza como propósito claramente definido en los primeros teorizantes de las tendencias cubistas. Quizá antes que todos, Gleizes y Metzinger intentaron hacer una exposición doctrinal de lo que, en la práctica, desorienta-

ba a los habituales aficionados a la pintura. No se trataba de jeroglíficos, en los cuales un fragmento identificable diera, exacta o aproximadamente, el sentido total de la composición. Era, quería ser, otra cosa.

“¡Que el cuadro no imite nada—decían aquellos comentadores— y que presente su razón de ser al desnudo! Mal nos estaría el deplorar la ausencia de todo aquello, flores, campo o rostro, de que sólo hubiera poseído un reflejo. Confesemos, no obstante, que la reminiscencia de formas naturales no se puede desterrar en absoluto, a lo menos por ahora. No se alza de primera intención un arte hasta la efusión pura.”

Mientras existan estas alusiones a lo natural, el resultado será un nuevo monstruo. Y no necesito explicar aquí que no empleo la palabra monstruo en el sentido vulgar de desatino. El monstruo es tan antiguo como el arte mismo. La imaginación del artista, desde la esfinge de los egipcios y el toro alado de Asiria, se ha complacido en la creación de figuras arbitrarias. Y precisamente la palabra creación es la empleada por los cubistas y sus teóricos, y se prodiga a propósito de Picasso, contraponiéndola a la palabra imitación, que era, para Aristóteles, la esencia misma del arte.

Es de notar, sin embargo, que ni el cubismo se limita al pintar malagueño ni éste se encierra dentro de una práctica que había de apartarle cada vez más de la naturaleza para conducirlo a un juego de volúmenes y masas que es, después de todo, la

más interesante aportación analítica de la tendencia y la escuela por que han pasado tantos artistas vueltos después a una representación normal del mundo que en derredor suyo atrae la mirada.

El cubismo, como escuela pictórica, ha pasado ya; como escuela de aprendizaje, ha dotado a la nueva pintura de una solidez que bien pudiera ser la que Cézanne buscaba, pensando en el arte de los museos. Ha contribuído, en todo caso, a deshacer el romanticismo impresionista y a dar un vigor geométrico a las formas: esto es, se ha situado en una posición de que puede brotar un nuevo clasicismo.

Ya indiqué arriba que Picasso no se encierra en una fórmula. El joven pintor español, que pasó a Francia ya formado y ducho en las prácticas de su arte, rectificó su visión, depuró su estilo al contacto del medio más inquieto y de lucha en que empezó a moverse desde los primeros años del siglo. Sus comentaradores hablan del período azul, del período rosa en que una humanidad dolorosa sutiliza sus apariencias carnales buscando elegancias de línea en puros acordes cromáticos. Nos cuentan sus descubrimientos y exploraciones: Tolouse Lautrec, Cézanne, el arte negro. Sus innovaciones de técnica, al mezclar sobre el lienzo, con el color, otras materias. Su interés, más adelante, por las formas monumentales. Su depuración del dibujo, hasta tocar a la melodía lineal de un Ingres.

Por tanta veleidad, no se diría nunca de él que es un artista espa-

ñol, y se le abandonaría a la “joven pintura francesa” que le cuenta por uno de los suyos, y no de los menores, inclusive en las clasificaciones de los museos extranjeros que adquieren y destacan sus obras, como los museos antiguos catalogaban a José de Ribera entre los pintores italianos (y en tal concepto lo registró, al principio, el catálogo de nuestro Museo del Prado).

Hay, empero, algo que es fundamentalmente de España en esa acometividad bravía, que no se despista y sabe sostenerse risueña e impávida: Picasso tiene una apostura de conquistador. Ha explorado nuevas provincias, sometido regiones extrañas a los conceptos artísticos dominantes, para incorporarlos a la pintura moderna, como los guerreros del XVI incorporaban lejanos reinos a la corona patria. Y la diversidad, aun en sus obras más abstractas, del arte que practica con el de sus émulos y seguidores bien pudiera caracterizarse como típicamente española.

Con Pablo Ruiz Picasso, actualmente en el ápice de su renombre, España aparece otra vez en los umbrales del arte moderno. Como no es posible trazar la historia de la pintura en nuestros días sin dar en ella puesto considerable al pintor que ha suscitado más amplia curiosidad y abierto más frecuentadas rutas al arte nuevo, tampoco es posible sostener que España permanece apartada de las corrientes universales, de las corrientes cosmopolitas, si la palabra universales parece demasiado ambiciosa y sólo se pretende ver en la boga de Picasso un capricho de

la moda y del gusto y no un legítimo representante, un orientador del arte.

Muchos le tienen, con toda sinceridad, por un desorientador; y no por un desorientado, pues no hay quien deje de reconocer su perspicacia y sabiduría, su extrema habilidad para lanzar una manera y seguir otra, que parece opuesta en todo a la que ya se ha recibido y aceptado. Personalidad extraña y multiforme que recuerda la fecunda, la inagotable de algún español de otro tiempo. No me atrevo a citar a Lope de Vega, diestro en toda disciplina literaria, fácil a toda vena, hoy sabio y mañana popular, docto con los doctos y capaz de hablar en ruego al vulgo; porque la malicia de los detractores no dejaría de hacer hincapié en este último don, y ante un hombre que todavía no ha llegado a la vejez temería siempre una palabra contradictoria.

Yo no la temo. Hay ya demasiadas contradicciones anteriores para que una más pueda asustar a nadie; antes bien, la insistencia en seguir contradiciéndose vendría a convertirse en una especie de constancia. Y, sobre todo, porque no desconfío de que entre las distintas transformaciones de un arte tan rico, entre las varias facetas de una inventiva tan despierta, el tiempo y el estudio no descubran una íntima unidad. Esa unidad que reduce a una sola palabra el esfuerzo de muchos hombres, los distingos de muchas escuelas, la sucesión de muchos años.

Antes que el nombre de Picasso, mencioné el de otros artistas, seguidores de las tendencias modernas y

algunos de ellos con categoría de iniciadores en las evoluciones últimas, y claro está que no tuve el propósito de registrar en nómina completa el esfuerzo de todos los que, en España o fuera de ella, son hoy honra y decoro de nuestro arte. Rasgo común es, no ya la imitación, sino el buscar un acorde con la vida artística internacional, sin encerrarse en un nacionalismo estrecho que, a lo mejor, poniendo sobre su cabeza a Velázquez y a Goya, continúa solamente la versión académica, la reducción a regla y preceptos, de sus principios libres. Que no debemos considerar esa pintura, de que los estudios dan abundante producción, sostenida por honradas y añejas prácticas, como la expresión única del arte hispano en la revuelta hora presente, nos lo dicen los que luchan en concursos y mercados internacionales por el reconocimiento de una personalidad, formándose, es cierto, en lizas alejadas del solar patrio. Mas como he ido tratando de probar a lo largo de estas consideraciones, en esas lizas están viviendo aún los gérmenes más puros del genio hispano; y nuestros pintores son como aquellos emigrados de los primeros tiempos del romanticismo que, dejándose influir, al parecer, por las tendencias extrañas, absorbían de ellas lo más próximo a su espíritu y temperamento, lo que había salido de su patria, como ellos mismos, para volver más tarde, convertido en espíritu de los nuevos días, a producir nuevos y espléndidos frutos en el arte nacional.

1940.

# Breve Esbozo Etnológico de los Pueblos Indígenas Costarricenses

Por DORIS STONE

La región de Centroamérica tiene los únicos pasos transversales de todo el hemisferio occidental. Son ellos el istmo de Tehuantepec, en México; el valle de Comayagua, en Honduras; la cuenca del río San Juan, en Nicaragua, y el istmo de Panamá. Estos dos últimos pasos, en cierto aspecto, dejaron en una situación territorial muy particular al país que hoy conocemos como Costa Rica. Por esto es de suma importancia tomar en cuenta la posición geográfica para cualquier estudio de los pueblos de Costa Rica. Además, Costa Rica es una tierra en sentido geológico recientemente emergida del mar, con una vegetación de las más atrayentes y prolíficas del Nuevo Mundo.

Es natural sospechar que semejante ambiente llamó la atención del hombre, y sirvió como campo de confluencia de las distintas y múltiples culturas. No todos se aventuran en selvas tan impenetrables como las de Costa Rica; los movimientos humanos se originan por la presión de otros pueblos o debido a exi-

gencias económicas. Sólo tales causas pudieron decidir a los primeros pobladores a abandonar los pasos transversales que conducían a tierras más abiertas, para penetrar en la zona de la actual Costa Rica.

Dejemos a un lado una discusión arqueológica detallada y empecemos a examinar la historia y la vida de algunos núcleos indígenas que el conquistador español encontró y que todavía, aun en forma amalgamada, existen en este territorio. Para ello no tomaremos en cuenta las divisiones políticas que mencionan los cronistas, sino que reduciremos nuestra investigación a los grupos actuales del país. En el Norte encontramos un pueblo con costumbres parecidas a algunas de los situados en la selva lluviosa de Colombia y Venezuela; y conocidos con el nombre de Guatusos. Son descendientes de los corobicies, votos, abangares, lices y catapas, y parientes también de las ramas de Nicaragua. <sup>(1)</sup> Hay razones his-

(1)—Lehmann, 1920, p. 377.

tóricas y arqueológicas para incluir en el territorio habitado antes solamente por los corobicies, a muchos de los isleños de la Bahía de Nicoya, y a los habitantes de la orilla Este del río Tempisque hasta el río Abangares, incluyendo Las Cañas, la cordillera de Tilarán y del río Frio hasta las islas Solentiname en el lago de Nicaragua. (2) Los españoles encontraron que este pueblo vivía en chozas sobre los árboles, dato que los identifica con los de las regiones de Sudamérica ya mencionadas. (3) Además, los votos que son, como hemos dicho, del mismo grupo étnico, tenían a una mujer como cacique, (4) lo que se encuentra a veces en la Amazonia.

Lo más importante en la amalgama de pueblos que hoy se conocen con el nombre de guatusos, es que sus costumbres actuales mantienen o conservan vestigios de rasgos culturales que los separan de todos los otros núcleos indígenas del país. Una de estas particularidades ocurre durante una fiesta especial, en la que la mujer todavía huye al bosque perseguida por varios hombres a la vez. Esta forma de representación mímica sugiere la polian-dria. Sapper, sin embargo, opina que el número excesivo de hombres es lo que conduce hoy a esta tendencia (5). También existen rasgos de la *couvade*, porque después del parto es el marido quien queda en su hamaca y cuida al recién nacido durante el primer mes. Estas costumbres son indicios de relaciones con pueblos de la selva lluviosa, y en particular, la *couvade*, señala los arauacos y caribes (6).

Los guatusos cultivan el cacao blanco, una de las variantes más primitivas de la misma especie, la calabaza (*Lagenaria sicceraria*), y tubérculos, tales como la malanga o tiquisque (*Xanthosoma violaceum* Schott), el ñampi (*Dioscorea trifida* L.), y muy en especial la yuca (*Manihot utilisima* Phol.). También utilizan el banano y el pejibaye (*Guilielma utilis*

*Oerst.*) entre sus principales alimentos.

Viven en casas comunales, con grandes techos que casi tocan el suelo, no teniendo, por lo tanto, paredes. Usan hamacas, mochilas, matate, tres troncos para el fogón y no conocen aún la tortilla de maíz. Suplementariamente, emplean arcos y flechas para la cacería cuando no tienen armas de fuego.

El Norte de Costa Rica, y en particular la península de Nicoya junto con una pequeña porción de tierra firme, estuvo también poblado por varios pueblos que migraron desde el Oeste de América Central y a quienes se considera más recientes que los guatusos. El primero de estos grupos, único que existe ahora, es el Chorotega-Mangue. Los otros incluían a los bagaces, orolinas y chuchures, que junto con los chorotegas eran de origen mexicano (7).

Los chorotegas-mangués están reducidos a unas aldeas fuera de la ciudad de Nicoya (8). Ellos mismos se llaman "indios", pero son en verdad mestizos que apenas conservan rasgos de su cultura legítima: uno que otro hombre sabe tejer, pero en tramojo, o sea haciendo uso de un pequeño telar con marco, diferente al tipo que se sujeta por una faja alrededor de la espalda, usual en el Sur del país. No usan hamaca. Su fogón es, por lo general, elevado y de madera, y en cada casa tienen una piedra de moler corriente. Es interesante que su dieta acentúa el uso del maíz y de la tortilla (hecha del mismo grano), rasgo que los diferencia definitivamente de los otros pueblos de Costa Rica.

Todavía nos quedan por mencionar cuatro pueblos indígenas, cada uno con costumbres e idioma propios.

En la vertiente del Pacífico se encuentran los borucas, una síntesis de los quepos, cotos, burucacas y otras gentes del lado Sur de la Cordillera de Talamanca (9). La influencia del gobierno nacional y de la escuela ha tenido mucho que ver con el desarrollo social de este

(2)—Lehmann, 1920, pp. 377-378.

(3)—Lothrop, 1926, vol. 1, pp. 32-33.

(4)—Vásquez de Coronado, 1908, p. 18.

(5)—Sapper, 1902, p. 321.

(6)—Brinton, 1901, pp. 248 y 256.

(7)—Véase, p. ej., Stone, 1946, 1949.

(8)—Stone, 1954.

(9)—Stone, 1949, p. 4.

pueblo. En la región hubo por largo tiempo un importante asiento de los españoles, que inclusive tuvieron iglesia y cabildo. Viven los indios a orillas del río Diquís o Grande de Térraba, y hablan una lengua que, aun siendo del tronco Chibcha, corresponde a una rama aparte del idioma de Colombia, el Muysca o Chibcha, del cual viene el nombre del tronco (10).

Hoy profesan la religión católica, pero en sus leyendas conservan las creencias de antes. Las pozas profundas del río y los cerros importantes tienen para ellos sus propios espíritus, y la culebra toma parte prominente en toda su mitología. No se acostumbran los mercados, sino que, desde antiguo (11) hasta hoy (12), suelen hacer viajes a otras partes para cambiar productos o materiales. Tienen rasgos culturales que indican la procedencia del Oeste más bien que del Oriente o Norte de Sudamérica. Un rasgo cultural típico son los vestigios de antiguas terrazas agrícolas que sugieren el estilo andino. Pero el más importante rasgo es la manera de tejer, en la cual ocupan sólo la trama con el fin de que el dibujo no aparezca en el reverso. Este método se conoce en el Oriente del Ecuador y las telas de este estilo se han encontrado en los entierros más primitivos del Perú. Todavía tienen usando el caracol del mar, que da un color morado. En América este molusco se empleó antes tanto en Nicoya como en Tehuantepec (México). En ambos lugares, sin embargo, los indios mataban el caracol para sacar el tinte y, en consecuencia, acabaron con el producto. Los borucas, más astutos, usan otro método: soplan el caracol, con lo cual el molusco expulsa un líquido contra el atacante: el líquido cae sobre el hilo de algodón blanco puesto a propósito por el indio. Después colocan nuevamente el caracol en las rocas del mar. El algodón adquiere así el color púrpura y el molusco vive lo suficiente para ser utilizado en otra ocasión.

(10)—Comunicación personal de Morris Swadesh.

(11)—Informe de 1697.

(12)—Stone, 1949, p. 24.

En la fabricación de los techos de las casas, cuya duración es de 30 a 50 años, los borucas usan tres clases de zacate. Se encuentran bancas bajas de cuatro patas, a veces adornadas con la cola y cabeza sobresaliente de animal; tienen hamacas, mochilas de pita y mastate para cobijas. Por lo general no usan maeales para moler el maíz, sino cantos rodados, o rocas grandes, y lo muelen con un movimiento lateral oscilante en vez de hacerlo con la mano impulsada hacia adelante y hacia atrás. Muchas veces muelen a la orilla de un río, donde se encuentran tales rocas en estado natural. Este método es típico de los pueblos de Costa Rica, que no son de origen norteño. Aunque han usado el maíz para la chicha, y raras veces para pozoles, no han conocido la tortilla, sino hasta hace poco y su uso es limitado. Su dieta principal consiste en tubérculos, pejibayes, arroz y guineos (que son influencias extranjeras), y muchas palmas y flores de la selva.

Hay además en el país otros tres pueblos indígenas. Estos, conocidos con el nombre general de "Talamancas", son: los térrabas, los cabécares (que abarcan a los chirripoes) y los bribris.

Los térrabas viven hoy sólo en el lado del Pacífico, en parte del territorio que pertenecía a los borucas. Esta zona fue poblada por Fray Pablo de Rebullida en 1700 (13). La porción de este pueblo que quedó en el Caribe fue aniquilada por una guerra sangrienta entre térrabas y bribris y por las enfermedades.

A pesar de que los térrabas hablan un dialecto diferente a cualquier otro en Costa Rica, pertenece también a la gran división lingüística de los chibchas. Vamos a considerarlos juntos con los otros dos grupos de Talamanca, por lo que se refiere a ciertos aspectos sociales y culturales.

Los cabécares y los bribris se encuentran hacia ambos lados de la Cordillera de Talamanca. En el litoral del Caribe, siguiendo las faldas de la Sierra desde

(13)—León Fernández, 1883, T. III, nota de pie (8).



Chirripó hasta la frontera con Panamá, todo el lado Oeste del río Coen es cabécar, y la ribera Este, bribri. En la vertiente del Pacífico, buscando las estribaciones de la sierra, por La Bonita y en el valle de Ujarrás, se encuentran los cabécares, y los bribris se localizan entre Salitre y Cavagra.

Una parte de estas gentes fueron llevadas al Pacífico, en 1748, por el gobierno de Costa Rica como castigo por varias sublevaciones en Talamanca. Los últimos en llegar, los cabécares de Ujarrás, vinieron, según ellos, a consecuencia de haber desobedecido sus propias leyes sociales establecidas por la costumbre.

Poco antes de la llegada de los españoles, los indios bribris de la región de Ara (hoy Talamanca), conquistaron a los cabécares. Fue un acto de curiosa significación. Se ignora cuándo llegaron ambos pueblos a Costa Rica, pero sus idiomas, aunque diferentes, pertenecen a la misma familia Chibcha, de Colombia. Los bribris impusieron su autoridad secular, pero en cuanto a religión y aspectos intelectuales sobresalió la cultura cabécar.

La psicología del pueblo cabécar es muy interesante. Todo se concentra alrededor de la palabra "estudiar". Por ejemplo, nosotros decimos a un niño: "Si usted trabaja, será rico". Ellos no emplean la palabra "trabajar", sino "estudiar". Los mejores suquias o médicos indígenas pertenecen a este grupo. Los cabécares son, a la vez, el núcleo más conservador y, por consecuencia, el menos inclinado a aceptar nuevas costumbres.

Los tres pueblos están divididos en clanes matrilineales, cada uno con su propio nombre y con reglas estrictas en cuanto al matrimonio. En otras palabras, el parentesco del individuo viene por parte de la madre y no del padre. Y se atienden a ello con tanta precisión que en Talamanca se encuentran fosas comunes, una para cada clan. Fue por haber transgredido estas leyes, juntándose con grupos consanguíneos, que los primeros pobladores de Ujarrás se vieron obligados a pasar al

otro lado de las cordillera, huyendo de la ira de sus mayores.

En Talamanca, en la parte que no corresponde a la vertiente del Pacífico viven en casas redondas y comunales según su clan. Los del Sur de la cordillera se han ido incorporando más a la vida corriente de los costarricenses. Sin embargo, en sus propias creencias aceptan aún los espíritus del agua, del viento de los cerros altos, y de la montaña tupida. Carecen de mercados y todavía acostumbran el intercambio. Todos utilizan la hamaca o colocan hojas en el suelo para dormir. Sólo entre los indios del Pacífico que han tenido la influencia de la escuela se encuentra también el uso de la cama. El fogón típico consiste de tres troncos. Su mobiliario y otros detalles domésticos son iguales a los boricás. Emplean la cerbatana, el arco y las flechas cuando no hay pólvora, para la cacería. La flecha para matar pájaros tiene la punta plana y embotada como un corcho. El cacao es la bebida predilecta. Escasamente cultivan el maíz, y más como lujo o por el placer de contar con otra clase de chicha que sustituya a las de pejobaye y yuca. No conocen la tortilla de maíz y utilizan, además del banano, tiquisque, yuca y otros tubérculos para las necesidades de almidón en su dieta diaria.

Lo dicho puede considerarse una sinopsis de la vida indígena actual. Cada uno de estos pueblos ofrece gran variedad de detalles, en cuanto a su manera de ser, que arrancan de un remoto pasado.

Lo significativo en este resumen es; a nuestro juicio, que se concentran aquí, ciertos aspectos culturales de los primeros pobladores del territorio costarricense. El más importante es mostrar que en este país han convergido dos corrientes culturales distintas. Una, más primitiva, tuvo lugar en migraciones provenientes del Sur; la otra, más reciente, vino del Norte y no fue originaria de un solo pueblo, sino que procedía de diversos grupos, todos ellos emparentados con los mexicanos.

Fueron civilizaciones de gran contras-

te. La cultura norteaña puso énfasis en el cultivo del maíz. Con este último elemento, base de su dieta, viene asociado el uso de la piedra de moler hecha por manos humanas, la propia manera de moler, con una mano, alargada u ovalada moviéndola hacia adelante y hacia atrás, y el consumo de la tortilla de maíz. Completa este cuadro la forma de agrupar las casas en poblaciones, no distribuidas en viviendas comunales muy separadas unas de otras; y los mercados, en vez de la costumbre de intercambio de productos entre individuos y en las épocas primitivas, el culto a numerosos ídolos.

En los otros pueblos de Costa Rica, con alguna excepción, falta la costumbre de organizarse en poblaciones con mercados. Tenían y tienen sus casas muy apartadas. La forma de vivienda es rectangular, ovalada o redonda. Tres troncos sirven de fogón. Hay hamacas, y bancas bajas de cuatro patas adornadas a veces con la cola y la cabeza de un animal que se destaca fuertemente. Usan mochilas de pita, la cerbatana y una flecha plana para la cacería de los pájaros. El maíz es elemento secundario de su dieta; el pejibaye, los tubérculos y el guineo ocupan el primer lugar. Hacen tamales y tortillas, pero de pejibaye, moliendo con el movimiento parecido a lo que se hace con una mano en forma de estribo. La organización social se concentra, por lo general, alrededor de clanes matrilineales, rasgo muy de los arawacos (14). Sus creencias giran en torno a los espíritus del agua, principalmente de los ríos, y de la selva o de cerros altos. Aunque el idioma de cada grupo denota su origen chibcha, se encuentran rasgos característicos de las culturas del Oeste de Sudamérica y de los Andes.

Si estos pobladores llegaron o no por tierra, es imposible especificarlo. Tampoco sabemos nada acerca de las causas que los empujaron hacia el Oeste.

Hasta ahora no hemos aludido a la arqueología; sin embargo, vale la pena referirse en breve a ciertas cosas que sí

plantean problemas en cuanto al parentesco de rasgos culturales.

No obstante que el idioma de cada pueblo no mexicano de Costa Rica es de la gran división Chibcha, muchos de sus elementos culturales (no sólo los actuales, sino también los que menciona la documentación histórica y evidencia la arqueología) señalan a los arawacos y aun a los caribes de Venezuela y partes de Colombia. Entre ellos puede citarse: cabezas, trofeos y guerras para conseguir víctimas para sacrificio. En este último aspecto, la mayoría de los pueblos de Costa Rica tenían que ofrecer un ser humano con cada luna (15). El hecho de que muchas de las piedras de moler halladas en las sepulturas de la tierra firme de Costa Rica tienen un pequeño borde que se destaca, y que se encuentran manos en forma de estribos y manos de morteros, hace sospechar su uso para moler tubérculos o cacao en vez de maíz. En metates con bordes no se puede moler maíz, aunque sí se puede majarlo. Al contrario, esta clase de artefacto sirve muy bien para la yuca. En este aspecto, tenemos que recordar que hace tiempo Brinton interpretó la palabra "arawaco" dándole el significado de "comedores de harina", por su costumbre de consumir tanto pan de casabe (16). La forma de tambores de greda que se sacan de las fosas se nota que han sido copiados en madera por los indios actuales, y aun los antiguos bastones del suquia, el shamán indígena, los cuales eran más elaborados que los de hoy, también señalan esta zona.

Se encuentran además rasgos provenientes de distintos pueblos, tales como los chibchas y andinos. Estos incluyen el arte de trabajar el metal, las cabezas de barro que parecen ser retratos individuales, no así las de piedra, que tienen otra influencia cultural más bien de tierra baja, y entre los borucas, la agricultura en terrazas (17).

Algunos de estos elementos han sido clasificados por ciertos estudiosos como

(15)—León Fernández, 1886. T. V. p. 156.

(16)—Brinton, 1901, p. 247.

(17)—Stone, 1949, Fig. 10 e.

(14)—Brinton, 1901, p. 248.

de origen norteño o pertenecientes a la cultura mesoamericana. Si examinamos, sin embargo, el límite Sureste de Mesoamérica, encontramos que abarca el territorio habitado en un tiempo por pueblos de filiación chibcha, tales como los corobicíes y guatusos de Costa Rica, y en el Sur de gran parte de la América Central, por gentes de habla directamente emparentada con la Chibcha; y otros lejanamente emparentados.

Hace tiempo señalamos una fuerte extensión cultural del Continente Sur en la América Central, tanto bajo el punto de vista arqueológico como etnológico. Entonces aceptábamos la costumbre de sacrificios humanos como rasgos de pueblos mesoamericanos, (18) sin tomar en cuenta que ésta era un hecho común en el área del Orinoco (19). En casi todo el territorio que nosotros asociamos con los pueblos que demuestran parentesco sureño, encontramos que antes había sacrificio humano y autosacrificio. La combinación de este rasgo con los demás ya mencionados nos hace sospechar que tales sacrificios no forman parte integral de las culturas de Mesoamérica. Al contrario, muy

bien puede haber llegado procedente del Sur, y difundido por contacto con los pueblos norteños. Creemos que muchos elementos fueron transferidos o adaptados por las gentes del Norte, y por eso se los encuentra asociados tanto con pueblos mesoamericanos como sureños.

En nuestro concepto, el problema más importante en el estudio de los pueblos de Costa Rica es tener que aceptar el hecho de que sus culturas señalan un parentesco cercano con las de los arawacos y los caribes, y a la vez utilizan dialectos emparentados con el tronco Chibcha. Es posible, como sugiere Lehmann, (20) que tribus arawacas se extendieran, en cierta época, por un territorio ahora asociado con grupos de otra filiación y que tras estos arawacos vinieron los caribes y por fin los pueblos Chibcha. De todas maneras, los rasgos mencionados, y muchos otros más, actúan como testigos mudos, señalando el continente Sur y atesorando dentro de su silencio las contestaciones verídicas sobre las migraciones primitivas y sobre la historia no escrita de esta tierra.

(18)—Stone, 1951, p. 354.

(19)—Acosta Saignes, 1954, pp. 119-156.

(20)—Lehmann, 1920, b. 1., p. 71.

# Proyecciones Actuales de Valera

Por GUILLERMO DE TORRE

¿A qué generación pertenece don Juan Valera? He ahí la cuestión inicial que se nos presenta al encararnos con esta figura tan singular y atrayente, la más próxima a nuestra sensibilidad entre sus contemporáneos, aquella que llega a nosotros con luces más claras y simpáticas —simpatía es la palabra clave de su obra— al cumplirse el cincuentenario de su muerte. Ante todo, es el testigo más cabal de todo un siglo. Nace en Cabra el 18 de octubre de 1824; muere en Madrid, el 18 de abril de 1905. Es decir, surge a la vida española al año siguiente de la última época absolutista y de la gran emigración liberal, ve el reinado y el derrocamiento de Isabel II, la revolución de 1868, viaja a Italia con la comisión encargada de ofrecer la corona a Amadeo de Saboya. Figura como diputados en las Cortes de la primera Re-

pública, representa luego a España bajo Alfonso XII, la Regencia y Alfonso XIII. Vista a otra luz, en el plano de las letras, la trayectoria de su vida alcanzó también no menores mudanzas. Cuando Valera nace, el romanticismo europeo entra en su auge. Durante los años de su infancia y adolescencia aparecen en España los documentos esenciales de la escuela: el *Discurso* de Durán, el prólogo del tío de Valera, Antonio Alcalá Galiano, a *El moro expósito* del duque de Rivas; se estrenan las obras más representativas del romanticismo, iniciadas con el *Don Alvaro* del mismo duque. Asiste también Valera al imperio de la novela histórica y del costumbrismo del mismo modo que años después al apogeo del naturalismo y al orto del modernismo.

Para representarnos más gráficamente-

te la multiplicidad de experiencias que su longevidad y su situación en la primera fila de la vida le depararon, pensemos que Valera alcanzó a frecuentar el Parnasillo de los románticos, que amistó con Mérimée en casa de la condesa de Montijo —la madre de la emperatriz Eugenia—, que en San Petersburgo tuvo ocasión de conocer a los amigos de Pusckin. Sucesiva y casi inverosímilmente, Valera trató a Espronceda y a Rubén Darío, estuvo en el círculo íntimo del duque de Rivas —desempeñando su primer puesto diplomático en la embajada de Nápoles— y alentó los pasos iniciales del “joven Marcelino” —o sea Menéndez Pelayo—, polemizó con Castelar, con Campoamor, con la Pardo Bazán y celebró los libros iniciales de Benavente y Pío Baroja. Visto con más amplia perspectiva, dentro de su generación europea, Valera es contemporáneo de la que amanece en los alrededores de 1820: Gobineau, Flaubert, Baudelaire, Amiel, Edmond de Goncourt, Renan, Emily Bronte; Ruskin, George Eliot, Mathew Arnold, de Sanctis. Su obra más famosa, *Pepita Jiménez*, abre en 1874, cuatro años después de *La fontana de oro*, de Galdós, el renacimiento de la novela española durante el último tercio del siglo XIX, culminado en el '86 con *Fortunata y Jacinta*. Diez años más tarde —comprobándose así la ley de rotación y alternancia de los géneros— el signo dominante cambia: prevalece el ensayismo, la preocupación por los destinos españoles, y llegamos a los umbrales de la generación del 98, cuyo ciclo se inaugura con el *Idearium* de Ganivet, en 1896.

### Valera y el romanticismo

He recordado varias fechas y límites, he apuntado diversas confrontaciones posibles de Valera, pero preguntemos de nuevo: ¿a qué generación pertenece éste concretamente? Como no comparto el criterio biológico para determinar las generaciones y entiendo que el año de nacimiento que importa no es el físico, sino el literario —aparición de la primera obra importante o decisiva en un autor—, la cuestión deja de ser tan sencilla. ¿No podría concluirse más bien que el autor de las *Cartas americanas* funde y traspasa varias generaciones consecutivas, debido a las circunstancias, no fácilmente unificables, de una vida dilatada, de una madurez tardía— puesto que cuando publicó su obra capital, *Pepita Jiménez*, tenía cincuenta años— y, sobre todo, a la discrepancia de sus inclinaciones profundas con las que vio siempre triunfar en su derredor? Si nos atuviéramos, por ejemplo, al expeditivo sistema biológico como clave de las generaciones, habríamos de enmarcar a Valera entre los románticos, tanto por la fecha de su nacimiento como por el hecho de que su primera colección de *poesías* aparece en 1844, no lejos de 1840, del año que Allison Peers considera como *annus mirabilis* del romanticismo. En tal caso, habría que aceptar el juicio que el autor de ese estudio exhaustivo sobre la *Historia del movimiento romántico español* —libro paradójico en extremo, pues no se concibe cómo Allison Peers ha dedicado tan largas vigiliias a un hecho que fue un “fracaso casi completo”— emite sobre Valera, considerando que sus novelas, como su anterior poesía y gran par-

te de su crítica literaria, son esencialmente románticas. El fallo no puede ser más erróneo. Está en flagrante contradicción no sólo con la raíz de la naturaleza literaria valeriana, sino con las opiniones que es fácil espigar en cualquier trecho de su obra.

Sucede, además, que Valera amaneció como crítico reaccionando marcadamente contra el espíritu romántico. Su primer estudio crítico, fechado en 1854, se titula "Del romanticismo en España y de Espronceda", y en él considera ya ambos como algo pretérito. "El romanticismo —escribe textualmente— no ha de considerarse hoy día como secta militante, sino como cosa pasada y perteneciente a la historia". Bastantes años después, volviendo atrás la cabeza, insistió en sus repulsas: "Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo, había sido yo *romántico*, sino clásico, a mi manera; manera, por cierto, diferente del pseudo clasicismo francés, introducido en España por Luzán y los Moratines. Yo era admirador idólatra de la forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento nimio, pueril y afectado". Precisamente, el único mérito que en el estudio sobre Espronceda reconocía Valera al romanticismo, era que "vino a libertar a los poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y a separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos, y lo consiguió".

De suerte que ningún equívoco puede haber en este punto; además, a lo largo de toda su obra queda patente la desconfianza y aun inquina por todo aquello que era característico de los románticos y que Valera censura: la so-

brestima de la inspiración, el subjetivismo desgreñado, el desaliño formal, cierto fatalismo apriorístico, la vaguedad... Comentando en 1878 los *Estudios poéticos* de Menéndez Pelayo, de cuyo espíritu se siente muy cerca, Valera lamenta que se halle tan extendida la idea de que "la poesía pende de la inspiración y no del saber". Ahora bien, con la misma objetividad debemos reconocer que aplicadas a su propia poesía, las virtudes clásicas que el traductor de Longo exaltaba, sólo le dieron muy flacos resultados. Ni siquiera poseía aquel ímpetu, aquel espíritu tan poroso de consustanciación con los modelos genuinos que anima y vivifica las *Odas, epístolas y tragedias* de Menéndez Pelayo.

Valera se creía, se sentía clásico, no clasicista. Un griego redivivo, un clásico retrasado, el último gran humanista: tales son las frases ya típicas con que muchos suelen designarle. Y aun impropriamente hubo quien le calificó de Goethe español, equivalencia inexacta, pues nada tenía de la impassibilidad, del olimpismo, atribuidos —con cierta ligereza— al cortesano de Weimar. Pero en cualquier caso, lo cierto es que el señor de Cabra sentíase por momentos en su tiempo y en su país, como un desterrado, como un puro ateniense en tierras de Beocia. De ahí su júbilo, su entusiasmo al encontrar en Menéndez Pelayo un espíritu fraterno por la educación y los gustos clásicos. "Sí, amigo mío —le escribe en una de las primeras cartas—, usted y yo somos grecolatinos y clasicotes hasta los huesos". Y era cierto. ¿Cómo se explica, por consiguiente, que sus nombres no aparezcan ni siquiera registrados en el copioso in-

ventario levantado por Gilbert Hignet, entre los continuadores de *La tradición clásica*? ¿O es que escribir en español —a los efectos de la repercusión erudita, no ya popular, internacional— habrá de seguir equivaliendo siempre a escribir sobre el agua?

### *Frente al naturalismo*

El autor de los *Apuntes para el nuevo arte de escribir novelas* extravaga al margen de las generaciones y escuelas que surcó. Si sus novelas —contra la insostenible afirmación de Allison Peers— nada tienen de románticas, no por eso se hallan más cerca del naturalismo. Sobre este punto existen también pruebas palmarias, y en primer término el libro citado que Valera compuso en son de réplica a la defensa del naturalismo hecha por Emilia Pardo Bazán, *La cuestión palpitante* (1877). Para Valera la novela, ante todo, es poesía. Citando a Aristóteles, cuando establece que la diferencia entre historia y poesía está en que la primera pinta las cosas como son y la segunda como debieran ser, Valera escribe que “si la novela se limitase a narrar lo que comúnmente se ve, no sería poesía ni nos ofrecería un ideal, sino una historia baja y rastrera”. En el prólogo a una de las múltiples ediciones de *Pepita Jiménez*, insiste en los mismos puntos de vista: “Una novela bonita debe ser poesía y no historia; esto es, debe pintar las cosas no como son, sino más bellas de lo que son, iluminándolas con luz que tenga cierto hechizo interior”. Nada, pues, de verdad psicológica, de observación fiel del natural —sea éste bello o feo— ni ningún otro de los requisitos reclamados por Zola y su es-

cuela. Y en cuanto a lo que Valera entendía por “novela bonita”, ¿acaso no queda indirectamente reflejado en *Juanita la Larga*, tan cercana al cromo o la oleografía “bonita”?

Pero vengamos a los *Apuntes*. Ante todo, Valera se hallaba situado, por gustos y temperamento, en una actitud muy distinta de la que era cotidiana en doña Emilia Pardo Bazán. Sus contemporáneos no dejaron de reprochar nunca a la autora de *La madre naturaleza* —achacándolo a su condición femenina— que viviera tan sumisa a las modas literarias, sin querer ver otras cualidades un poco singulares a la sazón en el mundo hispánico —tales como una despierta curiosidad intelectual, cierta pres-teza asimiladora, cierto afán europeísta—, que en ella se daban. El caso es que no considerándose inmune a la gran corriente del naturalismo que se abría paso en la década del 70 —los años de *Madame Bovary*, de *O primo Basilio*, de *La faute de l'abbé Mouret*, de *Boule de suif*—, doña Emilia sintióse contagiada más de un modo teórico que empírico, arriesgándose a propagar la buena nueva “tras os montes”. En principio, Valera estaba de antiguo predis- puesto a rechazar cuanto le llegara del otro lado de los Pirineos. Por lo mismo que el ensalzamiento de tales acarreo- s era común, Valera, “radicalmente es- pañol por todos cuatro costados” hombre que, aun habiendo vivido —según escri- bía— la tercera parte de su vida fuera de España, “casi no sabía hablar, pensar y sentir sino en español”, negábase a rendir parias. Había tenido ocasión de experimentar, de sufrir como pocos, en contraste con los demás mundos, la pos- tración y aun el descrédito de lo espa-

ñol, mas como en el orden intelectual le parecía una injusticia histórica, derivada del menoscabo en otros órdenes, se rebelaba y encabritaba contra cualquier importación que supusiera un fácil vasallaje. De ahí las flecheras ironías que hubo de enderezar contra los intentos trasplantadores, vía París, de la escritora, gran escritora, que ni él ni otros insobornables varones quisieron por compañera en la Academia de la Lengua. "Las damas —escribía burlonamente— deben ir vestidas según la moda. ¿Por qué he de tomar yo a mal que doña Emilia se vista de naturalista?"

Ahora bien, ¿era acaso tan grave y vitando, tan ajeno e inconciliable con el genio ibérico lo que aquella varonil y poderosa polígrafa pretendía introducir en su tierra? Nada de eso; al menos el naturalismo, tan aguado y edulcorado como lo vertía doña Emilia, resultaba algo innocuo. Además, lejos de resultar exótico y lejano, venía a ser próximo y terrígeno: el naturalismo era sencillamente —y no le faltaba razón a la autora de *La cuestión palpitante*— la restauración del viejo realismo castellano, la continuación de la veta abierta por el Arcipreste de Hita, por Quevedo, por la novela picaresca de los siglos XVI y XVII. Por lo demás, en cuanto espíritu tradicional y católico, no dejaba de marcar sus distancias respecto al fondo determinista y al materialismo de la nueva escuela; protesta contra su falta de espíritu, se rebela contra el "feísmo", el afán de subrayar el lado bestial de la naturaleza humana. En suma, la Pardo Bazán exalta y reivindica el realismo tradicional español más que el naturalismo importado, y termina defendiendo una suerte de integración ecléctica don-

de se concilien y armonicen la pintura de "lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, reduciéndose a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo tradicional". Fórmula bastante modesta, conclusión nada pavorosa, que difícilmente justificaba el irónico, mas no por eso menos categórico, rechazo de Valera.

Este reprocha sustancialmente al naturalismo su tendenciosidad, su determinismo, su falso científicismo, su pretensión experimental. (Pero se olvida de la ambición imperial, de la megalomanía exclusivista de Zola, cuando llegó a escribir frases como ésta: "La República será naturalista o dejará de existir"). ¿Novela experimental? —dice Valera. ¡Qué disparate! Y cita palabras de Zola donde éste sostiene que "el novelista es quien hace experimentos en el hombre, montando pieza a pieza la máquina humana para que funcione bajo la influencia de los medios". Para lapidar el naturalismo, Valera le identifica con su "bestia negra", el romanticismo, confundiendo ambos en la misma execración. "El naturalismo —escribe— es romanticismo; en él subsiste el peor fermento romántico, avillanado".

Ahora bien, sin terciar extemporáneamente en pleitos añejos, ya plenamente sobrepasados y centrando la cuestión en Valera, lo que advertimos hoy es cuán extrañamente insensible se mantenía éste a lo que, más allá de las fatales limitaciones inherentes a toda escuela sistemática, aportaba, podía haber aportado de valioso el naturalismo en España. Permanecía indiferente a su afán de verdad, a su acercamiento a la vida, a su empeño psicológico y a todo lo demás que llevaba implícito, como la lucha



contra convencionalismos y tabúes morales, por encima de sus excesos y candores, simultáneamente. Pero es que la verdad libertadora repugnaba al esteticismo de abolengo, mas no por ello menos convencional, en que se había encajado Valera.

### *Revisión del novelista*

Aquella polémica se refleja de modo muy diverso cuando pasamos a considerar las consecuencias del criterio antinaturalista en la obra novelística del autor de *Doña Luz*. Del mismo modo que su estética clásica no salva ninguna de sus poesías, así tampoco le favorece su estética idealista aplicada a la novela. Si por huir de lo espontáneo incurre poéticamente en frialdad, por huir de la realidad en la novela cae de bruces, con demasiada frecuencia, en lo convencional y amanerado. Pretendiendo a toda costa embellecer el natural, lo falsifica. Al querer idealizar los sentimientos, por un lado casi linda con el folletín, y por otro se sitúa a dos pasos de lo que después se llamaría —cuando surgiera la producción industrial del género— la “novela rosa”. Huyendo de la “servil, prosaica y vulgar representación de la vida”, apenas logra crear personajes con existencia propia; todos son, en cierto modo, proyecciones de sí mismo, seres a quienes presta invariablemente su propio modo de hablar y sentir.

Releyendo hoy sus novelas —después de *Pepita Jiménez*, citadas en el orden de su aparición, son: *Las ilusiones del Doctor Faustino*, *El comendador Mendoza*, *Doña Luz*, *Pasarse de listo*, *Jovenita la Larga*, *Genio y figura...*, *Morsamor*, por momentos nos parecen —in-

clusive merced a su técnica narrativa— cuentos cándidos o forzadas ficciones, basadas en supuestos inverosímiles. Por la misma razón, quizá sean algunos cuentos propiamente dichos como *Parsondes*, *El pájaro verde*, *Garuda*, dentro de su artificialidad, y al hallarse enmarcados en ambientes exóticos, lo más natural de su producción. No olvidemos tampoco la comedia *Asclepigenia*, cifra de su filosofía de la vida. Pero ¿cómo convenir en la tacha de volterianismo que los lectores de su tiempo les dieron? Pues aunque también nos parezca inverosímil, lo cierto es que algunas novelas de Valera fueron motejadas en su día de “libertinas” o poco menos.

Nada como esa hipérbole puede darnos un vislumbre del “clima” de inhibiciones y frenos que dominaba en la sociedad española durante el último tercio del siglo pasado. La más pequeña transgresión de la moralina burguesa era vista como una tremenda impudicia; el más mínimo disentiimiento en las creencias, considerado como imperdonable heterodoxia. “Misticismo insidioso, misticismo al revés”, así califica el R. P. Blanco García —en su historia de *La literatura española en el siglo XIX*— el caso tan pulcramente expuesto del seminarista convertido al amor profano por las gracias de Pepita Jiménez. En el epílogo que Valera puso a la segunda edición de *Genio y figura...* se defiende contra las acusaciones, hoy increíbles, hechas a esta novela de “escandalosa y poco decente”. La protagonista, en efecto, es una cortesana o ex cortesana, en su segunda fase de mujer decente, pero tan velado está todo ello y tan en contradicción con los modos y actos de la heroína que hasta de la antigua condición

de Rafaela —tal es su nombre— tarda tiempo el lector en enterarse. La versión de *Dafnis y Cloe*, la pastoral de Longo —sin duda la más bella obra de Valera en cuanto a primores de forma— padece los achaques de la mojigatería ambiental, ya que el traductor se vio obligado a suprimir o atenuar pasajes de candorosa libertad pagana. La impiedad que el autor atribuye a *El comendador Mendoza* no pasa de ser un tímido e incipiente racionalismo, perfectamente vulgar y común a fines del siglo XVIII, época en que sucede la novela. Pero en cualquier caso, sus vitandas creencias o descreencias —que el novelista le adjudica, pero que no trasparecen en ninguno de sus actos, defecto que se da también en otros personajes de Valera— están sobradamente compensadas por la beatería de doña Blanca, con quien tiene una hija natural, y por el arbitrio tan casuístico como absurdo que imagina para redimirla de tal origen. Tampoco son plausibles los supuestos en que se basa la fábula tejida en torno a otra hija natural, en la novela *Doña Luz*. De este pseudo folletinismo con pretensiones, de este moralismo alicorto escapa *Juanita la Larga*, donde lo que sobrenada —por lo demás, como en las restantes novelas— es el pintoresquismo de los cuadros andaluces y la donosura verbal. Se ha pensado que en *Las ilusiones del Doctor Faustino* es donde puso Valera mayor empeño novelesco, o quizá más proyecciones autobiográficas, insertándose en un nuevo Fausto. “Representa —dice el autor en el epílogo— como hombre a toda la generación contemporánea; es un Doctor Fausto en pequeño, sin magia ya, sin diablo y sin poderes sobrenaturales que le den auxi-

lio. Es un compuesto de los vicios, ambiciones, ensueños, escepticismos, descreimiento, concupiscencias, ecétera, que affigieron o afligen a la juventud de mi tiempo”. Estos eran “la vana filosofía, la ambición política y la manía aristocrática”. Pero de hecho ninguna relación efectiva hay entre esa sarta de “males” y las múltiples —demasiadas— peripecias, propias de novela bizantina, donde antes que definirse se pierde y desdibuja el carácter del protagonista.

#### *Elogio del ensayista. ¿Un escéptico?*

El Valera próximo en espíritu y todavía afín no hay que buscarlo en las novelas: está en las críticas, en los ensayos. Aquello que le hace fructuosamente releíble es su condición capital de ensayista, dando a este calificativo la más elástica acepción. Digamos más exactamente el libre divagador, dueño de un vasto fondo de cultura y de una superficie amable; el epistológrafo, el conversador por escrito, capaz de abordar los más diversos temas —literarios, históricos, religiosos, filosóficos— con maestría e ingenio, incluso, gracejo; penetrándoles de una amenidad irresistible. Vehículo de esas cualidades es un estilo llano y noble de consuno, con cierto regusto clásico, bebido directamente en las fuentes. Su lengua tiene solera y donosura. Realiza en su tiempo el ideal del estilo hablado, coloquial, fluido. Valiéndose de él, más allá de circunloquios e ironías, no deja nunca de traducir claramente su pensamiento.

Sin embargo, don Juan Valera: un escéptico. He ahí el calificativo que no sólo como simple caracterización, sino en son de reproche, suele enderezarse al

creador de *Las ilusiones del Doctor Faustino*, y que él mismo se aplicaba, alternado con los motes de pánfilo y ecléctico. "Ecléctico hasta la temeridad y lo imposible" —escribía en tono de indignada reprobación el ya citado R. P. Blanco García.

¿De veras es don Juan Valera un escéptico, visto desde hoy, sin las anteojeras de su tiempo? Por lo pronto, creía en la literatura, en el arte puro, en el amor, en España, en el progreso, en la bondad humana; es decir, en todas las cosas en que podía creer un ánima generosa, abierta, habituada por idiosincrasia y panfilismo pródigo a ver el lado amable de la vida; un hombre que venía directamente del siglo de las luces y vivía en el "progresista" XIX. ¿Por qué, entonces, se le motejaba de escéptico? Cabalmente porque se negaba a reverenciar los dioses implacables que sus coterráneos ibéricos idolatraban. Lo corrobora desde fuera una crítica norteamericana: "Valera —escribe Edith F. Hellman— da una nota, inusual en España, de tolerancia, moderación y armonía". Valera o el antienergumenismo: tal sería su más exacta y sintética caracterización desde un punto de vista español, es decir, con relación a las circunstancias españolas de su tiempo. ¡Qué efecto no habían de causarle ejemplares del tipo rigurosamente opuesto, como un Donoso Cortés! Pero en su condición de hombre civilizado, Valera no se indigna; antes que la irritación estéril, prefiere las burlas eficaces. Con rodeos sutiles llega más pronto a la coraza enemiga que mediante embestidas ciegas.

¿Escéptico, incrédulo? Se le decía incrédulo porque no era fanático, por-

que no se apasionaba de modo unilateral y sabía ver ejemplarmente los dos lados de cada cuestión. Porque aun siendo españolísimo en su raíz, jamás se contagió de la envidia ambiental ni padeció ofuscaciones. Porque era no sólo un diplomático de profesión, sino un hombre de buenos modales que prefería la suave ironía y la disconformidad atenuada a los manotazos violentos. Hombre liberal en la más pura acepción del término —flor del liberalismo del siglo XIX—, se oponía tanto a los oscurantistas de la acera de enfrente como a quienes partiendo de su mismo credo lo traicionaban —ya entonces— en la práctica, parando en demagogos bufos. Si por momentos puede parecer floja o ambigua su posición ante los problemas eternos o temporales, era probablemente porque la misma presión del medio que le había hecho colorear de rosa sus novelas, obligábale a velar su pensamiento, a decirlo todo con cautela o escapar por la tangente de la socaronería. Al cabo, las cautelas de don Juan tal vez no fueran sino otra forma de disimulo: una variante de la "hipocresía" que Américo Castro ha señalado en algunos literatos y pensadores vagamente erasmistas de la Contrarreforma, y de modo particular en Cervantes.

La historia de su amistad con Menéndez Pelayo es, en este punto, soberanamente ilustrativa. Les separan treinta y dos años de edad. Cuando se conocen, el egabrense ha pasado de los cincuenta, tiene asentada ya su fama, mientras que el santanderino sólo inicia la suya y apenas ha rebasado la veintena. Proceden de medios tradicionalmente distintos, pero les aproxima un común amor por las letras clásicas. Ahora bien, sucede

que el liberalismo de Valera es notorio y que Menéndez Pelayo se ha orientado, desde sus primeros pasos, en una dirección ideológica contraria. La división entre ambos está a punto de producirse cuando Menéndez Pelayo pronuncia su sonado "brindis del Retiro", con motivo del centenario de Calderón, y se arrostra a hacer la apología de la Inquisición. "Mucha amabilidad —le escribe Valera el 12 de junio de 1881— y equilibrio será menester que usted y yo empleemos para no hablar sino de aquello en que estamos de acuerdo, sobre todo desde que usted ha dado tan tremenda pitada en el *symposio* de los catedráticos". Agrega que hasta entonces había creído en una rectificación de su amigo, pero que ya la cree imposible, "pues usted ha puesto su *chic* en echarla de archicatólico y de inquisitorial, se ha engolfado en ello y no hay medio de remediarlo". Ahora bien, pocos días después (sin que sepamos lo que hubo de contestar el aludido, pues el *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo* se nutre casi totalmente con cartas del primero y las del segundo además de ser escasas deben de haberse perdido), ya tiende a olvidar las diferencias, situándose casi en el punto de vista de su antagonista, o al menos, buscándole excusas. Así le escribe el 27 de junio de aquel mismo año: "he reflexionado, he visto que otros se despotricaron en sentido contrario, y como yo soy tan amante de la Libertad y de que cada cual se despotrique como se le antoje, casi disculpo a usted, ya que en esto no puedo aplaudir". Y luego este párrafo, que define insuperablemente su actitud conciliatoria por odio de los extremos: "Entiéndase bien que yo, que soy muy admirador

de las cosas del día, muy lleno del espíritu del siglo, poco piadoso y creyente, etc., etc., no puedo convenir en mil tonterías que se proclaman *ex cathedra*, las cuales me atacan los nervios y contra las cuales soy también capaz de ponerme a defender la Inquisición". Y más adelante: "Lo que no se concibe en mi sentir es la negación de la libertad religiosa o del pensamiento en general".

### *España*

¿Qué podía más en Valera: su espíritu equidistante, a quien repugnaban todas las hipérboles, o su genio de la contradicción, su gusto polémico? El caso es que al oponerse se define más netamente que al asentir. Acentuando este rasgo suyo, Azaña escribe: "Opiniéndose varía de faz según a quien se opone: nunca es más racionalista que frente a Donoso Cortés, ni más conservador que frente a Pi y Margall, ni más despegado de la tradición que ante Menéndez Pelayo, ni atenúa tanto el influjo del Santo Oficio como al "hundir" a Núñez de Arce; ni fue más patriota que al rebatir los juicios de un extranjero despectivos para España". Sin embargo, no cabe tomar este juicio al pie de la letra. Leyendo los ensayos aludidos, no es difícil advertir cómo por encima de sus cortesías y concesiones a los antagonistas, Valera supo definirse con claridad, sentando afirmaciones inequívocas.

Por ejemplo, bajo el aspecto de una refutación, su discurso académico "Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en España" —en respuesta a uno de Núñez de Arce (1876) sobre el mismo tema—, es una resuelta

confirmación. “¿Por qué causas —se pregunta Valera— se permitió, se marchitó y se hundió rápidamente aquel gran florecimiento (el de España entre los años 1580 y 1680). A nadie se le oculta que esta cuestión literaria está enlazada con otra cuestión política. ¿Por qué la grandeza, crédito y poder de la monarquía española cayeron también rápidamente, precediendo a su caída la de las letras?” Valera se contesta de modo muy distinto al usado por los sectarios indígenas del “sostenella y no enmendalla” o por los apologistas extranjeros del hispanismo convencional, quienes —tal el caso, entre otros semejantes, de un Aubrey F. G. Bell— comienzan por disminuir aquel abatimiento o sostener candorosamente que no fue debido a la Contrarreforma, sino más bien a los acontecimientos que la Contrarreforma trató de remediar. Para Valera, ninguna de las causas que suelen aducirse —la tiranía y el mal gobierno de los Austrias, las crueldades del Santo Oficio, etc.— lo son de modo suficiente. La enfermedad, a su parecer, estaba más honda. “Fue una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos, al triunfar después de ocho siglos en lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo a la judaica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. . . . Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña o de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna, y al cual España dio el primer impulso, pasó sin que lo no-

tásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados a seguirla como a remolque”.

Estas frases muestran sobradamente que, llegado a los puntos fundamentales, Valera no se andaba con evasivas ni se mordía la lengua. Por lo demás, cargar abstractamente las culpas en la intolerancia o atenuar este factor queriendo demostrar cómo tal estado de espíritu no fue privativo de España, sino muy extendido a los demás países, es algo que no adelanta el problema ni facilita ningún esclarecimiento verdadero. En todo caso, la singularidad española más bien parecería cifrarse en marchar a destiempo. El último de quienes comprueban esta marcha de la historia española a contratiempo de la europea, Vicente Lloréns (*Liberales y Románticos, Una emigración española en Inglaterra*), escribe: “Tolerante en la Edad Media, cuando el fanatismo domina en otras partes; intolerante en la Moderna, cuando surge en Europa el libre examen; oscurantista cuando los demás ilustrados”.

Por lo demás, como la historia es irreversible, Valera se oponía abiertamente a los tradicionalistas o regeneracionistas de signo regresivo, quienes estimaban que bastaría con restaurar Estados y civilizaciones para volver las cosas a su grandeza. Es más, duda de que las instituciones y costumbres españolas del Siglo de Oro fueran la causa de su poderío, y sospecha que más bien pudieron serlo de la corrupción y rápida decadencia. Pero en realidad, la aproximación más cercana a la certidumbre se encon-

trará, a mi parecer, pensando que cada fenómeno ideológico o religioso tiene casillas cronológicas muy delimitadas en la historia. El factor tiempo es capital. No hay vigencias indefinidas —so riesgo de producir consecuencias diametralmente opuestas—. Por lo tanto, puede pensarse, sin gran margen de error, que las mismas causas que no tanto determinaron como coadyuvaron a la grandeza moral y material de España en determinada fecha, muy pocos años después, al no haberse producido el oportuno sesgo que requería la entrada en vigencia de un nuevo *tiempo histórico* europeo, ocasionaron su ruina y su escisión del mundo occidental.

Por si cupieran dudas sobre la diafanidad de criterio que usaba Valera en cuestiones fundamentales, léanse ciertos ensayos suyos, como “La doctrina del progreso” (1859) —donde, apostillando a Castelar, pone en su punto la influencia civilizadora del cristianismo—, como el referente a “La revolución y la libertad religiosa en España” —donde defiende la Constitución de 1869 en que esta última se sancionaba— y, particularmente, su crítica de la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo (1880).

Ni la estrecha amistad personal, ni la identidad de gustos clásicos, ni ninguna otra razón de afinidad, impiden que Valera critique sin ambages los puntos de vista en que basaba aquél su obra. Subráyense, por ejemplo, estas palabras que —mirando a España, y a pesar de las aspiraciones tan moderadas que envuelven—, suenan hoy todavía, lamentablemente, con un tono muy actual: “... Si es menester sostener, para ser buen católico, que la religión debe

imponerse por fuerza; que la Inquisición es o fue digna de elogio; que la libertad de pensamiento, de imprenta y de cultos es mala, y que es abominable el parlamentarismo... yo soy un católico malo”. Refutando la tesis central de Menéndez Pelayo, encaminada a mostrar que el pensamiento español fue más poderoso cuando católico y ortodoxo que cuando libre y heterodoxo, Valera afirma que opuestamente “el pensamiento español ha dado más clara muestra de sí y ha importado más en la historia universal del pensamiento humano cuando no era católico que cuando lo era”. Ejemplo: las cuatro figuras españolas de mayor influjo universal: Séneca, Averroes, Avicbrón y Maimónides. Luego, “¿cómo negar que la intolerancia y la Inquisición, que era uno de sus efectos, ahogaron el pensamiento español primero cuando se extraviaba fuera de las vías católicas y al cabo dentro de esas vías?” Por temor a incurrir en herejía pensando, acabóse por no pensar. Peor que el Santo Oficio, de efectos limitados, al cabo, fue su reflejo de inhibiciones, fue “la tiranía mental e intangible del espíritu”.

¿Escéptico Valera? Uno no sabe nunca hasta qué límites de desfiguración semántica llegan abusivamente ciertas palabras muy manoseadas. Pero si nos retraemos a su etimología, escéptico no es otro que “aquel que examina”, que da vueltas inquisidoras en torno a una idea; y no otra cosa hacía Valera con las que se le ponían por delante. Escéptico es también (nos dicen los Diccionarios filosóficos de Lalonde y Ferrater Mora) el que después de haber examinado todo, deja su juicio en suspenso, no porque dude, en puridad,

sino por temor a incurrir en lo dogmático. La suspensión de juicio pudo muy bien convenir a un Pirrón, no forzado, claro es, a declararse sobre problemas temporales insoslayables. En Valera se quiebra necesariamente aquella condición, pero persiste un saluda-

ble espíritu antidogmático. A sus márgenes se acoge, huyendo de caer preso en cualquier credo de vía estrecha. Quienes, por el contrario, gustan de esclavizarse en ideas de un solo rostro, no es raro que persistan llamando escéptico a Valera.

